Tom Sharpe

Reunión tumultuosa



Irresistibles, tronchantes, desopilantes, desenfrenados, salvajemente cómicos: tales son los calificativos que se aplican, merecida y habitualmente a los libros de Tom Sharpe, y en *Reunión tumultuosa*, su primera novela, «salpicada de chistes brutales, recortada con precisión, cosida con ritmo trepidante y presidida por una ironía indesmayable, Tom Sharpe se revela como un humorista de primera fila» (Llàtzer Moix, *La Vanguardia*).

En esta novela, situada en África del Sur, Miss Hazelstone, de la mansión Jacarandá Park, mata a su cocinero zulú en un sensacional crimen pasional y no tardan en aparecer los gallardos agentes de la policía local: un comandante, cuyo secreto anhelo de ser un gentleman inglés, da lugar a un memorable trasplante de corazón; un teniente, infatigable en la caza del comunista; un cabo, partidario de disparar sin contemplaciones y de disponer sexualmente de las negras, también sin más explicaciones.

En el curso de los abracadabrantes acontecimientos que se suceden, asistimos a perversiones realmente inauditas, hasta desembocar, como es habitual en Tom Sharpe, en un apoteósico final.



Tom Sharpe

Reunión tumultuosa

ePUB v1.0
evilZnake 13.08.12

Título original: *Riotous Assembly*

Traducción: J.M. Alvarez Flórez
Ilustraciones: Peret
Diseño/retoque portada: Angel Jové

Editor original: evilZnake
ePub base v2.0

Para todos aquellos miembros de las Fuerzas de Policía Sudafricanas que consagran su vida a preservar la Civilización Occidental en Sudáfrica.

1

Piemburgo engaña. Nada de cuanto a ella se refiere es enteramente lo que parece ser. Encogida en las faldas de los Drakensberg y agazapada a los pies de un gran cerro de cumbre plana, apenas posee las características de una capital. Los viajeros cuyos trenes a Johannesburgo paran, si se molestan en hacerlo, bajo la cursilada de plancha metálica en oxidación del tejado de su estación, o aquellos que pasan veloces por la carretera nacional, vislumbran un pueblecito que parece muerto y embalsamado. Porque Piemburgo es, según el dicho popular, una ciudad muerta del todo. Agujero Dormido, lo llaman, y dicen que un visitante norteamericano contempló Piemburgo y dijo: «Es como la mitad del cementerio de Nueva York en tamaño y el doble de muerta.» Y desde luego, a primera vista, la ciudad parece carecer por completo de animación. Yace enroscada en su valle bajo el sol africano y duerme. Los tejados rojizos de hierro y los balcones de hierro forjado hablan de una remota época de objetivos ya hace mucho olvidados. Se alinean en sus calles los jacarandás y abundan en sus jardines las oscuras enramadas floridas. Todo crece inmediatamente y con la misma rapidez se queda inmóvil. Tiempo y clima se unen para producir el crecimiento y la suspensión del crecimiento.

Y Piemburgo creció con la guarnición y murió al marcharse ésta. O está dormida. Capital de Zululandia, surgió al conquistar el Imperio Británico la nación zulú. En el primer ardor de aquella victoria memorable, Piemburgo dejó de ser un pequeño asentamiento abandonado por sus fundadores afrikaaners para convertirse en capital. Se multiplicaron los edificios públicos en una erupción de columnatas y de rojo ladrillo Victoriano. La mansión del gobernador lució suelos de mármol italiano, cristal veneciano y todos los artilugios del esplendor imperial. La estación de ferrocarril, todo un modelo de relieves metálicos y de loza fina, proporcionó un puesto

de estacionamiento adecuado para los trenes virreinales que cruzaban Piemburgo camino de otros dominios imperiales más lejanos y menos atractivos del interior de África. Y mientras las grandes locomotoras de vapor subían resoplando la tortuosa cuesta hacia Empire View, el cerro que domina Piemburgo, llevando su augusta carga camino de una muerte prematura por la tsé-tsé o el mosquito de la malaria, hombres de monóculo *y* mostacho miraban serenos hacia abajo, contemplaban la capital de Zululandia y murmuraban, «Una gema, una gema engastada en un anillo amarillo y verde», y luego le volvían la espalda y se ponían a estudiar unos mapas totalmente inexactos de sus nuevos territorios.

Piemburgo saludaba su paso con una recepción del gobernador en el andén de la estación y un intercambio de consejos políticos que la banda militar, tocando bajo el techado de hierro, hacía inaudibles. Y Piemburgo rendía también honores unos meses más tarde, cuando el ataúd virreinal colocado en un vagón tapizado de negro y arrastrado por una locomotora adornada con guirnaldas y coronas de flores, paraba un momento y la banda interpretaba una marcha fúnebre con un vigor que una vez más hacía inaudibles las condolencias del gobernador al ayudante de campo. Y en los intervalos entre avances imperiales y retrocesos del Imperio, la capital de Zululandia se adornaba con nuevos quioscos de música y jardines botánicos y con todas las atracciones de una pequeña metrópoli. La gran zona de desfile de Fort Rapier resonaba con las órdenes que gritaban los sargentos. Miles de piernas empolainadas daban taconazos, giraban, y las relumbrantes bayonetas remolineaban a un lado y a otro por la deslumbrante plaza.

En la ciudad propiamente dicha las calles estaban llenas de bigotes encerados. El betún y el blanco España figuraban en lugar prominente en la lista de necesidades vitales. En el Hotel Imperial las mañanas y las tardes eran fluidas y plácidas entre plantas enmacetadas y sillas de junco, al compás de la música de una orquesta de Palm Court. Las cananas en bandolera y las ballenas enfajaban a los oficiales y a sus esposas, que al oír el gemir de los violines recordaban con agradecida melancolía condados y aldeas de Inglaterra. Muchos jamás volverían, y los que se quedasen y no recibiesen sepultura en el cementerio militar de Fort Rapier, construirían sus casas lo más cerca de la mansión del gobernador que les permitiesen su categoría y sus sobregiros bancarios.

Piemburgo prosperó mientras permaneció la guarnición. Piemburgo fue

incluso, brevemente, alegre. El teatro Garrison floreció con las representaciones de obras dramáticas y revistas que engendraba un gran actor y dramaturgo inglés y que encantaban al gobernador y a su esposa. Las tómbolas benéficas y las fiestas campestres eran muy brillantes, llenas de sombrillas y polisones de las esposas que habían sido desplazadas de los suburbios con terraza y las casas semi-independientes del sur de Londres a la majestuosidad de los prados y frondas de Piemburgo por la sorprendente buena suerte de haberse casado con maridos cuya mediocridad les otorgaba la recompensa de un puesto en aquel rincón lejano del imperio. El gusto de la clase media baja victoriana se impuso de modo indeleble en Piemburgo y se ha mantenido hasta el presente. Y con ese gusto se impuso también un sentido inmutable de la jerarquía. Virreyes, gobernadores, generales, subgobernadores, coroneles, y así hacia abajo, ensanchándose las filas a medida que se baja, con matices demasiado sutiles para que puedan enumerarse, en un contexto en el que los colegios y las profesiones de los padres de las esposas y una vocal aspirada o una g retenida podían hacer que un comandante se situase en un instante por encima de un teniente coronel. Al final de la escala se hallaban los soldados del cuerpo de pago. Por debajo de tales parias no había nada. Los zulúes competían con los pondos, los *coloureds* con los hindúes. Lo que pasaba por allá abajo era algo que no le preocupaba sencillamente a nadie. Lo único que había que tener en cuenta era que en algún nivel situado más abajo incluso que los zulúes leales y los pondos traidores, se hallaban los boers. Y así continuaron las cosas hasta la guerra. Los boers no se lavaban. Los boers eran cobardes. Los boers eran estúpidos. Los boers eran una excrecencia que bloqueaba el camino hacia El Cairo. Piemburgo ignoraba a los boers.

Y luego vino la guerra de los boers, y los boers les volaron el monóculo de los ojos a tiros a los oficiales de Fort Rapier, esperando parsimoniosamente a que un reflejo semafórico del sol revelase un objetivo monocular propicio, y nació entonces en Piemburgo un respeto nuevo. Los boers tenían buena puntería. Los boers eran astutos. Los boers eran ahora el enemigo.

Y sólo un momento después el boer ya no fue el enemigo. Eliminado por completo el obstáculo que impedía llegar hasta El Cairo y las minas de oro, Piemburgo inició su rápida decadencia. Cuando partió la guarnición y las bandas tocaron por última vez *«Good by Dolly Gray»,* Piemburgo se quedó dormida. Lo mismo que una víbora del desierto ahíta yacía

enroscada e hinchada bajo el sol africano soñando con sus breves días de gloria. Persistió sólo un sentimiento de prioridad que se multiplicó en el clima fecundo de su propia mediocridad. Las casas se erguían contemplando el anillo de cerros y en sus *stoeps* los hijos y nietos de los sargentos mayores, de los sargentos de intendencia y de los suboficiales fingían una grandeza que jamás conocieron sus ancestros. En Piemburgo el tiempo se mantenía inmóvil, sólo indicaba su paso el polvo que se acumulaba en las cabezas de los leones disecados que se pudrían en el Club Alexandra, y el goteo de la presunción. La mediocridad de Piemburgo era ponzoñosa y esperaba gentil acontecimiento.

2

El *Kommandant* van Heerden se hacía pocas ilusiones sobre él mismo y muchas sobre todo lo demás. Y por sus ilusiones se hallaba al cargo de la comisaría de policía de Piemburgo. No era un cargo muy oneroso. La mediocridad de Piemburgo no engendraba más que delitos menores, y en la jefatura de policía de Pretoria habían pensado que, si bien el nombramiento del Kommandant van Heerden podría elevar el índice de delincuencia de la ciudad, dicho nombramiento aplacaría al menos la oleada de violencia y robos que habían seguido a su actuación en otras poblaciones más emprendedoras.

Además, Piemburgo se merecía al Kommandant. Era la única ciudad de la República en que aún ondeaba la bandera inglesa en el ayuntamiento, y necesitaba enterarse de que no se podía desafiar así por las buenas al gobernador, sin que ello acarreara consecuencias.

El Kommandant van Heerden sabía que su nombramiento no se debía a su éxito en el campo de la investigación criminal. Se imaginaba afablemente que se debía al hecho de que entendía el inglés. Pero en realidad se debía a la reputación de su abuelo, Klaasie van Heerden, que había servido a las órdenes del general Cronje en la batalla de Paardeberg y a quien habían abatido los ingleses por negarse a obedecer la orden de rendirse dada por su superior jerárquico. En vez de rendirse, se había apostado en un agujero en la orilla del río Modder y liquidado a doce soldados del regimiento de Essex que se estaban solazando allí unas cuarenta y ocho horas después del cese de las hostilidades. El hecho de que Klaasie hubiera estado dormido como un tronco durante toda la batalla y no se hubiera enterado de la orden de cese el fuego no lo tuvieron en cuenta durante el juicio los ingleses ni las generaciones posteriores de historiadores afrikaaners. Se le consideró, por el contrario, un héroe que

había padecido martirio por su lealtad a las repúblicas boers, héroe reverenciado por los nacionalistas afrikaaners de todo Sudáfrica.

Había sido esta leyenda la que había ayudado al Kommandant van Heerden a alcanzar el rango que ostentaba. Había sido necesario mucho tiempo para que su incompetencia eclipsase la reputación de astucia e inteligencia que le había legado su abuelo, y cuando llegó el momento en que su incompetencia se hizo evidente era ya demasiado tarde para que los altos cargos pudieran hacer más para defenderse de ella que ponerle al mando de las fuerzas policiales de Piemburgo.

El Kommandant van Heerden creía que había conseguido el puesto por tratarse de una ciudad inglesa y esto era, desde luego, exactamente el puesto que él quería. El Kommandant creía ser uno de los pocos afrikaaners que entendía realmente la mentalidad inglesa. Pese al tratamiento que los ingleses habían dado a su abuelo, pese a la brutalidad que habían mostrado con las mujeres y niños boers en los campos de concentración, pese al sentimentalismo que mostraban los ingleses con sus criados negros, pese a todo, el Kommandant van Heerden admiraba a los ingleses.

Había algo en la increíble estupidez de los ingleses que al Kommandant van Heerden le resultaba atractivo. Apelaba a algo profundamente enraizado en su propio ser. No podía decir exactamente qué era, pero lo profundo llamaba a lo profundo, y si el Kommandant hubiera podido elegir su lugar de nacimiento, la época y la nacionalidad, sin duda habría elegido Piemburgo, el año mil ochocientos noventa, y el corazón de un caballero inglés.

Si había algo que lamentara, era que su propia mediocridad nunca había tenido oportunidad de expresarse con nada parecido al nivel de éxito que habían logrado la mediocridad y la estupidez de los gobernantes del Imperio Británico. Si hubiera nacido caballero inglés en la Inglaterra victoriana, podría haber alcanzado muy bien el rango de mariscal de campo. Su ineptitud militar habría sido recompensada, sin duda, con el ascenso rápido y constante. Estaba seguro de que podría haberle ido tan bien como a Lord Chelmsford, cuyas fuerzas habían liquidado a los zulúes en Isandhlwana. Stormberg, Spion Kop, Magersfontein, podrían haber sido desastres muchísimo más impresionantes si hubiera estado él al mando de las tropas. Al nacer, el Kommandant van Heerden se había equivocado de nación, de época y de lugar.

No podía decirse lo mismo del segundo del Kommandant, el *Luitenant*

Verkramp, ni del *Konstabel* Els. El que no hubieran nacido jamás o, de no poderse abortar sus nacimientos, el que su nación, lugar y época hubiesen quedado lo más lejos posible de los suyos, eran el deseo más frecuente y fervoroso del Kommandant van Heerden.

El Luitenant Verkramp odiaba a los ingleses. Su abuelo no había sufrido como el del Kommandant por las repúblicas boers. Había proclamado, por el contrario, paz y amistad para el Imperio Británico desde el púlpito de su iglesia de El Cabo y al mismo tiempo había hecho una pequeña fortuna suministrando al ejército británico los caballos basutos que necesitaba para su infantería montada. La niñez de Verkramp había transcurrido a la sombra de aquel púlpito, y el pequeño Verkramp había heredado una notable tendencia escatológica de su abuelo, y un odio por todo lo inglés de su padre, que se había pasado la vida intentando borrar el baldón de «traición» que había pesado sobre la familia hasta mucho después de la guerra de los boers. El Luitenant Verkramp incorporó ambas herencias a su trabajo. Fundió sus tendencias inquisitoriales con su antipatía hacia los ingleses convirtiéndose en jefe del Departamento de Seguridad de Piemburgo, cargo que le permitía enviar informes sobre la honestidad política de los ciudadanos de Piemburgo a sus superiores del Departamento de Seguridad del Estado de Pretoria. Hasta el Kommandant van Heerden despertaba las sospechas del Luitenant Verkramp, así que el Kommandant tenía buen cuidado de leer los informes que le entregaba Verkramp sobre él. En uno de ellos había detectado la insinuación de que no se mostraba lo bastante activo en la persecución de células comunistas.

La semana siguiente, el Kommandant había intentado desmentir la acusación mediante una serie de rápidas redadas dirigidas contra grupos posiblemente comunistas. Una lectura de la obra dramática de Shaw *Arms and the Man* en la Asociación Dramática de Aficionados de Piemburgo se había visto interrumpida por la irrupción del Kommandant y sus hombres, que confiscaron todos los ejemplares de la obra y anotaron los nombres de todos los presentes. *Belleza negra* había sido retirado de las estanterías de la biblioteca pública por órdenes del Kommandant. Se había prohibido la proyección de la película *La reina africana* en el cine local, y también se prohibió un pronóstico meteorológico de *Piemburg News* titulado «Cielo rojo de noche».

En conjunto, el Kommandant se sentía satisfecho porque consideraba que había realizado esfuerzos significativos para combatir la expansión del

marxismo en Piemburgo y las protestas públicas que seguirían convencerían, creía él, al Departamento de Seguridad del Estado de que no era tan blando con los comunistas como había sugerido el informe del Luitenant Verkramp. Además, siempre podía recurrir al informe de Verkramp sobre el *Konstabel* Els.

El abismo que separaba lo real de lo imaginario en todos los informes del Luitenant sobre la vida política de Piemburgo se ampliaba hasta adquirir dimensiones cósmicas en el informe que había presentado sobre el Konstabel Els. En dicho informe se describía a Els como asiduo feligrés de la Iglesia Reformada Holandesa, miembro ferviente del Partido Nacionalista, y decidido adversario de que «las tendencias liberales y comunistas contaminen la pureza racial mediante métodos sociales, económicos y políticos de integración». Como Els ni iba a la Iglesia ni pertenecía al Partido Nacionalista y era un vivo exponente de las relaciones sexuales interraciales, el Kommandant van Heerden creía tener pruebas suficientes de que el Luitenant Verkramp no era muy fidedigno en sus informes.

Con el Konstabel Els las cosas eran muy distintas. Els no constituía, por un lado, ninguna amenaza para el Kommandant, aunque sí lo fuese, y muy considerable, para casi todos los demás habitantes de Piemburgo. Su aptitud innata para la violencia y en especial para disparar contra los negros sólo era equiparable a su afición al coñac y a su predilección por forzar la entrada de la partes menos atractivas de su persona en aquellas partes de las mujeres africanas legalmente reservadas a los miembros masculinos de su propia raza. El Kommandant van Heerden había tenido que hablarle muy severamente sobre la ilegalidad de esta última tendencia suya en varias ocasiones, pero había atribuido la afición de Els por las mujeres negras al hecho indudable de que el propio Konstabel era de sangre mestiza.

Pero en fin, el Konstabel Els tenía sus virtudes. Era concienzudo, tenía muy buena puntería, y sabía manejar muy bien la máquina de terapia eléctrica que tan buenos resultados había dado en la obtención de confesiones a sospechosos. El Luitenant Verkramp había vuelto con ella de una de sus visitas a Pretoria, y Els había adquirido en seguida un dominio extraordinario de la máquina. En principio, estaba destinada sólo a los sospechosos de delitos políticos, pero las tentativas del Luitenant Verkramp de localizar saboteadores o comunistas en Piemburgo para probar con ellos la máquina habían fracasado tan estrepitosamente, que Els había acabado

por detener a un chico nativo al que había agarrado por la mañana muy temprano con una botella de leche en la mano. El hecho de que Els supiera que se trataba del chico que repartía la leche no impidió que el Konstabel comprobase con él la eficacia de la terapia del electrochoque. Tras cinco minutos de tratamiento, el muchacho confesó que había robado la leche, y a los diez minutos admitió haber llevado leche envenenada a cincuenta hogares europeos aquella misma mañana. Cuando Els propuso transferir los apliques del dedo gordo del pie del muchacho al pene, el sospechoso admitió pertenecer al Partido comunista y confesó que había sido adiestrado en envenenamiento lácteo en Pequín. Entonces, el Luitenant Verkramp se confesó satisfecho con el experimento y acusó al chico de la leche de andar por la calle sin pase, de obstaculizar a la policía en el cumplimiento de sus tareas y de ofrecer resistencia a la autoridad, acusaciones por las cuales fue condenado a seis meses de trabajos forzados, tras declarar ante el magistrado que las heridas estaban justificadas, si es que no se las había producido él mismo, en realidad. Sí, Els tenía sus virtudes, y no era la menor de ellas un profundo aunque oscuro sentido de la lealtad hacia su jefe. No era que el Kommandant van Heerden se interesase lo más mínimo por la actitud del Konstabel Els hacia su persona, pero constituía un cambio frente al odio continuo que emanaba del Luitenant Verkramp.

En conjunto, el Kommandant van Heerden estaba bastante satisfecho de su vida en Piemburgo. Las cosas seguían como en el pasado y el Kommandant podía seguir con su afición particular: el rompecabezas intelectual de intentar comprender a los ingleses. Rompecabezas sin solución posible, y él lo sabía, pero que resultaba, por la misma razón, infinitamente fascinante.

Si Piemburgo era el jardín del alma del Kommandant van Heerden, por el que podía vagar feliz soñando con grandes hombres y grandes hazañas, la señorita Hazelstone de Jacaranda Park era la planta clave, el árbol angular de su paisaje interno. No es que fuera joven o bella, o simpática, o incluso agradable en algún sentido. No, nada de eso. Era vieja, fea, parlanchina y brusca hasta el punto de la grosería. Cualidades nada atractivas, pero que al Kommandant le resultaban de un atractivo extraordinario. Constituían todos los atributos del inglés. Oír la voz de la señorita Hazelstone, una voz aguda y destemplada, totalmente inconsciente de sí misma, era oír la verdadera voz del Imperio Británico. El que la

señorita Hazelstone le regañase, aún más, le vapulease, por excederse en su autoridad al amonestar a su chofer por conducir a ciento veinte kilómetros por hora por una zona poblada al volante de un Terraplane Hudson de 1936 con los frenos defectuosos, era un placer casi insoportable. El Kommandant atesoraba la negativa de la señorita Hazelstone a asignarle un título.

—Van Heerden —gruñó desde la parte de atrás del sedán—, se excede usted en su autoridad. Chofer, siga usted.

Y el coche había seguido dejando al Kommandant maravillado ante el *savoir-faire* de la dama.

Además, en las raras ocasiones en que el Kommandant había dispuesto de una excusa para visitar Jacaranda Park, la señorita Hazelstone le recibía, si se dignaba verle, en la entrada de los criados y le despachaba con una descortesía seca y una abundancia de desprecio implícito que dejaba al Kommandant mudo de admiración.

Con el Luitenant Verkramp, la señorita Hazelstone era aún más grosera, y cuando el Kommandant ya no podía soportar más la insolencia del Luitenant, inventaba motivos para enviarle a Jacaranda Park. El Luitenant Verkramp había cometido en su primera visita el error de dirigirse a la señorita Hazelstone en afrikaans, y desde entonces la señorita Hazelstone le hablaba siempre en cafre de cocina, un zulú corrompido reservado únicamente a los criados negros más serviles y mentalmente retrasados. El Luitenant Verkramp regresaba de estos viajes penitenciales mudo de cólera y desahogaba su bilis con informes confidenciales sobre la familia Hazelstone, en los que acusaba a la anciana de subversión y de fomentar el desorden civil. Estos memorándums los enviaba a Pretoria con la recomendación de que se comunicasen las actividades de la señorita Hazelstone al fiscal del Estado.

El Kommandant dudaba de que los informes favoreciesen la reputación de exactitud y fiabilidad política de Verkramp. La verdad es que el Kommandant se había olvidado de decirle a su segundo que la señorita Hazelstone era la única hija del difunto juez Hazelstone, magistrado del Tribunal Supremo, al que se conocía en el mundo del foro como Bill Rompecuellos y que, en un informe de la comisión que estudiaba los problemas del tráfico, había propuesto que se introdujese la flagelación para las infracciones de aparcamiento. Con tales antecedentes, al Kommandant le parecía muy poco probable que el Departamento de Seguridad del Estado pusiera en entredicho el patriotismo de la señorita Hazelstone. Inglesa

podría ser, subversiva y criminal jamás.

Así pues, fue una sorpresa notable para él oír que el Konstabel Els contestaba al teléfono en el despacho exterior y vibraban en el aparato los tonos estridentes de la voz de la señorita Hazelstone. El Kommandant, interesado por ver cómo sufría Els a manos de la señorita Hazelstone, escuchó la conversación.

La señorita Hazelstone telefoneaba para informar que acababa de matar a su cocinero zulú. El Konstabel Els podía hacerse cargo perfectamente del asunto. Como agente de policía, también él había matado a tiros en sus tiempos a muchos cocineros zulúes. Además, había ya un procedimiento establecido para resolver estas cuestiones. El Konstabel Els inició la fórmula rutinaria.

—Usted quiere informar de la muerte de un cafre —comenzó.

—Acabo de asesinar a mi cocinero zulú —gruñó la señorita Hazelstone.

—Eso fue lo que dije —dijo Els, conciliatorio—. Que quiere usted informar de la muerte de un negro.

—Yo no quiero hacer nada de eso. Le he dicho que acabo de asesinar a Cinco Peniques.

Els lo intentó de nuevo.

—La pérdida de cinco peniques no constituye un asesinato.

—Cinco Peniques era mi cocinero.

—Matar a un cocinero tampoco constituye un asesinato.

—¿Qué es entonces un asesinato? —la seguridad de la señorita Hazelstone en su propia culpa comenzaba a tambalearse ante el diagnóstico favorable de la situación del Konstabel Els.

—Matar a un cocinero blanco puede ser asesinato. Es improbable, pero puede ser. Pero matar a un cocinero negro no. Bajo ninguna circunstancia. Matar a un cocinero negro se considera defensa propia, homicidio justificado o eliminación de basura —Els se permitió una risilla—. ¿Ha probado usted a llamar al Departamento de Higiene? —preguntó.

Era evidente para el Kommandant que Els había perdido el poco sentido del decoro social que pudiera tener. Le apartó del teléfono y lo cogió él mismo.

—Aquí el Kommandant van Heerden —dijo—. Al parecer ha tenido usted un pequeño accidente con su cocinero.

—Acabo de matar a mi cocinero zulú —dijo implacable la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden ignoró la autoacusación.

—¿El cadáver está en la casa? —preguntó.

—El cadáver está sobre el césped —informó la señorita Hazelstone.

El Kommandant suspiró. Siempre igual. ¿Por qué la gente no mataría a los negros dentro de la casa, que era donde tenían que hacerlo?

—Tardaré unos cuarenta minutos en llegar ahí —dijo—. Y cuando llegue, encontraré el cadáver en la casa.

—No señor —insistió la señorita Hazelstone—. Lo encontrará usted en el césped, en la parte de atrás.

El Kommandant van Heerden volvió a intentarlo:

—Cuando yo llegue, el cadáver estará dentro de la casa —dijo, muy despacio esta vez.

Pero la señorita Hazelstone no parecía impresionada.

—¿Acaso insinúa usted que debo cambiar de lugar el cadáver? —preguntó furiosa.

El Kommandant se quedó sobrecogido ante la sugerencia.

—Desde luego que no —dijo—. No tengo el menor deseo de causarle molestias a usted, y además, podría haber huellas dactilares. Puede mandar usted a los criados que lo hagan.

Hubo una pausa, mientras la señorita Hazelstone consideraba las implicaciones de aquel comentario.

—Me da la impresión de que está usted sugiriéndome que altere las pruebas de un delito —dijo, lenta y amenazadora—. Me da la impresión de que intenta usted convencerme de que obstaculice la acción de la justicia.

—Señora —interrumpió el Kommandant—, yo sólo intento ayudarle a cumplir la ley.

El Kommandant se detuvo, buscando las palabras.

—La ley dice —continuó— que es un delito matar cafres fuera de casa. Pero la ley dice también que es perfectamente admisible y adecuado matarlos dentro de casa si han entrado ilegalmente.

—Cinco Peniques era mi cocinero y tenía todos los derechos legales a entrar en la casa.

—Me temo que en eso se equivoca usted —continuó el Kommandant van Heerden—. Su casa es zona blanca, y ningún cafre tiene derecho a entrar en una zona blanca sin permiso. Al disparar contra él le negó usted el permiso para entrar en su casa. Yo creo que puede enfocarse la cosa de ese modo sin problema.

Hubo un silencio al otro extremo de la línea. Era evidente que la señorita Hazelstone se había convencido.

—Llegaré ahí dentro de unos cuarenta minutos —prosiguió van Heerden, añadiendo esperanzado—: y confío en que el cadáver…

—Vendrá usted en un plazo de cinco minutos y Cinco Peniques estará en el césped, que es donde lo maté —gruñó la señorita Hazelstone, al tiempo que colgó el teléfono.

El Kommandant contempló el aparato y suspiró. Colgó cansinamente y, volviéndose al Konstabel Els, le ordenó que preparase un coche.

Mientras subía la cuesta camino de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden sabía que se enfrentaba con un caso difícil. Contempló el cogote del Konstabel Els y su forma y color le proporcionaron un cierto consuelo.

En el peor de los casos, podría recurrir siempre a la gran capacidad de incompetencia de Els, y si, a pesar de todos sus esfuerzos por impedirlo, la señorita Hazelstone insistía *en* que la juzgasen por asesinato, tendría como principal testigo de la acusación contra ella, confuso y desconcertado, al Konstabel Els. Si alguna otra cosa podía salvarla, si ella se declaraba culpable ante el tribunal, y firmaba una confesión tras otra, el Konstabel Els bien interrogado por un defensor, aunque el defensor fuera medio tonto, convencería, hasta al jurado más adverso, o al juez más inflexible, de que la señorita Hazelstone era la víctima inocente de la incompetencia policial y del perjurio más desenfrenado. El fiscal del Estado llamaba al Konstabel Els, cuando se sentaba en el banquillo de los testigos, la «Coartada Instantánea».

3

Agobiado por tales pensamientos, el Kommandant van Heerden bajaba por el camino de coches en dirección a la mansión de los Hazelstone. Pensamientos que interrumpieron sólo brevemente el placer estético que siempre experimentaba en presencia de las reliquias del Imperio Británico, pues la mansión de los Hazelstone era puro Cecil Rhodes y puro Obispo Colenso.

El enorme edificio irregular y cubierto de estuco había sido construido chapuceramente en toda su extensión. Desde el punto de vista estilístico, lograba combinar elementos de Oriente y Occidente. Ambos se habían fundido en la mansión de los Hazelstone. Parecía, a primera vista, como si se hubiera utilizado el Castillo de Windsor para inseminar artificialmente Brighton Pavilion y desde los gabletes almenados a las barandas azulejadas con columnas, lograba introducir, con un eclecticismo verdaderamente inglés, algo más que un toque de *durbah* a un edificio tan funcionalmente eficiente como un retrete público de caballeros. Quizás el que había construido la mansión de los Hazelstone no supiese lo que estaba haciendo, casi seguro que no, pero tenía que haber sido un auténtico genio para poder hacer aquello.

Cuando el coche policial llegó a la entrada, abrió la gran puerta gótica de la mansión un mayordomo indio, de guantes blancos y faja roja, que condujo al Kommandant y a su ayudante a través de un inmenso vestíbulo cuyas paredes estaban cubiertas con las cabezas polvorientas de un jabalí verrugoso, dieciséis búfalos, diez leones y numerosos ejemplares de fauna menor, cabezas que el difunto juez Hazelstone había adquirido en una subasta para sostener su reputación, totalmente infundada, de gran cazador de caza mayor. Para añadir un elemento más a la impresión de que se hallaban en la selva, una profusión de plantas y helechos enmacetados

alzaban sus frondas polvorientas hasta la bóveda en abanico de yeso. El pasillo y el gran salón que cruzaron, estaban asimismo decorados con los retratos de Hazelstone muertos hacía ya mucho, y cuando salieron al fin a la galería de la parte trasera, había aumentado de modo perceptible el respeto del Kommandant van Heerden hacia la Inglaterra Imperial.

La señorita Hazelstone había elegido el escenario de su crimen con un sentido de la oportunidad y de la corrección que correspondía a una época lejana en la que no había prisa. El cuerpo de Cinco Peniques yacía sobre un césped inmaculado y hallábase encogido en un *rigor monis* adecuadamente respetuoso a los pies de un pedestal en el que se había alzado el busto de Sir Theophilus Hazelstone, GCR, GCSI, GCIE, DSO y en tiempos gobernador de Zululandia y virrey de Matabelelandia; busto que se había erigido al concluir la rebelión zulú para conmemorar la victoria que obtuvo Sir Theophilus en Bulundi contra diecisiete mil zulúes desarmados que habían supuesto erróneamente que Sir Theophilus les había invitado para una *indaba* como representante de la Gran Reina Blanca. La matanza que siguió se registró en la historia militar como la primera ocasión en que se dispararon cañones navales de diez pulgadas a quemarropa, a una distancia de quince metros, hecho que tuvo como consecuencia el que muriesen la mitad de los propios artilleros alcanzados por la metralla. En posteriores etapas de la batalla, se había rectificado este error y se habían utilizado cañones navales para fuego de larga distancia a fin de diezmar a los zulúes en fuga, con lo que habían resultado destruidas cuatro granjas y un fortín británico en el río Tugela a unos diez kilómetros de distancia del campo de batalla. Tales innovaciones en el arte de la estrategia militar habían proporcionado a Sir Theophilus el título de caballero y una barra más a su DSO, aparte de la admiración de los soldados y oficiales supervivientes, fortaleciendo además su reputación de honradez escrupulosa y juego limpio entre los tribeños que, lisiados y mutilados, lograron sobrevivir al holocausto. Durante su reinado como gobernador, Zululandia conoció una década de paz absoluta y su muerte alivió el luto de toda una generación de viudas zulúes.

Había sido la fama de héroes como Sir Theophilus la que había engendrado aquella admiración del Kommandant van Heerden a los británicos y a su imperio. Su fama, se dijo el Kommandant, lo único que le quedaba a Sir Theophilus. Desde luego, su busto había desaparecido del pedestal y yacía fragmentado por medio acre de césped, por lo demás

impecable. Más allá del césped, los troncos de los árboles gomíferos estaban mordidos y astillados y las matas de azaleas parecían haber sido objeto de las atenciones obstinadas de algún animal muy grande y desesperadamente hambriento. Ramas y hojas yacían esparcidas y rotas por un radio de unos veinte metros.

Durante un instante, el Kommandant se sintió esperanzado ante la posibilidad de que la muerte súbita de Cinco Peniques se debiese no a un agente humano sino a algún cataclismo natural como, por ejemplo, un extraño tornado que hubiera pasado sin sombra de duda, de modo manifiesto, por Jacaranda Park, pero que no hubiera afectado siquiera al resto de Piemburgo. Este breve espasmo de optimismo murió casi tan rápido como había nacido. Era demasiado evidente que aparte de otros dones que la señorita Hazelstone pudiera haber heredado de sus ilustres antepasados imperiales, Sir Theophilus le había legado una notable afición a las armas de fuego enormes y a hacer uso de ellas a una distancia innecesariamente corta.

La encontró sentada; una señora de edad, delgada, angulosa, casi frágil, que vestía un traje de chifón oscuro con encaje al cuello, en un sillón frágil y antiguo de mimbre con una funda de protección innecesaria, y en el regazo tenía un arma que dejó sorprendido al Kommandant van Heerden, e incluso al Konstabel Els, y que explicaba con toda claridad la escena de devastación que había tras el cuerpo encogido de Cinco Peniques y el pedestal sin busto. Era un rifle de cuatro cañones, como de uno ochenta de longitud, y con un ánima de un diámetro tan grande que hacía recordar una de las armas favoritas de Sir Theophilus, el cañón naval de diez pulgadas. Los ojos expertos del Kommandant van Heerden percibieron de inmediato que no se trataba de un arma de fuego normal permitida para defensa personal.

—Ésta es el arma homicida —dijo la señorita Hazelstone, leyendo evidentemente sus pensamientos. Y tras decir esto, dio unas palmaditas al rifle de cuatro cañones y van Heerden se dio cuenta de que estaba claramente decidida a no dejar ni una parte del arma sin huellas dactilares.

El Kommandant miró cautelosamente el rifle.

—¿Qué es? —preguntó al fin.

—Es un rifle para cazar elefantes de cuatro cañones con recámara de carga —contestó la señorita Hazelstone—. Lo diseñó mi padre, el difunto juez Hazelstone, y se construyó según sus instrucciones. Tiene un ritmo de

fuego de cuarenta proyectiles por minuto y puede inhabilitar a un elefante en pleno ataque a mil metros.

Van Heerden expuso la opinión de que parecía innecesario matar elefantes a mil metros. No fue capaz de utilizar el término «inhabilitar». Parecía de una modestia impropia. Evaporar parecía un término más propio.

—Mi padre era muy mal tirador —continuó la señorita Hazelstone—. Además, era un cobarde espantoso.

—No puede llamarse cobarde a alguien capaz de disparar un arma así —dijo, galante y veraz, el Kommandant. La entrevista empezaba a resultarle completamente tranquilizadora. El asesinato había añadido un toque nuevo de humanidad a la señorita Hazelstone. Estaba tratándole con una urbanidad insólita. El Kommandant decidió que había llegado el momento de reanudar su defensa de la inocencia de la señorita Hazelstone.

—Ese rifle es demasiado pesado para una mujer… perdóneme usted… para una dama —dijo y lamentó el comentario casi en el instante mismo de hacerlo. Era evidente que la señorita Hazelstone afrontaría cualquier reto. Se levantó de su asiento y apuntó con el gran rifle al jardín.

El Kommandant no había tenido en cuenta siquiera la posibilidad de que ella pudiera disparar aquel chisme. El Konstabel Els actuó, por una vez, con mayor resolución y se arrojó al suelo. El que el sector de suelo que eligió estuviera ya ocupado por un gran doberman pinscher y que el perro decidiera disputar el derecho del Konstabel Els a echarse en él y el que, en realidad, todos los perros de Sudáfrica estén adiestrados para morder a personas de extracción negra y que el Konstabel Els era lo bastante mestizo para justificar la mordedura por sospecha, todo esto se lo perdió el Kommandant van Heerden cuando la señorita Hazelstone, apuntando ya al suelo ya al cielo, apretó el gatillo.

El Kommandant, que estaba de pie a metro y medio a la derecha de los cuatro cañones y casi al nivel de sus bocas y que, sólo un instante antes, había sido un ser humano racional en plena posesión de sus sentidos, se halló en lo que le pareció un burbujeo de llamas enormes y en rápida expansión. El mundo delicado del jardín, el cielo, los pájaros gorjeantes, incluso los chillidos de Els asediado por el doberman, desaparecieron todos. El Kommandant van Heerden experimentaba sólo ese silencio absoluto que hay en el corazón quieto de una explosión enorme. No había ni dolor ni ansiedad ni pensamiento, sólo la certeza absoluta, no de que

estaba próximo el fin del mundo sino de que se había producido ya, irremisiblemente. Durante un instante breve e iluminador el Kommandant van Heerden experimentó la forma más elevada de comprensión mística, la disolución corporal total. Tardó un rato en volver al mundo de la sensación física, y cuando lo hizo ya no podía oír nada del trueno que estalló en Jacaranda Park y se expandió en dirección a los montes Drackensberg. Con los ojos vidriosos del sonámbulo despertado y el bigote chamuscado que resulta de situarse demasiado cerca de un gran cañón, contempló la escena que le rodeaba. No era una escena que pudiera tranquilizar a un hombre que dudaba de su propia cordura.

Los problemas del Konstabel Els con el doberman se habían exacerbado, por decirlo delicadamente, con la andanada. Era dudoso a cuál de los dos animales había enloquecido más el estruendo del rifle. El perro, que había mordido en un principio al Konstabel Els en el tobillo hasta el hueso, había transferido sus atenciones a la entrepierna del dicho Konstabel Els, y una vez allí había manifestado todos los síntomas del tétano. Els, conservador como siempre, y no teniendo nada más que morder que el trasero del doberman, estaba aplicando sus conocimientos, obtenidos en los interrogatorios de varios miles de africanos, de lo que él alegremente denominaba «rompehuevos», pero que en los informes de las autopsias de algunos de sus pacientes se denominaba contusiones graves en los testículos.

El Kommandant van Heerden apartó la poca capacidad de atención que le quedaba de este desagradable espectáculo e intentó observar a la señorita Hazelstone, que estaba conmocionada pero satisfecha en el sillón de mimbre al que la había arrojado el retroceso del rifle. A través de las pestañas chamuscadas, el Kommandant podía ver parcialmente que la señorita Hazelstone se dirigía a él, porque movía los labios, pero tardó unos minutos en recuperar la audición lo suficiente para poder captar lo que estaba diciendo. No era que los comentarios de la señorita Hazelstone le ayudasen precisamente. Parecía gratuito, sin duda, repetir: «Ahí tiene usted. Ya le dije que podía disparar el rifle», y el Kommandant empezó a preguntarse si no habría sido un poquito injusto con el Luitenant Verkramp. La señorita Hazelstone era, desde luego, una mujer que no se detenía ante nada.

La segunda andanada había destruido los restos del pedestal que había sustentado el busto de Sir Theophilus y, al ir dirigida la descarga hacia el

suelo, había borrado casi todo rastro del recientemente reverente cadáver de Cinco Peniques. Casi pero no del todo, pues a los restos fragmentarios y dispersos del busto de Sir Theophilus se les habían unido, en toda la extensión que ocupaban, los restos no menos fragmentarios y dispersos del difunto cocinero zulú, mientras trozos de piel negra se habían adosado como lapas a los agostados troncos de los árboles gomíferos que bordeaban aquel césped antes inmaculado. El Kommandant van Heerden no lograba fijar los ojos en aquel objeto negro y redondo que intentaba atraer la atención hacia sí columpiándose en una rama de la parte más alta de un eucalipto, bello por lo demás. Por el centro del césped, el rifle había formado una trinchera recta de unos veinte centímetros de profundidad y unos quince metros de longitud, de cuyos bordes aserrados brotaba lo que el Kommandant albergaba desesperadamente la esperanza que fuera vapor.

Considerando que el trabajo de la tarde y su reciente experiencia trascendental le habían liberado de las normas de corrección a que se había atenido siempre en presencia de la señorita Hazelstone, el Kommandant se sentó sin que le invitaran a hacerlo en una silla bien separada de cualquier posible trayectoria de fuego de aquel rifle terrible, y pasó a observar con aire de especialista el conflicto gladiadoresco del Konstabel Els con el doberman.

En conjunto, pensaba que estaban bastante igualados en el dominio físico e intelectual de la situación. Cierto que Els sufría la desventaja de una mandíbula más pequeña y de menos dientes, pero lo que le faltaba en capacidad mordedora lo compensaba en concentración y en experiencia castradora. El Kommandant pensó por un momento en intervenir, pero la señorita Hazelstone había actuado ya con esa resolución de las personas de su clase, que al Kommandant siempre le había parecido admirable. Envió al mayordomo indio a la casa, y al cabo de un momento el mayordomo regresó con una botella de amoniaco y un paquete grande de algodón.

—La mejor forma de separar perros —gritó la señorita Hazelstone por encima de gruñidos y lamentos— es ponerles en el hocico un algodón empapado en amoniaco. Se ahogan y abren la boca y entonces puedes separarlos.

Y tras decir esto, plantó el algodón en la cara ya púrpura del Konstabel Els. El Kommandant se preguntó por qué habría elegido a Els primero para que soltara su presa, pero lo atribuyó al amor de los ingleses a los animales, y, para ser justo con la señorita Hazelstone, sabía que ésta le tenía un cariño

especial al doberman.

Se puso de manifiesto en seguida que el método era de una eficacia notable. Con un grito ahogado y todos los síntomas de la asfixia inminente, Els soltó su presa en los órganos reproductores del perro y fue ayudado a abandonar la lucha por el mayordomo indio que, asiendo al Konstabel por los tobillos, tiró de él con firmeza para apartarle del perro.

Por desgracia para él, al doberman le intimidaba menos, al parecer, la amenaza de muerte por asfixia, o bien se había hecho inmune al amoniaco, e hicieron falta varios minutos para persuadirle de que no se aprovechase de la ventaja que el animal suponía razonablemente que había ganado por intervención de su ama. Quizá pensase que la señorita Hazelstone se había unido a él en la lucha porque el Konstabel Els hubiese transferido a ella sus sobrecogedoras atenciones mandibulares, lo cual habría sido más natural al menos aunque no del todo comprensible, considerando su edad y su falta de atractivo físico. Fueran cuales fuesen las razones para que el doberman mantuviese con aquella tenacidad su presa en la entrepierna de Els, el intervalo permitió al Kommandant concentrar su atención, interrumpida sólo por los gritos agónicos de su ayudante, en el caso que se había visto obligado a investigar.

Restauradas de nuevo la paz y la tranquilidad en el jardín y después que la señorita Hazelstone mandase a Oogly, el mayordomo indio, servir el té en el salón, el Kommandant van Heerden había recuperado suficientemente sus facultades como para iniciar la investigación del caso. Pero primero ordenó al Konstabel Els que recuperase los restos de Cinco Peniques que estaban esparcidos por el césped y por lo que era un eucalipto claramente inescalable, orden que el Konstabel se mostró inclinado a discutir so pretexto de que necesitaba tratamiento hospitalario inmediato y prolongado a causa de múltiples y graves mordeduras de perro, además de fatiga de combate y conmoción.

Por fin el Kommandant logró reanudar su interrogatorio de la señorita Hazelstone con el acompañamiento de un té a la antigua con emparedados de salmón ahumado y bollos de crema y la contemplación casi igual de placentera del Konstabel Els padeciendo vértigo grave a unos doce metros de altura, encaramado en el eucalipto.

—En cuanto al cocinero —comenzó el Kommandant—, ¿he de interpretar que estaba usted descontenta con su forma de cocinar?

—Cinco Peniques era un cocinero excelente —declaró enfáticamente la

señorita Hazelstone.

—Ya veo —dijo el Kommandant, aunque no veía, ni literal ni metafóricamente. Llevaba teniendo dificultades con la visión desde que le había envuelto aquella bola de fuego. Se le iba y se le venía la vista y también el oído se comportaba de modo caprichoso.

—Cinco Peniques era un verdadero especialista culinario —continuó la señorita Hazelstone.

—¿De veras? —las esperanzas del Kommandant aumentaron—. ¿Y cuándo hacía eso?

—Todos los días, por supuesto.

—¿Y cuándo descubrió usted por primera vez lo que se proponía?

—Casi desde el primer momento.

—¿Y le permitió usted seguir? —preguntó asombrado el Kommandant.

—Por supuesto que sí. No pensará usted que iba a impedírselo, ¿no? —masculló la señorita Hazelstone.

—Pero su deber como ciudadana…

—Pamplinas mi deber como ciudadana. ¿Por qué demonios había de obligarme mi deber como ciudadana a despedir a un excelente cocinero?

El Kommandant hurgó entre los recodos de su mente conmocionada por la explosión, buscando una respuesta aceptable.

—Bueno, al parecer, le ha disparado usted por eso —dijo al fin.

—Yo no hice nada de eso —masculló la señorita Hazelstone—. La muerte de Cinco Peniques fue un *crime passionel.*

El Kommandant van Heerden intentó imaginar lo que podía ser un Creme Pasión Nell. La muerte de Cinco Peniques se parecía más, en su opinión, a la explosión de una morcilla. Y en cuanto a las porciones que el Konstabel Els intentaba desprender aún del eucalipto, hasta a un carnicero de perros le habría resultado difícil dar con una descripción adecuada de ellos.

—Un Creme Pasión Nell —repitió lentamente, con la esperanza de que la señorita Hazelstone acudiera en su ayuda con un término más familiar. Lo hizo.

—Un asesinato pasional, imbécil —masculló.

El Kommandant van Heerden cabeceó. No había supuesto en ningún momento que pudiera haber sido otra cosa. Nadie en su sano juicio habría infligido aquellas heridas sobrecogedoras a Cinco Peniques a sangre fría y sin que mediasen sentimientos de algún género.

—Oh, comprendo, comprendo —dijo.

Pero la señorita Hazelstone no tenía intención alguna de permitirle mantenerse al abrigo de aquel cómodo malentendido.

—Quiero que entienda usted que mis sentimientos hacia Cinco Peniques no eran los que suelen prevalecer entre señora y criado —dijo.

El Kommandant van Heerden había llegado ya a esa conclusión por su cuenta. Cabeceó alentadoramente. Aquel modo anticuado y formal que tenía la señorita Hazelstone de expresar sus pensamientos, le encantaba. La declaración siguiente de la señorita Hazelstone tuvo el efecto absolutamente contrario.

—Lo que pretendo explicarle —continuó—, es que yo estaba enamorada de él.

La mente agobiada del Kommandant tardó cierto tiempo en asimilar todas las implicaciones de aquella revelación. Por comparación, su experiencia de disolución corporal ante la boca del rifle de cazar elefantes, había sido un mero suspirillo del viento en la yerba en un prado lejano. Esto era un obús. Mudo de horror miró sin poder centrar la vista en la dirección de la señorita Hazelstone. Ahora ya sabía cómo era el rostro de la locura. Era una dama frágil y anciana de ilustre e impecable ascendencia británica sentada en una butaca de mimbre de alto respaldo sosteniendo en sus manos delicadas una tacita de porcelana en la que, en calcomanía dorada, la enseña de los Hazelstone, un jabalí rampante, quedaba orillada por el lema de la familia *«Baisez-moi», y* confesando abiertamente a un policía afrikaaner que estaba enamorada de su cocinero negro.

La señorita Hazelstone ignoró el perplejo silencio del Kommandant. Lo consideraba, evidentemente, un signo de respeto por la delicadeza de sus sentimientos.

—Cinco Peniques y yo éramos amantes —continuó—. Nos amábamos con una lealtad profunda e imperecedera.

Al Kommandant van Heerden le daba vueltas la cabeza. Ya era bastante tremendo tener que intentar comprender, aunque sin esperanza, qué demonios podría haber hallado la señorita Hazelstone en un cocinero negro que pudiera resultar atractivo de algún modo, no digamos ya intentar imaginar cómo un cocinero negro podía estar enamorado de la señorita Hazelstone; pero cuando, para coronarlo todo, ésta utilizó la expresión «lealtad imperecedera», cuando lo que quedaba de Cinco Peniques se hallaba esparcido por un acre de césped y fronda, o colgaba a doce metros

de altura de un eucalipto como resultado directo del amor apasionado de su amante, entonces el Kommandant van Heerden se dio cuenta de que su razón corría grave peligro de desintegración total.

—Continúe —balbució involuntariamente. Su propósito era decir «Cállese, por amor de Dios», pero su adiestramiento profesional le hizo contenerse.

La señorita Hazelstone parecía feliz de poder continuar.

—Nos hicimos amantes hace ocho años y fuimos muy felices desde el principio. Cinco Peniques comprendía mis necesidades sentimentales. Por supuesto, no podíamos casarnos, debido a esa absurda Ley de Inmoralidad.

La señorita Hazelstone hizo una pausa y alzó una mano como para silenciar la protesta del escandalizado Kommandant.

—Así que teníamos que vivir en pecado.

El Kommandant van Heerden estaba ya más allá de la conmoción. La miraba con ojos desorbitados.

—Pero aunque no estuviéramos casados —continuó la señorita Hazelstone—, éramos felices. He de admitir que no hacíamos mucha vida social, pero cuando se llega a mi edad, lo único que una quiere es hacer vida tranquila en casa, ¿no piensa usted igual?

El Kommandant van Heerden no pensaba. Hacía todo lo posible por no escuchar. Se levantó torpemente de su asiento y cerró las puertaventanas que conducían al *stoep.* Lo que aquella vieja espantosa estaba diciéndole no debía llegar de ninguna manera a oídos del Konstabel Els. Percibió con alivio que el temible Konstabel había logrado al fin llegar a la cima del árbol, donde parecía estar inmovilizado.

Mientras la señorita Hazelstone seguía mascullando su catálogo de las virtudes de Cinco Peniques, el Kommandant paseaba por la estancia, intentado frenéticamente dar con un medio de echar tierra al asunto. La señorita Hazelstone y Jacaranda Park eran casi como instituciones nacionales. La columna que escribía la señorita Hazelstone sobre vida refinada y normas de etiqueta aparecía en todos los periódicos del país, por no hablar ya de sus frecuentes artículos en las publicaciones femeninas más famosas. Si se sabía que la decana de la sociedad inglesa de Zululandia había asesinado a su cocinero negro, o si enamorarse de cocineros negros pasaba a figurar en la categoría del vivir refinado y se extendía la moda, como muy bien podría ser, Sudáfrica sería mestiza en un año. ¿Y qué decir del efecto sobre los propios zulúes cuando se enterasen de que uno de los

suyos había estado haciéndolo con la nieta del Gran Gobernador, Sir Theophilus Hazelstone, en el propio *craal* de Sir Theophilus, en Jacaranda Park, libremente, casi legalmente, y a instancias de la dama? El Kommandant van Heerden pensó de pronto en una violación generalizada por parte de miles de cocineros zulúes, de ahí paso a pensar en la rebelión de los nativos y, por último, en la guerra racial. El Luitenant Verkramp en realidad había tenido razón en los informes que había enviado a Pretoria. Había mostrado una perspicacia verdaderamente asombrosa. La señorita Hazelstone y su maldito cocinero zulú eran capaces, sin duda, de poner fin a trescientos años de Supremacía Blanca en Sudáfrica. Y lo peor de todo era que le considerarían a él, al Kommandant van Heerden, el responsable del desastre.

Por fin, tras contemplar prolongada y devotamente la cara de una hiena apolillada que, en su estado distraído y absorto, tomó por un retrato de Sir Theophilus en sus años mozos, el Kommandant agrupó las últimas facultades que le quedaban y volvió a centrar la atención en su torturadora. Haría una última tentativa para lograr que aquella vieja zorra comprendiese cuál era su deber como dama y como mujer blanca y negase haber albergado jamás hacia su cocinero zulú algo más mortífero o apasionado que pensamientos suavemente críticos.

La señorita Hazelstone había concluido su catálogo de virtudes de Cinco Peniques como compañero espiritual y sentimental. Había empezado a describir los atributos del cocinero como amante físico y sensual, como compañero de lecho y como la persona que satisfacía sus apetitos sexuales que, como el Kommandant iba descubriendo para su disgusto, eran prodigiosos y, según su punto de vista, perversos hasta el punto de la enormidad.

—Por supuesto, tuvimos nuestros problemillas al principio —decía la señorita Hazelstone—. Existían pequeñas incompatibilidades en nuestras actitudes y también, claro, debido a nuestros diferentes atributos físicos. Un hombre de la experiencia de usted, Kommandant, sabrá, naturalmente, a qué me refiero.

El Kommandant, cuya experiencia sexual se limitaba a una visita anual a un burdel de Lourenco Marques en las vacaciones de verano, pero cuya experiencia con los zulúes era bastante amplia, pensó que sabía lo que quería decir ella aunque hubiera preferido no saberlo.

—En primer lugar, Cinco Peniques padecía *ejaculatio praecox* —

prosiguió clínicamente la señorita Hazelstone.

Durante un instante, demasiado breve, la falta de conocimientos de latín del Kommandant y su limitada cultura médica le ahorraron todas las implicaciones de este comentario. Pero la señorita Hazelstone se apresuró a explicarlo.

—Padecía de emisiones prematuras —dijo, y cuando el Kommandant se aventuró a sugerir, sin entender, que, en su humilde opinión, Cinco Peniques no debería haber ido tan prematuramente a la misión, considerando sus detestables hábitos en su vida posterior, la señorita Hazelstone bajó de nivel y explicó lo que quería decir en un lenguaje que el Kommandant, pese a su resistencia, estaba obligado a reconocer como demasiado inteligible.

—Eyaculaba casi en cuanto le tocaba —continuó la señorita Hazelstone lánguidamente y, malinterpretando la expresión de espanto abyecto del Kommandant y considerándola indicio de que aún no había entendido lo que quería decirle, administró el golpe de gracia a su sensibilidad embotada.

—Se corría antes de poder llegar a metérmela —dijo. Y cuando lo dijo, el Kommandant creyó percibir, como en una horrible pesadilla, que las comisuras de los labios de la señorita Hazelstone se alzaban en una leve sonrisa de evocación feliz.

El Kommandant van Heerden comprendió entonces que la señorita Hazelstone había perdido el juicio. Estaba a punto de decir que se le había ido el juicio, pero la frase, al recordar con demasiada claridad la repugnante tendencia de Cinco Peniques, por no mencionar su destino final, quedó ahogada en el umbral de la conciencia.

—Al final conseguimos resolver el problema —continuó la señorita Hazelstone—. En primer lugar, le hice ponerse tres preservativos, uno encima del otro, para insensibilizar el *glans penis y* resultaba muy satisfactorio desde mi punto de vista, aunque tendía a dificultarle un poco la circulación a él y se quejaba de que no podía sentir gran cosa. Al cabo de una hora, le permitía quitarse uno, y eso le aliviaba un poquito. Por último, le quitaba el segundo, y teníamos un orgasmo simultáneo.

La señorita Hazelstone hizo una pausa y blandió malévolamente un dedo hacia el estupefacto Kommandant, que intentaba desesperadamente reunir energías suficientes para interrumpir aquellas revelaciones sobrecogedoras.

—Pero ése no fue el final del asunto —continuó la señorita Hazelstone —. Quiero que sepa usted que llegué al final a una solución aún mejor para solventar este problemilla de Cinco Peniques. Fui al dentista a hacerme la revisión que me hago cada seis meses y el doctor Levy me puso una inyección de anestesia local para amortiguar el dolor.

La señorita Hazelstone vaciló como si se avergonzara de confesar una debilidad.

—En fin, en mis tiempos no nos preocupábamos tanto por esas cosas. Un poco de dolor no le importaba a nadie. Pero el doctor Levy insistió y después me alegré de habérmela puesto. En fin, comprendí de pronto cómo podía impedir que a Cinco Peniques le desbordase la intensidad de sus sentimientos hacia mí.

La señorita Hazelstone hizo una pausa. No había ninguna necesidad, en rigor, de que continuara.

El intelecto iluminado, del Kommandant van Heerden se había lanzado a la carrera y se había asido con toda firmeza a la cuestión. Además, empezaba a comprender, aunque sólo intermitentemente, la línea de pensamiento que tenía que seguir la señorita Hazelstone.

En este momento, el Kommandant imaginó la escena del juicio que seguiría a la revelación de que la señorita Hazelstone había adquirido la costumbre de inyectarle novocaína en el pene con una jeringuilla hipodérmica a su cocinero negro antes de permitirle realizar el acto sexual con ella. Lo visualizó y se juró que no sucedería nunca, aunque tuviera que matar a la señorita Hazelstone para impedirlo.

La mirada del Kommandant van Heerden vagaba desesperadamente por la serie de Hazelstones muertos hacía mucho y que adornaban las paredes del salón. El Kommandant pensó que ojalá supieran apreciar los sacrificios que él estaba dispuesto a hacer por salvar el honor de la familia de la vergüenza que la señorita Hazelstone parecía decidida a arrojar sobre ella. Lo de las inyecciones de novocaína era una innovación de las técnicas sexuales de tan extraño carácter que no sólo ocuparía los titulares de todos los periódicos de la nación. Los periódicos del mundo entero lanzarían aquella golosina en letras enormes en sus primeras páginas. No quería ponerse siquiera a pensar cómo llegarían a redactar concretamente la noticia, pero tenía absoluta confianza en la capacidad de los directores para conseguir que resultase un titular sensacionalista. Intentó imaginar qué tipo de sensación experimentaría Cinco Peniques y llegó a la conclusión de que

su muerte por obra de aquel horroroso rifle de cazar elefantes debía haberle parecido al cocinero una liberación relativamente cómoda de la práctica continua de la señorita Hazelstone de clavarle la aguja de su jeringuilla hipodérmica en la punta de la polla. El Kommandant se preguntó lánguidamente si Cinco Peniques tendría o no prepucio. Era un hecho que ya no podrían comprobar de ningún modo.

Este pensamiento le empujó a mirar por la ventana para ver cómo le iba al Konstabel Els. Advirtió, con el escaso asombro que le había dejado la confesión de la señorita Hazelstone, que Els había recuperado la cabeza de Cinco Peniques y se las había arreglado para llegar al suelo, donde acumulaba afanosamente méritos para el ascenso, obligando a puntapiés al mayordomo indio a recoger los restos desparramados del cocinero zulú y a meterlos en la funda de una almohada. Els se mostraba, como siempre, pensó el Kommandant, un poco optimista. No necesitaban nada tan grande como la funda de una almohada. Una bolsita de esponja habría servido de sobra.

4

Detrás de él, la señorita Hazelstone, evidentemente exhausta por la confesión, seguía sentada en silencio y rememoraba feliz sus recuerdos. El Kommandant van Heerden se desmoronó en otro sillón frente a ella y contempló menos feliz su futuro inmediato. Lo que le había revelado a él la señorita Hazelstone, no le cabía la menor duda de que lo revelaría también al mundo si se le concedía la menor oportunidad, y había que impedir a toda costa tales revelaciones. La carrera del propio Kommandant, la reputación de la primera familia de Zululandia, todo el futuro de África del Sur, dependían claramente del silencio de la señorita Hazelstone. El primer deber del Kommandant era cerciorarse de que no se filtrase ni una sola palabra de los acontecimientos de aquella tarde fuera de Jacaranda Park. El Kommandant van Heerden tenía poca fe en su propia capacidad para impedir tal filtración, y ninguna en absoluto en la de Els.

El Kommandant sabía por amarga experiencia que el Konstabel Els era incapaz de guardarse nada, dinero, esposa, pene, presos, y no digamos ya cotillees, para sí. Lo que tenía que contar la señorita Hazelstone no entraba en la categoría de simple cotilleo. Era dinamita política, racial, social, lo que se quisiera.

Y precisamente en este punto de sus cavilaciones el Kommandant advirtió que el Konstabel Els se acercaba a la casa. Tenía el aire de un perro bueno que ha cumplido con su deber y espera la recompensa. Si hubiera tenido cola estaría meneándola, sin duda. Al carecer de dicho apéndice, llevaba detrás un terrible sustituto que, según pudo apreciar agradecido el Kommandant van Heerden, tenía la decencia de no menear. Lo que quedaba de Cinco Peniques no eran cosas que nadie, ni siquiera él, quisiera menear.

El Kommandant van Heerden actuó con rapidez. Salió hasta el *stoep y*

cerró la puerta al salir.

—Els —ordenó—. Sus órdenes son las siguientes.

El Konstabel dejó caer la funda de la almohada y escuchó atentamente. Subir a los árboles y recoger fragmentos de cadáveres eran actividades de las que podía prescindir sin esfuerzo, pero lo de que le dieran órdenes era algo que le llegaba al alma. Significaba generalmente que se le concedía permiso para hacerle daño a alguien.

—Deshágase usted de esa… esa cosa —ordenó el Kommandant.

—Sí señor —dijo Els, agradecido. Estaba cansándose ya de Cinco Peniques.

—Diríjase a la entrada principal y quédese allí de guardia hasta que le releven. Encárguese de que no entre ni salga nadie del recinto. Nadie en absoluto. Eso significa tampoco europeos. ¿Entendido?

—Sí señor.

—Si entra alguien, tiene usted que cerciorarse de que no vuelve a salir.

—¿Puedo utilizar armas de fuego para detenerles, señor? —preguntó Els.

El Kommandant van Heerden vaciló. No quería un baño de sangre en la entrada principal de Jacaranda Park. Por otra parte, no había duda de que la situación era desesperada y que una palabra a la prensa atraería a hordas de periodistas… Así que estaba dispuesto a tomar medidas drásticas.

—Sí —dijo al fin—, puede usted disparar.

Y luego, recordando el lío que se había organizado cuando habían tenido que llevarse a un periodista herido al hospital de Piemburgo, añadió:

—Y tire usted a matar, Els, tire a matar —era más fácil refutar las quejas del depósito de cadáveres.

El Kommandant van Heerden volvió a entrar en la casa y el Konstabel Els se dirigió a la entrada principal dispuesto a montar guardia. No había andado mucho cuando cruzó su pensamiento la idea de que el rifle de cazar elefantes aseguraría sin duda plenamente el que nada mayor que una cucaracha saliera vivo de Jacaranda Park. Volvió, pues, sobre sus pasos y cogió el rifle del *stoep y* luego, tras coger varias cajas de munición de revólver del coche policial, se lanzó camino adelante, con el corazón alegre.

El Kommandant van Heerden, tras entrar de nuevo en la casa, se alegró al ver que la señorita Hazelstone seguía aún allí sentada en su pasmo. Por lo menos, se había resuelto un problema. El Konstabel Els no se enteraría

jamás de lo de las inyecciones. La idea de lo que pasaría si Els se enteraba de aquella diversión acongojaba en grado sumo al Kommandant. Ya había habido quejas suficientes últimamente de los ciudadanos por los gritos que se oían en las celdas de la comisaría de policía de Piemburgo sin necesidad de que el Konstabel Els aplicase inyecciones penales a los presos. Y, claro está, Els no se habría contentado con inyectar novocaína. Se habría graduado con ácido nítrico antes de dar tiempo siquiera a decir «*Apartheid*».

Eliminado Els, el Kommandant decidió el paso siguiente. Dejó a la señorita Hazelstone en su sillón y se dirigió hacia el teléfono que sobresalía en la selva enmacetada del vestíbulo. Hizo dos llamadas. La primera al Luitenant Verkramp, a la comisaría de policía.

Posteriormente, el Luitenant Verkramp recordaría aquella conversación telefónica con ese escalofrío que nos asalta cuando recordamos los primeros presagios del desastre. De momento, se había preguntado sólo qué demonios le pasaría a su Kommandant. Parecía como si van Heerden se hallara al borde de un ataque de nervios.

—¿Es usted, Verkramp? —su voz llegó en un susurro estrangulado.

—Claro que soy yo. ¿Quién diablos creyó usted que era? —Verkramp no pudo oír la respuesta, pero parecía que el Kommandant intentara tragarse algo muy desagradable—. ¿Qué es lo que pasa ahí? ¿Tiene usted algún problema? —inquirió esperanzado Verkramp.

—Deje de hacer preguntas tontas y escuche —cuchicheó autoritario el Kommandant—. Quiero que reúna usted a todos los agentes de Piemburgo en el cuartel de policía.

El Luitenant Verkramp quedó sobrecogido.

—No puedo hacerlo —dijo—, ha empezado ya el partido de rugby. Habrá un motín si…

—Habrá un motín, sí, si no lo hace —mascultó el Kommandant—. Eso en primer lugar. En segundo, quedan cancelados todos los permisos, incluidos los permisos por enfermedad. ¿Me ha entendido usted?

El Luitenant Verkramp no estaba seguro de lo que había entendido. Le daba la sensación de que el Kommandant estaba frenético.

—Reúnales a todos en el cuartel —prosiguió el Kommandant—. Les quiero a todos armados y aquí lo antes posible. Que traigan los blindados Saracen, y los perros. Ah, y que traigan también los focos. Y todo el alambre de espinos que haya y también esos carteles de la rabia que

utilizamos en la epidemia del año pasado.

—¿Los carteles de la rabia? —gritó el Luitenant Verkramp—. ¿Quiere usted los perros policía y los carteles de la rabia?

—Y no se olviden los carteles de la peste bubónica. Tráiganlos también.

El Luitenant Verkramp intentó imaginar el estallido desesperado de una epidemia en Jacaranda Park, que exigía advertir a la población del peligro de la rabia y de la peste bubónica.

—¿Está usted seguro de que se encuentra bien? —preguntó. Parecía que el Kommandant estuviera delirando.

—Claro que estoy bien —masculló el Kommandant—. ¿Por qué demonios no iba a estarlo?

—Bueno, yo sólo pensé…

—No me importa nada lo que pensara usted. No se le paga a usted para pensar. Se le paga para que obedezca mis órdenes. Y estoy ordenándole que traiga todos los carteles que tenemos y iodos los policías y todos los perros…

El catálogo del Kommandant van Heerden continuo mientras Verkramp escudriñaba desesperadamente su pensamiento buscando las razones de aquella emergencia. La orden final del Kommandant fue la coronación:

—Venga aquí dando un rodeo. No quiero atraer la atención pública.

Y, antes de que el Luitenant pudiera preguntar cómo creía él posible eludir la atención del público con un convoy de seis coches blindados, veinticinco camiones y diez focos, aparte de setenta perros policía y varias docenas de enormes carteles que anunciaban el estallido de la peste bubónica y la rabia, el Kommandant ya había colgado el teléfono.

Luego, el Kommandant van Heerden llamó al comisario general de policía de Zululandia. Allí, entre la flora y la fauna del vestíbulo, el Kommandant vaciló un rato antes de hacer su segunda llamada. Podía ver alzarse ante él una serie de dificultades cuando solicitase Poderes Especiales para afrontar aquella situación, una de las cuales, y no precisamente la menor, era la pura incredulidad que sin duda alguna acogería su considerada opinión como funcionario de policía de que la hija del difunto juez Hazelstone no sólo había asesinado a su cocinero zulú sino que, previamente a tal acto, había estado fornicando con él de modo regular durante ocho años, tras insensibilizar y dejar totalmente inertes sus órganos reproductores mediante inyecciones intramusculares de grandes dosis de

novocaína. El Kommandant van Heerden sabía muy bien qué le haría él a cualquier funcionario subordinado que le llamara en mitad de una cálida tarde de verano para contarle aquella historia absurda. Decidió, pues, evitar entrar en detalles sobre el caso. Subrayaría las consecuencias probables de un caso de asesinato en que estaba complicada la hija de un juez de lo más eminente, que había sido, en su época, el principal exponente en el país de la defensa de la pena capital, y utilizaría el informe del Luitenant Verkramp a Pretoria sobre las actividades subversivas de la señorita Hazelstone para justificar su necesidad de Poderes Especiales. Reuniendo todo su valor, el Kommandant van Heerden descolgó el teléfono e hizo la llamada. Ante su sorpresa, el comisario general no planteó ninguna objeción a su solicitud.

—¿Poderes Especiales, van Heerden? Por supuesto, lo que quiera. Usted ya sabe lo que hace. Dejo el asunto enteramente en sus manos. Haga lo que juzgue mejor.

El Kommandant van Heerden colgó el teléfono con el ceño fruncido de desconcierto. Nunca le había gustado el comisario general, y sospechaba que el sentimiento era recíproco.

El comisario general alimentaba, de hecho, la ardiente esperanza de que el Kommandant van Heerden perpetrara algún día un error tan imperdonable que permitiera degradarlo sumariamente a la condición de simple agente. Y por la actitud histérica del Kommandant por teléfono, le pareció que ya había llegado el día de su venganza. Canceló de inmediato todos sus compromisos del mes siguiente e inició sus vacaciones anuales en la costa sur, dejando órdenes de que no le molestasen. Pasó la semana siguiente tumbado al sol, con la absoluta certeza de haberle dado a Van Heerden cuerda suficiente con la que ahorcarse.

Armado ya con los Poderes Especiales, que le convertían en árbitro de la vida y la muerte de setenta mil piemburgueses y le concedían autoridad para prohibir artículos de prensa y para arrestar, detener y torturar a placer a todos aquellos que no le pareciesen bien, el Kommandant no se sentía aún feliz del todo. Los acontecimientos del día pesaban sobre él.

Recurrió, buscando alivio a sus problemas, a un retrato de cuerpo entero de Sir Theophilus Hazelstone con toda la panoplia de sus galas como Caballero de la Orden de la Reina Victoria y virrey de Matabelelandia que colgaba al pie de la gran escalera. Sir Theophilus estaba allí erguido, engalanado de armiño, el uniforme escarlata incrustado de las estrellas enjoyadas de las medallas de sus desastrosas campañas,

medallas que representaban cada una la muerte de diez mil soldados, por lo menos, por incompetencia de su general. La mano izquierda del virrey descansaba artrítica sobre la empuñadura de una espada que él era demasiado pusilánime hasta para desenvainar, mientras que la derecha sujetaba con una correa de cuero trenzado a un jabalí que había sido especialmente importado desde Bohemia para compartir el honor de representar a la familia Hazelstone en aquella gran obra de arte. Al Kommandant van Heerden le asombraba en especial lo del jabalí. Le recordaba al Konstabel Els y no sabía además que al pobre animal habían tenido que atarle a un armazón de acero para que el virrey aceptase entrar en la misma estancia que el emblema familiar viviente, y sólo después de que el pintor le persuadiera con halagos y de la administración de media botella de coñac. Pero el Kommandant no sabía nada de esto y, por ello, podía aferrarse y sostenerse con firmeza en su fe en las grandes cualidades del estadista imperial, a cuya nieta había asumido él la misión de salvar de las consecuencias de su propia locura. Espiritualmente resucitado por su detenido examen de aquel retrato y de uno similar del difunto juez Hazelstone, que parecía tan implacable como le recordaba el Kommandant el día que había condenado a muerte a once tribeños pondos por robar una cabra, el Kommandant subió despacio las escaleras para buscar algún sitio donde descansar hasta que llegara el Luitenant Verkramp con los refuerzos.

Una vez aislado el parque del mundo exterior, iniciaría la tarea de convencer a la señorita Hazelstone de que jamás había asesinado a su cocinero y de que había inventado todo el asunto de la inyección y de la relación amorosa. Estaba seguro de que podría hacer entrar en razón a la dama y, si no lo conseguía, los Poderes Especiales le permitían retenerla indefinidamente y sin que pudiera recurrir a un abogado. En caso necesario, invocaría la Ley Antiterrorista y la mantendría incomunicada durante el resto de su vida, vida que podría acortarse mediante un tratamiento adecuado y un régimen lo bastante duro. No era un método que le gustase aplicar, ni mucho menos a una dama de su linaje, pero, por el momento, no se le ocurría nada mejor.

Se detuvo en lo alto de las escaleras para recuperar el aliento y continuó luego por la galería que recorría toda la extensión de la casa. Si el pasillo de abajo estaba lleno de cabezas disecadas y retratos, las paredes de la galería también estaban cubiertas de trofeos de antiguas batallas. El Kommandant descubrió a ambos lados de él armas de todas las formas y

tamaños, armas de todas las épocas y de todos los tipos, unidas por el único rasgo común, por lo que podía ver el Kommandant, de que se hallaban todas en perfecto estado de funcionamiento y eran todas mortíferas hasta un grado que al Kommandant le parecía absolutamente horripilante. Se detuvo y examinó una pistola ametralladora. Bien engrasada y completa, colgaba al lado de un antiguo trabuco. El Kommandant van Heerden estaba asombrado. La galería era un auténtico arsenal. Si la señorita Hazelstone no hubiera telefoneado para comunicar sus contratiempos con Cinco Peniques y hubiera decidido defender la mansión con las armas que tenía a su disposición, podría haber mantenido a raya durante semanas a todas las fuerzas policiales de Piemburgo. Dando las gracias a su buena estrella por el hecho de que la señorita Hazelstone hubiera decidido cooperar, el Kommandant van Heerden abrió una de las puertas de la galería y miró lo que había tras ella.

Tal como esperaba, era un dormitorio amueblado con un sentido del buen gusto y de la elegancia propios del hogar de la principal especialista en mobiliario distinguido de toda Sudáfrica. Las cortinas de zaraza y un cobertor a juego daban a toda la estancia un aire alegre y florido. Lo que yacía en la cama, producía el efecto contrario. Nada tenía de fino ni de delicado y no podía considerarse propiamente mobiliario. Porque allí, subrayada su incongruencia por la delicadeza del conjunto, yacía el cuerpo de un hombre grande, peludo y completamente desnudo. Y, peor aún, para el estado mental confuso en que se hallaba el Kommandant, el cuerpo mostraba todos los indicios de haber sido asesinado recientemente. Estaba prácticamente cubierto de sangre.

Conmocionado por el asombroso hallazgo de otro cadáver, el Kommandant salió a la galería tambaleándose y se apoyó en la pared. Un cadáver en una tarde era algo que podía asimilar, sobre todo si era negro, pero dos, y uno de ellos blanco, era algo que le llenaba de desesperación. La mansión empezaba a adquirir características de matadero. Peor aún, aquel segundo cadáver eliminaba toda posibilidad de echar tierra al asunto. Una cosa era convencer a la señorita Hazelstone de que no había asesinado a su cocinero negro, pues la desaparición de cocineros zulúes era algo rutinario, pero el asesinato de un blanco no habría más remedio que hacerlo público. Tendría que iniciarse una investigación. Habría que hacer preguntas y una cosa llevaría a otra hasta acabar saliendo a la luz toda la historia de la señorita Hazelstone y su cocinero zulú.

Tras cavilar angustiado durante unos minutos, el Kommandant van Heerden recuperó la serenidad lo suficiente como para volver a echar otro vistazo a la habitación del crimen. El cadáver seguía allí, según pudo comprobar tristemente. Por otra parte, tenía ciertos atributos que al Kommandant van Heerden le parecieron únicos en su experiencia de cadáveres. Había un detalle en concreto que le sorprendió especialmente. El cadáver tenía una erección. El Kommandant volvió a mirar al interior del cuarto para confirmar su sospecha y, cuando lo hizo, el cadáver se estremeció y luego empezó a roncar.

El Kommandant van Heerden se sintió, por unos instantes, tan aliviado por tal evidencia de vida, que le entraron ganas de reírse. Pero pronto comprendió toda la importancia de que su descubrimiento tenía y se le murió la sonrisa en los labios. No tenía ya duda alguna de que el hombre cuyo cuerpo yacía en la cama ante él era el verdadero asesino de Cinco Peniques. El Kommandant contempló al individuo que estaba echado en la cama y, al hacerlo, percibió el intenso olor a coñac del ambiente. Un instante después su pie tropezó con una botella que había en el suelo. Se agachó y la recogió. Coñac Old Rhino Skin, comprobó con repugnancia. Era un coñac que le gustaba al Konstabel Els, y si hacía falta algo para confirmar sus sospechas de que el individuo de la cama era un peligroso criminal, era la certeza de que si compartía alguno de los gustos depravados del Konstabel Els, era casi seguro que compartiese otros más pérfidos aún.

El Kommandant van Heerden salió de puntillas de la habitación con la botella aún en la mano. Fuera ya, intentó determinar en qué sentido afectaba aquel descubrimiento a sus planes. No había duda alguna de que aquel hombre era un asesino. No había duda tampoco de que en aquel momento estaba borracho y ajeno al mundo. Lo que continuaba siendo un misterio era por qué la señorita Hazelstone había confesado un delito que no había cometido. Pero más misterioso aún resultaba el hecho de que había adornado su confesión con la infamia gratuita de que había estado acostándose con su cocinero zulú e inyectándole novocaína. Bullían en la cabeza del Kommandant van Heerden numerosas posibilidades y, no queriendo permanecer cerca de un asesino peligroso, se dirigió hasta las escaleras. Pensaba ahora que ojalá no hubiera enviado a Els a hacer guardia en la entrada principal del parque y, al mismo tiempo, empezaba a preguntarse cuándo llegaría el Luitenant Verkramp con el grueso de las fuerzas. Se apoyó en la balaustrada y miró hacia abajo, hacia el mausoleo

tropical del vestíbulo. Cerca de él, la cabeza disecada de un rinoceronte atisbaba miope la eternidad. El Kommandant van Heerden la contempló y se preguntó a qué persona conocida le recordaba y, mientras hacía esto, tuvo la revelación súbita de cuál era el verdadero sentido de la confesión de la señorita Hazelstone, que iba a alterar tan radicalmente la vida del Kommandant.

Había caído de pronto en la cuenta de que el rostro del asesino tumbado en la cama le recordaba a alguien. Al caer en la cuenta de quién era bajó torpemente las escaleras y se plantó ante el gran retrato de Sir Theophilus. Instantes después estaba de nuevo en el dormitorio. Y, acercándose de puntillas al borde de la cama, contempló con cautela aquella cara que descansaba en la almohada. Allí vio lo que había esperado hallar. Pese a la boca abierta y a las bolsas debajo de los ojos, pese a los años de disipación y de libertinaje sexual, y a los litros y litros de coñac Old Rhino Skin, los rasgos del hombre que estaba en la cama tenían una semejanza innegable con los de Sir Theophilus y los del difunto juez Hazelstone. El Kommandant ya sabía quién era aquel hombre. Era Jonathan Hazelstone, el hermano menor de la señorita Hazelstone.

Iluminado por aquel descubrimiento, el Kommandant van Heerden volvió a salir de la habitación. Cuando lo hacía, el asesino se agitó de nuevo. El Kommandant se quedó inmóvil, observándole, en una mezcla de miedo y repugnancia, y vio cómo una mano tinta en sangre se alzaba del muslo peludo de aquel hombre y asía la gran erección. El Kommandant van Heerden no esperó más. Con un jadeo, salió raudo de la habitación y corrió por la galería. Un hombre capaz de beberse una botella de aquel coñac y sobrevivir, pese al estado comatoso en que se hallaba, era sin lugar a dudas un maníaco, y si encima de todo eso podía estar allí tumbado con una erección mientras su cuerpo se defendía de los daños terribles que le había causado el coñac, era sin lugar a dudas un maníaco sexual cuyos apetitos libidinosos debían ser de tal intensidad que no habría ante ellos nada seguro. El Kommandant van Heerden recordó la postura de Cinco Peniques al pie del pedestal y empezó a pensar que sabía cómo había muerto el cocinero zulú y no había lugar en sus cálculos para el rifle de matar elefantes.

Sin un instante de vacilación siquiera, bajó rápido las escaleras y salió de la casa. Tenía que buscar al Konstabel Els antes de que éste intentara detener al nombre. Cuando subía por el camino de coches, comprendió por

qué la señorita Hazelstone había hecho aquella terrible confesión y, tras comprenderlo, el Kommandant sintió un nuevo y más profundo respeto hacia los viejos lazos de familia de los británicos.

—Hidalguía. Es pura hidalguía —se dijo—. Está sacrificándose para proteger el buen nombre de la familia.

No podía entender muy bien cómo el confesar haber asesinado al cocinero negro podía salvar el buen nombre de la familia, pero consideró que eso era mejor que el que tu hermano confesase que había tenido relaciones sexuales con dicho cocinero y abusado de él hasta causarle la muerte. El Kommandant se preguntó qué pena estaría asignada a un delito de aquel género.

«Se merece la horca», dijo esperanzadamente, y luego recordó que jamás se había ahorcado a un blanco por asesinar a un negro.

«En caso de mariconería es distinto», pensó. De todos modos, siempre podían agarrarle por «acciones destinadas a fomentar la fricción racial», delito que se castigaba con diez golpes de la caña pesada, y si violar a un cocinero zulú no era algo que fomentaba la fricción racial, ¿qué otra cosa podía pensarse más propiamente que lo hiciera? Tendría que preguntarle al Konstabel Mis. El Konstabel tenía más experiencia que él en esas cosas.

5

Al Konstabel Els no le estaba resultando la tarde tan placentera como había esperado en la entrada principal de Jacaranda Park. Nadie había intentado entrar al parque ni salir de él, y Els había podido disparar muy poco. Le había tirado unos tiros a voleo a un repartidor nativo que iba en bici, pero el muchacho había reconocido a Els a tiempo y se había arrojado a una zanja antes de que a Els le diera tiempo de apuntarle como es debido. El que se le escapara aquel nativo no había contribuido a mejorar el humor de Els.

«Fallas con uno y fallas ya con todos», se dijo, y era verdad, sin duda, pues una vez que se propagó la noticia de que por la zona andaba Els Matacafres, las amas de casa blancas podían chillarles a sus criados y amenazarles con todos los castigos del libro, que ningún negro cuerdo se aventuraba a salir de casa a regar el césped ni a ir a comprar comestibles.

Así, pues, a falta de algo mejor que hacer, Els había explorado la zona que rodeaba la entrada del parque y había cerrado las grandes verjas de hierro forjado. En sus exploraciones realizó el emocionante descubrimiento de que, lo que había tomado a primera vista por un bien cuidado seto cuadrado de aligustre, ocultaba en realidad un bunker de hormigón. Se veía claramente que era muy antiguo y se veía, con idéntica claridad, que era inexpugnable. Databa de los tiempos de Sir Theophilus, que había mandado construirlo después de la Batalla de Bulundi. La victoria del gobernador en aquella ocasión nada había hecho por disminuir su cobardía natural, y la acusación de traición que esgrimieron contra él los zulúes y los familiares de los oficiales que perecieron por efecto de sus propios proyectiles, había convertido lo que había sido hasta entonces sólo angustia natural, en la fobia obsesiva de que miles de zulúes vengativos, adiestrados en el uso de cañones navales de diez pulgadas por los supervivientes de su

antiguo regimiento, la brigada de artillería pesada de la infantería de marina de Su Majestad, irrumpirían en Jacaranda Park una noche fatídica. Enfrentado a esa amenaza imaginaria, Sir Theophilus había iniciado la colección de armas que tanto había conmovido al Kommandant van Heerden en la galería de la mansión, y también la construcción de una serie de formidables búnkers rodeando el perímetro del parque, todo lo cual había sido diseñado de forma que aguantase el impacto directo de un obús naval de diez pulgadas disparado a quemarropa.

Era un tributo a la habilidad del gobernador como ingeniero militar el que los bunkers siguieran aún en pie. El juez Hazelstone, tan cobarde como su padre, pero más convencido de los efectos disuasorios de la pena capital, había empleado en cierta ocasión a una empresa de derribos para que eliminara los bunkers. Tras despuntar muchas brocas y barrenas, el equipo de derribos había decidido intentar la voladura y, sabiendo que el bunker no era un bunker normal, lo habían rellenado prácticamente hasta el techo de dinamita antes de encender la mecha. En la investigación que siguió, los supervivientes del equipo de demolición describieron la explosión resultante como algo parecido a cuatro gigantescas lenguas de fuego brotando por las troneras del bunker y el ruido se había oído en Durban, a más de cincuenta kilómetros de distancia. Dado el prestigio social del juez Hazelstone, la empresa había repuesto, sin cargos, el portón de la verja de entrada que había destruido por su celo, pero se había negado a continuar los trabajos de demolición del bunker. Propusieron ocultar la edificación plantando alrededor de ella un seto de aligustre, medio menos costoso de librarse de él, y colaboraron en los costes de la operación como tributo a los hombres que habían perdido al explotar la dinamita.

El Konstabel Els no sabía nada de todo esto, pero tras hallar la entrada de aquella fortaleza impenetrable, se dispuso a divertirse montando el rifle de cazar elefantes en una tronera y apuntando con él hacia la carretera. No era tan optimista como para suponer que fuese probable que intentara penetrar en el parque algo digno de aquella terrible arma, pero lo tedioso de su misión le persuadió de que nada tenía de malo estar preparado para las eventualidades más insólitas.

Tan pronto como hizo esto, localizó a un perro alsaciano que se había parado a mear en una de las columnas del portón de la verja. No era propio del Konstabel Els perder oportunidades, y, además, aún sentía los efectos de su encuentro con el doberman pinscher. Un tiro de revólver bien

dirigido, y el alsaciano perdió todo interés por los acontecimientos de la tarde. Otra gente que estaba por los alrededores de Jacaranda Park no fue tan afortunada. Cinco detectives de paisano a los que el Luitenant Verkramp había enviado directamente a Jacaranda Park, y que caminaban con la mayor discreción, separados entre sí a intervalos de veinticinco metros, oyeron el tiro, evacuaron consultas entre sí e iniciaron la aproximación a la entrada principal revólver en mano y con un grado de furtividad muy adecuado para exacerbar las sospechas del Konstabel Els en su bunker.

El Kommandant van Heerden, que subía muy satisfecho por el camino de coches, también oyó el tiro, pero estaba tan ensimismado en sus cálculos del número exacto de golpes que recibiría Jonathan Hazelstone antes de que le ahorcaran, que el ruido de un disparo procedente de la dirección de Els no penetró apenas en su conciencia. Nunca había resuelto, además, un caso con tanta rapidez y acababa de descubrir nuevas razones que justificaban su suposición de que el asesino era Jonathan Hazelstone. Había recordado que en el informe del Luitenant Verkramp sobre la familia Hazelstone se incluía la información de que el hermano de la señorita Hazelstone tenía antecedentes penales por desfalco y malversación, y que la familia le pasaba un tanto para que viviera en un remoto lugar de Rhodesia.

El Kommandant sólo empezó a sospechar que Els se estaba excediendo en sus instrucciones cuando oyó una andanada de disparos en la misma dirección de la entrada del parque, seguida de gritos de hombres heridos. Aceleró el paso, intentando llegar al portón antes de que la situación resultase totalmente incontrolable, pero la densidad del tiroteo había alcanzado por entonces proporciones tan peligrosas y los que disparaban lo hacían tan al azar y tan a voleo, que se vio obligado a buscar protección en un hueco junto al camino. Tumbado allí y oculto, el Kommandant van Heerden comenzó a lamentar haberle dado permiso a Els para tirar a matar. Los gritos agónicos parecían indicar que Els estaba teniendo, como mínimo, cierto grado de éxito. Mientras silbaban las balas, el Kommandant se estrujaba los sesos intentando adivinar quién demonios se estaría tiroteando con su ayudante.

Dentro del bunker, el Konstabel Els se enfrentaba con el mismo problema. Aquellos cinco individuos siniestros que habían aparecido furtivamente doblando la curva de la carretera revólver en mano se

proponían tan claramente penetrar de modo ilegal en Jacaranda Park, que había disparado sobre los dos primeros sin vacilar. La andanada de respuesta que salpicó el seto de aligustres parecía justificar plenamente su acción, y, seguro dentro del bunker, el Konstabel Els abrió los paquetes de municiones y se preparó para una larga batalla.

Al cabo de diez minutos, los individuos de paisano recibieron los refuerzos de una docena más, y Els se dispuso a defender la entrada con una satisfacción que justificaba plenamente sus primeras esperanzas de que la tarde resultase interesante.

El Luitenant Verkramp había tenido también sus problemas. Al intentar poner en práctica las órdenes del Kommandant van Heerden, había tropezado con un montón de problemas. Había sido ya bastante difícil reunir en el cuartel a todas las fuerzas policiales de Piemburgo, incluidos los enfermos y los heridos que podían caminar, en su tarde de partido de rugby. Pero una vez logrado esto, había tenido que enfrentarse al problema de explicar a dónde iban a ir y por qué; y como el Kommandant van Heerden no se había molestado en explicar el objetivo de la expedición, el Luitenant Verkramp se vio obligado a sacar sus propias conclusiones. Los dos únicos hechos ciertos que había entendido de las farfulladas instrucciones del Kommandant era que había coincidido un brote de rabia en Jacaranda Park con la aparición de la peste bubónica, una combinación de enfermedades tan mortíferas que parecía una verdadera locura enviar a seiscientos hombres sanos a cualquier sitio próximo al lugar. Mucho mejor, en su opinión, enviarlos en dirección contraria. Ni podía entender por qué hacían falta seis coches blindados para colaborar en la eliminación del brote, a menos que el Kommandant pensara que pudieran ser útiles para controlar el motín que sin duda estallaría cuando las noticias fueran del dominio público. La orden de llevar los focos aumentaba la confusión del Luitenant y éste sólo podía suponer que se utilizarían para localizar a animales infectados de noche, para que los coches blindados pudieran cazarlos por el campo.

El discurso que Verkramp hizo al fin a los policías reunidos no fue un discurso que les inspirase confianza en su propio futuro y la expedición no pudo iniciarse hasta que Verkramp ahogó varios signos incipientes de motín. Tras ello, se pusieron en marcha las columnas de camiones y se

inició la expedición. Por fin todas las fuerzas policiales, precedidas por seis coches blindados cargados con letreros que anunciaban la epidemia de peste bubónica y el brote de rabia, iniciaron lentamente su andadura por carreteras secundarias y cruzaron el pueblecito de Vlockfontein atrayendo mucha atención, atención muy gratificante para los que iban apretujados en los camiones, pero que no coincidía precisamente con los objetivos que se había marcado el Kommandant van Heerden.

Los carteles de la peste bubónica despertaron una alarma en Vlockfontein sólo superada por la que produjeron los carteles de la rabia, que precedían inmediatamente a los camiones en los que iban los perros lobos alemanes, uno de los cuales se soltó con el nerviosismo y saltó del vehículo y mordió a un niño pequeño que se había puesto a hacerle muecas. En el pánico que siguió, el perro policía perdió el control, mordió a muchas más personas, a varios perros más, y por último desapareció por una calleja detrás de un gato. Unos minutos después, el convoy se había detenido a petición del alcalde, que había insistido en que había que liquidar al perro antes de que pudiera contagiar a otros. La insistencia de Verkramp en que el animal estaba absolutamente sano no convenció a nadie y, al cabo de veinticinco minutos, el animal fue abatido a tiros por un airado cabeza de familia al otro extremo del pueblecito.

Por entonces, su búsqueda desesperada de seguridad le había conducido a través de jardines traseros y céspedes, y había logrado mantenerse oculto durante casi todo el tiempo de modo que sus perseguidores sólo pudieron sospechar su situación probable por los ladridos y gruñidos de los perros que pertenecían a los padres de familia de Vlockfontein. No fue, en consecuencia, tan sorprendente el que se impusiese la idea de que el perro policía había infectado a toda la población canina de la localidad, creencia que fue confirmada por encima de cualquier duda por la extraña conducta de los perros de Vlockfontein que, compartiendo el nerviosismo general, aullaban y ladraban y tiraban de sus correas y se comportaban, en general, exactamente de aquel modo insólito que los letreros de la rabia habían indicado a la gente que era síntoma demostrativo de la enfermedad.

Mientras el convoy policial salía de Vlockfontein, la tranquilidad de la tarde se vio salpicada por ruido de disparos, al iniciarse la matanza de toda la población canina de la localidad, y el chico que había provocado todo el asunto daba testimonio de la naturaleza extremadamente dolorosa de las inyecciones antirrábicas añadiendo sus aullidos a los de los perros

agonizantes. Al descubrirse después, aquella misma tarde, varias ratas muertas, que habían matado los perros, en un intento desesperado de demostrar su utilidad, no hizo sino aumentar la sensación general de desastre inminente entre los habitantes del pueblo. Las ratas muertas, según habían aprendido de los letreros de la peste bubónica, eran el primer indicio de que había llegado la Muerte Negra. Al caer la noche, Vlockfontein era un pueblo fantasma salpicado de cadáveres de perros sin enterrar, mientras las vías que llevaban a Piemburgo se hallaban atestadas de coches cuyos conductores mostraban todos los síntomas de la histeria colectiva. Era evidente que no se estaba logrando el objetivo que se había propuesto el Kommandant van Heerden.

No podía decirse lo mismo del Konstabel Els. Els sí estaba consiguiendo sus objetivos, pues su puntería, siempre buena, había pasado por entonces a ser casi infalible. Las bajas entre aquellos hombres de paisano crecían tan de prisa, que los invasores hubieron de abandonar sus posiciones más avanzadas y agruparse a cubierto intentando idear algún medio de bordear aquel mortífero seto de aligustre que con tanto éxito estaba bloqueando el camino que habían de seguir para cumplir con su deber. Por último, mientras algunos de ellos se adentraban en la espesura que cubría la falda de la ladera, que quedaba justo frente a la entrada y lo suficientemente lejos para estar seguros de que no podía alcanzarle aquel revólver mortífero, otros decidieron intentar bordear el seto asesino.

Para el Konstabel Els empezaba a estar bastante claro que no se trataba de un enfrentamiento a tiros ordinario, sino de algo completamente nuevo en su experiencia como defensor de la ley y el orden. Escuchaba con tranquila confianza las andanadas que se aplastaban contra los muros del bunker. De vez en cuando, atisbaba por la tronera que dominaba el parque para cerciorarse de que nadie había logrado dar un rodeo y situársele detrás, pero el parque estaba despejado. Como tantos de los artilugios del gobernador, aquel foso defensivo era inesperadamente traicionero y estaba tan bien camuflado que cualquiera que se aproximase a él desde la carretera no se daba cuenta de su existencia, hasta que ya estaba empalado en las terribles estacas puntiagudas de acero que se alineaban en su fondo de hormigón. Dos de los policías de paisano cayeron allí antes de desistir de su tentativa de bordear el bunker oculto por un flanco.

Los gritos que siguieron a esta tentativa animaron al Konstabel Els, que supuso que había hecho otros dos blancos en lo que estaba seguro que eran partes extremadamente dolorosas de la anatomía humana. Estaba un poco sorprendido de su éxito, pues llevaba varios minutos sin disparar y, desde luego, no lo había hecho en la dirección de la que llegaban los alaridos. Decidió comprobar de nuevo en retaguardia y, mirando por la tronera que dominaba el parque, pudo ver al Kommandant van Heerden abandonar su agujero y dirigirse hacia la casa a una velocidad asombrosa en un hombre de su edad y de sus hábitos sedentarios. El Kommandant van Heerden también había oído los alaridos procedentes del foso y había llegado a la frenética conclusión de que había llegado el momento de abandonar la seguridad del agujero en que se encontraba, costase lo que costase, y volver a la mansión para intentar descubrir qué le había pasado al cretino del Luitenant Verkramp.

Fueran cuales fuesen las razones del Kommandant, y para el Konstabel Els eran desconocidas, el ver a su único aliado posible escapar corriendo y abandonarle en plena lucha, convenció al desesperado Els de que había llegado el momento de utilizar el rifle de cazar elefantes si no quería morir solo y abandonado a manos de aquellos forajidos de la carretera. Veía movimiento entre la espesura, al pie de la ladera, frente a él, y decidió disparar con el rifle en aquella dirección para ver qué pasaba. Montó el gran rifle de cuatro cañones en la tronera, apuntó hacia la espesura donde se ocultaban aquellos individuos de paisano, y apretó el gatillo suavemente.

La detonación subsiguiente fue de una intensidad y tuvo un carácter tan sísmico, que resultó una absoluta sorpresa para el Konstabel Els, en cuanto pudo serenarse y levantarse del suelo del bunker a donde le había arrojado el retroceso. No era que no lo hubiera oído antes, pero había estado un tanto distraído en aquella ocasión, a causa de las atenciones del doberman. Esta vez pudo apreciar mejor las verdaderas cualidades del arma.

Con la cara blanca y con los tímpanos reverberando sobrecogedoramente, atisbo por la tronera y contempló su obra con una satisfacción que no había sentido nunca, ni siquiera cuando había liquidado a dos cafres con la misma bala. Aquello había sido un triunfo. Esto era una obra maestra.

Los cuatro cañones del rifle en erupción simultánea habían despejado ante él una vista que jamás el Konstabel Els habría creído posible. El gran portón de la entrada de Jacaranda Park yacía convertido en un montón

retorcido y repugnante de metal absolutamente inidentificable y parcialmente fundido. Los pilares de piedra se habían desintegrado. Los jabalíes rampantes esculpidos en granito que coronaban los pilares habían dejado de serlo, mientras que la propia carretera daba testimonio del calor de los gases que impulsaban los proyectiles en forma de cuatro rayas de asfalto fundido y relumbrante que apuntaban hacia lo que eran antes espesas frondas que ocultaban al Konstabel Els la visión de sus adversarios. El Konstabel Els ya no tenía motivos para quejarse de que no podía ver contra qué disparaba.

La protección que habían utilizado sus enemigos, había desaparecido por completo. La ladera de la colina estaba desnuda, yerma y agotada, y era dudoso que volviese a recuperar alguna vez su aspecto primitivo. No había las mismas dudas respecto a los cinco objetos que estaban esparcidos por el suelo. Desnudos, yermos, y horriblemente mutilados, los cinco policías de paisano que habían intentado protegerse del fuego de Els en la espesura, necesitaban cubrirse ya con mucho más que con meras ramas y matorrales. Al morir instantáneamente, habían tenido en cierto modo más suerte que sus camaradas supervivientes, algunos de los cuales, según pudo apreciar satisfecho Els, vagaban por allí desnudos y ennegrecidos y en un manifiesto estado de confusión mental. Els se aprovechó de su indefensión y de su estado de conmoción para liquidar a un par de ellos con el revólver y no le sorprendió gran cosa el que parecieran no darse cuenta apenas de las nuevas heridas, que eran, evidentemente, algo inapreciable después de los estragos del rifle de cazar elefantes. El resto de los individuos vestidos de paisano que se habían librado de los efectos de la andanada, tras colocar a sus desnudos y pensativos colegas fuera del alcance de las prácticas de tiro de Els, volvieron a situarse al pie de la colina para aguardar la llegada del convoy principal antes de reanudar su ataque contra aquella mata de aligustre.

El Luitenant Verkramp, en lo alto de la tórrela del primer coche blindado, había oído la enorme explosión y había sacado de inmediato la conclusión de que unos saboteadores habían volado el arsenal del cuartel de la policía. Este nuevo suceso, al llegar en la estela del caos y el pánico que habían caracterizado el avance del convoy a través del campo, no constituía ninguna sorpresa. Pero al mirar hacia la ciudad no pudo ver nada que justificase su suposición. Piemburgo yacía allí abajo, en su quieto y pacífico agujero bajo un cielo azul y despejado. Lo único insólito que pudo localizar

con los prismáticos fue una cadena ininterrumpida de vehículos que avanzaban lentamente, saliendo por la carretera principal de Vlockfontein.

—Debe haber un funeral allá —murmuró, y, desconcertado por la enorme longitud del cortejo, se preguntó qué gran hombre habría muerto. Pero entonces dobló ya la curva siguiente y vio el pequeño grupo de hombres de paisano desnudos e histéricos y comprendió por primera vez que las instrucciones frenéticas del Kommandant van Heerden tenían, después de todo, causas justificativas. Pasase lo que pasase allá en Jacaranda Park, estaba justificada sin duda aquella extraordinaria exhibición de fuerza que constituía el convoy.

El Luitenant Verkramp alzó la mano y el convoy se detuvo.

—¿Qué diablos ha sucedido? —preguntó.

—No había ninguna necesidad de preguntar qué había sucedido. Desnudos y ennegrecidos, el grupito de policías de paisano presentaba un aspecto lastimoso.

—Algo ha estado disparándonos —logró balbucir al fin uno de ellos.

—¿Qué quiere decir usted con lo de *algo!* —farfulló Verkramp.

—Es un matorral. Un matorral grande que hay junto a la entrada. Cada vez que se acerca alguien, le dispara.

—¿Un matorral? ¿Alguien parapetado en él, querrá decir? ¿Y por qué no abren también fuego ustedes?

—¿Qué diablos se cree que hemos estado haciendo? Y no hay nadie detrás del matorral. Lo juro. Hemos disparado cientos de tiros contra ese matorral maldito y él sigue disparando. Le aseguro que ese matorral está embrujado.

El Luitenant Verkramp alzó la vista hacia la carretera, vacilante. No iba a creerse, desde luego, aquel cuento de matorrales embrujados, pero, por otra parte, comprendía que algo muy extraordinario había reducido a sus hombres a una penosa condición. Estuvo a punto de decir «han perdido ustedes el juicio», pero como habían perdido casi todo lo demás, creyó preferible no hacerlo. La cuestión de la moral era importante y lo tenía presente en un rincón de su cerebro desde que habían salido de la comisaría. Un movimiento en falso en aquel momento y se apoderaría el pánico del convoy. Decidió darles un ejemplo.

—Quiero dos voluntarios —le dijo al sargento de Kock; mientras el sargento se fue a obligar a dos konstabels retrasados mentales a que se ofrecieran voluntarios, el Luitenant Verkramp se volvió a los policías de

paisano.

—¿Dónde está ese matorral? —preguntó.

—Nada más entrar. Se ve muy bien —le dijeron, añadiendo—: Y también él le verá muy bien a usted.

. —Eso ya lo veremos —murmuró el Luitenant y, saliendo del coche blindado, comenzó a preparar la operación de reconocimiento. El Luitenant Verkramp había hecho un curso antiguerrilla en Pretoria y estaba muy versado en el arte del camuflaje. Cuando terminó, los tres hombres que empezaron a gatear por la zanja hacia el matorral de aligustre del Konstabel Els, parecían, también, ni más ni menos que otros tres matorrales pequeños. No estaban, desde luego, tan bien podados, y no eran, desde luego, inmunes a las balas, pero, prescindiendo de todo lo demás que su camuflaje pudiera ocultar, era absolutamente imposible apreciar, aun a corta distancia, que eran tres hombres uniformados de la policía sudafricana.

6

El Kommandant van Heerden acababa de parar a tomar aliento bajo un roble en medio de Jacaranda Park, e intentaba reunir valor suficiente para volver a la casa, cuando el Konstabel Els disparó el rifle de cazar elefantes. En la estela de la detonación que siguió, el Kommandant se vio forzado a tomar una decisión. Por una parte, un buitre que había estado esperando, con evidente presciencia, encima, en las ramas, se asustó y se lanzó al vuelo por el estruendo del disparo y ascendió aleteando horriblemente hacia el cielo. Por otra, el Kommandant llegó a la inmediata conclusión de que la compañía de Jonathan Hazelstone era extraordinariamente menos asesina que el holocausto que estaba organizando en la entrada del parque el Konstabel Els. El Kommandant dejó el abrigo del árbol y corrió pesadamente hacia la casa, pareciéndole al mundo entero el paquidermo enloquecido para cuya incapacitación había sido diseñado aquel rifle de cazar elefantes.

Colgaba tras él sobre Jacaranda Park un silencio de muerte reciente. Delante, pudo divisar la alta y elegante silueta de la señorita Hazelstone, de pie, plantada allí en la *stoep.* La señorita Hazelstone miraba calculadoramente el cielo despejado del anochecer. El Kommandant, al pasar como una exhalación para entrar en el salón, la oyó decir: «Me pareció oír hace un momento un trueno. Creo que va a llover.» El Kommandant, mientras se desplomaba exhausto en un sillón, pensó que era agradable volver al mundo de la cordura.

La señorita Hazelstone abandonó su examen del ocaso y entró en la casa. La rodeaba una atmósfera de tranquilidad y aceptación de la vida tal como era para ella, que resultaba única, o al menos así se lo parecía al Kommandant van Heerden, entre las personas que vivían la experiencia de los acontecimientos de aquella tarde en Jacaranda Park. Mal podía decirse

lo mismo del Konstabel Els. Fuese lo que fuese lo que la vida le ofrecía, él no estaba aceptándolo, desde luego, con nada que se aproximase vagamente siquiera a la tranquilidad. El único consuelo que podía hallar el Kommandant van Heerden, era pensar que, por el estruendo, Els debía haber perecido también en la explosión junto con la mitad del suburbio contiguo.

La señorita Hazelstone se dirigió pensativa, y con un aire de lánguida melancolía, a su sillón de orejas y, sentándose en él, volvió la cara, con una expresión de profundo respeto, hacia un cuadro colgado sobre la chimenea.

—Fue un hombre bueno —dijo al fin, con voz apagada.

El Kommandant van Heerden siguió su mirada y examinó el cuadro. En él se veía a un hombre de largas vestiduras con una linterna en la mano, a la puerta de una casa, y el Kommandant supuso que se trataba de otro retrato de Sir Theophilus, en esta ocasión pintado, a juzgar por la indumentaria que llevaba, cuando el gran hombre había estado sirviendo en la India. Se titulaba «La luz del mundo», lo cual hasta el Kommandant, pese a toda la admiración que sentía por el virrey, consideraba que era excederse un poco. Aún así, se sintió obligado a decir algo.

—Estoy seguro de que lo fue, sí —dijo afablemente—. Y un gran hombre, además.

La señorita Hazelstone miró al Kommandant agradecida y con nuevo respeto.

—No tenía idea —murmuró.

—Oh, yo adoro prácticamente a ese hombre —continuó el Kommandant, añadiendo, como coletilla—: Sabía muy bien cómo hay que manejar a los zulúes.

El Kommandant se quedó sorprendido al ver que la señorita Hazelstone comenzaba a gemir en el pañuelo. Creyendo que las lágrimas eran un indicio más de la devoción que sentía por su abuelo, Van Heerden prosiguió:

—Ojalá hubiera más personas como él en estos tiempos —dijo, y le gratificó apreciar que la señorita Hazelstone le miraba de nuevo agradecida por encima del pañuelo—. Si estuviera él aquí, no habría ni la mitad de los problemas que hay en el mundo moderno.

El Kommandant había estado a punto de decirle «los ahorcaría a docenas», pero comprendió que mencionar la horca no era correcto considerando el probable destino que le aguardaba al propio hermano de la

señorita Hazelstone, así que se contentó con añadir:

—Les enseñaría cuatro cosas, sí, si estuviera vivo.

La señorita Hazelstone se mostró de acuerdo con esto.

—Sí que lo haría, oh, sí. Me alegra tanto, Kommandant, que usted precisamente vea las cosas de ese modo…

El Kommandant van Heerden no podía entender del todo por qué la señorita Hazelstone insistía en esto. Parecía muy natural que un funcionario de policía deseara seguir los métodos de Sir Theophilus para tratar a los delincuentes. Después de todo, el juez Hazelstone había aprendido de su propio padre, y de ese aprendizaje procedía su preferencia por la horca y la flagelación como medidas penales. Todos sabían que el viejo Sir Theophilus había considerado su deber procurar que el joven William adquiriese un gusto por el castigo corporal infligiéndoselo desde el día mismo de su nacimiento. Al pensar en el deber, el Kommandant se acordó de su propia y desagradable tarea, y consideró que aquél era un buen momento para decirle a la señorita Hazelstone que él sabía que Cinco Peniques no había sido asesinado por ella, sino por su hermano Jonathan. El Kommandant se levantó de su asiento y recurrió de nuevo a la jerga oficial de su profesión.

—Tengo motivos para creer… —comenzó, pero la señorita Hazelstone no le permitió seguir. Se levantó de su asiento y le miró extasiada, una reacción que Van Heerden no esperaba, ni mucho menos, y que no podía, desde luego, admirar. Después de todo, el tipo era su propio hermano y hacía sólo una hora que se había mostrado dispuesta a confesarse autora del delito sólo para protegerle.

El Kommandant empezó de nuevo:

—Tengo razones para creer…

—Oh, yo también. Yo también las tengo. ¿Acaso no las tenemos todos? —y esta vez la señorita Hazelstone cogió entre sus manos pequeñas las enormes del Kommandant y le miró a los ojos—. Lo sabía, Kommandant, lo supe desde el principio.

El Kommandant van Heerden no necesitaba aclaraciones. Por supuesto que ella lo había sabido todo desde el principio. Porque de lo contrario, no habría encubierto a aquel animal. Al diablo las formalidades, pensó.

—Supongo que sigue aún arriba, en el dormitorio —dijo.

La expresión de la señorita Hazelstone indicaba cierto asombro, que el Kommandant supuso debido a que de pronto reconocía el talento de él

como detective.

—¿Arriba? —balbució ella.

—Sí. En el dormitorio del cobertor de flores rosas.

El asombro de la señorita Hazelstone era patente.

—¿En el dormitorio rosa? —balbució, retrocediendo y alejándose de él.

—No es un espectáculo muy agradable, me temo —continuó el Kommandant—. Allí está borracho perdido el señor.

La señorita Hazelstone bordeaba la histeria.

—¿El Señor? —logró balbucir al fin.

—Cargado, sí —continuó el Kommandant—. Borracho perdido y cubierto de sangre. Sangre que proclama su culpabilidad.

La señorita Hazelstone ya no pudo soportar más. Se dirigió hacia la puerta, pero el Kommandant van Heerden llegó allí antes que ella.

—Oh no, no subirá usted a prevenirle —dijo—. Tendrá que aceptar el castigo que se merece.

El Kommandant van Heerden dudaba interiormente de si el tipo estaría aún arriba o no. Hasta un individuo borracho perdido tenía que haberse despertado violentamente a consecuencia de la explosión. Aún así, aquel tipo era un maníaco y con los lunáticos nunca se sabe. Sus reacciones debían ser, sin duda impredecibles. Había síntomas, además, como ahora se daba cuenta, de irracionalidad e impredecibilidad en la conducta de la señorita Hazelstone, e indicios de que podría comportarse de un modo ni amable ni dulce.

—Vamos, vamos, mi querida señorita Hazelstone. Hay ciertas cosas que debemos aprender a aceptar —dijo, tranquilizadoramente; y, al decirlo, la señorita Hazelstone sólo supo una cosa segura, que nada de este mundo la convencería de que se acercase a aquel policía gordo y sudoroso que creía que Jesucristo estaba borracho perdido y cubierto de sangre en el dormitorio rosa de flores. Podría haber, concedía ella generosamente, ciertas tendencias irracionales en su propia psique, pero no eran nada comparadas con los innegables síntomas de locura que manifestaba el Kommandant. La señorita Hazelstone retrocedió apartándose de él de un salto, pálida, farfullando, y asiendo una cimitarra ornamental que colgaba en la pared, la blandió por encima de su cabeza canosa con ambas manos.

Esto cogió desprevenido del todo al Kommandant van Heerden. Unos momentos antes aquella dama encantadora le había cogido las manos y le había mirado tiernamente a los ojos y ahora, de pronto, se convertía en un

derviche danzante que se proponía, evidentemente, partirle por la mitad con un terrible cuchillo.

—Vamos, vamos —dijo, incapaz de ajustar su lenguaje a aquella situación nueva y aterradora. Al cabo de unos instantes, era evidente que la señorita Hazelstone había tomado aquel «vamos, vamos» como indicación de que deseaba una muerte inmediata. La señorita Hazelstone avanzaba hacia él lentamente.

La señorita Hazelstone pretendía, en realidad, llegar a la puerta que daba al vestíbulo.

—Apártese —ordenó, y el Kommandant, que no quería proporcionarle pretexto alguno para bifurcarle con la cimitarra, se hizo a un lado de un salto, tropezando al hacerlo con un gran jarrón chino colocado sobre un pedestal, que cayó al suelo hecho añicos. La expresión de la señorita Hazelstone demostró, por segunda vez, esa capacidad para el cambio rápido que había apreciado ya el Kommandant. Ahora la señorita Hazelstone estaba claramente enloquecida de cólera.

—¡El Ming! ¡El Ming! —gritó blandiendo y esgrimiendo la cimitarra. Pero el Kommandant van Heerden no estaba ya allí. Corría cruzando la habitación y dejando en su estela los fragmentados tesoros artísticos de varios milenios de historia china.

Mientras recorría la galería, pudo oír aún a la señorita Hazelstone gritándole a su hermano.

—¡El Ming! ¡El Ming! —gritaba y, juzgando que el Ming debía ser algún arma indescriptiblemente potente, que colgaba en la pared de la galería, el Kommandant se lanzó a la carrera por Jacaranda Park una vez más, pero ésta en dirección al estruendo de tiroteo renovado que llegaba de la entrada, sonido al que ahora daba la bienvenida como indicio de una violencia sana y natural. Y, mientras corría, daba gracias a la buena suerte que tenía de que el anochecer estuviera ya convirtiéndose en noche, y que oscureciese la ruta de su fuga.

El primer indicio que tuvo el Konstabel Els, que aún sonreía satisfecho ante los efectos de su puntería, de que se habían introducido varios factores nuevos en la pequeña parcela de civilización occidental que tan virilmente estaba defendiendo, le llegó cuando comenzaba a caer la oscuridad sobre las cancelas retorcidas del parque. Estaba tomando en aquel momento un

trago de coñac Old Rhino Skin para combatir el fresco de la noche, cuando oyó fuera un ruido rasposo y extraño. Al principio, pensó que era un puercoespín que se estaba rascando contra la puerta blindada del bunker, pero luego la abrió y no había nada fuera, y, sin embargo, los sonidos persistían, acercándose además. Parecían proceder de un seto que había al fondo de la carretera, y había empezado a pensar que sólo podían explicarse suponiendo que un rinoceronte que padeciese impétigo intentase aliviarse de su irritación rozándose contra un espino, cuando vio tres aglomeraciones notablemente ágiles, de materia vegetal que cruzaban la carretera. Evidentemente, estaba a punto de iniciarse el ataque siguiente.

El Konstabel Els se sentó y consideró la situación. Había rechazado un ataque con el revólver. Había diezmado un segundo con el rifle de cazar elefantes. Era hora, creía, de pasar a la ofensiva. En la oscuridad, cada vez más intensa, el Konstabel Els dejó el cobijo del bunker y, revólver en mano, se arrastró sigilosamente hacia sus atacantes, cuyo polifónico avance ahogaba cualquier leve ruido que pudiera hacer él.

Cuando el Luitenant Verkramp y sus dos voluntarios habían recorrido a rastras unos quinientos metros, hasta llegar a la cima del cerro, Verkramp había empezado a pensar que ojalá se hubiera subido al vehículo blindado y a dudar del valor real de toda aquella operación. Estaba ya tan oscuro que, aunque no podría perder de vista el matorral que tantos problemas estaba causando, probablemente no sería capaz de verle. Tenía las manos llenas de cortes y arañazos, y había estado a punto de pisar dos víboras y una cobra, lo cual había sido un tributo indudable a su capacidad de camuflaje, pero sin el que habría podido pasar perfectamente. Nunca había caído en la cuenta de la profusión de vida salvaje que había en los setos vivos de Piemburgo.

La araña que le había picado en la nariz cuando intentaba librarse de su tela era de un tamaño y una malevolencia que jamás habría creído posibles si no lo hubiera visto con su propio ojo, pues el otro lo tenía bloqueado por las tres patas de la araña, que ésta había posado allí para tener un buen asidero mientras le inyectaba en la fosa nasal izquierda cincuenta centímetros cúbicos de veneno. Había estado a punto de dar la vuelta y retroceder en ese momento, porque el veneno se expandió tan rápido y con efecto tan evidente que, incluso después de que la araña gigante fuera lo bastante bondadosa como para apartarse de su córnea, aún le resultaba imposible ver. Aquel lado de la cara le palpitaba alarmantemente y era

como si tuviera la fosa nasal llena de un líquido cáustico. Dándose cuenta de que la expedición debía avanzar con cierta urgencia antes de que se le atascara definitivamente el sistema respiratorio, el Luitenant Verkramp y sus dos hombres continuaban recorriendo estrepitosamente la maleza infectada hacia su presa.

El Konstabel Els, arrastrándose con menos prisa y más anonimato, había descubierto, en el ínterin, el terrible foso de Sir Theophilus y había contemplado, con notable satisfacción, sus efectos en sus últimas víctimas. Els yacía de espaldas en la yerba y rebatía posteriores medios de satisfacer el apetito claramente insaciable de aquella consecuencia del nerviosismo y la angustia de Sir Theophilus. Los sonidos que llegaban a él del seto vivo, parecía indicar que sus enemigos sufrían ya cierto azoramiento. A los sonidos de las ramitas quebrándose que habían acompañado su avance se añadían ahora el gimoteo intermitente y lo que parecía catarro crónico. El Konstabel Els no esperó más. Arrastrándose en silencio, evitó el foso asesino y se situó en la yerba junto a la carretera.

Para el Luitenant Verkramp, que se arrastraba tenazmente por el seto, nada parecía amenazador ni insólito. La nariz le planteaba problemas, cierto, y el veneno de la araña se había extendido alarmantemente, de modo que ahora le bailaba la vista y también le jugaba malas pasadas el oído, pero aunque su mundo interior estuviera lleno de luces relampagueantes y extraños sonidos y tamborilees, fuera todo parecía pacífico y tranquilo. La noche estaba oscura, pero arriba, en el cielo, brillaban las estrellas, y abajo, en el valle, brillaban las luces de Piemburgo, dando un extraño brillo anaranjado al cielo. Las luces de la mansión de Jacaranda Park parpadeaban invitadoras al fondo del parque. Cantaban grillos y el lejano murmullo del tráfico de la carretera de Vlockfontein llegaba flotando suavemente hasta él. Nada del mundo preparaba al Luitenant Verkramp para el horror que iba a caer sobre él tan bruscamente.

No es que le golpease nada materialmente. Fue peor que eso. El chillido que estalló en su oído dañado y aquella silueta maligna y asombrosamente retorcida que se perfiló de pronto sobre él tenían una cualidad casi espiritual. El Luitenant Verkramp no podía ver lo que era. Sólo pudo apreciar su aliento repugnante y con él le llegó un aullido espectral, de increíble malevolencia, y que procedía, no le cabía duda alguna, de las profundidades mismas del infierno. Cualquier duda que pudiera haber albergado sobre la historia del matorral embrujado se esfumó

instantáneamente e, instantáneamente también, Verkramp cayó de costado en el pozo mismo del infierno del que sospechaba que procedía el chillido. Empalado en las puntiagudas estacas de acero que había en el fondo de la fosa, sus gritos retumbando por el parque, el Luitenant Verkramp, medio muerto de miedo y dolor, miró fijamente hacia arriba sabiéndose eternamente condenado. Vio en su delirio un rostro que atisbaba contemplando su tumba, un rostro que tenía una expresión de satisfacción diabólica: y era el rostro de Els. El Luitenant Verkramp perdió el conocimiento.

Sus dos compañeros habían llegado por entonces al pie de la colina. Habían huido, dejando atrás no sólo al Luitenant sino un rastro de hojas, ramas, cascos y toda la impedimenta de su profesión. No tenían por qué haberse apresurado tanto. Las noticias del choque les habían precedido. El grito del Konstabel Els, terrible e incluso en *diminuendo,* había llegado como confirmación temible de fatalidad hasta los coches que aún seguían atascados en la carretera de Vlockfontein.

Los policías que haraganeaban junto a los camiones y los coches blindados, se pusieron tensos pensando en lo que podía significar. Los hombres que habían estado colocando los carteles de la rabia y de la peste bubónica dejaron de hacerlo y miraron hacia la oscuridad, intentando ver qué nuevo espanto había surgido de aquel matorral mortífero. Hasta los perros policía se encogieron al oírlo. Y en medio de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden, aterrado por el Ming, se detuvo involuntariamente al oírles. Era poco probable que quienes oyeron aquel grito lo olvidasen un día.

Si el Konstabel Els se había quedado perplejo ante los efectos del rifle de cazar elefantes, se quedó aún más perplejo ante los resultados de sus experimentos en guerra psicológica. Su imitación de los muertos resucitados había dado fruto entre sus enemigos vegetales hasta extremos que él no habría creído posibles, pero mientras estaba allí escuchando los aullidos menguantes que llegaban del foso, cruzó su pensamiento una momentánea sombra de duda. Había algo en aquellos gritos, algo en su tono, que era vagamente familiar. Se asomó al foso y miró, y a través del follaje que lo cubría, pudo distinguir un rostro, y también en aquel rostro había algo familiar. De no haber sido por la nariz bulbosa y los carrillos hinchados, podría tratarse perfectamente del Luitenant Verkramp. Sonrió ante la idea del Luitenant empalado allá al fondo del foso. Se lo merecía, el

muy cabrón, por hacerle andar trajinando por allí toda la noche cuando debería haber estado libre de servicio hacía ya horas, pensó, mientras entraba en el bunker.

Bebió otro trago de coñac y estaba guardándose la botella de nuevo en el bolsillo, cuando oyó un ruido que le hizo asomarse a toda prisa a la tronera. Algo subía por la carretera. Un vehículo, y su oído captó un ruido familiar. Parecía, sin lugar a dudas, un coche blindado Saracen. «Ya era hora, demonios», pensó Els, cuando los faros rodearon la curva e iluminaron por un segundo los cuerpos que yacían en la ladera opuesta. Al cabo de un momento iluminó la escena una luz nueva. Un foco escudriñaba la noche convirtiendo el seto de aligustre en un punto brillante, en un mundo por lo demás oscuro.

—Está bien, cabrones, ahora veréis lo que es bueno —gritó Els en la noche, y antes de que pudiera decir más, el seto de aligustre comenzó a desintegrarse alrededor de su refugio. Mientras las balas mordían los muros del bunker y la tronera se inflamaba de balas trazadoras, Els se dio cuenta de que estaba a punto de morir. Aquello no era el relevo que esperaba él. En un último intento desesperado de eludir la tragedia, el Konstabel Els apuntó al coche blindado con el rifle de cazar elefantes. No disparó hasta que el coche estuvo a sólo diez metros de la entrada; entonces apretó el gatillo. Disparó una y otra vez y vio, con una mezcla de asombro y satisfacción, que el gran vehículo blindado, perfilado a la luz del foco, se detenía y empezaba a desintegrarse. Sus cañones enmudecieron, los neumáticos se convirtieron en harapos de goma y los ocupantes se escurrieron suave y persistentemente a través de un centenar de agujeros practicados en sus costados. Sólo un hombre fue capaz aún de intentar abandonar el vehículo, y cuando emergió convulsivamente por la tórrela, Els vio con asombrosa claridad el uniforme familiar y la gorra de la policía sudafricana. El cuerpo cayó de nuevo al interior de la torreta y Els, comprendiendo confusamente por primera vez la enormidad de sus acciones, se vio de pronto al borde de la horca. Disparó el último tiro. El foco estalló en la oscuridad y, con desesperada energía, Els recogió todas las pruebas de su reciente ocupación y salió tambaleante del bunker y, arrastrando a su terrible cómplice, se lanzó a cruzar furtivamente el parque.

Tras él estalló en llamaradas el colador blindado y, mientras Els corría a toda prisa hacia la casa, el cielo de la noche se iluminó con las llamas y las delicadas tracerías de las municiones que estallaban.

7

En la mansión de Jacaranda Park, Jonathan Hazelstone estaba cantando en la bañera. Llevaba un gorro de goma para proteger sus oídos delicados del agua, y, debido en parte al gorro y en parte a su considerable sordera, cantaba bastante más alto de lo que él creía. En consecuencia, no oyó nada del estruendo bélico que acompañó a su interpretación de *Adelante soldados cristianos.* El agua rosada remolineaba y se agitada a su alrededor y adoptaba extrañas formas intrincadas cuando le alcanzó la onda del rifle de cazar elefantes. Pero Jonathan Hazelstone no tenía tiempo para pararse en tales naderías. Tenía el pensamiento centrado en sus propias faltas. La vergüenza y un orgullo culpable por su propio triunfo se mezclaban en sus pensamientos y pesaba sobre ambos el espantoso recuerdo de lo que había pasado.

Intentaba quitarse de la cabeza aquel horrible asunto, pero volvía insistente. Aun así, a pesar del remordimiento, tuvo que sonreír un poco para sí. Después de todo, pensaba, no podía haber muchos hombres aún vivos que pudieran decir que habían hecho lo que él sin que les sucediera nada. No es que fuese dado a la presunción, y, desde luego, no iba a andar pregonando su hazaña. Por otra parte, había sido provocado de un modo horrible, y en realidad consideraba su acción excusable, en cierta medida. «Old Rhino Skin», pensó, y se estremeció y ya estaba a punto de recordarse que debía decirle al cocinero que no utilizase nunca aquel líquido espantoso para cocinar, cuando recordó que en realidad no había ya ningún cocinero al que decírselo.

Contempló con tristeza la orla rosada que se marcaba en la bañera y luego, rápidamente, salió del agua y soltó el tapón. Limpió bien la bañera, volvió a llenarla', añadió sales de baño y luego se metió en el agua caliente dispuesto a considerar lo que tenía que hacer ahora para borrar los efectos

de los acontecimientos de la tarde. Sabía que se enfrentaba a un problema terrible. Era cierto que su hermana había prometido hacer una confesión completa a la policía y que no había problema a ese respecto, pero eso no iba a ayudarle a él a escapar incólume. Aquello tendría, inevitablemente, sus repercusiones, y era muy poco probable que el episodio le ayudara en su carrera. Era un asunto verdaderamente horroroso. No es que él sintiese una gran simpatía por aquel maldito cocinero. De no haber sido por él, no habría sucedido nada de aquello. Además, había ciertas cosas que Jonathan Hazelstone nunca podría perdonar. Y una de ellas era la perversión.

El Kommandant van Heerden habría compartido todos estos sentimientos si los hubiera conocido, pero en aquel momento tenía todas sus facultades centradas en una sencilla consideración, la de que su carrera como policía y seguramente como ciudadano libre era muy probable que tocase a su fin debido a su manejo del caso Hazelstone. La explosión que pregonó la destrucción del vehículo blindado lo había dejado tan claro como la luz del día. Caído en desgracia, destituido y convicto de complicidad antes, durante y después del asesinato del policía que indudablemente había caído ante el tornado del disparo de Els en la entrada principal del parque, compartiría la cárcel durante el resto de sus días con hombres con quienes tenía deudas de ingratitud que ninguna cuantía de sufrimiento compensaría jamás. El día que ingresase en la cárcel de Piemburgo quizá no fuera el último de su vida, pero sería, sin lugar a dudas, el peor. Habían firmado confesiones demasiados hombres después de que el Konstabel Els les torturase en las celdas de la comisaría de policía de Piemburgo para que al Kommandant le complaciese la perspectiva de disfrutar de su compañía en la cárcel.

Tras unos breves momentos de gimoteo, el Kommandant van Heerden intentó dar con algún medio de salir del lío en que le había metido Els. Sólo una cosa podía salvarle ya, y era la captura del asesino del cocinero zulú de la señorita Hazelstone. No tenía muchas esperanzas de lograrlo y, de todos modos, no ayudaría a explicar el baño de sangre que había iniciado Els. No, Els tendría que ser juzgado por crimen al por mayor. Sólo existía la posibilidad de que lograra persuadirle para que alegase locura. Bien pensado, no había ninguna necesidad de que aquel cabrón lo alegase. Era evidente que estaba loco. Los hechos hablaban por sí solos.

Impulsado por esta débil esperanza y no, desde luego, por la explosión de municiones en el incinerador otrora móvil, el Kommandant van Heerden llegó a la entrada del parque. Cruzando torpemente sobre el metal retorcido, el Kommandant se detuvo y miró a su alrededor. Una nube de humo negro oscurecía el cielo de la noche. Brotaba de la torreta abierta del Saracen y de los agujeros que tenía en los costados. Hasta el distraído comandante percibió el olor. Era un olor como ningún otro. Tras una buena bocanada de aquel aire repugnante, el Kommandant van Heerden lanzó un grito en la noche.

—Konstabel Els —gritó—. Konstabel Els, ¿dónde cono se ha metido? —y percibió lo estúpido de la pregunta nada más hacerla. Era muy poco probable que Els se presentase en aquel trance. Era más probable que enviara a su superior a la eternidad con la misma complacencia con que había enviado a sus otros camaradas. Tras un momento de silencio salpicado sólo por el estallar y silbar de proyectiles que rebotaban por el interior del Saracen, el Kommandant gritó de nuevo:

—Le habla su superior, cese el fuego inmediatamente.

Al fondo de la carretera, el ruido de la extraña orden del Kommandant van Heerden desconcertó a los hombres del convoy y despertó en ellos una cálida admiración hacia su jefe. El Kommandant estaba allá arriba junto a la entrada, y, evidentemente, había capturado al maníaco que había estado liquidándoles. Aquella evolución de los acontecimientos les desconcertaba, pues el Kommandant no era precisamente famoso por su valor físico. Poco a poco, en pequeños grupos, se acercaron a él subiendo vacilantes por la carretera.

El Konstabel Els caminaba en una dirección completamente distinta e iba estrujándose los sesos buscando un medio de salir de aquel lío en que estaba metido. En primer lugar, tenía que esconder el rifle de cazar elefantes y luego tendría que preparar una coartada. Considerando el tamaño del rifle, no estaba seguro de qué tarea iba a resultar más imposible, y estaba dudando de si dejarlo o no otra vez en el *stoep,* donde lo había encontrado, cuando se tropezó con otro seto de aligustre. Su reciente experiencia con setos de aligustre le había enseñado que eran lugares ideales para esconder cosas. En este caso, el seto de aligustre ocultaba una piscina. Els atisbo por el borde del seto, y después de asegurarse de que la

piscina era una piscina de verdad y no otra trampa más de Sir Theophilus, traspasó el seto y entró en el recinto y lo cruzó hasta un elegante y pequeño pabellón que se alzaba a un extremo. Tanteó en la oscuridad un momento y luego encendió una cerilla. A la luz de la cerilla vio que el pabellón era un vestuario con perchas alineadas en la pared para colgar ropa. Vio horrorizado que una de las perchas estaba en uso. Colgaba de ella un ropaje negro.

Els apagó la cerilla y miró la piscina. El propietario de la ropa negra debía estar allí fuera observándole, pensó. Pero la superficie de la piscina estaba inmóvil y no había en ella nada más siniestro que los reflejos de las estrellas y de una luna nueva que había empezado a salir en aquel momento. No se veían sombras sospechosas por los bordes del agua, por lo que Els llegó a la conclusión de que estaba solo con aquel ropaje negro, un rifle de cazar elefantes y la necesidad de inventar una coartada.

«Los setos de aligustre parecen traerme suerte», se dijo, y se prometió plantar uno en el jardín de su casa si alguna vez salía vivo de aquel trance.

Encendió otra cerilla y examinó las ropas negras. Pensó en un principio que quizá pudiera utilizarlas como disfraz, pero los pantalones le quedaban demasiado largos, mientras que la chaqueta que se probó, le habría quedado bien como abrigo de invierno. Le desconcertó un poco el chaleco negro sin botones, hasta que vio que tenía cuello eclesiástico. El Konstabel Els desistió de la idea de utilizar aquella ropa como disfraz. Tenía demasiado respeto a la religión para profanar aquellos hábitos con su persona. Así que en vez de ponerse la ropa aquella, la utilizó para limpiar de huellas dactilares el gigantesco rifle. Especialista en eliminar pruebas vitales, cuando terminó no había nada ya que le relacionara con el rifle.

Veinte minutos después, el Konstabel Els salía animosamente del pabellón y cruzaba alegre el parque hacia Piemburgo. Había dejado atrás todo lo que le relacionaba con la matanza de la entrada. El rifle de cazar elefantes estaba oculto bajo las ropas de clérigo. En un bolsillo de atrás del pantalón quedaba el revólver y los bolsillos de la chaqueta estaban llenos de cajas vacías de municiones, que el Konstabel Els había recogido cuidadosamente del suelo del bunker. Cada uno de estos objetos había sido limpiado meticulosamente. Ningún especialista en huellas dactilares podría demostrar que los había utilizado el Konstabel Els. Finalmente, y para añadir un toque extravagante, había colocado la media botella de Old Rhino Skin en el bolsillo interior de la chaqueta. Estaba ya completamente

vacía, y el Konstabel Els no quería para nada una botella vacía.

Al meter la botella en el bolsillo de la chaqueta, hizo otro descubrimiento útil. Había allí una cartera y un peine. El Konstabel Els buscó en los otros bolsillos y encontró un pañuelo y otros objetos.

«No hay nada como hacer bien las cosas» pensó, guardándose todos aquellos objetos, y saliendo camino del bunker para una última visita. Cuando llegó, había recuperado la confianza. Había policías contemplando el Saracen ardiendo, pero nadie cayó en la cuenta de la presencia del Konstabel, que atisbo durante unos segundos desde detrás del seto de aligustre antes de enfilar carretera adelante en dirección a Piemburgo. En el camino, se paró a leer un cartel que estaban colocando unos policías.

Al cabo de una hora, echando espuma por la boca y mostrando todos los síntomas de la rabia, el Konstabel Els se presentó en la Sección de bajas del hospital de Piemburgo. Antes de que pudieran meterle en la cama, mordió a dos enfermeras y a un médico.

A la entrada de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden mostraba síntomas similares a los hombres que se agrupaban a su alrededor bajo la nube de humo. La desaparición del Luitenant Verkramp le enfurecía especialmente.

—¿Desaparecido? ¿Qué quiere usted decir con eso de desaparecido? —le gritaba al sargento de Kock.

—Subió aquí a inspeccionar, señor —contestó el sargento.

—¿Existe alguna posibilidad de que estuviera ahí dentro? —preguntó el Kommandant más esperanzadamente, mirando el destrozado Saracen.

—No señor. Disfrazado.

—¿Qué? —gritó el Kommandant.

—Iba disfrazado de matorral, señor.

El Kommandant van Heerden no podía creer lo que oía.

—¿Disfrazado de matorral? ¿Qué tipo de matorral?

—Es difícil de decir, señor. Uno no muy grande.

El Kommandant van Heerden se volvió a los hombres.

—¿Ha visto alguno de ustedes por aquí un matorral pequeño?

Cayó el silencio sobre el grupo de policías. Todos habían visto por allí un matorral pequeño.

—Hay uno justo detrás de usted, señor —dijo un konstabel.

El Kommandant se volvió y miró lo que quedaba del seto de aligustre. No se parecía nada, evidentemente, a Verkramp, disfrazado o sin disfrazar.

—Eso no, imbécil —masculló—. Un matorral ambulante.

—No sé nada de ese matorral que usted dice, señor —dijo el konstabel—. Y yo creo que andar no puede, pero sé que el muy maldito puede disparar, y bien.

—¿Pero de qué demonios está hablando? —replicó el Kommandant mientras recorría el grupo una risilla nerviosa.

El sargento de Kock le ilustró.

—El tipo que deshizo el Saracen estaba oculto detrás de ese matorral.

Un instante después, el Kommandant van Heerden se asomaba a la puerta del bunker. El interior aún estaba lleno de humos de pólvora quemada, pero aún así el nervio olfativo del Kommandant van Heerden pudo detectar un olor penetrante y familiar. El bunker apestaba a Old Rhino Skin. En el suelo había más pruebas aún. Había una cartera, un peine y un pañuelo allí en el medio del bunker. El Kommandant lo recogió todo y se llevó el pañuelo cautelosamente a la nariz. Estaba prácticamente empapado de coñac. Abrió la cartera y vio estampado en letras de oro un nombre que conocía también, «Jonathan Hazelstone».

El Kommandant van Heerden no perdió más tiempo. Salió del bunker y dio órdenes. Había que rodear el parque. Había que establecer controles en todas las carreteras de los alrededores. Los focos debían iluminar toda el área del parque.

—Vamos a entrar a por él —dijo por fin—. Que suban los otros Saracens y los perros policía.

Diez minutos después, los cinco Saracens restantes, un centenar de hombres armados con Stens y los sesenta y nueve perros rastreadores se agruparon ante la entrada del parque para el asalto a la mansión. El Kommandant van Heerden subió a bordo de un Saracen y se dirigió a sus hombres desde la torreta.

—Antes de que empecemos —dijo— creo que será mejor que les advierta que el hombre al que perseguimos es un peligroso criminal.

Hizo luego una pausa. Los policías que habían visto el coche blindado calcinado y los cadáveres esparcidos por la ladera no necesitaban que les explicara nada.

—La casa es prácticamente una fortaleza —continuó el Kommandant—. Y él tiene a su disposición un arsenal de armas mortíferas. Al primer

indicio de resistencia, tienen permiso mío para abrir fuego. ¿Hay alguna pregunta?

—¿Qué pasa con la Muerte Negra? —preguntó angustiado el sargento de Kock.

—¿La muerte del negro? Oh sí, causada por heridas de rifle —contestó el Kommandant enigmáticamente y desapareciendo por la torreta, cerrando con estrépito la tapa. Él convoy se puso cautamente en marcha, enfilando el camino de coches hacia la mansión.

8

Las cavilaciones de Jonathan Hazelstone sobre su próximo sermón le habían quitado de la cabeza la trágica muerte de Cinco Peniques. Acababa de decidir el título: «Los rinocerontes de la cólera son más blancos que los caballos de la destrucción», de una perorata sobre los males del alcohol, y estaba secándose después del baño cuando recordó que se había dejado la ropa en el vestuario de la piscina. Grogui aún por los efectos del coñac, bajó al piso de abajo distraído, sin quitarse el gorro de baño y envuelto sólo en una voluminosa toalla. En las escaleras de la entrada principal se detuvo y respiró el aire fresco de la noche. Se veían bajar por el camino faros que avanzaban lentamente.

«Visitantes», pensó. «No deben cogerme así», y, ciñéndose más la toalla, cruzó corriendo el camino y desapareció tras el seto de aligustre mientras el convoy del Kommandant van Heerden se aproximaba a la casa. Jonathan Hazelstone entró en el vestuario de la piscina y, un momento después, salió de nuevo sintiéndose peor que nunca: el olor a Old Rhino Skin era tan intenso dentro del vestuario, que le entraron náuseas. Plantado allí al borde de la piscina, murmuró una oración silenciosa al Todopoderoso pidiéndole que le ayudara, por cualquier medio, aunque fuese drástico, a no incurrir de nuevo en el pecado y, un momento después, el obispo de Barotselandia se zambullía quebrando la imagen reflejada de la luna en el agua fría de la piscina. Nadó toda la longitud de la piscina por debajo del agua, salió un instante a la superficie y luego volvió a nadar por el fondo, y mientras nadaba le pareció al obispo que estaba llamándole el Señor. Débilmente, muy débilmente, sí, pero con una claridad como nunca había experimentado, oía a través del gorro de baño la voz del Señor: «Jonathan Hazelstone, sé que está ahí. No ofrezca resistencia. Entréguese» y, casi a dos metros por debajo de la superficie del agua, el buen reverendo

Jonathan Hazelstone supo por primera vez que estaba verdaderamente destinado a grandes cosas. La llamada que tanto tiempo había esperado oír, había llegado al fin. Se giró y afloró a la superficie y se dispuso a meditar sin ninguna resistencia bajo el cielo de la noche. Ahora sabía que se le había perdonado su falta de la tarde.

—Oh señor, tú sabes bien que se me provocó —murmuró, flotando en la superficie quieta de la piscina; y caía sobre él mientras rezaba una sensación de paz, una paz de dulzura y perdón.

La paz no había descendido sobre el resto de la mansión de Jacaranda Park. Rodeada por cien hombres armados que se acuclillaban en las sombras del jardín con el dedo en el gatillo de los Stens, por sesenta y nueve perros policías que gruñían y babeaban con ansia de matar, y por cinco coches blindados Saracen que habían sido conducidos despreocupadamente por entre setos de flores y césped para tomar posiciones, la mansión de Jacaranda Park se alzaba en la noche silenciosa e indiferente.

El Kommandant van Heerden decidió intentar una vez más que aquel pedazo de animal saliese sin problemas. No deseaba, en modo alguno, otra batalla a tiros. Asomó la cabeza por la torreta y alzó el megáfono,

—Jonathan Hazelstone, le doy a usted una última oportunidad —atronó su voz amplificada cien veces en la noche—. Si sale usted pacíficamente, no le pasará nada. De lo contrario, entraré yo a sacarle.

El obispo de Barotselandia, que estaba de espaldas meditando silenciosamente y mirando fijo al cielo de la noche donde un ave grande volaba despacio sobre él, oyó las palabras con más claridad que antes. Sabía que Dios se manifestaba de muchas formas misteriosas, pero nunca había pensado que pudiera manifestarse en la forma de un buitre. El Todopoderoso había hablado otra vez, con más claridad, con muchísima más claridad.

La primera parte del mensaje había sido absolutamente inequívoca. «Si sale pacíficamente, no le pasará nada», pero la segunda parte era mucho menos fácil de interpretar: «De lo contrario, entraré yo a sacarle.» Jonathan Hazelstone nadó hasta el borde de la piscina y salió pacíficamente, según las instrucciones. Luego, se detuvo a mirar hacia atrás, al agua, para ver si el Señor había empezado a entrar ya para sacarle, y vio que el buitre giraba

y aleteaba horriblemente alejándose por encima de los eucaliptos.

«El me perseguía noche y día», murmuró, recordando el Perro del Cielo, y se dio cuenta de que aquella noche había sido testigo no sólo de la voz del Señor sino también de su forma. Si Dios podía aparecerse en la forma de una paloma o de un perro, ¿por qué no podía hacerlo en forma de buitre? Y murmurado otro poema que le había enseñado su abuelo de niño, un poema que nunca había entendido hasta aquellos últimos minutos, empezó a secarse.

Llegan los heraldos. Ved, ved, su señal;
Negro es su color, y avistan mi cabeza.
Pero ¿deben tener mi cerebro? ¿Deben apagar
Esas chispeantes ideas, que se engendraron allí dentro?
¿Debe el torpor convertirme en un zote?
Pero me han dejado. Tú aún eres mi Dios.

Se titulaba «Los precursores», y era de George Herbett, y aunque el viejo Sir Theophilus lo había revisado cambiando negro por blanco en el segundo verso, y había supuesto que «chispeantes ideas» se refería a su mortífero foso asesino, el obispo se daba cuenta ahora de que podía aplicarse perfectamente al buitre y advertía agradecido que el precursor le había dejado realmente. Con una oración silenciosa al Señor, para que asumiese en el futuro una forma menos lúgubre, el obispo de Barotselandia entró en el vestuario a recoger la ropa.

A unos cincuenta metros de distancia de allí, el Kommandant van Heerden intentaba decidirse a dar la orden de invadir la casa, cuando apareció en la entrada principal la señorita Hazelstone.

—No hay necesidad de gritar —dijo púdicamente—. Hay un timbre, sabe usted.

El Kommandant no estaba de humor para lecciones de urbanidad.

—He venido a por su hermano —gritó.

—Lo siento, pero creo que en este momento está ocupado. Tendrá que esperar. Puede entrar usted, si se limpia las botas y me promete no tirar nada.

El Kommandant entendía perfectamente lo ocupado que debía estar

Jonathan Hazelstone y tenía el firme propósito de tirar cosas si tenía que entrar en la casa. Miró inquieto hacia las ventanas de la primera planta.

—¿Y en qué está tan ocupado? —como si hubiera necesidad de preguntarlo.

A la señorita Hazelstone no le gustó el tono de voz del Kommandant.

—Está con sus abluciones —replicó, y ya iba a marcharse cuando recordó el destrozo—. Respecto a ese Ming… —comenzó.

El Kommandant van Heerden desapareció con un estruendoso golpe de la tapa de la torreta. Del interior del coche blindado llegó el sonido apagado de su voz.

—No me hable del Ming —gritó—. Entre en la casa y dígale a su hermano que deje ese maldito trasto y salga con los brazos en alto.

La señorita Hazelstone había aguantado ya todo lo que podía aguantar.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? —gritó—. No haré tal cosa —y se volvió para entrar de nuevo en la casa.

—Entonces lo haré yo —gritó el Kommandant, y ordenó a sus hombres entrar en la casa—. Saquen de ahí a ese cabrón —gritó, y esperó el estruendo del mortífero Ming.

Esperó en vano. Hombres y perros se abalanzaron sobre el cuerpo postrado de la señorita Hazelstone sin encontrar resistencia. El doberman, dándose cuenta ahora de la falta de previsión que había mostrado al disputar su sector de césped con el Konstabel Els, yacía en el suelo del salón fingiéndose alfombra. A su alrededor, irrumpían policías y perros, registrando la casa en busca de su presa. Los policías, que se lanzaron al piso de arriba y recorrieron pasillos y habitaciones buscando al asesino, no encontraron ningún obstáculo humano. Desconsolados, informaron al Kommandant que aún seguía metido en el Saracen.

—No está aquí —gritaron.

—¿Están ustedes absolutamente seguros? —preguntó antes de abrir la tapa de la torreta. Lo estaban, y entonces el Kommandant salió. Sabía que sólo le quedaba por hacer una cosa, que sólo tenía una remota posibilidad de capturar a Jonathan Hazelstone aquella noche.

—Los perros —ordenó frenético—. Traigan a los perros rastreadores —e irrumpió desesperadamente en la casa y subió las escaleras seguido por el grupo de jadeantes y ávidos alsacianos. El dormitorio rosa de las flores estaba exactamente igual que lo había visto el Kommandant la última vez: con la notable excepción del hombre desnudo. El Kommandant cogió el

cobertor y se lo echó a los perros para que lo olieran. Los perros lo olieron e interpretaron claramente el mensaje, saliendo del cuarto y lanzándose por el pasillo. El cobertor apestaba a coñac Old Rhino Skin. Los perros, ignorando el olor a sales de baño de las escaleras, habían cogido el rastro que había dejado el Konstabel Els y cruzaban el parque hacia el bunker.

Detrás de ellos, en la intimidad del vestuario, el obispo de Barotselandia tenía ciertas dificultades para vestirse. Por una parte, sus ropas parecían haberse enrollado solas en un objeto metálico y pesado y, cuando al fin el obispo logró sacarlo y llevarlo a la luz de la luna para ver de qué se trataba, se sintió tan desasosegado por las asociaciones del objeto con el asesinato de Cinco Peniques, que en su nerviosismo lo dejó caer y el gran rifle chapoteó en la piscina y desapareció en el agua. Consolándose con el pensamiento de que allá abajo no haría ya daño a nadie, volvió al vestuario para acabar de vestirse.

Tuvo algunas dificultades más con los pantalones. Había algo grande y pesado en el bolsillo de atrás, y le llevó cierto tiempo sacarlo.

—Vaya, vaya —dijo mientras se esforzaba por sacar el revólver—, estas cosas nos son enviadas para probarnos.

Y estaba intentando imaginar cómo demonios podría haber llegado hasta el bolsillo del pantalón aquel arma, cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

Al alejarse los perros en persecución del Konstabel Els, el Kommandant van Heerden se encontró con que quedaba libre de momento. Volvía a invadirle la melancolía con la desaparición del asesino y, no deseando compartir lo que prometía ser su vigilia solitaria con una señorita Hazelstone impredecible y airada, dejó que su anfitriona siguiera recuperándose de la novedosa experiencia de verse utilizada como felpudo por doscientas botas claveteadas y doscientas setenta y seis pezuñas de perro y se puso a andar muy triste por el jardín. Mientras deambulaba por el césped dando malévolas patadas a los fragmentos del destrozado busto de Sir Theophilus, estuvo a punto de maldecir al gran héroe de antaño por haber engendrado aquel linaje que había destrozado su carrera tan eficazmente como había destrozado el busto del propio Sir Theophilus.

Estaba considerando precisamente lo que habría hecho el virrey si se hubiera encontrado en una situación similar, cuando atrajo su atención algo que había en uno de los eucaliptos. Llegaba de su tronco un ruido extraño, una especie de sonido de llamada y como un desgarramiento. El Kommandant van Heerden atisbo en la oscuridad. Algo extraño se movía allí. Inclinándose de forma que la criatura se perfilase frente al brillo anaranjado que coloreaba el cielo de la noche, el Kommandant pudo distinguir su forma. A imitación de un pájaro carpintero, el gran buitre estaba colgado del tronco del árbol, consumiendo los restos del difunto cocinero zulú.

Por segunda vez aquella noche, el buitre transmitía un mensaje a un observador en el jardín de la casa de Jacaranda, pero si el obispo de Barotselandia había tomado al ave por una forma de Dios, el Kommandant van Heerden no cometió tamaño error. Lo que él había visto del ganchudo perfil del ave carroñera le recordaba, demasiado para que se sintiese cómodo, a varios presos de la cárcel de Piemburgo que acogerían su ingreso en ella exactamente con la misma satisfacción. El Kommandant se estremeció y se apartó precipitadamente de aquella visión de su futuro. Y, al alejarse, oyó un sonoro chapoteo que venía de la parte de atrás de la casa. Los chapoteos sonoros no jugaban ningún papel en el régimen que él había impuesto en Jacaranda Park. Creyó percibir algo claramente siniestro en aquellos sonoros chapoteos a aquella hora de la noche, punto de vista que evidentemente compartía el buitre, que se alejó aleteando de sus entremeses para ver si el plato siguiente podía ser algo ahogado.

El Kommandant van Heerden le siguió, con menos optimismo, y se vio junto a un seto de aligustre al otro lado del cual pudo oír que pasaba algo, algo desagradable. La persona que estaba trajinando tras el seto canturreaba para sí, al tiempo que trajinaba, dedicado a una tarea que exigía arrojar objetos grandes y voluminosos, y sin duda pesados, a aguas profundas. El Kommandant apenas podía oír la canción, porque de detrás le llegaba el rumor de rápidas pisadas de alguien que corría y un ruido de jadeos y olisqueos cuya intensidad crecía por instantes. Miró por encima del hombro y vio, corriendo hacia él, al grupo de perros rastreadores y a docenas de policías. Unos segundos después, estaban sobre él y, aupado tras el seto, vio cómo la marea de animales y hombres le pasaba y doblaba la esquina. Suspiró con alivio y echó a andar tras ellos.

El obispo de Barotselandia tuvo menos suerte. Como oía mal y como aún llevaba puesto el gorro de baño, que le tapaba las orejas, no pudo oír el ruido de los perros al acercarse. Estaba de pie junto a la piscina contemplando el revólver y recitando un fragmento del poema favorito de su abuelo, y se vio de repente rodeado de perros. Venían hacia él con los hocicos alzados, enseñando los colmillos, babeando, y el obispo, abrumado por su arremetida, cayó hacia atrás en la piscina, con el revólver aún en la mano. Al caer, apretó involuntariamente el gatillo y una bala solitaria desapareció inofensiva en el cielo nocturno. El obispo afloró en medio de la piscina y miró alrededor. Lo que vio no le resultó tranquilizador. La piscina estaba llena de afanosos alsacianos y, mientras él miraba, otros se lanzaban desde la orilla y se sumaban a las hordas que había ya en el agua. Un perro particularmente feroz, que estaba justo delante de él, abrió la boca y el obispo tuvo el tiempo justo para aspirar una bocanada de aire y desaparecer antes de que le mordiese. Nadó por debajo del agua a lo largo de la piscina y luego salió a la superficie. Otro perro le lanzó un mordisco, y él volvió a sumergirse. Sobre él, patas y más patas agitaban el agua y alzaban espuma, y el obispo cavilaba sobre aquella nueva manifestación del Todopoderoso. Era evidente que no había salido de la piscina todo lo pacíficamente que debería haberlo hecho la primera vez, y Dios había venido a él en la forma de docenas de perros y se preguntaba cómo podía conciliarse aquella aparición colectiva con la idea de que Dios era uno e indivisible, cuando le cogieron por el brazo y le sacaron de la piscina varios policías. Agradecido por esta liberación y demasiado desconcertado para preguntarse qué pintaban los policías en aquella visión de la divinidad, miró de nuevo hacia el agua. No había ni un centímetro de la superficie de la piscina libre de perros.

Y, de pronto, le esposaron las manos a la espalda y le hicieron darse vuelta.

—Éste es el cerdo, sí. Llévenle a la casa —dijo el Kommandant, y se lo llevaron entre varios policías, sujeto por brazos y piernas, por el camino, hacia la casa. Mojado y desnudo, Jonathan Hazelstone se quedó plantado entre la vegetación enmacetada del gran vestíbulo, el gorro de baño aún puesto. Desde una gran distancia y desde mucho más allá de las fronteras de la cordura, oyó cuchichear al Kommandant:

—Jonathan Hazelstone, le acuso a usted del asesinato intencional de un cocinero zulú y Dios sabe de cuántos policías, de la destrucción

intencionada de propiedad del gobierno y de la posesión ilegal de armas destinadas a herir y matar.

El obispo estaba demasiado desconcertado y demasiado sordo para oír al Kommandant decirle al sargento de Kock que llevara al detenido al sótano y lo tuviera allí bajo custodia hasta la mañana.

—¿No estaría más seguro en la comisaría de policía? —sugirió el sargento.

Pero el Kommandant van Heerden estaba demasiado exhausto para abandonar la mansión y estaba deseando además pasar la noche en una casa famosa en toda Sudáfrica por su elegancia y distinción.

—El lugar está rodeado de hombres —dijo—. Y, además, hemos recibido quejas de los vecinos por los gritos que salen de las celdas. Aquí nadie le oirá cuando grite. Ya le interrogaré yo por la mañana.

Y, mientras conducían al obispo de Barotselandia al sótano de la mansión de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden subía las escaleras, para buscarse un dormitorio cómodo y agradable. Eligió uno que tenía un cobertor azul sobre una enorme cama doble, y cuando se metió desnudo entre las sábanas, se consideró un hombre afortunado.

«Pensar que puedo mandar en la casa que perteneció al virrey de Matabelelandia», se dijo y, poniéndose de lado, entre aquellas sábanas tan suaves, se quedó dormido en seguida.

9

Pocas personas más de Piemburgo se quedaron dormidas tan fácilmente aquella noche. Sucedían a su alrededor demasiadas cosas inquietantes para que su sueño no fuera un sueño inquieto. En la parte alta de Piemburgo giraban despacio los focos siguiendo el perímetro de Jacaranda Park, iluminando con una claridad absolutamente asombrosa los grandes carteles que anunciaban la llegada de la muerte por dos de sus medios más sobrecogedores. Los focos, destinados en principio al ejército y entregados luego a la policía, hacían bastante más que eso. Al atravesar el parque, los suburbios contiguos y la propia ciudad, convertían la noche en un día claro con ciertos resultados notables, particularmente en el caso de una serie de granjas de pollos cuyas gallinas ponedoras se encontraban al borde de la crisis nerviosa al descubrir que sus ya cortas noches disminuían de pronto hasta ser más o menos de unos cuatro minutos.

Familias que habían tomado la precaución de cerrar a sus perros en el patio de atrás y de rociar las sábanas con DDT, y cuyos dormitorios se hallaban en la trayectoria de los focos, se encontraron con que el amanecer caía sobre ellos con una rapidez y una claridad que jamás habían visto, y que le sucedía una noche sin oscuridad, y que el proceso se repetía interminablemente mientras ellos se agitaban y daban vueltas en sus lechos. Fuera, por las carreteras, trajinaban los coches blindados y los camiones de la policía y las andanadas de las armas de fuego quebraban el silencio de la noche, mientras las fuerzas policiales seguían las instrucciones del Kommandant de disparar contra cualquier pequeño matorral que se pareciese al Luitenant Verkramp.

La central telefónica del hospital de Piemburgo estaba desbordada por las llamadas de preocupados ciudadanos deseosos de saber cuáles eran los síntomas de la peste bubónica y de la rabia y cómo había que tratar ambas

enfermedades. Al final, la telefonista, frenética, se negó a atender más llamadas, un abandono del deber que tuvo fatales consecuencias en dos casos de ataque cardíaco.

Sólo el Konstabel Els durmió profundamente en el hospital de cuarentena. De vez en cuando se estremecía en el sueño, pero sólo porque soñaba con batallas y muerte súbita. En la carretera de Vlockfontein las familias cuyos coches se habían averiado en la larga caravana caminaban lentamente hacia Piemburgo. Era una noche calurosa y, mientras caminaban, sudaban.

El Kommandant van Heerden sudaba también, aunque por una razón muy distinta. Cuando se metió en la cama estaba demasiado agotado para fijarse bien en el entorno. Se había dado cuenta de que las sábanas tenían una textura peculiar, pero había atribuido su suavidad al hecho de que la ropa de cama de la señorita Hazelstone tenía que ser, naturalmente, de la mejor calidad y distinta a las sábanas corrientes del propio Kommandant.

El Kommandant van Heerden durmió como un bendito durante una hora. Cuando se despertó, se encontró con que la cama rezumaba humedad. Se levantó embarazadísimo.

«Es como si hubiera estado dándole al trago», murmuró mientras cogía una toallita del lavabo y comenzaba a secar la cama preguntándose cómo podría explicarle aquel hecho a la señorita Hazelstone por la mañana. Se imaginaba ya el tipo de comentarios cáusticos que haría la señorita Hazelstone.

«Gracias a Dios las sábanas parecen impermeables», dijo, y volvió a meterse en la cama, para secarlas. «Es una noche verdaderamente sofocante», se dijo moviéndose y dando vueltas. No había forma de estar cómodo allí. Se adormiló un poco y despertó de nuevo y volvió a adormilarse y llegó un momento en que tuvo la clara impresión de que la cama no estaba más seca. En realidad, estaba cada vez más húmeda. Notaba cómo le corría el sudor por la espalda mientras se movía de un lado a otro y daba vueltas en aquellas sábanas diabólicamente pegajosas.

Empezó a preguntarse si no habría caído enfermo con fiebres producidas por la tensión del día. Desde luego, se sentía febril, y sus pensamientos mostraban todos los indicios del delirio. Sin saber bien si soñaba o recordaba lo que había pasado concretamente, perseguido por

rifles de cazar elefantes, por la señorita Hazelstone con una cimitarra, por Ming, y por un Konstabel Els enloquecido, el Kommandant van Heerden trajinaba en la noche envuelto en una espuma de agitación.

A las dos de la mañana apartó las sábanas de la cama. A las tres, volvió a secar el lecho. A las cuatro, convencido de que estaba muriéndose de una fiebre atroz y de que tenía una temperatura de cuarenta y cinco, entró en el baño tambaleante en busca de un termómetro. Había empezado a pensar que había demostrado una notable previsión al ordenar que instalaran alrededor del parque los carteles de la peste. Fuera cual fuese la enfermedad que había contraído, no le cabía duda de que debía ser infecciosa y mortal al mismo tiempo. Pero cuando se tomó la temperatura, descubrió que era inferior a la normal.

«Qué extraño», pensó. «Muy extraño, sí», y después de beber varios vasos de agua, volvió a su habitación y se metió otra vez en la cama. A las cinco abandonó toda idea de dormir y volvió al cuarto de baño y se dio un baño de agua fría. Aún estaba intentando descubrir qué era lo que le pasaba cuando empezó a vestirse. Percibió entonces que la habitación olía un poco raro y, por un momento, se miró receloso los calcetines. «No es ese tipo de olor», se dijo y, acercándose a las ventanas, descorrió las cortinas.

Fuera, el sol estaba ya alto y los Jacarandas relumbraban llenos de flores a la luz matutina. Pero el Kommandant van Heerden no sentía interés alguno por la vista que podía contemplarse desde la ventana. Le preocupaban más las cortinas. Tenían la misma textura que las sábanas. Las palpó de nuevo. «Esos malditos chismes se estiran», pensó, y descubrió que las sábanas eran también elásticas. Las olió detenidamente y reconoció entonces el olor. Las sábanas y las cortinas estaban hechas de caucho. Todo lo que había en la habitación estaba hecho de una goma azul fina.

Abrió el armario ropero y palpó los trajes y vestidos que había colgados dentro. También estaban hechos de goma. El Kommandant van Heerden se sentó en la cama, atónito. Nunca en toda su vida se había topado con algo semejante. Desde luego, su relación anual con el caucho no le había preparado precisamente para aquel encuentro, y allí sentado empezó a pensar que aquella habitación tenía algo claramente siniestro. Examinó por fin el contenido del mueble de cajones y descubrió lo mismo. Camisas, calzoncillos y calcetines eran todos de goma. En un cajoncito encontró varios gorros de goma y dos pares de esposas. Era evidente que la habitación tenía una finalidad siniestra, pensó, mientras bajaba al piso de

abajo a desayunar.

—¿Qué tal el preso? —preguntó el Kommandant al sargento de Kock una vez terminó su café con tostadas.

—A mí me parece que está loco. No hace más que hablar de animales todo el rato. Al parecer, cree que Dios es un perro guardián o un buitre, o algo así —dijo el sargento.

—No le ayudará mucho. ¿Cuántos hombres perdimos ayer?

—Veintiuno.

—Veintiuno y un cocinero zulú. Digamos, veintiuno y un cuarto. Ningún hombre que liquide a veintiún policías puede alegar locura.

El sargento de Kock no parecía muy convencido.

—Un hombre que mata a veintiún policías y se deja olvidada la cartera en el escenario del crimen, yo creo que tiene que estar loco.

—Todos cometemos errores —dijo el Kommandant, y subió al piso de arriba a iniciar el interrogatorio.

Abajo, en el sótano, el obispo de Barotselandia se había pasado la noche encadenado a una tubería. Había dormido aún menos que el Kommandant y habían estado custodiándole cuatro policías y dos perros. Durante aquellas horas insomnes se había debatido con el problema intelectual y moral que implicaba su situación, y al fin había llegado a la conclusión de que se le estaba castigando por no salir con la suficiente rapidez de la piscina. Durante un rato, había considerado incluso la posibilidad de que lo que parecía estar sucediéndole fuese un síntoma de *delirium tremens* provocado por el hecho de haberse bebido una botella entera de coñac barato. Cuando por fin le pusieron de pie y le subieron al piso de arriba y le llevaron por el pasillo hasta el despacho de su padre, estaba ya absolutamente seguro de que todo aquello era una alucinación.

El Kommandant van Heerden no había elegido por casualidad el despacho del juez Hazelstone para interrogar al detenido. Su infalible sentido de la psicología le había dicho que el despacho, que evocaba la severidad judicial y estaba lleno de asociaciones de la infancia,

predispondría a Jonathan Hazelstone para el severo interrogatorio a que pensaba someterle el comandante. Éste, sentándose a la mesa en una silla grande tapizada de cuero, asumió una actitud y un porte que, estaba seguro, le recordarían a su padre. Con ese fin, jugueteaba con una horca de bronce en miniatura, con trampilla y todo, y víctima balanceante, que había encontrado en la mesa y que hacía la función de pisapapeles. Pudo ver que era un obsequio de «El verdugo, en gratitud por los muchos favores del juez Hazelstone». Seguro de parecerse mucho al gran legislador cuando interrogaba a su hijo sobre alguna travesura infantil, el Kommandant ordenó que hicieran pasar al detenido.

Fuera cual fuese la semejanza que pudiera haber entre el Kommandant y el juez Hazelstone, magistrado del tribunal supremo, y no la había prácticamente, no había ninguna, en absoluto, entre la criatura esposada y desnuda que entró tambaleante en el despacho, aún con aquel ridículo gorro de baño puesto, y un dignatario de la High Church. Mirando al Kommandant con ojos extraviados, el obispo parecía la imagen de la depravación.

—¿Nombre? —dijo el Kommandant, posando el pisapapeles y cogiendo una pluma.

—No oigo bien —dijo el obispo.

—Tampoco yo —dijo el Kommandant—. Es por disparar ese maldito rifle de cazar elefantes.

—Le repito que no puedo oír lo que me dice.

El Kommandant van Heerden levantó la vista de la mesa.

—¿Por qué demonios lleva usted puesto ese gorro? —preguntó, e indicó a un Konstabel que se lo quitara.

El Konstabel dejó el gorro de baño en la mesa y el Kommandant van Heerden lo miró con recelo.

—¿Tiene usted la costumbre de llevar prendas de goma? —preguntó.

El obispo decidió ignorar la pregunta. Ya bastaba de pesadillas. Quería volver al mundo normal.

—Quiero protestar por las ofensas que se han hecho a mi persona —comenzó, y le dejó muy sorprendido la reacción que provocó una afirmación tan simple.

—¿Qué dice usted que quiere hacer? —gritó el Kommandant.

—He sido agredido por varios de sus hombres —continuó el obispo—. Me han tratado de un modo abominable.

El Kommandant van Heerden no podía creer lo que oía.

—¿Y qué me dice de lo que les estuvo haciendo usted a ellos ayer por la tarde? ¿Acaso cree que aquello era jugar a besar el jodido anillo? Liquidó usted a la mitad de mis hombres, destrozó un Saracen en perfecto estado y asesinó a ese maldito cocinero de su hermana y aún tiene el descaro de entrar aquí y protestar por las agresiones.

El Kommandant van Heerden no encontraba palabras. Cuando se controló, continuó más sosegadamente.

—¿Quiere usted decirme algo más? —preguntó.

—Sí —dijo el obispó—. Quiero ver a mi abogado.

El Kommandant movió la cabeza.

—Primero la confesión —dijo.

—Tengo derecho a ver a mi abogado.

El Kommandant van Heerden tuvo que sonreír.

—No lo tiene.

—Tengo derecho a consultar a mi abogado, según la ley.

—Ya tendrá tiempo después de balar por el *habeas corpus.*

—Desde luego que sí, a menos que me lleve usted ante un magistrado en un plazo de cuarenta y ocho horas.

El Kommandant van Heerden se retrepó en su asiento y sonrió alegremente.

—Cree usted conocer la ley, ¿eh? Siendo hijo de juez, tiene que conocerla, ¿no?

El obispo no estaba dispuesto a ceder.

—Conozco mis derechos elementales.

—Bien, permítame decirle algo. Le detengo a usted aplicándole la Ley Antiterrorista, y eso significa que no puede ver usted a un abogado, que no hay *babeas corpus* ni nada de nada —hizo una pausa para dejarle asimilar esto—. Puedo tenerle detenido hasta el día de su muerte, y no tendrá usted ni esto así siquiera de abogado; y en cuanto a lo de llevarle ante un magistrado, para eso puedo esperar cuarenta y ocho años o cuatrocientos ochenta si me da la gana.

El obispo intentó decir algo, pero el Kommandant prosiguió:

—Le diré algo más. Según la Ley Antiterrorista, tiene que demostrar usted que es inocente. Yo no tengo que molestarme en demostrar su culpabilidad. Lo cual es muy ventajoso, desde mi punto de vista —y el Kommandant cogió el pisapapeles con lo que esperaba que fuese un gesto

significativo.

El obispo no sabía qué decir.

—Pero la Ley Antiterrorista no se aplica en mi caso. Yo no soy un terrorista.

—¿Y qué es entonces una persona que va y se liquida a veintiún policías? ¿Acaso no es un terrorista?

—No sé de qué me habla.

—Le diré de qué le hablo —gritó el Kommandant—. Se lo diré bien claro. Ayer por la tarde intentó usted destruir las pruebas de un crimen salvaje cometido en la persona del cocinero zulú de su hermana disparando contra él con un monstruoso rifle de cazar elefantes. Luego, obligó a su hermana a confesarse autora del crimen para salvar usted el pellejo, y luego se fue a la entrada principal y liquidó a tiros a veintiuno de mis hombres cuando intentaban entrar en el parque.

El obispo miró desconcertado en su derredor, intentando serenarse.

—Está usted en un error —dijo al fin—. Yo no maté a Cinco Peniques…

El Kommandant van Heerden le interrumpió rápidamente.

—Gracias —dijo, y empezó a escribir—. Confiesa haber matado a veintiún agentes de policía.

—Yo no he dicho eso —gritó el obispo—. Le he dicho que no había matado a Cinco Peniques.

—Niega haber matado al cocinero zulú —continuó el Kommandant, escribiendo laboriosamente.

—Niego también haber matado a veintiún policías —gritó el obispo.

—Se retracta de la confesión anterior —dijo el Kommandant.

—No ha habido confesión anterior de ningún tipo. Yo no he dicho en ningún momento que hubiera matado a los policías.

El Kommandant van Heerden miró a los dos Konstabels.

—Ustedes le oyeron confesar que mató a veintiún agentes de policía, ¿no es cierto? —dijo.

Los dos konstabels no estaban seguros de lo que habían oído. Pero sabían lo suficiente para no arriesgarse a llevarle la contraria al Kommandant. Asintieron.

—Ahí tiene usted —continuó el Kommandant—. Ellos le oyeron.

—Pero no lo he dicho —aulló el obispo—. ¿Para qué iba a querer yo matar a veintiún policías?

El Kommandant consideró el asunto.

—Para ocultar el crimen del cocinero zulú que había cometido —dijo al fin.

—¿Y cómo me iba a ayudar a ocultar el asesinato de Cinco Peniques el matar a veintiún policías? —chilló el obispo.

—Eso debería haberlo pensado usted antes de hacerlo —dijo limpiamente el Kommandant.

—Pero es que no lo hice, ¿cómo quiere que se lo diga a usted? Ayer por la tarde no me acerqué siquiera a la entrada principal. Estaba demasiado borracho para moverme.

El Kommandant empezó a escribir de nuevo.

—Afirma haber actuado bajo la influencia del alcohol —dijo.

—No, ni hablar. Dije que estaba demasiado borracho para ir a ninguna parte. No podría haber llegado hasta la entrada principal aunque hubiese querido.

El Kommandant van Heerden posó la pluma y miró al detenido.

—Entonces, quizá sea usted capaz de decirme —dijo— por qué sesenta y nueve perros rastreadores siguieron el olor en cuanto les di su pista hasta la entrada principal y luego volvieron a la piscina donde estaba usted desembarazándose de las armas del crimen.

—No sé, francamente.

—Testigos especialistas, perros rastreadores —dijo el Kommandant—. Y quizá pueda también explicarme cómo es que su cartera y su pañuelo estaban en el bunker desde el que fueron abatidos mis hombres.

—Pues no tengo ni idea.

—Eso es, ahora, si es tan amable, firme aquí —dijo el Kommandant ofreciéndole la declaración.

El obispo se inclinó y leyó la declaración. Era una confesión de que había asesinado a Cinco Peniques y a veintiún agentes de policía.

—No firmaré, por supuesto —dijo irguiéndose al fin—. No tengo nada que ver con ninguno de los delitos que menciona usted.

—¿No? Muy bien, entonces dígame quién los cometió.

—Mi hermana mató a Cinco Peniques… —comenzó el obispo, y comprendió que estaba cometiendo un error. El Kommandant se había puesto rojo de furia.

—¡Cabrón, asqueroso! —gritó—. Pretende ser un caballero inglés e intenta echar la culpa de un asesinato que usted ha cometido a su pobre

hermana querida. ¿Qué clase de hombre es usted? ¿No significa nada para usted el honor de la familia?

A una señal del Kommandant, los dos policías agarraron al obispo y le derribaron. En una algarabía de botas y porras, el obispo rodó por el suelo del despacho. En el momento en que pensaba que ya estaba a punto de morir, le levantaron otra vez y le pusieron frente a la mesa.

—Continuaremos esta conversación cuando se sienta usted con ánimos —dijo el Kommandant, más tranquilo, y el obispo dio gracias a Dios por ahorrarle otra entrevista con el Kommandant van Heerden.

Sabía que nunca se sentiría con ánimos para soportarlo.

—Y entre tanto, le mandaré con el Luitenant Verkramp. Se trata, evidentemente, de un caso político y en el futuro le interrogará él —y con esta terrible amenaza, el Kommandant ordenó a los dos oficiales que volvieran a llevarse al prisionero al sótano.

El Kommandant van Heerden, mientras esperaba que llevaran a su presencia a la señorita Hazelstone, acariciaba pensativo el gorro de baño y se preguntaba qué habría sido del Luitenant Verkramp. No albergaba demasiadas esperanzas de que el Luitenant estuviera muerto. «Seguro que ese cerdo astuto se ha escondido en algún sitio», pensó, metiendo caviloso un dedo en el gorro de baño. Empezaba a desear tener al Luitenant al lado para consultarle sobre el caso. El Kommandant van Heerden no era muy bueno elaborando teorías y el interrogatorio no se había convertido tan fácilmente como esperaba en una confesión. Tenía que admitir, aunque sólo fuera para él, que había ciertos aspectos de la versión de los hechos que daba Jonathan, que tenían un aire de verosimilitud. Era cierto que estaba borracho en la cama en la mansión de Jacaranda Park. El Kommandant le había visto allí con sus propios ojos, y, sin embargo, el tiroteo en la entrada había empezado sólo unos minutos después. El Kommandant no podía entender cómo un hombre que estaba borracho perdido en determinado momento, a medio kilómetro del bunker, podía estar al instante siguiente disparando con notable precisión contra los policías de paisano. ¿Y dónde demonios se había metido Els? Todo aquello era un terrible misterio.

«Bueno, en fin, a caballo regalado no le mires el diente», pensó. «Después de todo, lo que está en juego es mi carrera, no se puede ser tan puntilloso.»

El Kommandant no se había equivocado mucho al valorar la posición del Luitenant Verkramp. Estaba realmente escondido, sí. De toda la gente que dormía en Piemburgo aquella noche, el Luitenant Verkramp quizá fuera el menos inquieto y desde luego el que menos repuesto se sentía cuando llegó el amanecer. Había tenido un sueño agitado, muy agitado, pero a pesar de su desasosiego no se había atrevido a moverse. Debajo de él y en ciertos casos realmente dentro, las terribles estacas puntiagudas hacían que el más leve movimiento fuese una experiencia excesivamente desagradable.

Sobre él, el dedo móvil de una luz enorme se balanceaba extrañamente a través de una gran nube de humo grasiento. Llenaba el aire un olor nauseabundo a carne quemada, y el Luitenant Verkramp empezó a creer, en su delirio, en el infierno que los sermones de su abuelo habían prometido a los pecadores. Se despertó a intervalos durante la larga noche, pensando qué habría hecho para merecer tan espantoso destino, y se le llenaba la cabeza de visiones de los presos que había torturado, metiéndoles la cabeza en bolsas de plástico o administrándoles descargas eléctricas en los genitales. Si le dieran otra oportunidad en la vida, prometía no volver a torturar jamás a ningún sospechoso, y al hacerlo comprendía que era una promesa que nunca podría cumplir.

Sólo había una porción de su anatomía que podía moverse sin demasiado dolor. Tenía el brazo izquierdo libre y, mientras estaba allí tumbado mirando fijamente hacia arriba, hacia el humo y las llamas del infierno, utilizó la mano para tantear alrededor. Tocó las estacas puntiagudas de hierro y descubrió debajo de él el cuerpo rígido y frío de otra alma condenada. El Luitenant Verkramp envidió a aquel hombre. Era evidente que había pasado a otro lugar más agradable, como el olvido, y le envidió aún más un momento después, cuando atrajo su atención hacia posibilidades nuevas y aún más horrorosas un sonido sumamente desagradable que procedía del extremo de la fosa.

Al principio pensó que estaban desvistiendo a alguien muy de prisa y que lo hacía alguien que manifestaba muy poco respeto por sus ropas. Quienquiera que estuviera allí al fondo trajinando, no se molestaba, desde luego, en desabotonar las prendas con cuidado. Parecía que estuvieran realmente arrancándole la ropa a algún pobre diablo sin ceremonia de ningún tipo. El Luitenant Verkramp estaba seguro de que aquellas prendas no podrían volver a usarse. «Probablemente estén preparando a algún pobre

diablo para asarle», pensó, albergando la esperanza de que su camuflaje permitiese evitar durante algún tiempo el que le hallasen.

Alzando la cabeza centímetro a centímetro, miró hacia el fondo del foso. Al principio, no podía ver nada por la oscuridad. El rumor aquel de desvestir había cesado y fue seguido de ruidos más horribles, Verkramp no había oído en su vida ruidos tan espantosos. Fuera lo que fuese lo que pasaba allá abajo, debía ser algo inconcebible e insoportable, pero, de todos modos, se sentía extraordinariamente fascinado y siguió atisbando en la oscuridad. Arriba, sobre él, la gran luz tanteante giraba lenta de nuevo hacia el foso, y, cuando pasó por encima del Luitenant Verkramp, supo que su encuentro con la vida salvaje del seto en la forma de la araña gigante había sido como nada frente a los sobrecogedores calvarios que le tenía reservados la muerte. Al fondo del foso había un gran buitre cubierto hasta el cuello de policías vestidos de paisanos. El Luitenant Verkramp se desmayó otra vez.

Cuando amaneció sobre los variados restos de la defensa que el Konstabel Els había hecho de Jacaranda Park, los policías que vigilaban la entrada descubrieron el foso y a sus habitantes vivos y muertos, y bajaron cautelosamente a recogerlos. Tuvieron ciertas dificultades al principio para reconocer al Luitenant Verkramp bajo su vegetación y, cuando decidieron por fin que era al menos parcialmente humano, tuvieron más dificultades aún para determinar si estaba vivo o muerto. Desde luego, la criatura a la que izaron hasta el césped parecía más muerta que viva y padecía, evidentemente, una manía persecutoria muy aguda.

—No me asen, por favor, no. Prometo que no volveré a hacerlo —chillaba el Luitenant Verkramp, y aún seguía gritando cuando le metieron en la ambulancia para llevarle al hospital.

10

En el momento en que el Luitenant Verkramp ingresaba en el hospital de Piemburgo, salía de él, dado de alta, el Konstabel Els.

—Le aseguro que tengo la rabia —gritaba Els al médico que le dijo que no sufría ningún trastorno físico—. Me mordió un perro rabioso y estoy muriéndome.

—No tendremos tanta suerte —dijo el médico—. Vivirá usted para morder otro día —y dejó a Els plantado en las escaleras, maldiciendo la ineficacia de los médicos.

Estaba intentando determinar lo que debía hacer, cuando se detuvo a su lado el coche policial que había acompañado a la ambulancia que llevaba al Luitenant Verkramp al hospital.

—Vaya, Els, ¿dónde demonios has estado? —preguntó el sargento que iba al lado del conductor—. El viejo se puso a dar voces porque no aparecías.

—He estado en el hospital —dijo Els—. Posible caso de rabia.

—Será mejor que subas al coche. Tenemos que ir a la comisaría a recoger tu juguetito.

—¿Qué juguetito? —preguntó Els, esperando que no se tratara del rifle de cazar elefantes.

—La máquina de los electrochoques. Te hemos conseguido un cliente allá arriba en Jacaranda Park.

Mientras subían la cuesta, Els guardó silencio. No le apetecía gran cosa tener que ver al Kommandant y explicarle por qué había abandonado su puesto. Cuando pasaron por delante del Saracen destrozado, Els no pudo contener una risilla.

—No sé de qué te ríes —dijo el sargento con acritud—. Podrías haber estado tú ahí dentro.

—Yo no —dijo Els—. Yo no me dejaría cazar en uno de esos chismes. Son trampas mortales.

—Normalmente son muy seguros.

—No cuando se enfrentan a un hombre con valor y que tenga el tipo de armamento adecuado —dijo Els.

—Parece que tuvieras algo que ver con el asunto, sabes tanto…

—¿Quién? ¿Yo? Yo no tengo nada que ver con eso. ¿Por qué iba a cargarme yo un Saracen?

—Sabe Dios —dijo el sargento—, pero es exactamente el tipo de estupidez del que tú serías capaz.

El Konstabel Els se maldijo por haber abierto la boca. Tendría que tener más cuidado con el Kommandant. Empezó a preguntarse cuáles serían los síntomas de la peste bubónica. Quizá tuviera que fingirlos, como último recurso.

El interrogatorio de la señorita Hazelstone había tenido un mal principio. Nada de lo que pudiera decir el Kommandant van Heerden podía convencerla de que no había matado ella a Cinco Peniques.

—Está bien, supongamos por el momento que le disparó usted —dijo por enésima vez el Kommandant—. ¿Qué motivos tenía para hacerlo?

—Era mi amante.

—La mayoría de la gente quiere a sus amantes, señorita Hazelstone. Usted, sin embargo, dice que le mató a tiros.

—Correcto. Eso hice.

—No es una reacción normal, precisamente.

—Yo no soy una persona normal —dijo la señorita Hazelstone—. Ni lo es usted. Ni lo es el konstabel que está a la puerta. Ninguno de nosotros es gente normal.

—Pues yo diría que soy bastante normal —dijo el Kommandant pulcramente.

—Ése es exactamente el tipo de comentario estúpido que yo esperaba que hiciera usted, y lo único que viene a demostrar es lo anormal que es usted. A la mayoría de las personas les gusta pensar que son seres únicos. A usted, evidentemente, no. Y como parece usted pensar que la normalidad consiste en ser como otras personas, en la medida en que posee usted cualidades que le hacen distinto a otras personas, es usted anormal. ¿Me he

explicado bien?

—No —dijo el Kommandant—. No lo ha hecho.

—Déjeme que se lo explique de otro modo, entonces —dijo la señorita Hazelstone—. Normalidad es un concepto. ¿Me entiende?

—Estoy intentándolo —dijo el Kommandant, desesperado.

—Bueno. Como he dicho, normalidad es un concepto. No es una condición ni un modo de ser. Usted lo confunde con el deseo de adaptarse. Usted tiene un intenso deseo de adaptarse. Yo no tengo ninguno.

El Kommandant van Heerden se abría torpemente paso tras ella. No podía entender una palabra de lo que decía, pero no parecía muy halagador.

—¿Y el motivo? —preguntó, intentado volver a un terreno más familiar.

—¿Qué me dice usted de eso? —replicó la señorita Hazelstone.

—Si mató usted a Cinco Peniques, tuvo que tener un motivo para hacerlo.

La señorita Hazelstone se quedó un momento pensando.

—No es preciso —dijo al fin—. Aunque supongo que podría usted argüir que un acto inmotivado es imposible porque presupone inevitablemente una intención de actuar sin motivación, lo cual es una motivación en sí.

El Kommandant van Heerden miró a su alrededor desesperado. Aquella mujer le estaba volviendo loco.

—¿No tenía usted ninguno, entonces? —preguntó, tras contar despacio hasta veinte.

—Si insiste usted en que lo tenga, supongo que tendré que darle uno. Puede decir usted que fueron los celos.

El Kommandant se animó un poco. Aquello estaba mejor. Volvía a pisar terreno familiar.

—¿Y de quién estaba usted celosa?

—De nadie.

—¿De nadie?

—Eso dije.

El Kommandant van Heerden se asomó y miró por el borde de un abismo.

—¡De nadie! —chilló casi—. ¿Cómo demonios puede estar usted celosa de nadie?

Hizo una pausa y la miró con recelo. Luego dijo:

—Nadie no será el nombre de otro cafre, ¿verdad?

—Pues claro que no. Significa exactamente lo que es. Nadie, nadie.

—No puede usted estar celosa de nadie. Eso no es posible. Tiene usted que estar celosa de alguien.

—Pues no lo estoy, ya ve usted —dijo la señorita Hazelstone mirándole compasivamente.

El Kommandant sintió abrirse bajo él un abismo que iba haciéndose cada vez mayor. Era el más abismático de todos los abismos.

—Nadie. Nadie —repitió casi patéticamente, moviendo la cabeza—. A ver quién me explica a mí cómo puede estar alguien celoso de nadie.

—Pero si es muy simple —continuó la señorita Hazelstone—. Yo estaba simplemente celosa.

—Simplemente celosa… —repitió lentamente el Kommandant.

—Eso es. Yo no quería perder al buen Cinco Peniques.

Tambaleándose sobre un vacío insondable de abstracción, el Kommandant se asió a Cinco Peniques. Había habido algo sustancial en el cocinero zulú, y el Kommandant necesitaba algo sustancial a lo que asirse.

—¿Tenía usted miedo a perderle? —caviló en voz alta y luego comprendió la terrible contradicción en que estaba incurriendo—. Pero dice usted que le pegó un tiro. ¿No era ése el mejor medio de perder a aquel animal? —estaba casi fuera de sí.

—Era el único medio que tenía de asegurarme de que le conservaba —replicó la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden huyó del vacío. Estaba perdiendo el control del interrogatorio. Empezó de nuevo desde el principio.

—Olvidemos por un instante que mató usted a Cinco Peniques para no perderle —dijo, despacio, con mucha paciencia—. Empecemos por el otro extremo. ¿Por qué motivo se enamoró usted de él?

No era un tema que deseara particularmente investigar, pues no creía, ni por un instante, que ella hubiera estado enamorada en ningún momento de aquel cerdo, pero era mejor aquello que insistir en lo de nadie. Además, estaba bastante seguro de que ahora ella cedería ya. Los Hazelstone no podían enamorarse de los cocineros zulúes.

—Cinco Peniques y yo teníamos algunas cosas en común —dijo lentamente la señorita Hazelstone—. Por un lado, teníamos el mismo fetiche.

—Vaya. ¿El mismo fetiche?

El Kommandant conjuró en su pensamiento la imagen de pequeños ídolos nativos que había visto en el museo de Piemburgo.

—Naturalmente, eso establecía un lazo entre los dos —dijo la señorita Hazelstone.

—Sí, es natural, supongo que le sacrificaban cabras —dijo sarcásticamente el Kommandant.

—¡Qué ocurrencia tan extraña! —dijo la señorita Hazelstone, que parecía desconcertada ante el comentario del Kommandant—. Claro que no hacíamos tal cosa. No era ese tipo de fetiche.

—¿No lo era? ¿Qué clase de fetiche era entonces? ¿De madera o de piedra?

—Goma —dijo secamente la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden se retrepó furioso en su asiento. Estaba harto ya de que la señorita Hazelstone le tomara el pelo. Si se suponía en serio que él era capaz de creerse historias absurdas sobre un ídolo de goma, estaba lista.

—Escúcheme usted, señorita Hazelstone —dijo muy serio—. Soy capaz de apreciar lo que intenta usted hacer. Y he de decirle que la admiro por ello. La lealtad a la familia es algo magnífico, e intentar salvar a su hermano es algo muy encomiable también, pero yo tengo que cumplir con mi deber, y nada de lo que usted diga me impedirá hacerlo. Pero si fuese usted tan buena que se decidiese a admitir que no ha tenido nada que ver con el asesinato de su cocinero y que jamás estuvo enamorada de él, ni muchísimo menos, la dejaré irse. De lo contrario, me veré obligado a tomar algunas medidas drásticas contra usted. Está obstaculizando la acción de la justicia y no me deja alternativa. Vamos, sea razonable y admita que toda esta historia de los fetiches es un disparate.

La señorita Hazelstone le miró gélidamente.

—¿Se estimula usted fácilmente? —preguntó—. Desde el punto de vista sexual, quiero decir.

—Eso es algo que no tiene nada que ver con usted.

—Tiene mucho que ver con este caso —dijo la señorita Hazelstone, y vaciló. El Kommandant van Heerden se movió inquieto en su asiento. Había empezado a darse cuenta de que las vacilaciones de la señorita Hazelstone solían augurar alguna revelación nueva e inquietante.

—He de admitir que no me excito fácilmente —dijo por fin la señorita Hazelstone. Al Kommandant le encantó oír esto—. Necesito goma para

estimular mi impulso sexual.

El Kommandant estaba a punto de decir que en su caso la presencia de goma producía un efecto contrario, pero se lo pensó mejor.

—Soy, en realidad, una fetichista de la goma —continuó la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden intentó captar las implicaciones del comentario.

—¿De veras? —preguntó.

—Tengo pasión por la goma.

—¿De veras?

—Sólo puedo hacer el amor cuando estoy vestida de goma.

—¿De veras?

—Fue la goma lo que nos unió, a Cinco Peniques y a mí.

—¿Sí?

—Cinco Peniques tenía la misma tendencia.

—¿Sí?

—Cuando le conocí estaba trabajando en un taller de recauchutado de neumáticos.

—¿De veras?

—Yo había llevado los neumáticos a recauchutar y allí estaba Cinco Peniques. En cuanto le vi, me di cuenta de que era el hombre que llevaba buscando toda la vida.

—¿De veras?

—Casi podría decir que nuestra relación amorosa se apoyó en una Michelin X.

—¿De veras?

La señorita Hazelstone se detuvo. La incapacidad del Kommandant para responder más que con una o dos palabras, en forma, además, de pregunta, a una pregunta que ella había contestado ya, empezaba a irritarla.

—¿Tiene usted idea de las cosas de las que estoy hablando? —preguntó.

—No —dijo el Kommandant.

—No sé qué más puedo hacer para explicar claramente las cosas —dijo la señorita Hazelstone—. He intentado explicar lo más llanamente posible lo que me atraía de Cinco Peniques.

El Kommandant van Heerden cerró la boca que tenía abierta e intentó concentrar el pensamiento en algo comprensible. Lo que acababa de decirle

con tanta sencillez la señorita Hazelstone no había sido, tenía que admitirlo, un concepto abstracto, ni mucho menos, pero si un momento antes se había visto al borde de vacíos de abstracciones insondables, los simples hechos que ella le había explicado ahora estaban tan alejados de todo aquello para lo que le había preparado su experiencia, que empezó a pensar que prefería en realidad el abismo conceptual. Intentando recuperar su sentido de la realidad, recurrió a la sana grosería.

—¿Acaso intenta usted decirme —dijo, cogiendo el gorro de baño de encima de la mesa y balanceándolo en un dedo a unos centímetros de la cara de la señorita Hazelstone— que este gorro de goma produce en usted un deseo abrumador de acostarse conmigo?

La señorita Hazelstone asintió, allí, delante de él.

—¿Y que si me lo pusiera, no podría usted controlar sus impulsos sexuales? —continuó.

—Sí —dijo frenéticamente la señorita Hazelstone—. Sí, por supuesto. Quiero decir, no, no podría.

Escindida entre un impetuoso torrente de deseo y una aversión horripilante a la persona del Kommandant, la señorita Hazelstone apenas sabía lo que le pasaba.

—Y supongo que me dirá usted que su cocinero zulú tenía la misma afición a la goma…

La señorita Hazelstone asintió de nuevo.

—Y supongo que todas las prendas de ropa que encontré arriba en el dormitorio le pertenecen a usted también —la señorita Hazelstone asintió también—. ¿Y Cinco Peniques se ponía un traje de goma y usted un vestido de noche de goma? ¿Es cierto eso?

El Kommandant van Heerden se daba cuenta, por la expresión de la señorita Hazelstone, que al fin había recuperado él la iniciativa: Ella estaba sentada allí, muda, mirándole como hipnotizada.

—¿Era eso lo que solía pasar? —continuó implacable.

La señorita Hazelstone movió la cabeza.

—No —dijo—. Era al revés.

—¿Ah sí? ¿Qué era al revés?

—Lo de la ropa.

—¿Quiere decir que la ropa se la ponían al revés?

—Sí.

—¿Lo fuera para dentro, o lo de atrás para delante?

—Bueno, no exactamente.

La experiencia que había tenido el Kommandant van Heerden con la goma durante la noche, no le había inducido a desear usarla de ninguna manera.

—¿Cómo, entonces? —preguntó.

—Yo me ponía los trajes de hombre y Cinco Peniques los vestidos de mujer —dijo la señorita Hazelstone—. Como habrá advertido usted ya, me imagino, yo tengo ciertas características masculinas marcadas y Cinco Peniques, pobrecillo, era travesti.

Mirándola fijamente con creciente repugnancia, el Kommandant pudo darse cuenta de lo que quería decir. ¡Características masculinas, sí! Un gusto por las historias increíbles y repugnantes, por una parte. Y, si por un momento había creído realmente que un gordo cocinero zulú se había dedicado a ponerse las ropas de su ama, no había duda de que era un zulú muy afortunado si había muerto de la forma en que parecía haber muerto. El Kommandant sabía muy bien lo que le habría hecho a cualquier criado suyo al que encontrase haciendo el payaso con ropa de mujer, fuese o no de goma.

Pero el Kommandant procuró apartar la atención de estas consideraciones e intentó pensar en el caso. Ya se había dado cuenta de que había algo siniestro en aquel dormitorio de las sábanas de goma, y ahora la señorita Hazelstone le había explicado su finalidad.

—Es inútil que siga intentando usted encubrir a su hermano —dijo—. Tenemos pruebas suficientes ya para ahorcarle. Lo que me cuenta usted de la ropa de goma no hace más que confirmar lo que ya sabíamos. Cuando detuvimos a su hermano anoche, llevaba este gorro puesto.

Y lo alzó ante ella de nuevo.

—Claro que lo llevaba —dijo la señorita Hazelstone—. No puede bañarse sin él. Padece de los oídos.

El Kommandant van Heerden sonrió.

—A veces, escuchándola, señorita Hazelstone, también yo tengo la sensación de que padezco de los oídos. Pero no ando siempre por ahí con un gorro de baño en la cabeza.

—Ni tampoco Jonathan.

—¿No? Bueno, entonces quizás pueda explicarme usted por qué aún lo llevaba puesto cuando le trajeron por la mañana aquí. Es evidente que a su hermano le gusta llevar cosas de goma.

—Lo más probable es que no se acordase de quitárselo —dijo la señorita Hazelstone—. Es muy distraído. Siempre se olvida de dónde deja las cosas.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo el Kommandant.

Luego hizo una pausa, se retrepó expansivo en su asiento, y añadió:

—El esquema del caso parece ser éste. Su hermano vuelve a casa de Rhodesia probablemente porque se pusieron las cosas calientes allá arriba.

—¡Qué disparate! —interrumpió la señorita Hazelstone—. En Barotselandia hace mucho calor, sí, pero Jonathan está acostumbrado al calor.

—Sí, sí, por supuesto —dijo el Kommandant—. En fin, fuera cual fuese el motivo, el caso es que se vino aquí. Se trajo consigo las ropas de goma que tanto le gustan y empezó a intentar seducir a su cocinero zulú.

—¡Qué disparate! —dijo la señorita Hazelstone—. A Jonathan no se le pasaría siquiera por la cabeza una cosa así. ¿Es que se olvida usted que es un obispo?

El Kommandant no había olvidado tal cosa, por el simple hecho de que nunca la había sabido.

—Eso es lo que él le ha dicho a usted —dijo—. Los informes que nosotros tenemos indican que es un delincuente convicto. Tenemos una ficha suya en la comisaría. El Luitenant Verkramp conoce los detalles.

—¡Pero esto es un disparate! Jonathan es obispo de Barotselandia.

—Probablemente sea su alias —dijo el Kommandant—. Bien. Hemos llegado a la parte en que él intenta hacerlo con Cinco Peniques. El cocinero no quiere y escapa al jardín, y su hermano lo mata de un tiro.

—Usted está loco —gritó la señorita Hazelstone levantándose—. Está loco de remate. Mi hermano estaba en la piscina cuando yo disparé contra Cinco Peniques. Vino corriendo cuando oyó el tiro e intentó administrarle los últimos ritos.

—Últimos ritos es un modo de expresarlo —dijo el Kommandant—. ¿Y fue así como se llenó todo de sangre?

—Exactamente.

—¿Y espera usted de veras que yo me crea que una señora como usted mató a su cocinero a tiros, y que su hermano, al que encontré borracho perdido en una cana, desnudo y cubierto de sangre, es un obispo y no tuvo nada que ver con el asesinato? La verdad, señorita Hazelstone, tengo la impresión de que me toma usted por un imbécil.

—Desde luego —dijo sencillamente la señorita Hazelstone.

—Y otra cosa —continuó el Kommandant precipitadamente—, un maníaco liquidó a veintiuno de mis hombres ayer por la tarde a la entrada del parque. Ahora intentará usted convencerme de que también los mató usted, ¿no?

—No sería por falta de ganas, desde luego —dijo la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden sonrió.

—Vamos, no diga eso. Ojalá se pudiera echar tierra al asunto. Quizá fuera posible si se tratase sólo de la muerte del cocinero, pero ahora ya no hay nada que hacer. La justicia debe seguir su curso.

Hizo girar en redondo su asiento y miró hacia las estanterías de libros. Estaba muy satisfecho de sí mismo. Todo se había aclarado en su cabeza y no le cabía la menor duda de que sería capaz de convencer al fiscal del Estado. La carrera del Kommandant van Heerden estaba salvada. Detrás de él, la señorita Hazelstone actuó rápidamente. Aprovechando la oportunidad que le proporcionaban la nuca del Kommandant y el pisapapeles de bronce, los unió a ambos con toda la fuerza de que fue capaz. El Kommandant se desplomó en el suelo.

La señorita Hazelstone enfiló ágilmente hacia la puerta.

—El Kommandant ha tenido un ataque —dijo a los dos konstabels que permanecían allí de guardia—. Ayúdenme a llevarle a su dormitorio —y les guió escaleras arriba.

Después de que los dos policías depositaran al Kommandant van Heerden en la cama del dormitorio azul, la señorita Hazelstone les mandó bajar a telefonear al hospital pidiendo una ambulancia, y los dos hombres, acostumbrados a obedecer órdenes sin hacer preguntas, enfilaron el pasillo y fueron a comunicarle la noticia al sargento de Kock. En cuanto salieron, la señorita Hazelstone se asomó a la puerta del dormitorio y silbó. El doberman, que estaba durmiendo en la alfombra del salón, oyó el silbido y abandonó su santuario. Subió silenciosamente las escaleras y recorrió el pasillo hasta donde estaba su dueña.

Cuando el sargento de Kock telefoneó al hospital de Piemburgo y consiguió que le enviasen una ambulancia a la casa, una llamada que exigió explicar a la telefonista que el Kommandant van Heerden era blanco y no necesitaba una ambulancia no europea, se hizo patente que el estado de van Heerden había empeorado.

El sargento encontró a la señorita Hazelstone esperándole al final del pasillo. Allí estaba con aire modesto y melancólico, aquel aire que el Kommandant había admirado tanto el día antes, y sostenía en sus manos algo que era decididamente melancólico y nada modesto. No era de las dimensiones del rifle de matar elefantes y no podía, desde luego, incapacitar a un elefante en pleno ataque a mil metros de distancia, pero, a su modo modesto, se ajustaba a los propósitos que, muy claramente, se había marcado la señorita Hazelstone.

—Está bien —dijo cuando el sargento se paró en el descansillo—. Quédese quieto y no sufrirá daño. Esto es un arma de dispersión y si quiere saber cuántos proyectiles hay en la recámara le sugiero que intente atacarme. Necesitará muchos hombres.

Junto a la señorita Hazelstone gruñía, alentadoramente, el gran doberman. Evidentemente estaba harto de policías, había tenido ya suficiente relación con ellos para toda su vida. El sargento de Kock se quedó muy quieto allí, en el descansillo. Era evidente, por el tono de voz de la señorita Hazelstone, que, fueran cuales fuesen las características de aquella arma que esgrimía, no parecía tener por costumbre repetirse.

—Muy bien —continuó, mientras el sargento la miraba fijamente—. Puede echar usted un vistazo a las armas que hay en las paredes. Están todas en perfecto estado y tengo suficientes municiones en mi dormitorio para que me duren bastante tiempo.

Hizo una pausa y el sargento examinó dócilmente las armas.

—Bueno, ahora baje la escalera y no intente volver a subirlas. Toby me lo indicará si lo intenta.

Él perro gruñó de nuevo, dándose por enterado.

—Y cuando baje usted —continuó la señorita Hazelstone—, tendrá que poner en libertad a mi hermano. Le daré bien minutos de plazo, transcurridos los cuales espero verle subir caminando hacia la salida del parque, libre y sin impedimentos ni obstáculos. De lo contrario, liquidaré al Kommandant van Heerden. Si tiene usted dudas sobre mi capacidad de matar, le sugiero que examine los troncos de las coníferas que hay en el jardín. Creo que encontrará en ellos las pruebas necesarias.

El sargento de Kock no necesitaba ninguna prueba. Estaba seguro de que la señorita Hazelstone era capaz de matar.

—Bien, parece que lo entiende usted. Ahora, yo seguiré aquí unida al Kommandant van Heerden hasta que reciba una llamada telefónica de mi

hermano desde Barotselandia. Cuando reciba la llamada, pondré en libertad al Kommandant. Y si no recibo noticias de Jonathan en un plazo de cuarenta y ocho horas, soltaré al Kommandant, pero muerto, ¿me ha entendido?

El sargento asintió.

—Está bien, entonces lárguese.

El sargento bajó rápidamente las escaleras, y mientras las bajaba la señorita Hazelstone hizo un disparo de advertencia hacia el fondo del pasillo. Sus resultados justificaron cualquier hipótesis que el sargento hubiese elaborado sobre la capacidad mortífera del arma. De pronto aparecieron en la puerta del cuarto de baño sesenta y cuatro grandes agujeros.

La señorita Hazelstone contempló los agujeros muy satisfecha y volvió a entrar en el dormitorio. Después de encadenar al Kommandant a la cabecera de la cama con las esposas, aquellas que él había visto en la cómoda, recorrió silenciosamente el pasillo. Cinco minutos después había recogido un pequeño arsenal de las paredes y había alzado dos formidables barricadas que contendrían cualquier tentativa de ataque con antelación suficiente como para que pudiera empezar a utilizar el arma de dispersión y otras armas diversas que había apilado a la puerta del dormitorio. Por último, y por si acaso, arrastró varios colchones y un sofá por el pasillo y se construyó una barricada a prueba de balas.

Cuando terminó, examinó su obra y sonrió.

—No creo que nos molesten de momento, Toby —le dijo al doberman, que se había subido al sofá. Y, dándole unas palmaditas en la cabeza al animal, entró en el dormitorio y empezó a desvestir al Kommandant van Heerden.

11

En el piso de abajo, el Konstabel Els sostenía una discusión acalorada con el sargento de Kock.

—De veras —gritaba—. Yo no me parezco absolutamente nada a un obispo.

—¿Acaso se parece él? —preguntó el sargento, señalando al esposado Jonathan—. Tampoco él parece un obispo.

El Konstabel Els tuvo que admitir que era verdad.

—Me da igual. De todos modos, no estoy dispuesto a salir vestido con sus ropas. Ella se dará cuenta en seguida.

—¿Y qué? Es sólo una anciana. No podría acertarle a usted si disparase, por mucho que quisiese —dijo el sargento.

—¿Está usted loco? —gritó Els—. He visto lo que esa pájara es capaz de hacer con un arma. Hizo pedazos al cocinero zulú sin pestañear. Y bien lo sabe usted, que tuvo que recoger los restos.

—Escúcheme, Els —dijo el sargento—. Ella no tendrá tiempo ni para dispararle un tiro a voleo a usted. Saldrá a la ventana para mirar y…

—Y un instante después estaré esparcido en pedacitos por todo el parque. No, gracias. Si alguien tiene que recoger pedazos después, prefiero ser yo quien recoja los de usted. Tengo más experiencia.

—Déjeme terminar —dijo el sargento—. En cuanto ella salga a la ventana, nosotros entraremos en el dormitorio. No tendrá tiempo de disparar contra usted.

—¿Por qué no le dejan salir entonces a él? —preguntó Els—. Yo estaré cubriéndole, y, cuando ustedes hayan cogido a su hermana, nosotros volveremos a cogerle a él.

El sargento de Kock no se dejó convencer.

—Ese cerdo mató ya a veintiún hombres. No estoy dispuesto a quitarle

las esposas por nada —dijo.

El Konstabel Els tenía una respuesta para eso, pero decidió no hacer uso de ella.

—¿Qué le pasará al Kommandant mientras tanto? —preguntó—. Ella le matará seguro.

—Pues que lo mate —dijo el sargento—. Fue él quien se puso en sus garras. ¡Que se las arregle!

—En tal caso, ¿por qué no nos limitamos a vencer a la vieja por hambre?

El sargento de Kock sonrió.

—El Kommandant se alegrará mucho cuando se entere de que usted quería que la dejásemos liquidarle. Vamos, vamos, cállese de una vez y póngase la ropa.

El Konstabel Els comprendió su error. Sin la incompetencia del Kommandant van Heerden era probable que él tuviera que responder a la acusación de haber liquidado a veintiún funcionarios de policía, colegas suyos. Decidió que lo mejor era procurar que no liquidasen al viejo. No quería que ocupara su puesto un funcionario eficiente. Empezó a ponerse la ropa del obispo.

Arriba, la señorita Hazelstone tenía casi las mismas dificultades para desnudar al Kommandant van Heerden que el sargento para conseguir que Els se pusiera la ropa del obispo. No era que el Kommandant opusiera resistencia; pero su volumen y su inconsciente falta de cooperación no ayudaban nada. Cuando consiguió al fin desnudarle, se acercó al armario ropero y sacó un camisón rosa de goma con un gorro a juego y se lo puso al Kommandant. Estaba dando precisamente los últimos toques a su propio atuendo, cuando oyó un movimiento en la cama. El Kommandant van Heerden empezaba a volver en sí.

En los días siguientes, el Kommandant diría que fue esta experiencia nueva y espantosa la que dio origen a sus trastornos cardíacos. Cuando recuperó la conciencia, el primer pensamiento que penetró en el desordenado laberinto de su mente fue que no volvería a beber ni una gota de alcohol. Sólo una botella de Old Rhino Skin podía explicar el dolor de cabeza que tenía y la horrible sensación de algo cálido y pegajoso y opresivo en la cara. Aún fue peor cuando abrió los ojos. Era evidente que

se hallaba bajo los efectos de un ataque de *delirium tremens* o quizá la fiebre que durante la noche había sospechado que tenía, le había sumido al fin en un delirio. Cerró los ojos e intentó descubrir qué pasaba. Parecía tener los brazos atados a algo por encima de la cabeza y el cuerpo envuelto en algo muy prieto y elástico. Intentó abrir la boca para hablar, pero cierto material espantoso impedía que saliera el sonido. Incapaz de moverse o hablar, alzó la cabeza y examinó la aparición que estaba sentada en la cama, a su lado.

Parecía ser un hombre ya de edad con indefinibles características femeninas, que vestía un traje cruzado de goma rosa salmón, con finas rayas amarillas. Por si esto no bastase, llevaba una camisa de caucho blanquecino y una corbata de goma malva con lunares. El Kommandant examinó asombrado unos instantes aquella criatura y comprobó horrorizado que le miraba con lujuria. El Kommandant cerró los ojos e intentó borrar la aparición, pensando en su dolor de cabeza, pero cuando volvió a abrirlos aún seguía allí, y aún seguía sonriendo. El Kommandant van Heerden no era capaz de recordar cuándo le había mirado lujuriosamente por última vez una persona de edad, pero sabía que tenía que hacer muchísimo de eso, y, desde luego, cuando había sucedido por última vez, si es que había sucedido, no le había causado, ni mucho menos, el grado de aversión que ahora sentía. Iba a cerrar los ojos por segunda vez cuando los abrió aun más precipitadamente, horrorizado. Se le había posado en las rodillas una mano suave que empezaba a cosquillearle el muslo. La repugnancia que le causaba aquel contacto impulsó al Kommandant a agitar las piernas en el aire y, por primera vez, se dio cuenta de lo que tenía puesto y de lo que no. Llevaba un camisón de goma color rosa con volantes. El Kommandant se estremeció al pensarlo y, consciente de que se hallaba a merced de cualquier ataque, de las depredaciones que tuviera previstas aquel viejo espantoso, estiró bruscamente las piernas y se juró que ninguna tentación le haría abrirlas de nuevo. La aparición seguía mirando lujuriosamente y haciéndole cosquillas, y el Kommandant apartó rápidamente la cara de la mirada y la volvió hacia la pared.

Directamente enfrente de su cara había una mesita y en ella algo que hacía que pareciese preferible, y hasta atrayente incluso, la mirada, y que indujo al Kommandant a intentar chillar. Abrió la boca, pero no brotó ningún sonido de ella. Por el contrario, sintió la boca invadida por una

goma fina que salió otra vez, inmediatamente, de ella y le dejó sin aliento y estaba justo recuperándose de aquel intento cuando se oyó un gruñido en el pasillo que atrajo la atención del viejo. Éste se levantó de la cama, cogió un arma y se dirigió hacia la puerta.

El Kommandant van Heerden aprovechó la oportunidad para intentar soltarse de la cama. Saltó y se debatió, olvidando el dolor de cabeza, y vio de pronto que el viejo asomaba por la puerta y le apuntaba el cañón del arma. Ante tal amenaza, se quedó inmóvil e intentó olvidar lo que había visto, dispuesto para el uso, en la mesita que había junto a la cama. Era una jeringuilla hipodérmica y una ampolla en la que decía: «Novocaína.»

Las dificultades que había tenido desde el principio el Konstabel Els para embutirse en la ropa del obispo, no se habían reducido tras el descubrimiento de que las prendas no eran precisamente de su talla. La chaqueta seguía siendo el abrigo que era la noche anterior, y los pantalones le hacían parecer una foca. Hacían absolutamente impracticable su plan de bajar por el camino corriendo. Era un plan que no había mencionado al sargento que, estaba seguro, lo tomaría a mal, pero ahora que tenía aletas donde debería haber tenido botas, lo de correr quedaba definitivamente descartado. Dadas las circunstancias, tendría que considerarse afortunado si era capaz de desplazarse a saltitos, y era inconcebible de todo punto de vista correr, y Els, que había tenido una vez el privilegio de abatir a un cafre que tenía una pata de palo, sabía que los blancos móviles de aquel género eran tan buenos como los muertos. Fue entonces cuando Els tuvo el segundo ataque de rabia.

Fue tan ineficaz como el primero, y después de recibir vigorosas patadas por morder al sargento de Kock en el tobillo y de perder varios dientes por morder una pata de hierro forjado de una mesa, que creyó erróneamente de madera, desistió de su tentativa de engaño y se dejó guiar afuera para iniciar su imitación del obispo.

—Si lo hace usted la mitad de bien que hace lo del perro rabioso, le nombrarán arzobispo, Els —dijo el sargento dándole un empujón que le puso en marcha. Mientras el sargento y sus hombres subían sigilosamente la escalera, Els, tambaleante y abatido, inició lo que sabía que iba a ser su último paseo. El sombrero le quedaba demasiado grande y apenas podía saber por dónde iba. Y cuando intentó correr, todo cuanto logró fue caerse

de bruces. Abandonó la tentativa considerando que era muy probable que tuviera consecuencias más terribles que el intentar desplazarse a saltitos. Oyó detrás las risas de un policía. Se sintió ofendido. Sabía que debía parecer un gran pato negro. Estaba seguro de que pronto sería un pato muerto.

La señorita Hazelstone, avisada por el gruñido del doberman, se asomó al pasillo y oyó el crujir de las botas por las escaleras. Detrás de ella, el Kommandant, evidentemente en éxtasis ante la perspectiva de los placeres que le aguardaban, se debatía fieramente en la cama. La señorita Hazelstone asomó el cañón por la puerta y le apuntó, y las agitaciones anticipatorias cesaron bruscamente. Alguien gritó desde las escaleras.

—Ha salido ya. El obispo está bajando ya por el camino.

—Iré a echar un vistazo —contestó la señorita Hazelstone, quedándose donde estaba.

Es difícil saber quién se quedó más atónito ante lo que siguió. Desde luego, el sargento de Kock se quedó asombrado al ver que seguía en la tierra de los vivos después de que la señorita Hazelstone lanzase su primera andanada, cuando la fuerza de asalto intentó tomar la primera barricada. No sabía que la señorita Hazelstone había disparado alto menos por evitar víctimas que por preservar sus defensas. Esta vez aparecieron sesenta y cuatro agujeros grandes en el techo y el pasillo se llenó de una fina niebla de yeso en polvo. Bajo la protección de esta pantalla de humo, el sargento y sus hombres retrocedieron agradecidos y se agruparon entre las plantas enmacetadas del vestíbulo.

La señorita Hazelstone, por su parte, examinó su obra un momento, muy satisfecha, y volvió a la ventana del dormitorio para ver qué era lo que intentaba subir por el camino.

Que no se trataba de su hermano, era evidente a primera vista. Con el enorme sombrero encasquetado sobre las orejas, que le impedía ver a dónde se dirigía, y los extremos de las perneras del pantalón que arrastraban a cada paso que daba, Els caminaba a saltitos cruzando el parque. La señorita Hazelstone rompió a reír y, al oír su risa, el Konstabel Els redobló sus esfuerzos para ganar la carrera de sacos. Cuando la señorita Hazelstone disparó, Els cayó involuntariamente de bruces. No tenía por qué haberse molestado. La señorita Hazelstone se reía demasiado para que

pudiese apuntar correctamente. Las balas atravesaron las hojas de un árbol que quedaba a cierta distancia del Konstabel Els y sólo hirieron a un buitre grande y bien alimentado que estaba allí digiriendo el desayuno. Cuando revoloteó hasta el suelo y se posó cerca de él y eructó, el Konstabel Els, que yacía inerme en la yerba, le miró caviloso. No había nada en el mundo que le indujese a reír.

El Kommandant van Heerden sentía exactamente lo mismo respecto a la risa. Reflejaba demasiado todas las características de la persona experta en vida refinada para que le cupiese duda alguna de quién era la criatura del traje rosa salmón. Ninguna otra persona que conociese él se reía de aquel modo, disparaba de aquel modo o tenía una propensión tan marcada a administrar inyecciones intramusculares de novocaína.

La señorita Hazelstone volvió a sentarse en la cama y cogió la hipodérmica.

—No sentirá usted nada —dijo, insertando la ampolla—. Absolutamente nada.

—Ya lo sé —gritó el Kommandant dentro del gorro de goma—. Eso es lo que me fastidia.

Pero la señorita Hazelstone no le oía. Los gruñidos y los gritos apagados que salían del gorro no podían diferenciarse del todo como palabras.

—Sólo un pequeño picor al empezar —dijo suavemente la señorita Hazelstone.

Luego, le alzó la falda del camisón y el Kommandant se estremeció. Mirar la aguja era el mejor medio de mantener la flaccidez, y se concentró en ella con hosca resolución.

—Tendrá que mejorar usted un poco esto —dijo la señorita Hazelstone, tras cavilar un poco y pensando evidentemente con un objetivo distinto al del Kommandant.

El Kommandant continuaba intentando explicar desde dentro del gorro, que él no padecía el mismo trastorno que el cocinero zulú.

—A mí me pasa lo contrario —gritaba—. Demoro horas y horas.

—Es que usted es un hombre tímido —dijo la señorita Hazelstone, y se quedó pensando un momento—. Quizás unos latigazos le ayudasen. Pasa con algunos hombres, sabe.

Y se levantó de la cama, y hurgó en el armario ropero, sacando al fin una fusta que tenía un aspecto de lo más horroroso.

—No, nada de eso —gritó el Kommandant—. Eso no me ayudaría en absoluto.

—¿Sí o no? —dijo la señorita Hazelstone cuando cesaron los gritos apagados—. Mueva la cabeza arriba y abajo para decir sí y de izquierda a derecha para decir no.

El Kommandant van Heerden movió la cabeza de izquierda a derecha con todo el vigor que pudo.

—No es su caprichito, ¿eh? —dijo la señorita Hazelstone—. Bueno, bien, ¿qué le parecen entonces unas fotos pornográficas?

Sacó del armario ropero una carpeta y el Kommandant se vio de pronto mirando fascinado unas fotos que, evidentemente, había sacado algún lunático aficionado a los contorsionistas y a los enanos.

—¡Aparte de mi vista esas cosas repugnantes! —gritó el Kommandant mientras la señorita Hazelstone llamaba su atención hacia una excepcionalmente perversa.

—Ésta, le gusta, ¿a que sí? —dijo la señorita Hazelstone—. Es una postura que le gustaba muchísimo a Cinco Peniques. Voy a ver si puedo colocarle a usted en la posición correcta.

—No, ni hablar —gritó el Kommandant—. Es repugnante. Es horrible.

Pero antes de que pudiera mover la cabeza de izquierda a derecha para indicar que no quería que le partieran la espalda, la señorita Hazelstone había asido el gorro con una mano y una de las piernas del Kommandant con la otra, e intentaba unir ambas cosas. Con un empujón desesperado, el Kommandant se soltó y lanzó a la señorita Hazelstone tambaleante al centro de la habitación.

Fuera, en el parque, Els había recuperado la compostura. Una vez convencido de que no estaba a punto de convertirse en parte de la ingestión diaria de proteínas del buitre, decidió que su representación del obispo había durado ya suficiente. Se levantó y se encaminó a saltitos hasta un árbol y se liberó tras él de aquellos pantalones ridículos. Luego, ataviado con camiseta y calzoncillos, propios en este caso, volvió a la casa y halló al sargento de Kock cubierto de polvo blanco y víctima de una conmoción.

—No sé qué hacer —gimió el sargento—. Ha construido barricadas allá arriba y no hay quien las pase.

—Yo sé algo que puede traspasarlas —dijo él—. ¿Dónde está ese rifle

de cazar elefantes?

—No le permitiré utilizar ese trasto maldito —le dijo el sargento de Kock—. Echaría usted abajo todo el edificio, y, además, es material de prueba.

—¿Eso qué más da, si conseguimos atrapar a la vieja?

—Lo de menos es ella, si dispara usted el rifle ése dentro de la casa, echaría abajo la pared del fondo y probablemente muriese también el Kommandant.

Els se sentó caviloso.

—Está bien —dijo al fin—. Déjeme sacar las ametralladoras de las tórrelas del Saracen y la liquidaré, puede estar seguro.

El sargento de Kock tenía sus dudas.

—Tenga cuidado, Els —dijo—. Y procure no herir al Kommandant.

—Lo procuraré, pero no puedo prometerle nada —dijo Els, y, una vez desmontadas las cuatro ametralladoras Browning de los coches blindados, subió sigilosamente las escaleras con ellas. Las colocó, las cuatro, sobre una mesita de café, apuntando al fondo del pasillo y las ató allí. El Konstabel Els había aprendido el valor de la potencia de fuego abrumadora en el bunker y aplicaba convenientemente la experiencia adquirida. Las Brownings no tenían, desde luego, ni mucho menos, la potencia de fuego del rifle de cazar elefantes, pero lo que les faltaba en calibre lo compensaban en rapidez de fuego.

«Cinco mil proyectiles por minuto harán astillas todos esos muebles y picadillo a la vieja», pensó feliz el Konstabel Els, y bajó a la planta baja por más municiones. En cuanto regresó, ató un cordel a los gatillos de las Brownings y se preparó para la maniobra siguiente.

El doberman estaba dormido en el sofá y soñaba con el combate que había librado con Els cuando olió que subía el Konstabel. El animal había acariciado durante mucho tiempo la esperanza de poder reanudar el combate que había librado con Els abajo en el jardín, y percibía que ahora había llegado la oportunidad. Se estiró perezosamente y bajó del sofá. Sin ningún gruñido de aviso, y con un sigilo y un silencio superiores incluso a los del Konstabel, bajó por el pasillo y se abrió paso a través de las barricadas de muebles.

La señorita Hazelstone no se había sentido defraudada, ni mucho menos, por el rechazo del Kommandant a sus intentos de colocarle en una postura interesante. La violencia misma y el vigor de los esfuerzos del

Kommandant había hecho crecer la admiración que la señorita Hazelstone sentía por él.

—Qué chico tan fuerte es usted —dijo levantándose del suelo—. Un verdadero campeón de judo.

Y, durante unos minutos, el Kommandant hubo de soportar el estímulo manual a su virilidad, que parecía decidida a administrarle la señorita Hazelstone. Concentrándose en el Konstabel Els como objeto sexual, el Kommandant logró mantener su falta de interés y, por fin, la señorita Hazelstone hubo de confesarse derrotada.

—Se ve que no vale usted mucho como Don Juan —le dijo, y antes de que él pudiera protestar, ni siquiera con un gruñido incoherente, alegando que si ella se vestía de hombre no podía esperar otra cosa de él, la señorita Hazelstone había cogido de nuevo la hipodérmica.

—Puede que una inyección de novocaína ponga mina en su lápiz —le dijo—. Es muy posible que después de esto se sienta usted un hombre nuevo.

—Ya me siento un hombre nuevo —gritó el Kommandant a través de la capucha, agitándose furioso, pero la señorita Hazelstone estaba demasiado concentrada en sus tareas para percibir sus protestas. Cuando se aproximó la aguja, el Kommandant cerró los ojos y esperó, paralizado ya de terror por el pinchazo, y, en aquel preciso momento, se desencadenó fuera, en el rellano, un auténtico infierno. La señorita Hazelstone dejó la jeringuilla y tomó el arma y se dirigió hacia la puerta. Los sonidos que llegaban del pasillo indicaban que acababa de iniciarse allí un enfrentamiento terrible y brutal, y el Kommandant, aguijoneado por la hipodérmica que la señorita Hazelstone había dejado caer en su precipitación y que había aterrizado como un dardo en su entrepierna y estaba derramando novocaína en alguna arteria, hizo una última tentativa desesperada de fuga. Con un esfuerzo hercúleo, logró llegar al suelo y, arrastrando tras sí la cama, saltó por la ventana.

Si al Kommandant van Heerden y a la señorita Hazelstone les había asombrado el giro extraordinario que habían tomado los acontecimientos, aún le habían asombrado más al Konstabel Els. Cuando acababa de dar los últimos toques a lo que esperaba que fuera la ejecución de la señorita Hazelstone, tuvo la vaga conciencia de que se palpaba en el aire algo imprevisto. Vislumbró, como una oscura premonición, un manchón negro cuando el doberman saltó a través de la niebla de polvo de yeso que llenaba

el pasillo. El perro tenía ya la boca abierta y los ojos prematuramente fijos en la vena yugular de Els. Els clavó el mentón con firmeza en el pecho y con la cabeza dio un topetazo en el hocico del animal. Los dientes del perro, al errar la yugular, se hundieron en el hombro de Els y, al cabo de un instante, los dos animales estaban enzarzados en su lucha interrumpida por la supremacía.

Mientras rodaban por el descansillo, derribando sillas y mesas a izquierda, derecha y centro, mientras la señorita Hazelstone abría fuego con su arma de dispersión y las barricadas empezaban a desintegrarse sobre ellos, las ametralladoras Browning, desviadas de todo objetivo posible y apuntando al techo, empezaron a escupir balas trazadoras al ritmo de cinco mil proyectiles por minutos, que atravesaron el techo de la mansión de Jacaranda Park. Un buitre cojo que sólo unos minutos antes había logrado tomar vuelo tras una carrera larga y dolorosa, y que aleteaba animosamente volando sobre la casa, aquella casa que ya le había proporcionado cena, desayuno y casi comida, se evaporó en la granizada de balas con una explosión de plumas y restos diversos. Fue la única víctima de la batalla que estalló en la mansión de Jacaranda Park.

Sólo otra persona estuvo a punto de recibir una andanada en sus partes vitales: el Kommandant van Heerden. La súbita erupción de violencia del descansillo, que le había permitido arrojarse, seguido del lecho matrimonial, por la ventana del dormitorio, había sorprendido al sargento de Kock aguardando en el jardín con la esperanza de tener la oportunidad de pegarle un tiro a la señorita Hazelstone desde abajo. El sargento lamentaba ya su decisión de permitir al Konstabel Els utilizar las ametralladoras y tenía la impresión de que aquel plan acabaría en desastre. Cuando se alzó el estruendo del tiroteo en la casa, el sargento se echó al suelo, y allá estaba tumbado cuando le llegó el estruendo de cristal roto seguido de un terrible golpe justo encima de su cabeza. El sargento se levantó y miró hacia arriba, hacia aquella cosa que colgaba balanceándose de la ventana encima de él.

El sargento no era, en modo alguno, un hombre melindroso, y no era contrario, ni mucho menos, a disparar contra las mujeres. Eran muchos los viudos zulúes que podían atestiguarlo. Y si hubiera sido capaz de imaginar por un instante que aquella criatura corpulenta del camisón rosa que se retorcía y se debatía contra la fachada de la casa a unos seis metros de altura era la señorita Hazelstone, le habría pegado un tiro sin pensarlo

siquiera. Pero era demasiado evidente que lo que colgaba allá arriba no era la señorita Hazelstone. Ella no era tan gorda, ni tan peluda, y, sobre todo, el sargento estaba absolutamente seguro de que no tenía órganos reproductores como aquellos. Al sargento le costó bastante trabajo convencerse de que hubiera algo que pudiera tener aquel aspecto. El sargento de Kock se debatía angustiado con el problema de la identidad de aquella cosa. Le miró a la cara y vio que llevaba una máscara.

De todos los extraños acontecimientos que el sargento de Kock había presenciado desde que llegara a la casa, aquel era, sin lugar a dudas, el más extraño de todos. Fuera lo que fuese, lo que colgaba allí encapuchado y parcialmente vestido se exhibía de un modo tan vergonzoso e indecente que resultaba increíble. Al sargento no le gustaban los maricas en ninguna circunstancia, y, desde luego, no le emocionaba que uno de ellos le tentase de aquel modo repugnante. En el momento en que se disponía ya a poner fin a aquella obscena exhibición con una andanada de su Sten, le inmovilizó y le dejó sobrecogido algo que le cayó encima. Envuelto en una nube de plumas y cubierto por lo que parecía ser el contenido a medio digerir de un estómago al que se había administrado recientemente una enorme pitanza consistente en carne cruda, el sargento se alejó tambaleante por el jardín en un estado de conmoción.

Mientras intentaba desesperadamente desembarazarse de aquella masa de entrañas y plumas, dejó de momento a un lado la idea de librar al mundo de aquel frenético travesti que se agitaba espasmódicamente bajo la ventana del dormitorio. Al descubrir entre los detritos que le cubrían varios botones de bronce y una placa de la policía sudafricana, el sargento se preguntó qué demonios le habría caído encima. Aún estaba debatiendo este punto, cuando estalló una nueva andanada sobre su cabeza indicándole que la batalla no había terminado, ni mucho menos. Alzó la vista y vio que el colchón que había sobre la figura encapuchada estallaba en una erupción enorme, en una nube de plumas, y mientras éstas bajaban flotando y se adherían a la sangre y a las vísceras que le cubrían, el sargento de Kock se dio la vuelta y echó a correr. Una voz apagada gritó tras él: «Gallina.»

12

Su fracaso con el arma de tiro rápido en el pasillo, que no pudo silenciar el estruendo de las ametralladoras ni los gritos y gruñidos que formaban parte de todos los enfrentamientos del Konstabel Els con el doberman, obligó a la señorita Hazelstone a admitir que sus planes no se desarrollaban según lo previsto. A medida que las repetidas andanadas de proyectiles atravesaban sus barricadas Luis XV y salpicaban con una autenticidad nueva varias piezas de muebles jacobinos de imitación, y un escritorio dieciochesco único, anteriormente taraceado de marfil, el estruendo de la batalla en el descansillo aumentaba. Sobre la cabeza de la señorita Hazelstone, arrancadas por el impacto de las balas de ametralladora, estallaron en el aire, en un chorro como de surtidor, las tejas, que volvieron a caer de nuevo sobre el tejado, como gigantesca granizada. La señorita Hazelstone renunció a su intento de ver a través de la niebla de yeso y volvió al dormitorio.

En seguida se dio cuenta de que también allí había pasado algo. La habitación estaba absolutamente a oscuras y un objeto grande bloqueaba totalmente la visión que, del parque, había gozado hasta entonces por aquella ventana. La señorita Hazelstone encendió la luz y contempló la parte inferior del lecho, en el cual sólo unos minutos antes había estado sentada animando al Kommandant van Heerden a ser un hombre. Contemplando el enorme lecho, la señorita Hazelstone comprendió por primera vez que el Kommandant era un hombre extraordinariamente vigoroso. Habían hecho falta diez hombres para subir aquella cama por las escaleras y para llevarla por el pasillo, y ahora un solo hombre la había alzado y la había llevado hasta la ventana, y allí estaba, evidentemente, de pie en el alféizar sujetándola con los brazos, una demostración de fuerza que la señorita Hazelstone jamás habría creído posible. Mientras

contemplaba admirada aquella hazaña, le llegó a través del colchón un grito ahogado.

—Ayúdenme a bajar —gritaba el Kommandant—. Ayúdenme a bajar, ayúdenme. Esa mujer maldita será mi muerte.

La señorita Hazelstone sonrió.

—Tú lo has dicho —murmuró, y apuntó con el arma de dispersión al colchón.

Al apretar el gatillo, pensó que era muy propio que el Kommandant recibiera al Creador ataviado con un camisón de goma y atado a un colchón que se llamaba, según la etiqueta, Descanso Eterno, y cuando los muelles del colchón se dispararon y volaron las plumas, la señorita Hazelstone se volvió y salió al pasillo con un gemido.

Y este gemido fue, con toda seguridad, lo que llevó a la muerte a su amado Toby. El doberman, que estaba hasta entonces muy seguro de la presa que había hecho en la cara del Konstabel Els, la aflojó durante un segundo fatídico. Alzó la cabeza, alzó las orejas, por última vez, inducido por su lealtad, y en aquel segundo, Els, medio asfixiado por la presa obstinada del perro en su nariz, aprovechó la oportunidad y le clavó los dientes en la garganta. Con una mano apretó al animal contra sí y con la otra le asió por el escroto y empezó a apretar. Apretar no era, ni mucho menos, un término adecuado para describir la inmensa presión que ejercía.

El perro, que, a causa de la presión que ejercía Els sobre su tráquea, no podía protestar por esta infracción de las normas de Queensberry, se lanzó hacia un lado y empezó a debatirse furioso con las cuatro patas, intentando liberarse. Arrastrando tras de sí a Els, que permanecía pegado a él como una lapa, se lanzó hacia el borde de la escalera y, un instante después, los dos animales, enloquecidos, rodaron por ella llegando en avalancha hasta el vestíbulo, mientras los retratos de Sir Theophilus y del juez Hazelstone contemplaban adustos el sórdido espectáculo. Sólo el jabalí, inmovilizado por un implacable entramado de acero, podía apreciar lo que estaban padeciendo sus colegas modernos.

Tres minutos después, el Konstabel Els, tumbado en el suelo de mármol del vestíbulo, se dio cuenta de que había ganado. El doberman estaba inmovilizado por la muerte y Els aflojó la presa que había hecho en el cuello del perro y se levantó tambaleante. A su alrededor, las cabezas disecadas de búfalos y jabalíes verrugosos eran el único público de aquel momento de triunfo. Arrastrando al perro por el rabo, el Konstabel salió

fuera de la casa en busca del buitre. El animal le había mirado bastante vorazmente y el Konstabel pensaba que quizás le apeteciera cambiar de dieta. Tuvo ciertas dificultades para encontrarlo y, cuando lo encontró, hasta el Konstabel Els pudo darse cuenta de que no se había muerto de hambre.

Los disparos que habían conducido indirectamente a la muerte de Toby habían estado casi a punto de causar la muerte del Kommandant van Heerden. Le habían pasado cerca los proyectiles, algo altos, pues el Kommandant había tenido la buena suerte de estar colgando de las muñecas de lo que era ahora la parte inferior de la cama. Había logrado rasgar a mordiscos la capucha y miraba hacia el sargento de Kock, que parecía, por la pinta, haber sufrido un desagradable accidente en un matadero de pavos. Esto no parecía una explicación probable del estado del sargento, pero el Kommandant, después de su reciente experiencia de perversión, no se habría sorprendido lo más mínimo si le hubieran dicho que el sargento de Kock había estado entregándose a alguna obsesión depravada relacionada con su nombre.

Estaba cavilando sobre este asunto cuando dispersó sus pensamientos el estruendo de un arma que sonó justo sobre su cabeza, y oscureció bruscamente su visión del jardín una nube de plumas.

—¡Gallina! —gritó, al ver desaparecer al sargento por la esquina de la casa, y aún seguía gritando unos minutos después cuando reapareció el sargento seguido de varios konstabels. Parecía que su voz, al tener que salir a través del agujero que había logrado practicar con los dientes en la capucha de goma, transmitía una cuota de autoridad inferior a la normal. El grupito de policías reunidos bajo él parecían más animados a reírse de sus órdenes que inclinados a obedecerlas.

—¡Bájenme de aquí! —gritaba el Kommandant—. ¡Bájenme de aquí!

Con este fondo de instrucciones ignoradas, el sargento de Kock explicaba a los jóvenes konstabels los hechos más repugnantes de la vida.

—Lo que están viendo ustedes —decía siniestramente— es un travesti.

—¿Qué significa eso, sargento? —preguntó un konstabel.

—Significa un hombre al que le gusta vestirse con ropa de mujer. Este travesti es también un pervertido.

—¡Bájeme de aquí, cerdo! —gritó el Kommandant.

—Es un pervertido —siguió el sargento—, porque es homosexual; y es doblemente pervertido porque es un fetichista de la goma.

—¡Le quitaré los galones si no me baja ahora mismo de aquí!

—¿Qué es un fetichista de la goma, sargento?

—Es una persona que se viste con camisones de goma y se cuelga de las ventanas de los dormitorios de otras personas haciendo proposiciones inmorales a la gente que hay abajo —prosiguió el sargento, sacudiéndose plumas del uniforme—. Es también un producto de la sociedad permisiva; y, como todos ustedes saben, Sudáfrica no es una sociedad permisiva. Lo que está haciendo este cerdo infringe las leyes de este país. Lo que propongo es que le metamos unas cuantas balas por el culo para que se muera de gusto.

La propuesta fue recibida con cabeceos de aprobación de los konstabels y un crescendo de alaridos del individuo que se balanceaba encapuchado junto a la ventana. Sólo un konstabel ingenuo puso objeciones.

—¿Pero eso no sería un asesinato, sargento? —preguntó.

El sargento de Kock lo miró con dureza.

—¿Va usted a decirme —preguntó— que cree que debe dejarse a estos tipos andar por ahí vestidos con camisones de mujer?

—No, sargento. Eso es contrario a las leyes.

—Pues eso es lo que acabo de decir, así que si le pegamos un tiro no haremos más que cumplir con nuestro deber.

—¿Pero no podríamos simplemente detenerle? —preguntó el policía.

—¡Soy su superior, y les ordeno que me bajen de aquí!

—Ahora ha cometido otro delito, sargento —dijo otro konstabel—. Quiere hacerse pasar por oficial de policía.

—Ustedes, jóvenes konstabels, ya saben cuál es el procedimiento a seguir, o deberían saberlo —continuó el sargento—. ¿Qué tienen que hacer ustedes en caso de que sorprendan a un delincuente cuando está cometiendo un delito?

—Detenerle —dijeron a coro los konstabels.

—¿Y si no puede usted detenerle? ¿Y si intenta escapar?

—Pues se le da un aviso.

—¿Y si sigue intentando escapar?

—Se le dispara, sargento.

—Muy bien —dijo el sargento—. ¿Va usted a decirme que ese cabrón no es un delincuente sorprendido en pleno delito, y que no está intentando

escapar?

Los konstabels hubieron de aceptar que el sargento tenía razón y habían llegado justamente a este punto de sus deliberaciones cuando asomó por la esquina, cojeando triunfalmente, el Konstabel Els, arrastrando tras sí al doberman.

—Mirad lo que he cazado —proclamaba orgulloso.

El grupito del sargento de Kock no parecía muy impresionado.

—Mira lo que tenemos nosotros —dijeron, y el Konstabel Els hubo de admitir que lo que colgaba retorciéndose de la ventana eclipsaba bastante su propio trofeo.

—Vamos a liquidar a un marica —dijo el sargento de Kock—. ¿Quiere usted ayudarnos, Els, o no es lo suyo?

—No es lo mío, no —dijo Els examinando al individuo que colgaba de la ventana—. Es el Kommandant van Heerden, él mismo en persona. Le conocería en cualquier sitio.

Mientras se disolvía la fiesta del tiroteo entre la confusión de la noticia de que era el Kommandant quien estaba colgando allí, la principal responsable de la situación del Kommandant cavilaba qué hacer a continuación. Creía que había conseguido al fin meter en la cabeza dura del Kommandant que ella era capaz de matar a Cinco Peniques, y aunque comprendía que la opinión del Kommandant van Heerden no importaba ya, tenía la esperanza de que su sucesor sería un hombre con suficiente sentido como para detenerla de inmediato.

Bajó a la planta inferior *a.* buscar a un policía que la condujese a una celda de la comisaría de policía de Piemburgo, pero la casa parecía estar desierta.

«He debido asustarles y se han escapado» se dijo, y fue por el coche. A mitad del camino del garaje, cayó en la cuenta de que era Cinco Peniques quien tenía las llaves, así que se metió en uno de los Land Rovers de la policía y lo puso en marcha.

Los konstabels del otro lado de la casa estaban ayudando al Kommandant a bajar por la escalerilla y no prestaron atención al Land Rover que enfiló vacilante el camino de coches. El centinela apostado en la entrada del parque dejó pasar el coche, y ése desapareció doblando la curva y siguió carretera abajo hacia Piemburgo.

La mayoría de los acontecimientos del día no habían afectado al obispo de Barotselandia. Esposado y desnudo, yacía en la bodega intentando concentrarse en cuestiones espirituales, menos dolorosas que las de la carne. No tenía demasiado éxito en sus propósitos. El hambre y el dolor competían con el miedo para ocupar su atención, y por encima de todo se cernía el horrible temor a estar volviéndose loco. En realidad, era menos el miedo ante la idea de estar volviéndose loco que el miedo a haberse vuelto loco ya. En veinticuatro horas había visto profanados los dogmas inamovibles de su mundo de un modo que, tenía que admitirlo, mostraba todos los indicios de la locura.

«Yo soy un obispo y mi hermana es una asesina», se dijo tranquilizadoramente. «Si mi hermana no es una asesina, es posible que yo no sea un obispo.» Esta vía de razonamiento no pareció ayudarle mucho y la abandonó pensando que alteraba el escaso equilibrio mental que le quedaba aún. «Alguien está loco», concluyó, y empezó a preguntarse si las voces que había oído en las profundidades de la piscina no serían, en realidad, síntomas de la locura que parecía estar padeciendo.

Por otra parte, su firme creencia en la intervención del Señor en los asuntos del mundo le inducía a preguntarse cómo habría podido transgredir tan gravemente las normas divinas como para merecer el castigo que había caído sobre él. Llegó a la conclusión de que había sido culpable de *hubris.* «El orgullo precede a la caída», dijo, pero no podía concebir una cuantía de orgullo que pudiese justificar las profundidades a las que había caído. Desde luego, el pequeño orgullo que había sentido con su nombramiento en Barotselandia, difícilmente justificaba el terrible castigo que estaba padeciendo. Prefería creer que sus padecimientos eran una preparación para cosas mejores que habrían de venir, y una manera de poner a prueba su fe. Se consoló con la idea de que debía haber personas en el mundo en situaciones aún peores, aunque no podía imaginar quiénes o qué podían padecer.

«Soportaré mis tribulaciones con alegría y mi espíritu se renovará con ello», dijo pulcramente y se entregó a la meditación.

El Kommandant van Heerden había llegado a conclusiones completamente distintas. Había soportado suficientes tribulaciones en las últimas veinticuatro horas como para que le durasen toda una vida. Ahora

sabía que había tres cosas que no quería volver a ver. Los camisones de goma, al sargento de Kock y la mansión de Jacaranda Park. Estas tres cosas habían perdido el atractivo que pudiesen haber poseído para él, y que en el caso de las dos primeras había sido inexistente.

En cuanto a la mansión de Jacaranda, tenía que admitir que le había gustado, pero ahora se daba cuenta de que era un sentimiento no correspondido. La casa, evidentemente, reservaba sus favores para los de posición social impecable y ascendencia británica. Para mortales inferiores, albergaba terrores. El Kommandant se clasificaba, en la escala social, el primero, luego a Els, el doberman, Cinco Peniques y el buitre. Él había sido encadenado, aterrorizado y amenazado de muerte. A Els le habían atacado en dos ocasiones distintas. El doberman había perecido a mordiscos. A Cinco Peniques le habían esparcido por todo el jardín y al buitre por todo el sargento de Kock. En conjunto, tales indignidades habían estado demasiado estrechamente relacionadas con la clase de los que las habían padecido para que cupiese duda alguna de que la reputación de presunción aristocrática de que gozaban los Hazelstone no carecía de fundamento, en realidad. El Kommandant pensaba que, en conjunto, Els había salido bastante bien librado, considerando sus orígenes y su posición social.

Por otra parte, tenía motivos para sospechar que la dosis de desdicha de Els no se había completado todavía. Aunque era cierto que había ayudado a salvar la vida del Kommandant en dos ocasiones, el Kommandant tenía que admitir que la intervención del Konstabel en el descansillo le había dado tiempo para saltar por la ventana y, una vez allí, había sido Els quien había impedido que el sargento de Kock se excediese en el cumplimiento de su deber. Pero no podía olvidar de ningún modo aquel asuntillo de la trifulca en la entrada del parque; había demasiados indicios de la participación de Els para que pudiera ignorarse por completo. Els tenía que dar alguna explicación.

Mientras se vestía en el despacho, el Kommandant van Heerden miraba receloso a Els. El Konstabel se echaba antiséptico en la nariz y jugueteaba con el pisapapeles. Cuando terminó de ponerse los pantalones, el Kommandant había llegado a ciertas conclusiones definidas. La señorita Hazelstone había dado su versión de los hechos y el Kommandant estaba convencido de que había sido ella, con toda seguridad, quien había matado a Cinco Peniques. Por desgracia, ella no podía, y él lo sabía, haber liquidado a los policías a la entrada del parque. Tenía que haber otro

responsable de eso; y aunque las pruebas acusaban a Jonathan Hazelstone, el Kommandant le había visto dormido en la cama poco antes de iniciarse el tiroteo. De lo que se deducía que si Jonathan era inocente, el culpable era Els. Sólo había un paso de esta conclusión a la cuestión de la responsabilidad. ¿Quién, preguntarían, había permitido que un maníaco homicida como Els pudiera tener en sus manos un rifle de matar elefantes de varios cañones y le había dado permiso para usarlo?

Sopesando las diversas deudas que había contraído con el Konstabel Els y las desagradables posibilidades que amenazaban su carrera, el Kommandant tomó una rápida decisión.

—Els —dijo quedamente, sentándose tras el escritorio—. Quiero que piense bien antes de contestar a la pregunta siguiente: Piénselo con toda la calma posible.

El Konstabel Els alzó la vista nervioso. No le gustaba el tono de voz del Kommandant.

—¿Qué hora era cuando abandonó usted su puesto a la entrada del recinto ayer por la tarde? —continuó el Kommandant.

—Yo no abandoné mi puesto, señor —aseguró Els.

El Kommandant se estremeció. Aquello era peor de lo que esperaba. El muy idiota iba a decir que había estado allí todo el tiempo.

—Yo creo que abandonó usted su puesto, Els —dijo—. En realidad, sé que lo hizo. A las tres y media, para ser exactos.

—No, señor —dijo Els—. Me relevaron.

—¿Le relevaron?

—Sí, señor, un konstabel alto de pelo negro que se había dejado el revólver en la comisaría.

—¿Un konstabel alto de pelo negro que se había dejado el revólver en la comisaría? —repitió despacio el Kommandant, preguntándose dónde estaría la trampa.

—Eso es. Eso fue lo que me dijo, señor. Que se había dejado el revólver en la comisaría. Me pidió prestado el mío.

—¿Le pidió prestado el suyo?

—Sí, señor.

El Kommandant van Heerden sopesó esta información mentalmente antes de seguir. Hubo de admitir que se apreciaba en ella el sello de la utilidad.

—¿Sería usted capaz de identificar a ese konstabel alto de pelo negro si

lo viera? —preguntó.

—Oh, sí, señor —dijo Els—. Está sentado abajo en el sótano.

—Así que sentado en el sótano, ¿eh? —el Kommandant van Heerden miró por la ventana, caviloso. Fuera patrullaba por el camino, subiendo y bajando, el sargento de Kock. Contemplando al sargento, el Kommandant empezó a pensar que podría tener una utilidad para él después de todo. Se asomó a la ventana y gritó:

—Sargento de Kock —ordenó—, acérquese ahora mismo a paso ligero.

Al cabo de un momento, el sargento estaba plantado ante el escritorio del juez, lamentando haber confundido al Kommandant con un travesti.

—¿Cuántas veces le he dicho a usted, sargento —comenzó con aspereza el Kommandant—, que no estoy dispuesto a que mis hombres anden por ahí con los uniformes sucios y arrugados? Usted tiene que dar ejemplo, además. Fíjese en ese uniforme que lleva. Es repugnante. Es usted una vergüenza para la policía de Sudáfrica.

—Me ensucié en el cumplimiento del deber, señor —se disculpó el sargento—. Se me murió encima un buitre, señor.

—Dios los cría y ellos se juntan, sargento de Kock —sentenció el Kommandant.

—Muy divertido, señor —dijo irritado el sargento.

—Mmmmm —prosiguió el Kommandant—. Bueno, a mi modo de ver, es imperdonable.

—Yo no decidí estar allí.

—No invente excusas. Yo no elegí estar donde estaba tampoco, y no vi que tuviese usted en cuenta en ningún momento mi situación, así que no tiene por qué esperar nada de mí. Quítese inmediatamente ese uniforme asqueroso. Konstabel Els, traiga al preso.

Mientras el sargento se desvestía, el Kommandant continuó con su conferencia, y cuando acabó de quitarse el uniforme sabía muchísimo más de sí mismo, muchas cosas que habría preferido seguir ignorando.

—¿Y qué voy a ponerme para volver a la comisaría? —preguntó.

El Kommandant van Heerden le tiró el camisón de goma.

—Pruébese eso, a ver si le sirve —masculló.

—¿No esperará usted que baje a la ciudad con eso puesto? —dijo, incrédulo, el sargento de Kock. El Kommandant asintió.

—Lo que es bueno para el pato… —insinuó.

—No estoy dispuesto a ser el hazmerreír del cuerpo de policía —

insistió el sargento.

—Nadie sabrá quién es usted. También llevará usted puesto esto —y el Kommandant le dio la capucha.

El sargento de Kock vacilaba angustiado.

—No sé… —decía.

—¡Yo sí que lo sé! —gritó el Kommandant—. Póngase esa ropa. Es una orden.

Y mientras el sargento, cediendo ante su cólera, se ponía aquellas prendas repugnantes y se preguntaba cómo podría explicarle su presencia dentro de ellas a su esposa, el Kommandant prosiguió:

—Ahora va usted de absoluto incógnito, sargento, y si mantiene usted la boca cerrada, nadie se enterará, aunque siga usted con ese atuendo.

—Por supuesto que no —dijo el sargento—. No seguiré así. Me quitaré estas cosas repugnantes en cuanto pueda. No sé cómo demonios piensa usted mantener la disciplina si me convierte en el hazmerreír de todos.

—Tonterías —dijo el Kommandant—. La capucha es un disfraz perfecto. Debería usted saberlo bien. Y otra cosa, mucho cuidado con explicar por ahí lo que ha visto; yo no diré tampoco nada de usted. ¿De acuerdo?

—Supongo que así tendrá que ser.

En los minutos siguientes, el sargento de Kock supo que nunca jamás había visto un buitre y que no había visitado Jacaranda Park. Había estado, al parecer, en un permiso de caridad filial, visitando a su madre enferma. El que su madre hubiera muerto hacía diez años era algo que, al parecer, no merecía la pena mencionar. Era seguro que sería el hazmerreír del cuerpo durante el resto de su vida, a menos que hiciera lo que le decían. El sargento no creía estar en posición de discutir con el Kommandant.

El obispo de Barotselandia había llegado a una conclusión muy parecida. Todo aquello era un error, y la policía descubriría pronto su error, se decía mientras el Konstabel Els le conducía al despacho a buen paso. Le complació mucho hallar al Kommandant, que parecía hallarse en un estado de ánimo mucho más amistoso que el del día anterior.

—Puede usted quitarle las esposas, Els —dijo el Kommandant—. Bueno, veamos, señor Hazelstone —continuó, una vez hecho eso—. Sólo queremos hacer un pequeño experimento. Con este uniforme.

Y alzó la guerrera del uniforme del sargento de Kock, manchada de sangre.

—Tengo razones para creer —continuó el Kommandant— que el responsable de los asesinatos de ayer llevaba este uniforme. Sólo quiero que se lo pruebe usted para ver si es su talla. Si no lo es, y no es que yo piense ni mucho menos que lo sea, tendrá usted libertad para irse de aquí.

El obispo miró titubeante el uniforme. Era patente que necesitaba una talla bastante mayor.

—No creo que pueda ponérmelo —dijo.

—Bueno, usted póngaselo y veremos —dijo el Kommandant, alentándole, y el obispo se puso el uniforme. En el rincón una figura lúgubre de camisón y capucha sonreía para sí. El sargento de Kock había empezado a ver la luz.

El obispo podía, por fin, demostrar su inocencia. Los pantalones le quedaban demasiado cortos, le faltaban por lo menos treinta centímetros. No podía abotonarse la bragueta y las mangas de la guerrera le llegaban a los codos. Era evidente que nunca jamás había utilizado aquel uniforme. Apenas podía moverse con él puesto.

El obispo se volvió muy satisfecho al Kommandant.

—Ve, ve usted —dijo—. Ya le dije yo que no me cabía.

El Kommandant van Heerden le puso en la cabeza la gorra del sargento y allá quedó precariamente encaramada. Luego, retrocedió y le miró calculadoramente.

—Sólo falta una cosa —dijo—. Haremos una identificación en regla.

A los cinco minutos, el obispo se hallaba en una hilera de veinte policías, que el Konstabel Els iba recorriendo lentamente. Para que resultase más verosímil, Els decidió dudar frente a varios hombres antes de detenerse finalmente delante del obispo.

—Éste fue el hombre que me relevó, señor —exclamó enfáticamente—. Le conocería en cualquier parte que le viera. Yo nunca olvido una cara.

—¿Está usted completamente seguro de eso? —preguntó el Kommandant.

—Del todo, señor —dijo Els.

—Justo lo que yo pensaba —dijo el Kommandant—. Pónganle las esposas a ese cerdo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el obispo estaba esposado una vez más y le metían de nuevo en la parte trasera de un coche

celular. A su lado, sudando y encapuchado, iba un lúgubre personaje, el mismo del rincón del despacho.

—¡Es mentira! ¡Es un error! —gritaba el obispo mientras el coche se ponía en marcha—. Me han tendido una trampa.

—Y que lo diga —murmuró el personaje de la capucha.

El obispo se volvió hacia él.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Yo soy el verdugo —dijo el hombre encapuchado, y se echó a reír.

El obispo de Barotselandia se desmayó en el asiento trasero del coche celular.

El Kommandant van Heerden estaba en la escalera de entrada de la mansión de Jacaranda Park, dando órdenes. Se trataba de órdenes muy explícitas. Localizar, detener y trasladar a la señorita Hazelstone al manicomio de Fort Rapier. Localizar, reunir y trasladar al arsenal de la policía todas las armas mortíferas que pudiera haber en la mansión de Jacaranda Park. Localizar, reunir y trasladar todos los artículos de goma, alfombrillas de baño, impermeables incluidos, a la comisaría de policía de Piemburgo. Reunir, en suma, todas las pruebas y poner al descubierto todo el pastel. No, los carteles de la peste bubónica y de la rabia se podían dejar allí donde estaban. Tenía su sentido nacerlo así, y en cualquier caso no exageraban en modo alguno los peligros que acechaban a los que visitasen Jacaranda Park. En el futuro, el Kommandant van Heerden pensaba dirigir el caso desde una base más segura. Instalaría su cuartel general en la propia cárcel de Piemburgo, de donde Jonathan Hazelstone no podía salir y, aún más importante, su hermana no podría entrar. Y dijo que apartasen aquella maldita jeringuilla hipodérmica de su vista. No quería volver a ver una jeringuilla en su vida.

Cuando los hombres se dispersaban para cumplir sus órdenes, el Kommandant llamó otra vez al Konstabel Els.

—Muy bien, Els —dijo, bondadosamente—. Cometió usted sólo un pequeño error.

—¿Error? ¿Qué error?

El Kommandant sonrió.

—No fue un konstabel el que le relevó a usted a la entrada, fue un sargento.

—Oh sí, claro. Ahora caigo. Fue un sargento.

13

La cárcel de Piemburgo se halla situada a las afueras de la población. Es vieja y no resulta demasiado fea vista desde fuera. Impregna sus paredes estucadas un aire de rancia severidad. Encima del inmenso portón de hierro están escritas las palabras «Calabozo y prisión de Piemburgo», y la puerta propiamente dicha pintada de un alegre color negro. A ambos lados, las ventanas enrejadas del edificio de oficinas rompen la monotonía de las paredes delicadamente coronadas con cactus de hierro forjado que dan a todo el edificio un aire vagamente horticultícola. Los que visitan la ciudad y pasan ante el gran rectángulo de albañilería pueden suponer con razón que se hallan en las proximidades de un enorme huerto, si no fuese por los frecuentes y persistentes gritos que brotan del hierro forjado ornamental y sugieren que ha cerrado su boca sobre una víctima algo más voraz que un atrapamoscas.

En el interior, la impresión es menos engañosa. Inaugurada por Sir Theophilus en 1897, el virrey felicitó al arquitecto en su discurso al descubrir el poste de flagelación por «crear en este edificio una sensación de seguridad que es difícil de encontrar hoy en el mundo», comentario que, procediendo como procedía de un hombre en el que era tan manifiesta la sensación de inseguridad, hablaba por sí solo. La mayoría de la gente que ingresaba en la prisión de Piemburgo no compartía el entusiasmo de Sir Theophilus. Famosa en toda Sudáfrica por la severidad de su director, el alcaide Schnapps, tenía también fama de que era imposible fugarse de ella y de que era la que contaba con el menor número de reincidentes.

Si la prisión era a prueba de fugas, el edificio de seguridad máxima lo era por partida doble. Este bloque de seguridad estaba situado junto al lugar donde se efectuaban las ejecuciones y donde se alzaba el viejo patíbulo.

—No es un espectáculo alentador —comentó el obispo al guardián que

le metió en su pequeña celda.

—Podría contarle a usted algunas cosas de ese patíbulo —dijo el guardián a través de la rejilla.

—De eso estoy seguro —se apresuró a decir el obispo. Su experiencia con el individuo encapuchado del coche le había enseñado a no hacer preguntas innecesarias.

—Siempre he reservado esta celda para los asesinos —continuó el guardián—. Es muy adecuada para ellos, por la puerta, ¿comprende?

—Pues yo había pensado que era una desventaja en el caso de presos que han de tener motivos tan poderosos para querer fugarse —dijo el obispo, resignándose a la idea de que era ya un oyente cautivo.

—Oh, no, no escapaban. Resultaba más fácil para trasladarles luego al lugar de la ejecución. Les llevábamos por el corredor, subíamos la escalera y, antes de que se dieran cuenta, estaban ya allí.

El obispo se sintió aliviado al oír esto.

—Me alegra que utilice usted el pasado —dijo—. Tengo entendido que hace mucho que no se ahorca a nadie.

—Veinte años. En Piemburgo, claro. Ahora los ahorcan a todos en Pretoria. Están acabando con todas las alegrías de la vida.

El obispo estaba considerando el horror de una vida en la que los ahorcamientos significaban una alegría, cuando el guardián prosiguió:

—No se preocupe, en su caso será distinto. Usted es un Hazelstone, es un privilegiado —dijo envidioso el guardián.

Por una vez en su vida, el obispo dio gracias por ser un Hazelstone.

—¿Por qué lo dice? —preguntó, esperanzado.

—Tiene usted derecho a que le ahorquen en Piemburgo. Es por algo relacionado con su abuelo. No sé la razón, pero veré si puedo enterarme para decírselo —y se fue pasillo adelante, dejando al obispo maldiciéndose por haber hecho otra pregunta estúpida. Mientras paseaba por su celda, oyó fuera ruido de vehículos y atisbo por la ventanita enrejada y vio que había llegado el Kommandant.

El Kommandant había tenido la precaución de bajar de Jacaranda Park en un coche blindado, y estaba explicándole afanosamente al alcaide Schnapps que se hacía cargo de su despacho.

—No puede usted hacerlo —protestaba el alcaide.

—Puedo hacerlo y lo haré —dijo el Kommandant—. Tengo Poderes Especiales: se ha declarado situación de emergencia. Veamos, tenga usted la bondad de indicarme dónde está su despacho. Haré que trasladen allí mi lecho de campaña y así podremos empezar a trabajar en este asunto.

Y, dejando al alcaide escribiendo una carta de queja a Pretoría, el Kommandant se instaló en la oficina de éste y mandó llamar al Konstabel Els.

—¿Dónde está el Luitenant Verkramp? —preguntó—. Eso es lo que quiero saber.

Por una vez, el Konstabel Els estaba mejor informado.

—Está en el hospital —dijo—. Resultó herido allá en la entrada del Parque.

—Le hirió el tipo ése, ¿verdad? Se merece una medalla.

Els se quedó sorprendido. Las pruebas de valor que había visto del Luitenant Verkramp no le parecían dignas de medallas.

—¿Quién? ¿Verkramp? —preguntó.

—No, por supuesto que no. El tipo que le hirió.

—Pero si no le hirieron —dijo Els—. Se tiró él mismo en un foso.

—Típico —dijo el Kommandant—. En fin, quiero que vaya usted al hospital y me lo traiga aquí. Dígale que tiene que interrogar al preso. Quiero una confesión completa y rápida.

El Konstabel Els vaciló. No estaba precisamente ansioso por renovar su relación con el Luitenant.

—No aceptará órdenes mías —dijo—. Además, quizá se haya causado heridas graves al caer en aquel foso.

—Ojalá fuera yo tan optimista como usted, Els —dijo el Kommandant —. Lo dudo. Ese cerdo está fingiéndose enfermo.

—¿Por qué no le deja dónde está? A mí no me importa sacarle la confesión al preso.

El Kommandant movió la cabeza. Era un caso demasiado importante para que Els aplicase sus terribles métodos chapuceros.

—Le agradezco su ofrecimiento —dijo—, pero creo que se lo dejaremos para el Luitenant Verkramp.

«Vaya modo de agradecer las cosas», pensó Els, mientras se iba a sacar a Verkramp del hospital.

Encontró al Luitenant tumbado boca abajo tomando alimento a través de una paja. Al parecer, las heridas que tenía en la espalda no le permitían

comer en otra posición.

—¿Sí? —preguntó malhumorado cuando se presentó ante él el Konstabel Els—. ¿Qué quiere usted?

—Vine a ver cómo estaba —dijo prudentemente Els.

—Ya ve cómo estoy —contestó Verkramp, mirando críticamente las botas sucias de Els—. Tengo heridas muy graves.

—Ya veo, ya —dijo Els, agradeciendo que el Luitenant no pudiera haberle visto la cara; lamentaba haberse asomado al foso—. Le hirieron en la espalda, ¿verdad?

—Me atacaron por detrás —contestó el Luitenant, al que no le gustaba su insinuación de que había intentado huir.

—Desagradable. Muy desagradable. Bueno, supongo que le agradará saber que hemos detenido a ese cabrón. El Kommandant quiere que empiece usted a interrogarle de inmediato.

Verkramp se atragantó.

—¿Que quiere qué? —gritó hacia las botas del Konstabel.

—Dice que tiene usted que venir inmediatamente.

—Bueno, él puede decir lo que guste, pero yo no puedo moverme. Además —añadió—, los médicos no me dejarían salir del hospital.

—¿No preferiría decírselo usted mismo? —preguntó Els—. A mí no me creerá.

Al final, trajeron un teléfono a la cama del Luitenant y el Kommandant habló unas palabras con él. Fueron bastantes palabras y al final el Luitenant Verkramp se convenció de que tenía que incorporarse al servicio. O, de lo contrario, enfrentarse a un tribunal militar acusado de cobardía, deserción frente al enemigo e incompetencia, una incompetencia que había sido causa de que pereciesen veintiún policías a su mando. No podía, pues, permitirse seguir en el hospital. Cuando llegó a la cárcel a interrogar a Jonathan Hazelstone, Verkramp estaba de pésimo humor y no tenía la cabeza despejada del todo.

Pero, de todos modos, su humor no era peor que el del Kommandant van Heerden. Tras un breve arrebato de optimismo, propiciado por la idea de que el caso estaba prácticamente cerrado ahora que tenían al preso en la cárcel, el Kommandant había caído en un estado de pesimismo extremo al enterarse de que la señorita Hazelstone seguía en libertad. Nadie la había

visto desde que había abandonado Jacaranda Park. El Land Rover lo habían encontrado abandonado, pero de la señorita Hazelstone no había ni rastro, y, mientras el Kommandant no estuviera bien seguro de que la señorita Hazelstone no irrumpiría en la prisión para reanudar sus relaciones, no le cabía duda alguna de que lo que ella pudiera hacer allí fuera igualmente podría amenazar a su futuro y a su carrera.

Por una parte, el Kommandant no podía permitirse dejarla andar suelta explicando a todo el mundo que le había tenido atado a una cama, vestido con un camisón de goma y que él no había sido lo bastante hombre como para dejarse poner una inyección. Estaba precisamente consolándose con la idea de que el círculo de amistades de la señorita Hazelstone era un círculo muy selecto, cuando recordó que además de otros bienes, como minas de oro, la familia Hazelstone era propietaria del periódico local, cuyo director nunca había mostrado gran respeto por la policía. El Kommandant van Heerden no tenía ninguna gana de proporcionar material informativo al *Natal Chronicle, y* se le helaba la sangre en las venas imaginar titulares como: «El Pollapequeña. El Comandante del camisón de goma dice no a la jeringa.»

Dio orden de que se montaran controles de carretera por todas las vías públicas que salían de Piemburgo y que se registrasen todos los domicilios de todas las amistades de la señorita Hazelstone. Ordenó registrar también todos los hoteles y casas de huéspedes de la población, así que a las masas de compradores de tiendas y almacenes se sumaron numerosos agentes de la policía secreta. Por último, el Kommandant ordenó colocar carteles prometiendo una recompensa cuantiosa para quien facilitase información que permitiese capturar a la señorita Hazelstone, pero, sólo para asegurarse de que las confesiones de la señorita Hazelstone no llegaran al público, reunió el valor suficiente para abandonar la seguridad de la cárcel y hacer una visita personal al director del *Natal Chronicle.*

—Estoy actuando con Poderes Especiales. Se ha proclamado el estado de excepción —le explicó—. Le ordeno que no publique nada que pueda presentarle la señorita Hazelstone. Y más aún, si llega a sus manos algo escrito por ella, debe entregármelo a mí sin leerlo.

El director del periódico se vio obligado además a paralizar las colaboraciones de la señorita Hazelstone en la página femenina, la última de las cuales se titulaba «Cómo transformar un corral zulú en una casa de campo». El Kommandant lo leyó detenidamente para ver si contenía algo

subversivo. Pero, aparte de la recomendación de utilizar cobertores de goma, no pudo hallar nada insólito en aquel escrito. En cualquier caso, el director estaba muy ocupado intentando descubrir cuántas víctimas había de las epidemias de la peste bubónica y rabia que habían invadido, al parecer, a la comunidad. Por lo que había podido averiguar hasta el momento, los únicos que mostraban síntomas de rabia eran los agentes de la policía de Piemburgo. La búsqueda de la señorita Hazelstone se prolongó durante toda la noche y el día siguiente. Cientos de agentes de la policía secreta recorrían la ciudad o vagaban indecisos por tiendas y almacenes planteando graves problemas a los vigilantes de estos establecimientos encargados de controlar a los ladrones. Muchas señoras de edad se vieron de pronto esposadas y conducidas a gran velocidad en coches celulares al manicomio de Fort Rapiers, donde hubieron de quedar ingresadas varias de ellas con crisis nerviosas como resultado de la experiencia.

En las carreteras que salían de Piemburgo, las caravanas de coches y camiones se prolongaron durante horas, mientras los policías registraban todos los vehículos. Hubo retrasos particularmente tediosos en la carretera de Durban, donde hubo que revisar los camiones que llevaban restos del matadero de la empresa enlatadora de carne Jojo, especializada en alimentos para perros y criados. Como el Kommandant van Heerden había insistido mucho en la necesidad de que todos los vehículos fueran revisados meticulosamente y centímetro a centímetro, por muy improbable que pareciese el que se ocultase en ellos la señorita Hazelstone, y dado que los camiones de la empresa enlatadora transportaban veinticinco toneladas de sesos de cerdo, vísceras de buey y las entrañas incomestibles y dudosamente nutritivas de todos los animales enfermos imaginables que aportaban su cuota a los manjares que la empresa preparaba para perros y criados, los agentes del puesto de control de la carretera de Durban tuvieron que superar considerables obstáculos para asegurarse plenamente de que la señorita Hazelstone no estaba oculta entre aquella masa repugnante que les aguardaba cada vez que paraban uno de los camiones. Los ocupantes de los coches que hacían cola detrás se quedaron asombrados al ver a unos policías ataviados sólo con trajes de baño, gafas de bucear y tubos de respiración que subían a bordo de los camiones y se sumergían en las pilas de carne semilíquida, tan nauseabundas que hasta el difunto y nada llorado buitre las habría rechazado como alimento. Los policías que afloraban al fin de su prolongada e infructuosa búsqueda, no eran en modo alguno una

visión tranquilizadora que convenciese a los ciudadanos de Piemburgo de que la policía estaba velando por sus intereses, y, ante la perspectiva de unos registros tan meticulosos, buen número de automovilistas decidieron suspender el viaje que habían emprendido y volver sigilosamente a casa. Los que se quedaron, acabaron con la tapicería de los coches irremediablemente embadurnada por obra de los policías semidesnudos y cubiertos de sangre que entraron a investigar debajo de los asientos y dentro de las guanteras en busca de la escurridiza señorita Hazelstone.

Entretanto, fueron registrados con la misma meticulosidad los domicilios de las amistades de la señorita Hazelstone, y muchas personas que se habían ufanado de mantener una relación con ella, que de hecho nunca habían tenido, descubrieron que la amistad de la señorita Hazelstone traía consigo ciertas consecuencias embarazosas, una de las cuales, y no la menor, era la de pasar a ser considerado sospechoso de dar cobijo a una criminal perseguida por la justicia.

A pesar de todas estas medidas drásticas, la señorita Hazelstone seguía en libertad y alegremente ignorante de que fuese objeto de una persecución tan encarnizada.

Cuando salió de Jacaranda Park con el Land Rover de la policía, siguió la carretera principal hasta la población, aparcó el vehículo en la calle principal y se dirigió a la comisaría de policía con el fin de entregarse.

—Soy la señorita Hazelstone, de Jacaranda Park; y vengo a que me detenga —le dijo al viejo konstabel que estaba de guardia, precisamente uno de los recién operados a los que el Kommandant van Heerden había obligado a reincorporarse al servicio. El policía, que había perdido la vesícula y la parte inferior de los intestinos en la operación, no había perdido el juicio y llevaba tiempo suficiente en el cuerpo policial como para haber llegado a acostumbrarse a los extraños individuos que aparecían con regularidad a hacer confesiones falsas. El konstabel examinó al viejo caballero del traje rosa salmón durante un minuto, antes de contestar.

—Vaya, vaya —dijo, comprensivo—. ¿Es usted la señorita Hazelstone, verdad, caballero? ¿Y por qué quiere que le detengan?

—He asesinado a mi cocinero.

—Es una suerte tener uno para poder asesinarlo —dijo el viejo konstabel—. Mi vieja es la que me hace a mí la comida, y si el estado de

mis tripas o de lo que queda de ellas demuestra algo, es que lleva años intentando asesinarme. Y si no lo ha conseguido, es sólo gracias a los milagros de la cirugía moderna. Los cirujanos —continuó confidencialmente—, sabe usted, tardaron cuatro horas en eliminar todo el material podrido que tenía dentro. Me quitaron la vesícula y luego…

—No he venido a hablar de su salud —masculló la señorita Hazelstone —. No me interesa lo más mínimo.

Esto no le agradó nada al Konstabel Oosthuizen.

—Si se pone usted en este plan —dijo—, de acuerdo. Lárguese.

La señorita Hazelstone no estaba dispuesta a que la echasen tan fácilmente.

—He venido a que me detengan por asesinato —insistió.

El Konstabel alzó la vista del diccionario médico que había estado leyendo.

—Mire —dijo—. Acaba de decirme que no le interesa nada mi salud. Pues bien, a mí no me interesa nada tampoco su estado mental. Así que lárguese.

—¿Quiere decir con eso que se niega a detenerme?

El Konstabel Oosthuizen suspiró.

—La detendré a usted por vagancia si no sale de aquí rápido.

—Bueno, a eso he venido, a que me detengan —la señorita Hazelstone se sentó en un banco que había pegado a la pared.

—Está usted molestando y fastidiando, ¿se ha enterado? Muy bien, vamos abajo a las celdas —y se levantó y se encaminó hacia el sótano y la encerró allí—. Cuando quiera salir, deme una voz —dijo, y volvió arriba a seguir leyendo sobre enfermedades del tracto intestinal. Cuando terminó el servicio estaba aún tan ensimismado en su propia patología, que se olvidó de mencionar la presencia del nuevo preso al agente que le relevó, así que la señorita Hazelstone seguía allí sentada muy tranquila con su traje de goma, cuando se incorporó de nuevo al servicio a la mañana siguiente.

Hasta media mañana no recordó que aún seguía abajo aquel señor mayor. Bajó a sacarle.

—¿Ha tenido ya bastante? —preguntó, abriendo la puerta.

—¿Viene usted a interrogarme? —preguntó esperanzada la señorita Hazelstone. Estaba deseosa de que la sometieran al tercer grado.

—No he venido a traerle el desayuno, si es eso lo que cree.

—Bueno —dijo la señorita Hazelstone—. Sigamos así, pues.

El Konstabel Oosthuizen miró desconcertado a su preso.

—Es usted un tipo raro —dijo—. Creo que está chocho, la verdad.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Sacarle de aquí a patadas —dijo el konstabel—. No hace más que estorbar aquí en la comisaría.

—Soy la señorita Hazelstone de Jacaranda Park y me buscan por asesinato. Su deber es detenerme.

—Yo soy la reina de Inglaterra —dijo el Konstabel Oosthuizen—. Vamos, lárguese de aquí antes de que me organice algún lío.

—Le repito que me buscan por asesinato —insistió la señorita Hazelstone.

—¿Está seguro de que no le buscan por ninguna otra cosa? —y el policía cogió su diccionario médico y empezó a leer lo que significaba ginecomastia.

La señorita Hazelstone intentó hacer entrar en razón a aquel konstabel.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que me detengan si no quiere detenerme usted por asesinato? —preguntó.

—Pruebe a tirarse a un cafre, por ejemplo —sugirió el konstabel—. Eso suele dar maravillosos resultados.

—Pues eso es precisamente lo que he estado haciendo en los últimos ocho años —le explicó la señorita Hazelstone.

—Sí claro, cómo no. Dudo que tenga usted los medios siquiera —fue toda la respuesta que obtuvo y, con el comentario final de que daba la impresión de que pudiera padecer ginecomastia, lo cual el Konstabel Oosthuizen acababa de enterarse que era un desarrollo insólito de los pechos del varón, el konstabel volvió a su lectura.

—Si no va a detenerme usted, exijo que me lleven a casa —dijo la señorita Hazelstone.

El Konstabel Oosthuizen sabía cuándo había que llegar a un compromiso.

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

—En Jacaranda Park, por supuesto —dijo la señorita Hazelstone.

—Sí, claro, debería haberme dado cuenta —dijo el konstabel, y, satisfecho de poder librarse de ella, la sacó de la comisaría y la acompañó hasta el aparcamiento.

Una vez allí, le dijo al chofer de un coche celular que salía en aquel momento:

—Lleva a este señor hasta Jacaranda Park.

Y, con la velocidad y el respeto social a los que estaba habituada, la señorita Hazelstone fue conducida hasta la entrada de Jacaranda Park y depositada allí.

En los puestos de control policiales, no pararon el coche para registrarlo, por razones obvias.

14

Cuando el Luitenant Verkramp llegó del hospital para iniciar el interrogatorio del preso, encontró al Kommandant esperándole. Entró, pues, vacilante en el despacho del alcaide a recibir órdenes.

—Estoy enfermo —dijo, malhumorado—. Los médicos no querían dejarme salir del hospital.

—Muy bien, Luitenant —dijo alegremente el Kommandant—. Muy bien, pero ahora ya está usted aquí. No perdamos tiempo. Necesito su ayuda.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Verkramp.

El Kommandant van Heerden siempre necesitaba ayuda, pero ésta era la primera vez que reconocía el hecho.

—Tengo aquí la ficha de la familia Hazelstone —dijo el Kommandant —. Está incluido en ella el informe de seguridad que envió usted al Departamento de Seguridad del Estado. Lo he leído detenidamente. Y he de decir, Luitenant, que demostró usted más perspicacia de la que yo le atribuía.

El Luitenant Verkramp sonrió. El Kommandant nunca había sido tan amable con él.

—Dice usted aquí —continuó el Kommandant, indicando el informe— que los Hazelstone son conocidos por sus tendencias comunistas e izquierdistas. Me gustaría saber por qué escribió usted eso.

—Todo el mundo sabe que son marxistas —dijo Verkramp.

—Yo no —dijo el Kommandant—. Y me gustaría saber por qué lo sabe usted.

—Bueno, por una parte el sobrino de la señorita Hazelstone está en la universidad.

—Pero por eso no se es rojo.

—Cree en la evolución.

—Mmmm —dijo el Kommandant, dubitativo. Sabía que era una doctrina subversiva, pero con Els por allí, le parecía irrefutable.

—¿Qué más? —preguntó.

—Registré la biblioteca. Está llena de literatura comunista. Tienen *La enseña roja del valor, Belleza negra,* las obras completas de Dostoievski. Tienen incluso el libro prohibido de Bertrand Russel, *Porqué no soy cristiano.* Todos son libros peligrosos, puede estar bien seguro.

El Kommandant van Heerden se quedó impresionado. Era evidente que Verkramp había investigado el asunto más meticulosamente de lo que había supuesto él.

—Parece bastante concluyente —dijo—. Y, respecto al hermano, a Jonathan Hazelstone. Dice usted aquí que tiene antecedentes penales.

—Eso es. Vive en Rhodesia y ha estado en la cárcel.

—Él dice que es obispo.

—Él puede decir lo que le dé la gana —dijo Verkramp—. Eso no cambia las cosas. Hice una comprobación con la policía rhodesiana. Ahí en la ficha está el telegrama que me mandaron.

El Kommandant van Heerden sacó el telegrama.

—La verdad es que no entiendo ni palabra de este telegrama —dijo—. Está en clave o algo por el estilo. Léalo usted —y le entregó el telegrama.

El Luitenant examinó los jeroglíficos.

—Pero si está clarísimo —dijo, al fin—. «Jonathan Hazelstone 2 años Bulawayo 3 años Barotse titular asamblea 3 semanas Umtali.» Hasta un imbécil puede entenderlo —comentó.

—Bueno, pues éste no —masculló el Kommandant—. Explíqueme usted qué quiere decir.

Verkramp suspiró. Ésas eran las consecuencias de tener un Kommandant analfabeto.

—Es muy sencillo. Ha estado dos años en la cárcel de Bulawayo. Luego, tres años en la de Barotse y luego tres semanas en la de Umtali por asamblea.

El Kommandant van Heerden se lo pensó un momento.

—¿Qué es eso de asamblea? —preguntó.

—Pues es convocar a la gente para acciones subversivas.

—Ah, ¿así que es eso? ¿Y cómo es que le condenaron sólo a tres semanas por algo así? —preguntó Kommandant, aliviado al saber que

había apresado al verdadero delincuente. Ya no le cabía duda alguna de que podía resolver el caso. Un individuo con tales antecedentes no era muy probable que vacilase a la hora de matar a un cocinero zulú.

—Bueno, lo único que necesitamos ya es una buena confesión —dijo —. Espero tenerla lista en mi mesa por la mañana.

El Luitenant Verkramp se encogió de hombros.

—Si la necesita con tanta urgencia, habría sido mejor que se la encargase a Els. Según mis métodos, hay que mantener al preso por lo menos tres días despierto y con un profesional de experiencia como ese tipo, es muy posible que lleve aún más tiempo.

—No puedo encargarle este asunto a Els. No podemos permitir que un Hazelstone aparezca en la sala del juicio cojeando, sin uñas en los pies y con las pelotas del tamaño de calabazas. Piense lo que podría decir el abogado defensor. Hay que usar la cabeza. No, el interrogatorio ha de hacerse de modo discreto y le encargo a usted de él —dijo el Kommandant, recurriendo al halago—. Haga con él lo que guste, pero procure que siga entero y de una pieza cuando haya terminado.

Con esta carta blanca, el Kommandant concluyó la entrevista y pidió la cena.

En el edificio de máxima seguridad no hubo cena para Jonathan Hazelstone, y, de haberla habido, es dudoso que hubiera tenido muchas ganas de ella. Acababa de enterarse por el viejo guardián de que disfrutaba del insólito privilegio de poder dejarse ahorcar allí mismo.

—Tiene que ver con algo que dijo su abuelo en su discurso inaugural de la prisión —le explicó el guardián—. Dijo que quería que se mantuviese en buen estado el patíbulo por si su familia quería utilizarlo.

—Estoy seguro de que su intención era buena —dijo con tristeza el obispo, asombrado ante aquel legado sobrecogedor que su abuelo había dejado a la familia.

—Su padre, el difunto juez, era muy partidario de la horca. En fin, algunos de los hombres que han hecho su última cena en esta celda, donde está usted ahora, me dijeron que estaban seguros de que iban a salir libres como el aire, y, maldita sea, vino su papá y les puso encima el capuchón negro y les condenó.

—Siempre he lamentado la reputación de mi padre.

—Yo no me preocuparía ya por eso —dijo el guardián—. Si yo estuviera en su pellejo, lo que ahora me preocuparía sería la horca.

—Tengo absoluta fe en la justicia del tribunal —dijo el obispo.

—Hace veinte años que no se utiliza —prosiguió el guardián—. No es segura.

—¿No? —preguntó el obispo—. ¿Es insólito eso?

—Suerte tendrá si logra subir esas escaleras con vida, la verdad —dijo el guardián, y se alejó por el pasillo para abrirles al Luitenant Verkramp y al Konstabel Els. Estaba a punto de iniciarse el interrogatorio.

Pese al hecho de que aún sentía los efectos de sus heridas, el Luitenant Verkramp estaba decidido a aplicar al preso la técnica sudafricana habitual.

—Yo le daré coba —le explicó al Konstabel Els— y procuraré caerle simpático y parecer comprensivo; usted será el hombre duro y le amenazará.

—¿Puedo utilizar la máquina eléctrica? —preguntó ávidamente Els.

—Es un tipo demasiado importante —dijo Verkramp—. Y tampoco podrá usted pegarle demasiado.

—¿Y entonces qué vamos a hacer? —dijo Els, que no podía entender cómo iban a conseguir que confesara un inocente sin algo de violencia.

—Mantenerle despierto hasta que esté a punto de desmayarse. Es un método infalible.

El Luitenant Verkramp se sentó en el escritorio y ordenó que le trajesen al preso, adoptando lo que él suponía una actitud cordial y comprensiva. Al obispo, cuando entró en la habitación, la expresión del Luitenant le pareció sólo de hostilidad tortuosa y malévola. En las horas que siguieron se demostró que esta primera impresión había sido, en realidad, demasiado optimista. Las tentativas del Luitenant Verkramp de mostrarse comprensivo y afable, inspiraron al obispo la certeza de que estaba encerrado a solas en una habitación con un homosexual sádico que padecía una sobredosis de diversas drogas alucinógenas potentísimas. Desde luego, ninguna otra cosa podía explicar las insinuaciones que le estaba haciendo el Luitenant ni la versión deformada de su propia vida, que Verkramp insistía en que corroborase. Todo cuanto el obispo imaginaba haber hecho adquiría un carácter totalmente contrario a los ojos de Verkramp.

No había sido, por ejemplo, un pregraduado de Cambridge que había

estudiado arqueología. Había sido, según pudo saber, adoctrinado en teoría marxista-leninista por un individuo al cual previamente él había supuesto destacado profesor anglocatólico, pero que, al parecer era, en realidad, un teórico adiestrado en Moscú. A medida que pasaban las horas, el débil asidero que tenía el obispo en la realidad, iba debilitándose más y más. Las ilusiones que había alimentado durante toda una vida, se escurrían y se esfumaban, sustituidas por las nuevas realidades que su trastornado interrogador insistía en obligarle a suscribir.

Cuando llegaron a los acontecimientos del día anterior, el obispo, que llevaba treinta y seis horas sin probar bocado, y seis de pie con las manos encima de la cabeza, estaba dispuesto a admitir haber asesinado a todas las fuerzas policiales de Sudáfrica, si haciéndolo lograba sentarse cinco minutos.

—Les disparé con un lanzacohetes de varios cañones suministrado por el cónsul chino de Dar-es-Salaam —repitió lentamente mientras Verkramp anotaba la confesión.

—Bueno —dijo al fin el Luitenant—. Esto parece bastante concluyente.

—Me alegro de oírlo. Ahora, si no le importa, me gustaría tener un poco de tiempo para pensar en mi futuro —dijo el obispo.

—Yo creo que eso puede dejarlo en nuestras manos sin problema —dijo el Luitenant—. Hay sólo una cosa más que quiero aclarar. ¿Por qué mató usted al cocinero de su hermana?

—Descubrí que era agente de la CÍA —contestó el obispo, que para entonces sabía ya cuál era la trayectoria que seguía el pensamiento de Verkramp. Había descubierto hacía mucho que no tenía» objeto discutir con aquel hombre y, dado que la imaginación de Verkramp había sido alimentada, evidentemente, con novelas de espías, aquello parecía el tipo de explicación que él podía tragarse.

—Vaya, ¿de veras? —dijo Verkramp, y tomó nota mentalmente de que tenía que investigar a los cocineros de Piemburgo para descubrir cuántos más recibían dinero de los norteamericanos.

Cuando Verkramp terminó con él, el obispo había decidido ya que su única esperanza de eludir la ejecución en aquel patíbulo reservado para él por su abuelo, era hacer una confesión tan absurda que o bien el juez le hacía expulsar de la sala del juicio, o bien le permitía alegar locura. «Me da igual que me ahorquen por uno que por mil» se dijo, cuando Els pasó a hacerse cargo del interrogatorio, y se preguntó qué nuevos delitos podría

añadir a la listas de los que había confesado ya. El Konstabel Els sugirió muy gustoso unos cuantos.

—Tengo entendido que quiere usted que andemos por ahí casándonos con los cafres —comenzó Els.

Els sabía que la persona a la que estaba interrogando era comunista, y lo único que sabía él de los comunistas era que querían que los blancos se casaran con los negros.

—No recuerdo haber abogado por eso en público —dijo cautamente el obispo.

—Ya me supongo que no lo haría usted en público —respondió Els, que sólo había abogado por el contacto sexual con gentes de raza negra en la intimidad más estricta—. Le habrían detenido.

El obispo se quedó perplejo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por abogar a una mujer negra en público. ¿Pero qué me dice en privado?

—No le negaré que he pensado algunas veces en el asunto.

—Vamos, admítalo. No sólo ha pensado en ello. Lo ha hecho, también.

El obispo no veía que pudiera perjudicar mucho admitirlo.

—Bueno, una o dos veces he planteado el asunto. Lo he sacado a colación en asambleas del consejo parroquial.

—¿En asambleas, eh? —dijo Els—. ¿Una especie de grupos de magreo, verdad?

—Supongo que sí, que podría expresarse en esos términos, —dijo el obispo, que nunca había oído aquella expresión.

Els le miró con una sonrisilla.

—¿Supongo que usted lo expresa de otro modo también?

—No, yo lo digo directamente, de hombre a hombre —dijo el obispo, preguntándose qué podía tener que ver todo aquello con el asesinato de los policías.

Al Konstabel Els le resultaba difícil entender cómo se podía decir de hombre a hombre y hacerlo directamente al mismo tiempo.

—No me ando por las ramas.

—Supongo que no, con los hombres —aceptó Els.

—Oh, había también mujeres presentes —dijo el obispo—. Son asuntos en los que suele resultar útil el punto de vista de la mujer.

—Sí claro, por supuesto.

—Es curioso, las mujeres suelen ser más receptivas a la idea que los hombres.

—Es natural, claro.

—Por supuesto, no es algo que la gente acepte de un modo inmediato. Yo procuro introducirlo de modo gradual, pero, en conjunto, todos se hicieron cargo de que era una cuestión que había que considerar.

—Demonios —dijo Els—, vaya fiestas que ha debido celebrar usted.

—Espero no aburrirle —dijo esperanzado el obispo.

—A mí las cosas sexuales nunca me aburren —dijo Els.

—¿Le importa que me siente? —preguntó el obispo, sin pensarlo, aprovechando el evidente interés de Els.

—Haga lo que quiera —a Els le emocionaban aquellas historias de magreo de grupo y perversiones similares del obispo.

—Bueno, veamos —prosiguió el obispo, una vez sentado—. ¿Dónde estaba yo?

—Estaba usted explicando lo de que a las mujeres les gustaba mucho —dijo Els.

—¿De veras? —dijo el obispo—. Qué extraordinario. No tenía ni idea.

El Konstabel Els, mientras pasaba la noche, oía admirado y extasiado al preso. Tenía ante sí a un hombre que seguía por lo menos los dictados de su corazón, un hombre que no se planteaba vergüenzas ni remordimientos, que no lamentaba nada, que estaba consagrado y dedicado a la lujuria y el placer. Els no había conocido a nadie igual en toda su vida.

El problema que tenía el obispo era que su imaginación no se adaptaba muy bien a la tarea que le marcaba Els. Frente a una curiosidad tan voraz, se atuvo a su vocación y Els escuchó fascinado descripciones de orgías a medianoche con casullas y albas. Entre las otras valiosas informaciones que el Konstabel recogió, había tres hechos particularmente notables. El obispo, según pudo saber el Konstabel, llevaba a veces un vestido talar, poseía una lúbrica y era propietario de un birrete.

—¿Qué demonios es una lúbrica? —preguntó el Kommandant van Heerden por la mañana, cuando leyó la confesión firmada por el obispo.

—Ya lo dice la palabra —dijo Els—. Lúbrica. La utiliza para la genuflexión.

—¿De veras? —dijo el Kommandant, y leyó por segunda vez aquel

documento asombroso. Si era verdad la mitad de lo que había confesado el obispo, pensó van Heerden, deberían haber ahorcado a aquel cerdo hacía años.

15

Mientras se preparaba el proceso contra Jonathan Hazelstone, el Kommandant van Heerden se debatía con el problema planteado por la desaparición de la hermana del detenido. Pese a una búsqueda minuciosa, la señorita Hazelstone seguía eludiendo a la policía. El Kommandant van Heerden aumentó la recompensa ofrecida, pero, a pesar de ello, no llegó a la comisaría de policía de Piemburgo ninguna información digna de mención. El único consuelo que pudo hallar el Kommandant fue que la señorita Hazelstone no había aumentado sus problemas poniéndose en contacto con su abogado ni con periódicos de fuera de su jurisdicción.

—Esa vieja es lista como el diablo —le dijo al Luitenant Verkramp y apreció, alarmado, que había vuelto a sentir la admiración que antes sentía por ella.

—Yo no me preocuparía por la vieja, lo más probable es que aparezca durante el juicio —contestó optimista Verkramp.

La caída que había sufrido el Luitenant no le privaba, advirtió el Kommandant, de su capacidad para decir cosas que parecían calculadas para inquietar a su superior.

—Si es usted tan listo, ¿dónde cree que hemos de buscarla? —gruñó el Kommandant.

—Probablemente esté sentada en su mansión de Jacaranda Park riéndose a carcajadas —dijo Verkramp, y salió a hacer una lista de cocineros negros partidarios del Pollo Maryland.

—Cabrón sarcástico —masculló el Kommandant—. Un día de éstos alguien le dará su merecido.

Fue en realidad el Konstabel Els quien propició la detención de la

señorita Hazelstone. Desde su pelea con el doberman, Els seguía lamentando su decisión de dejar el cadáver de su enemigo en Jacaranda Park.

—Debería haberlo hecho disecar. Quedaría precioso en el vestíbulo —le sugirió al Kommandant en un momento de ocio.

—Vamos —dijo el Kommandant—, ¿a quién se le ocurre disecar un perro?

—Pues allí en el vestíbulo de la mansión de Jacaranda hay montones de leones disecados, y jabalíes verrugosos. ¿Por qué no iba a poder tener yo un perro disecado en el vestíbulo de mi casa?

—Se plantea usted cosas que no corresponden a su posición —dijo el Kommandant.

Els se había ido a preguntarle al guardián de la cárcel cómo se podían disecar perros. El viejo parecía saber mucho de estas cosas.

—Tienes que llevarlo a un taxidermista —le dijo el guardián—. Hay uno en el museo, pero yo pediría antes presupuesto. Disecar cuesta mucho.

—No me importa tener que gastar un poco de dinero en eso —dijo Els, y ambos fueron a preguntarle al obispo cosas del perro.

—Creo que tenía pedigree —les contestó el obispo.

—¿Qué es eso? —preguntó Els.

—Un árbol genealógico —le informó el obispo, preguntándose si matar al perro iría a añadirse a la lista de delitos que había cometido él, supuestamente.

—Pues vaya perro más fino, con árbol genealógico y todo —le dijo Els al guardián—. Y parecía que era un perro que meaba en las farolas, como los demás.

—Un perro mimado, sin duda —dijo el guardián—. Parece más propio de un perro faldero que de un doberman de verdad. No me choca que pudieras matarlo tan fácilmente. Debió morirse de miedo.

—Nada de eso. Luchó como un loco. Era el perro más feroz que he visto en mi vida —protestó Els, enojado.

—Cuando lo vea, lo creeré —dijo el guardián. Y Els había decidido de inmediato ir por el doberman para limpiar aquella mancha sobre su honor.

—Quiero que me dé permiso para visitar Jacaranda Park —le dijo al Kommandant aquel mismo día, más tarde.

—¿Permiso para qué? —preguntó incrédulo el Kommandant.

—Para subir a Jacaranda Park. Quiero recoger el cadáver de aquel

perro.

—Usted está chiflado, Els —dijo el Kommandant—. Yo creí que estaba ya bastante harto de aquel maldito lugar.

—No es un mal sitio —dijo Els, cuyos recuerdos del parque eran muy distintos a los del Kommandant.

—Es un sitio horroroso, y ya ha hecho usted bastante daño allá arriba —sentenció el Kommandant—. No meta usted la nariz allí, ¿me ha oído?

Els hubo de desahogar su cólera con unos presos negros en el patio de la cárcel.

Al anochecer, el Kommandant van Heerden decidió hacer una comprobación en los puestos de control montados alrededor de Piemburgo. Estaba empezando a sospechar que su obligada ausencia del mundo exterior producía efectos negativos en la moral de sus hombres, y como juzgaba improbable que la señorita Hazelstone estuviera fuera, siendo ya las once de la noche, y considerando que no podría verle en un coche celular de todos modos, decidió hacer la ronda en el momento en que le parecía más probable que sus hombres pudieran dormirse en pleno servicio.

—Vaya despacio —le dijo a Els cuando se sentó en la parte trasera del coche—. Sólo quiero echar un vistazo.

Durante una hora, los hombres que estaban de servicio en los cruces de las calles y en los puestos de control de las carreteras se vieron asediados por las preguntas de van Heerden.

—¿Cómo sabe usted que no ha pasado por aquí disfrazada de negro? —le preguntó al sargento de guardia en la carretera de Vlockfontein, que se le había quejado de los muchos vehículos que había tenido que registrar.

—Los hemos registrado todos, señor —dijo el sargento.

—¿Los han registrado? ¿Y cómo han comprobado?

—Les hicimos la prueba de la piel, señor.

—¿La prueba de la piel? Nunca he oído hablar de ella.

—Utilizamos un poquito de papel de lija, señor. Se les frota la piel y si el negro se va, son blancos. Si no se va, no lo son.

Esto le impresionó muchísimo al Kommandant van Heerden.

—Eso demuestra iniciativa, sargento —dijo y continuaron la ronda.

Poco después de esto, cuando subían hacia Town Hill a inspeccionar el control que había allí, el Konstabel Els se dio cuenta de que el Kommandant se había quedado dormido.

—Es sólo el viejo haciendo la ronda —le dijo Els al konstabel que

estaba de servicio en el control, y cuando iba ya a dar la vuelta para regresar a la cárcel, cayó en la cuenta de que estaba muy cerca de Jacaranda Park. Miró por encima del hombro y vio que el Kommandant seguía dormido.

—¿Me da usted permiso para subir hasta Jacaranda Park, señor? —preguntó en voz baja. El Kommandant roncaba sonoramente atrás.

—Gracias, señor —dijo Els, con una sonrisa, y el coche pasó ante el control de carretera y enfiló la cuesta hacia la mansión de Jacaranda. Los faros iluminaron a ambos lados de la carretera los carteles que se alzaban como anuncios de lugares macabros de vacaciones: «Peste Bubónica», alguna playa siniestra, y «Rabia», una reserva de caza. El Kommandant van Heerden, ignorante de su destino, dormía ruidosamente en el asiento trasero del coche cuando cruzaron la entrada de Jacaranda Park y bajaron lentamente, con un rechinar de neumáticos sobre grava, por el largo camino de coches.

Els aparcó el vehículo delante de la casa y bajó sigilosamente y se perdió en la noche buscando su trofeo. Era una noche oscura, las nubes tapaban la luna, y tuvo ciertas dificultades para hallar el cadáver del doberman.

«Es curioso», se dijo, mientras buscaba por el césped. «Yo habría jurado que dejé por aquí a ese maricón», y continuó buscando al animal.

El Kommandant van Heerden roncaba más escandalosamente que nunca en la parte de atrás del coche. De pronto, se deslizó hacia un lado y fue a dar con la cabeza en la ventanilla. Inmediatamente despertó y miró a su alrededor en la oscuridad.

—¡Els! —gritó sonoramente—. ¿Por qué se ha parado y por qué están apagados los faros?

No llegó ninguna respuesta tranquilizadora del asiento del conductor, y mientras el Kommandant van Heerden, aterrado allí en el asiento de atrás del coche, se preguntaba dónde demonios había ido Els, la nube se apartó suavemente de la luna y el Kommandant vio ante sí la entrada principal de la mansión de Jacaranda Park. El Kommandant, con un gemido, se encogió en el asiento y maldijo su propia estupidez por salir de la cárcel.

Sobre él, la fachada de la mansión se recortaba amenazadora, y la sensación de amenaza aumentaba aún más por las ventanas sin luz. Gimiendo de terror, el Kommandant abrió la puerta y salió. Al cabo de un momento estaba otra vez dentro del coche, en el asiento del conductor,

buscando las llaves. Habían desaparecido.

—Debería haber supuesto que ese cerdo iba a hacerme algo así —masculló el Kommandant y se prometió darle una lección a Els en cuanto regresase. Pero pasaban los minutos y Els seguía su búsqueda del escurridizo Toby, y el terror del Kommandant iba en aumento.

«No puedo pasarme toda la noche aquí sentado», pensaba. «Tendré que salir a buscarle», y se apeó del coche, y avanzando cautelosamente, entró en el jardín. A su alrededor, matorrales y arbustos asumían formas extrañas y terribles y la luna, que, sólo unos minutos antes, había resultado tan iluminadora, descubrió una nube oportuna para esconderse detrás. Sin ver nada y sin atreverse a gritar, el Kommandant van Heerden tropezó con un seto de flores y cayó al suelo de bruces. «Rosas caninas», pensó irritado, llevándose la mano a la cara y poniéndose de pie torpemente. Y en ese momento, los oídos y los ojos del Kommandant van Heerden captaron una visión y un sonido de dos cosas que le pusieron a cabalgar el corazón desbocado en el pecho. El coche se había puesto en marcha. Els había encontrado el doberman y se iba. Mientras los faros giraban y bañaban de luz la fachada de la mansión, el Kommandant, plantado allí, rígido entre las flores, mirando fijamente al cielo nocturno, vio algo mucho más siniestro que la casa misma. Una nubécilla de humo se alzaba despacio, pero firme, por una de las chimeneas de la mansión abandonada. El Kommandant van Heerden no estaba solo.

Llevándose las manos al pecho, el Kommandant cayó de espaldas entre las rosas y se desmayó. Cuando volvió en sí de lo que decidió llamar su primer ataque cardíaco, oyó una voz que había tenido la esperanza de no volver a oír más.

—Noches de vino y rosas, ¿eh Kommandant? —preguntaba, y el Kommandant alzó la vista y vio perfilada contra móviles nubes, la elegante silueta de la señorita Hazelstone. Vestía como la primera vez que la había visto y no llevaba, y el Kommandant dio gracias al cielo por ello, aquel traje rosa salmón tan horroroso.

—Supongo que no pensará pasarse toda la noche ahí —continuó la señorita Hazelstone—. Vamos a casa, le prepararé un café.

—No quiero café —masculló el Kommandant, librándose de las ramas del rosal.

—Quizás usted no lo quiera, pero es, evidentemente, lo que necesita para despejarse. No estoy dispuesta a dejar que policías borrachos anden

dando tumbos por mi jardín y destrozándome los setos de flores a estas horas de la noche —e inclinándose a aquella autoridad a la que nunca era capaz de oponerse, el Kommandant van Heerden se vio una vez más en el salón de la mansión de Jacaranda. La habitación estaba a oscuras salvo por la lámpara que había sobre un proyector cinematográfico instalado en una mesa pequeña.

—Estaba precisamente viendo unas películas antiguas que tomé, antes de quemarlas —dijo la señorita Hazelstone, y el Kommandant comprendió el origen de la nubécilla de humo que había visto salir por la chimenea—. En la cárcel no podré verlas, y, además, creo que es mejor olvidar el pasado, ¿no cree usted, Kommandant?

El Kommandant estaba de acuerdo, por supuesto. El pasado era algo que él habría pagado una fortuna por olvidar. Por desgracia, estaba demasiado presente en su pensamiento. Atrapado entre su propio terror y una sensación de respeto que hacía mucho más persuasivo el errático latir de su corazón, el Kommandant aceptó sentarse en un sillón del que esperaba no levantarse nunca, mientras la señorita Hazelstone encendía una lamparita.

—Queda un poco de café de la cena —dijo la señorita Hazelstone—. Creo que tendré que calentarlo. Normalmente habría tenido café recién hecho, pero en este momento, estoy sin servicio, prácticamente.

—No necesito café —dijo el Kommandant, y lamentó de inmediato haberlo dicho. Podría haber tenido ocasión de escapar si la señorita Hazelstone se hubiera ido a la cocina. Pero, en vez de eso, le miró dubitativa y se sentó frente a él, en el sillón de orejas.

—Como guste —contestó—. No parece estar usted demasiado borracho. Sólo un poco pálido.

—No estoy borracho. Es el corazón.

—En ese caso, el café es lo peor para usted. Es un estimulante, sabe. Debe usted procurar evitar todo tipo de estimulación.

—Ya lo sé, ya.

Luego hubo una pausa que rompió al fin la señorita Hazelstone.

—Supongo que ha venido usted por fin a detenerme —dijo.

El Kommandant no podía pensar en nada que le gustase más que detenerla, pero no parecía tener energía suficiente. Hipnotizado por la casa y el aire de elegante melancolía de aquella mujer que tanto le fascinaba, siguió allí sentado escuchando el palpitar de su corazón.

—Supongo que Jonathan ya habrá confesado —dijo la señorita Hazelstone en el tono de quien inicia una charla social. El Kommandant asintió.

—Qué lástima —continuó la señorita Hazelstone—. Ese pobre chico padece de complejo de culpabilidad. No entiendo por qué. Sospecho que es porque ha tenido una niñez impecable. La culpa suele ser tantas veces un sustituto de la maldad honrada y decente. Supongo que eso debe verse muy a menudo en su profesión, Kommandant.

El Kommandant hubo de aceptar que era muy frecuente en su profesión, pero no podía entender la importancia que podía tener en el caso de un hombre que tenía varias penas de cárcel a la espalda. Sintió que sucumbía una vez más no sólo al respeto sino también a una sensación de desasosiego que parecía provocar en él la conversación de la señorita Hazelstone.

—Yo jamás he padecido esa debilidad —continuó tranquilamente la señorita Hazelstone—. En realidad, me resultaba difícil encontrar cosas que hacer que no fueran deprimentemente buenas. Yo, como el diablo, he sentido también lo horroroso que es el bien. Es tan aburrido. Pero estoy segura de que usted no tiene la misma posibilidad de que le repugne.

—Creo que tiene usted razón —dijo el Kommandant, a quien le causaban repugnancia otras cosas muy distintas.

—Como debe haber deducido usted, he hecho todo lo posible por introducir un poquito de alegría en mi vida —continuó la señorita Hazelstone—. Escribo para los periódicos, sabe.

El Kommandant van Heerden lo sabía demasiado bien.

—Una columnita de vez en cuando sobre moda y sobre la vida elegante.

—He leído algunos artículos suyos —dijo el Kommandant.

—Espero que no haya seguido mis consejos —continuó la señorita Hazelstone—. Los escribí irónicamente. Y lo pasé muy bien imaginando las combinaciones más espantosas de colores. Además, todo el mundo se tomó mis consejos en serio. Creo que puedo decir honradamente que he hecho inhabitables más hogares de Sudáfrica que todas las termitas juntas.

El Kommandant van Heerden la miró asombrado.

—¿Y por qué demonios quiso hacer una cosa así? —preguntó.

—Por una sensación de deber moral —murmuró la señorita Hazelstone —. Mi hermano ha consagrado su vida a propagar la luz y el bien, yo he

buscado sólo equilibrar la balanza. Si la gente decide seguir mis consejos de poner un empapelado marrón con cortinas naranja, ¿quién soy yo para decirles que no lo hagan? La gente que cree que por tener la piel de color rosa es civilizada mientras que tenerla negra le convierte a uno en un salvaje, puede creer cualquier cosa.

—¿Quiere usted decir que no cree en el *apartheidt* —preguntó atónito el Kommandant.

—Kommandant, por Dios, qué pregunta tan tonta —contestó la señorita Hazelstone—. ¿Me comporto como si creyera en él?

El Kommandant van Heerden hubo de admitir que no.

—No se puede vivir con un zulú ocho años y seguir creyendo en la segregación —prosiguió la señorita Hazelstone—. En realidad, las películas que acabo de ver son unas que le hice a Cinco Peniques. ¿Le gustaría ver una?

El Kommandant van Heerden vaciló. Lo que había visto ya del cocinero no le predisponía a querer ver más.

—Admiro sus delicados sentimientos —dijo la señorita Hazelstone—, pero no tiene por qué vacilar. No me importa en absoluto compartir mis recuerdos con usted.

Y, dicho esto, puso el proyector en marcha.

Al cabo de un momento, el Kommandant vio en la pantalla del fondo de la estancia el objeto de la pasión de la señorita Hazelstone moviéndose por el jardín de Jacaranda Park tal como era hacía unos cuantos veranos. La película se había tomado desde el mismo ángulo y en el mismo rincón del jardín en que había perecido su actor casi una década después. Al principio, el Kommandant tuvo la ilusión de que no había habido ningún asesinato y que había soñado los sucesos de los días precedentes. Fue una ilusión que no duró mucho. Cuando la imagen de Cinco Peniques se hizo mayor en la pantalla, el Kommandant decidió que prefería la realidad que había conocido a la escena fantástica que estaba presenciando. Había habido, consideró, algo casi saludable en el cadáver de Cinco Peniques. Pero, vivo, el cocinero zulú resultaba un ser patentemente enfermo.

Alto y corpulento, cabrioleaba por el césped como una sobrecogedora ninfa negra, y paraba un momento a acariciar el busto de Sir Theophilus antes de besarlo apasionadamente en la boca inmóvil. Se alejaba luego revoloteando por el jardín y desplegando sus encantos repugnantes en una serie de giros y contorsiones destinados a exhibir sus prendas del modo

menos atractivo. Llevaba un vestido muy corto color carmesí guarnecido de violeta. Como podría haber supuesto el Kommandant, era de goma. Cuando Cinco Peniques ejecutó la última pirueta y concluyó su representación con un saludo, el Kommandant comprendió por qué le había asesinado la señorita Hazelstone. Y si la película era indicativa, él se lo había merecido, en realidad lo estaba pidiendo.

Concluyó la película y la señorita Hazelstone apagó el proyector.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Ahora entiendo por qué le mató.

—No entiende usted nada —replicó la señorita Hazelstone—. Lo que acaba de ver le parece a usted horroroso por la tosquedad de su mente. Para mí, es bello —hizo una pausa—. Eso es la vida, un negro que pretende ser una mujer blanca, dando pasos de baile de un ballet que no ha visto jamás, ataviado con ropas hechas de un material totalmente impropio de un clima cálido, en un césped importado de Inglaterra, y besando el rostro pétreo de un hombre que destruyó su nación, filmado por una mujer a quien se considera el árbitro del buen gusto. Nada podría expresar mejor el carácter de la vida en Sudáfrica.

El Kommandant van Heerden estaba a punto de decir que no la consideraba muy patriota, cuando la señorita Hazelstone se levantó.

—Iré a por la maleta. Ya la tengo preparada —dijo, y se dirigía ya hacia la puerta cuando una forma obscura irrumpió por la puertaventana, derribando a la señorita Hazelstone.

El Konstabel Els había demorado un rato en localizar el cuerpo del doberman en la oscuridad y, al final, se había orientado más por el olor que por la vista para llegar al estercolero que había detrás de la casa, donde la señorita Hazelstone había depositado al perro. Agarrándolo con cuidado, Els había vuelto al coche y lo había metido en el maletero. Luego, se había puesto al volante y había prendido el motor y se había alejado de allí despacio, dando gracias porque el Kommandant no se hubiera despertado. Hasta que no iba ya a medio camino de la ciudad, la ausencia de ronquidos atrás le llevó a pensar que se había equivocado.

Con una maldición, dio la vuelta y enfiló de nuevo hacia la mansión. Paró en el camino de coches e investigó. El Kommandant van Heerden no aparecía por ninguna parte. Els dejó el coche y dio una vuelta a la casa y de

pronto se vio frente al salón iluminado donde hablaban el Kommandant y la señorita Hazelstone. Els se preguntó, en la oscuridad, qué demonios pasaría. «Ese viejo zorro», pensó al fin. «Ahora entiendo por qué no me daba permiso para venir aquí», y Els empezó a pensar que entendía ya por qué el Kommandant estaba allí sentado charlando muy amistosamente con una mujer a cuya cabeza había puesto precio. Ahora sabía por qué el Kommandant tenía tantas ganas de colgarle el asesinato de Cinco Peniques a Jonathan Hazelstone.

«Ese viejo cerdo está cortejándola», pensó, y sintió un nuevo respeto por el Kommandant. Porque Els, cuando solicitaba a una mujer, acompañaba siempre su solicitud con amenazas de violencia o chantaje y parecía evidente que el Kommandant, cuya falta de encanto igualaba casi a la de Els, tenía que haber empleado métodos muy drásticos para resultar atractivo de algún modo a una mujer de la riqueza y posición social de la señorita Hazelstone.

«El tipo va y detiene a su hermano por asesinato, y luego pone precio a la cabeza de la vieja. Vaya sistema para conseguir una dote», exclamó Els, e inmediatamente pensó en cómo podría desbaratarle el plan. Rápidamente, cruzó el césped e irrumpió en la habitación. Mientras se lanzaba sobre la prometida del Kommandant, gritó:

—Reclamo la recompensa. La capturé yo.

Y alzó la vista del suelo y se preguntó por qué parecería tan aliviado el Kommandant.

16

Para el Kommandant van Heerden, el traslado de la señorita Hazelstone, su paso de dueña de la mansión de Jacaranda Park a la condición de interna en el manicomio de Fort Rapier, fue un asunto triste. Mientras contemplaba la camilla en la que llevaban a la vieja dama por última vez por entre los retratos de sus antepasados del vestíbulo infestado de helechos, el Kommandant van Heerden se daba cuenta de que concluía una época. La mansión de Jacaranda Park ya no se alzaría como bastión supremo a los ojos de la sociedad de Zululandia, como símbolo de todo lo mejor de la ocupación británica en África y como emblema de un género de vida aristocrática. No habría ya más fiestas en sus jardines, no habría ya grandes bailes, no habría ya aquellos banquetes que habían hecho tan famosa a la señorita Hazelstone, no sucedería ya nada importante entre aquellas cuatro paredes. La casa se quedaría vacía, sepulcral, hasta que las hormigas blancas o los equipos de derribo la barrieran para dejar sitio a una nueva urbanización. El Kommandant van Heerden, mientras apagaba las luces y veía cómo la casa se sumía en la oscuridad bajo la luz de la luna, se sentía embargado por una gran sensación de vacío, de pérdida. La vieja arrogancia en la que se había apoyado para aguzar su servilismo había desaparecido. Era un hombre libre, y era el arquitecto de su propia libertad. Y eso era lo que menos deseaba.

Era un cortejo lo que subió por el camino de coches y salió por los portones retorcidos, un cortejo fúnebre de motos y coches celulares que acompañaban a la ambulancia en que la señorita Hazelstone dormía el sueño de los potentemente sedados. Al volante del primer vehículo iba el Konstabel Els, feliz por la certeza de que había ganado una justa recompensa y, tras él, en la oscuridad, el Kommandant van Heerden ponderaba las paradojas del destino que había hecho que una criatura como

Els fuese el instrumento de la caída de la casa Hazelstone.

Eso no significaba que Els fuera más listo, pensaba el Kommandant, mientras la procesión se abría paso tortuosa a través de las oscuras calles de Piemburgo, ni que hubiese nada vagamente intencional siquiera en sus actividades que explicase los efectos de éstas. Els era tan sólo azar, casualidad y trivialidad en todos sus actos.

«La entropía hizo al hombre», se dijo el Kommandant, y abrió la ventanilla.

El coche había empezado a oler de un modo insoportable.

—Els —dijo el Kommandant—, a ver si se baña usted.

—¿Yo, señor? —preguntó Els.

—Usted, Els, apesta.

—Yo no, señor. Eso es Toby.

—¿Y quién diablos es Toby?

—El doberman, señor. Huele un poco.

—¿Quiere decir usted que ha metido el cadáver putrefacto de un perro en el coche? —gritó Kommandant.

—Oh no, señor —dijo Els—. Está en el maletero.

El Kommandant estaba a punto de decir que no estaba dispuesto a compartir su coche con un doberman en estado de descomposición, cuando cruzaron ya la entrada de Fort Rapier y enfilaron la cuesta hacia el hospital.

A la luz de la luna, los edificios de Fort Rapier se parecían mucho al aspecto que habían tenido cuando la guarnición ocupaba los cuarteles. Habían añadido unos cuantos barrotes aquí y allá, para convertir un establecimiento proyectado para que la gente no entrase en otro que servía para que no saliese. Pero la atmósfera no se había alterado. Seguía imperando allí el irracionalismo.

«Las viejas tradiciones tardan en morir» pensó el Kommandant cuando el coche paró al borde de la zona de instrucción. El Kommandant salió del vehículo y acarició un cañón de campaña que había servido en Paardeberg, donde su abuelo se había quedado dormido durante el combate y que ahora estaba allí plantado como un vigía de hierro dominando a los lunáticos de otra generación.

Mientras llevaban a la señorita Hazelstone a un pabellón reservado a los locos peligrosos, el Kommandant van Heerden explicó su caso al director, el doctor Herzog, al que habían levantado de la cama para ponerle en antecedentes del caso.

—¿No podía haber esperado usted hasta mañana? —preguntó, malhumorado—. Me acosté a la una.

—Pues yo no me he acostado todavía —dijo el Kommandant—, y, de cualquier modo, se trata de una emergencia. La señorita Hazelstone es una personalidad célebre y su ingreso puede provocar comentarios públicos.

—Lo es, desde luego, y los provocará sin duda —dijo el médico—. Además, es la principal benefactora de este centro.

—No hay duda de que ha estado proveyendo para su propio futuro, que será vivir aquí hasta que decida morir —dijo el Kommandant.

—¿Quién ha diagnosticado eso? —preguntó el doctor Herzog.

—Yo —dijo el Kommandant.

—No me parece que esté usted cualificado para hacer tal cosa.

—Conozco a un criminal lunático en cuanto lo veo. El médico de la policía y su propio médico vendrán por la mañana y los documentos reglamentarios llegarán a su debido tiempo.

—Todo eso parece un poco irregular —dijo el médico.

—En realidad, lo es —corroboró el Kommandant—. Pero, si quiere usted saber la verdad, tenemos pruebas absolutamente irrefutables de que ha asesinado a una persona. No entraré en detalles, pero puedo asegurarle que tenemos pruebas suficientes para que se la juzgue por asesinato. Creo que comprenderá usted que el juicio de una persona tan distinguida sería contrario al interés público.

—¡Dios santo! —exclamó el médico—. ¿En qué se está convirtiendo Zululandia? Primero su hermano y ahora la señorita Hazelstone.

—Desde luego, sí —dijo el Kommandant—. Es un reflejo de los tiempos.

Tras asegurarse de que no se permitiría a nadie visitar a la señorita Hazelstone y que ésta no tendría acceso a la prensa ni a sus abogados, el Kommandant se fue. Había amanecido ya cuando cruzó la gran explanada donde hacían instrucción las tropas en otros tiempos, y habían surgido unas cuantas figuras grises de los pabellones del hospital que paseaban tristes a la primera luz del día.

«Pensar que iba a acabar así», pensó el Kommandant, y se refería no tanto a la señorita Hazelstone como al esplendor imperial que, invicto y supremo, había desfilado con casaca roja por la plaza. Se paró un momento e imaginó los regimientos que habían desfilado ante el estrado en el que el abuelo de la señorita Hazelstone les pasaba revista antes de ir a morir en

Majuba Hill y en Spion Kop y luego dio la vuelta y subió a su apestoso vehículo.

La señorita Hazelstone se encontró, al despertar, en la cama de un pabellón hospitalario. No tuvo, sin embargo, muchas dificultades para hacerse cargo de dónde se encontraba. La decoración y la hilera de camas volvieron a traerle recuerdos del colegio donde había estado interna, aunque sus acompañantes no fuesen, precisamente, las chicas alegres y despreocupadas de su juventud. Ni era tampoco que hubieran sido alegres, en realidad, pensaba ella, allí echada y mirando al techo, sino meramente expectantes, lo cual pasaba por alegría. No había nada que fuese remotamente alegre ni expectante en las personas que podía ver ahora. Retirados en las regiones remotas de su propia imaginación, los pacientes vagaban inertes entre los obstáculos que les interponía la realidad. La señorita Hazelstone les miraba y sentía la tentación de seguir su ejemplo. Sólo el orgullo se lo impedía. «Qué falta de estilo», se dijo, y, sentándose al borde de la cama, miró alrededor buscando su ropa.

En los días que siguieron, la señorita Hazelstone se aferró hoscamente a su orgullo, rechazando con firmeza los mundos irreales que los demás pacientes pretendían imponerle.

—Puede que lo sea —le dijo a una paciente que se le presentó como Napoleón—, aunque lo dudo. Yo soy la señorita Hazelstone de Jacaranda Park.

Y hasta el personal de la institución aprendió que era imprudente dirigirse a ella llamándola simplemente Hazelstone.

—Señorita Hazelstone para usted —le dijo a una monja que cometió este error.

—Hay que mantener las apariencias —le dijo a la doctora von Blimenstein, la psiquiatra a la que habían asignado la nueva paciente y que intentaba en vano conseguir que la señorita Hazelstone reconociese los orígenes sexuales de su enfermedad. La doctora von Blimenstein era tan desmesuradamente ecléctica en su enfoque, que resultaba difícil determinar por qué escuela de psicología se inclinaba más. Era notorio que prescribía electrochoques en dosis ilimitadas a los pacientes negros, pero con los blancos insistía en la culpabilidad sexual como causa de psicosis. Tenía tanto éxito en su actividad, que en cierta ocasión había logrado incluso

curar a un guarda del Serpentario de Durban de su neurosis de ansiedad relacionada con las serpientes. Él decía que su fobia se debía al hecho de que le habían mordido en cuarenta y ocho ocasiones diferentes serpientes tan venenosas y variadas como víboras del desierto, cobras, víboras del Gabón, y áspides, cada una de las cuales le había puesto al borde de la muerte. La doctora von Blimenstein había convencido al pobre hombre de que sus temores tenían un origen puramente sexual y eran consecuencia de una sensación de desajuste provocada por la idea de que su pene no era tan largo ni tan potente como una pitón adulta y le había enviado de nuevo a trabajar en el serpentario, donde, tres semanas después, le había mordido, esta vez con fatales consecuencias, una mamba negra cuya longitud intentaba él comparar con la de su propio miembro erecto, el cual sabía que alcanzaba los dieciocho centímetros de longitud. «Treinta y cinco centímetros», acababa de deducir, apoyando la cabeza de la mamba contra su *glans penis.* Fue prácticamente lo último que pudo decir, pues la mamba, con ferocidad plenamente justificada por la absurda comparación, hundió los colmillos en su contrapartida simbólica. Tras lo cual, la doctora von Blimenstein se había apartado del psicoanálisis y se había decidido por un enfoque más conductista.

Con la señorita Hazelstone la doctora decidió que no había peligro alguno de que pudieran darse resultados tan trágicos, y había animado a la paciente a explicar sus sueños de modo que pudiese examinarlos y extraer el significado simbólico que explicaría todos los problemas de la paciente. El problema era que la señorita Hazelstone jamás soñaba, y los sueños inventados que suministró a la doctora eran sumamente realistas y vulgares. Estaban, por una parte, salpicados de falos y vaginas, que ninguna cuantía de interpretación simbólica podía convertir en algo diferente.

—¿Y serpientes, o campanarios? —preguntó la señorita Hazelstone, cuando la doctora explicó lo difícil que era.

—Nunca en mi vida he oído que alguien sueñe con penes —dijo la doctora.

—Probablemente sean sueños de cumplimiento de deseos —dijo la señorita Hazelstone, y continuó describiendo un sueño en que una criatura llamada Els había luchado con un perro negro en el césped de un jardín.

—Extraordinario —dijo von Blimenstein—, absolutamente arquetípico.

Y luego, se había puesto a hablar del Espíritu luchando con la Libido Instintiva.

—Sí, eso mismo me pareció a mí en el momento —dijo crípticamente la señorita Hazelstone.

Después de varias semanas de sueños de este tipo, la doctora había empezado a pensar que podía escribir una monografía sobre «El arquetipo del policía en la psicología sudafricana», utilizando aquel material.

Para la señorita Hazelstone, estas entrevistas constituían una diversión frente al aburrimiento de la existencia en Fort Rapier.

—La locura es tan monótona —le explicaba a la doctora—. En principio, uno piensa que las fantasías pueden resultar más interesantes que la realidad, pero, al final, llegas a la conclusión de que la locura es un pobre sustituto de la realidad.

Por otra parte, cuando miraba en torno suyo, no parecía existir ninguna diferencia significativa entre la vida en un manicomio y la vida en Sudáfrica en su conjunto. Todo el trabajo lo hacían los locos negros, mientras que los locos blancos vagaban por allí imaginándose que eran Dios.

«Estoy segura de que el Todopoderoso tiene más dignidad», se decía la señorita Hazelstone, observando a aquellos sujetos que vagaban sin rumbo por el recinto del manicomio. «Estoy segura, además, de que Él no tiene delirios de grandeza.»

La noticia de que al fin habían encontrado a su hermana y de que la habían internado en el manicomio de Fort Rapier no fue ninguna sorpresa para el obispo de Barotselandia.

—Mi hermana nunca estuvo bien de la cabeza —le dijo al Kommandant, que fue a verle personalmente para darle la noticia, y una vez más demostró aquella falta de lealtad familiar que tan deplorable consideraba el Kommandant en alguien que pertenecía a una estirpe tan ilustre; añadió—: Para ella es el mejor sitio. Hace años que debería estar internada.

El obispo abandonaba todas sus ilusiones, al parecer, y desde luego, había dejado de sentir aprecio por su hermana y de considerarla sólo un poco excéntrica.

—Yo siento una gran admiración por la señorita Hazelstone —dijo fríamente el Kommandant—. Fue una mujer notable y una gran pérdida para Zululandia.

—Habla usted de ella como si hubiera muerto —dijo el obispo, que pensaba mucho más en la mortalidad desde que se encontraba en la cárcel —. Supongo que, en cierto modo, ha pasado a mejor vida.

—No saldrá de allí hasta su muerte —dijo lúgubremente el Kommandant—. Por cierto, su juicio se celebrará la semana que viene, de modo que si tiene algo que decir en su defensa, será mejor que empiece a pensar en ello —y el Kommandant se había ido convencido de que Jonathan Hazelstone se merecía su destino.

Al quedarse solo en la celda, el obispo decidió que nada podía hacer, en realidad, para modificar la confesión que ya había hecho. Le parecía una defensa perfectamente razonable en sí misma. Nadie en el mundo podía llegar a creer que él hubiera cometido los crímenes que confesaba, y dudaba de que alguien que no fuera un especialista en el ritual de la High Church pudiera diferenciar las infracciones penales de las prácticas eclesiales. Ningún juez digno de tal nombre podría condenarle jamás por latitudinarismo. El obispo se tumbó en el colchón que había en el suelo de la celda, que le servía de cama, deseoso de que llegase el veredicto que, estaba seguro, dispondría su puesta en libertad.

«Seguramente ni se llegue siquiera a eso», pensó alegremente. «El juez sobreseerá el caso sin más.»

Los pronósticos del obispo de Barotselandia, como siempre, resultaron totalmente erróneos. Se eligió para ver el caso al juez Schalkwyk, cuya madre había muerto en un campo de concentración inglés, y famoso por su sordera y por su desprecio a todo lo británico. El abogado defensor, el señor Leopold Jackson, también tenía cierta limitación física, consistente en una fisura palatina que hacía casi inaudibles sus discursos, y era también famoso por su tendencia a someterse a la autoridad de los jueces. Le habían elegido para llevar la defensa los herederos del acusado, primos lejanos que vivían en un barrio pobre de Ciudad del Cabo y que albergaban la esperanza de acelerar el curso de la justicia para evitar más publicidad desagradable que empañaría el buen nombre de la familia. Al señor Jackson sólo le permitieron ver a su cliente unos días antes de iniciarse el juicio, y, además, sólo en presencia del Konstabel Els.

La entrevista tuvo lugar en la cárcel y se distinguió, desde un principio, por la falta de comunicación entre los interlocutores.

—Y dice uztez que firmó una confeción. Qué láztima —dijo el señor Jackson.

—Se hizo bajo coacción —corrigió el obispo.

—No es verdad —dijo Els—. Se hizo aquí.

—Bajo coacción —dijo el señor Jackson—. Entoncez no cervirá.

—No creo —dijo el obispo.

—Cómo no va a servir —dijo Els—. Pues claro que sí.

—¿Cómo le coaccionaron para que confezara?

—Me obligaron a mantenerme de pie.

—No es verdad —dijo Els—. Yo le dejé sentarse.

—Sí, eso es cierto —admitió el obispo.

—Ací que no hubo coacción —dijo el señor Jackson.

—Acabo de decírselo. Se hizo aquí —dijo Els.

—Hubo coacción en parte —dijo el obispo.

—No le haga caso —dijo Els—. Yo sé dónde se hizo. Se hizo aquí.

—¿Ce hizo aquí? —preguntó el señor Jackson.

—Sí —dijo el obispo.

—Ahí tiene. ¿Qué le dije yo? —dijo Els.

—Parece que ecizte una confución —dijo el señor Jackson—. ¿Qué confezó uztez?

—Genuflexión con una lúbrica —se apresuró a decir Els, desechando delitos menores.

—¿Genufleción con qué? —preguntó el señor Jackson.

—Quiere decir rúbrica, creo —dijo el obispo.

—No no. Quiero decir lúbrica —dijo Els indignado.

—Qué delito tan eztraño —dijo el señor Jackson.

—Y que lo diga —dijo Els.

—Yo creía que ce trataba de un cazo capital —dijo el señor Jackson.

—Lo es —dijo Els—. Yo estoy disfrutándolo muchísimo.

—Genufleción no ez un delito, cegún el derecho zuzafricano.

—Es con una lúbrica —dijo Els.

—Hay más delitos en mi confesión —dijo el obispo.

—¿Cuález?

—Asesinato —dijo el obispo.

—Lesbianismo —continuó Els.

—¿Lezbianizmo? Ezo ez impocible. Un hombre no puede cometer lezbianizmo. ¿Eztá uztez ceguro de que ez el cazo correcto?

—Segurísimo —dijo Els.

—¿Le importaría dejar que mi cliente hablaze por zí mizmo? —preguntó el señor Jackson a Els.

—Yo sólo intento ayudar —dijo Els, ofendido.

—Vamoz a ver —continuó el señor Jackson—. ¿Ez cierto que ha admitido uztez cer lezbiana?

—Pues sí, la verdad —dijo el obispo.

—¿Y acecino?

—Parece extraño, ¿verdad? —dijo el obispo.

—Parece fantáztico. ¿Qué máz confezó uztez?

El obispo vaciló. No quería que el señor Jackson pusiera objeciones a su confesión, antes de que la leyeran en el juicio. Todo se basaba en lo absurdo de tal documento y el señor Jackson no parecía un abogado capaz de entenderlo.

—Creo que preferiría que el caso siguiera adelante tal como está —dijo, y excusándose, con el pretexto de que estaba cansado, hizo salir al abogado de la celda.

—Le veré el día del juicio —dijo el señor Jackson alegremente, y se fue.

Sin embargo, no se debió al señor Jackson el que la confesión de Jonathan Hazelstone no llegara al juicio en su versión completa. Fue más bien, debido a la meticulosidad del Luitenant Verkramp, que, deseoso de halagar, había enviado la confesión al departamento de Segundad del Estado, a Pretoria. El jefe del departamento de seguridad del Estado encontró una mañana el documento en su escritorio y lo leyó con una creciente sensación de incredulidad. Estaba acostumbrado a leer confesiones extravagantes. En realidad, la sección de seguridad existía para manufacturarlas y él podía ufanarse de tener, a este respecto, una reputación superior a la de cualquiera. Ciento ochenta días en confinamiento solitario y días de pie sin dormir sin que cesasen los interrogatorios un instante, solían producir confesiones bastante curiosas, pero, de todos modos, la confesión que le había enviado Verkramp eclipsaba absolutamente todas las anteriores.

—Este hombre está loco —dijo después de repasar el catálogo de delitos entre los que se incluían la necrofilia, la flagelación y la liturgia,

pero no estaba claro a qué hombre se refería. Tras una conferencia con miembros directivos del gobierno, el departamento de seguridad del Estado decidió intervenir para defender los intereses de la civilización occidental encarnada en la república de Sudáfrica y, utilizando los poderes otorgados por el parlamento, ordenó la supresión de nueve décimas partes de la confesión. El juez Schalkwyk debía juzgar y condenar al preso, sin posibilidad de apelación, por las acusaciones de asesinato de un cocinero zulú y cíe veintiún policías. Las demás acusaciones quedaban marginadas y no debía presentarse en juicio ninguna prueba que pusiera en peligro la seguridad del Estado. Furioso, el juez se vio obligado, de acuerdo con el derecho sudafricano a obedecer. Jonathan Hazelstone debía ser ahorcado, de eso no había duda, pero sería ahorcado sólo por una mínima parte de lo que declaraba en su confesión.

El juicio se celebró en Piemburgo y en la misma sala en la que el padre del acusado se había hecho tan famoso.

—El viejo orden cambia, ¿no le parece a uztez? —susurró Jonathan a su abogado cuando se sentó en el banquillo de los acusados. Al señor Jackson no le hizo gracia.

—No eztá bien que ce burle uztez de mi defecto. Ademáz, por lo que he oído, máz le valdría decir: «Aún no ha llegado lo bueno.»

El señor Jackson tenía razón por una vez. El descubrimiento de que habían expurgado su confesión fue lo que más afectó al obispo de todo el juicio. En la suspensión que siguió al anuncio de que sólo iban a juzgarle por asesinato, Jonathan consultó con su abogado.

—Yo alegaría locura. Me parece que ez zu única oportunidad —aconsejó el señor Jackson.

—Pero soy absolutamente inocente. No tengo nada que ver con el asesinato de veintiún policías.

—Zí, zí, pero dezgraciadamente, ha confezado uztez los hechoz.

—Me obligaron. ¿Por qué demonios iba a querer matarles?

—No tengo ni idea —dijo el señor Jackson—. Loz motivoz de miz clientez zon ciempre un mizterio para mí. El problema ez que laz pruebaz que hay contra uztez zon baztante concluyentez. Tuvo uztez ocación de hacerlo y laz armaz ce hallaron en zu poder. Ademáz, lo ha admitido uztez en una confeción firmada. Le zugiero que ce declare culpable, pero loco.

—¡Pero ci no eztoy loco! —gritó el obispo.

—No he venido aquí a que ce rían de mí —dijo el señor Jackson.

—Lo ciento —dijo el obispo—. Quiero decir, lo siento.

—Cambiaremoz de táctica —dijo al fin el señor Jackson—. Alegaremoz locura.

—Está bien —dijo el obispo.

—Ez mejor que morir en la horca —dijo el señor Jackson. Volvieron a la sala de juntas.

El juicio se desarrolló con mucha rapidez. A última hora de la tarde, el fiscal había presentado sus conclusiones y el señor Jackson no había intentado siquiera una defensa razonada. Confiaba en que el tribunal tendría en cuenta la evidente locura del acusado.

En su resumen a un jurado elegido entre los parientes cercanos de los policías asesinados, el juez Schalkwyk habló con una brevedad y un nivel de imparcialidad insólitos en él.

—Ya han oído ustedes —mascullό, aunque, debido a su sordera, él no lo había oído—, en el alegato de la acusación que el acusado cometió los crímenes que se le imputan. Han visto ustedes la confesión del acusado con sus propios ojos, y han oído que la defensa alega que su cliente está loco. Quizá consideren ustedes razonable la hipótesis de que un hombre que mata a veintiún policías y firma luego una confesión diciendo que lo ha hecho, no está, evidentemente, bien de la cabeza. Pero es mi deber indicarles que alegar locura frente a las pruebas abrumadoras que le acusan no es propio de un loco. Es un acto sumamente razonable y que indica un grado de percepción que sólo puede hallarse en una mente sana e inteligente. Creo, por tanto, que deben prescindir por completo de la cuestión de la locura en sus deliberaciones. Deben centrarse únicamente en la cuestión de la culpabilidad. No me cabe duda alguna de que el acusado cometió los crímenes que se le imputan. Poseía, como se ha visto por las pruebas periciales que ha presentado la acusación, la ocasión y los medios. Se le halló en posesión de las armas homicidas y en el momento en que intentaba deshacerse de ellas. Su cartera y un pañuelo suyo aparecieron en el escenario del crimen, y no ha podido explicar correctamente cómo llegaron allí. Por último, el acusado admite en una confesión firmada que es el responsable de esos asesinatos. Creo que no tengo que añadir nada más. Ustedes y yo sabemos que el acusado es culpable. Ahora vayan y reúnanse y vuelvan y díganlo así.

El jurado salió de la sala del juicio. Volvieron a los dos minutos. El veredicto fue unánime. Jonathan Hazelstone era culpable de veintiún asesinatos y cuarto.

Al leer la sentencia, el juez se permitió desviarse de la imparcialidad que había mostrado en su resumen. Tuvo en cuenta un hecho previo, relacionado con una infracción de tráfico. El acusado no había avisado correctamente de su intención de girar a la izquierda en un cruce y, tal como indicó el juez, esto ponía en peligro la existencia misma de la Constitución sudafricana, basada en una serie de sólidos giros a la derecha.

—Es usted un peligro para los valores de la civilización occidental — dijo el juez, y es deber de este tribunal acabar con el comunismo.

Y, tras decir esto, ordenó que se llevaran al preso y que le colgasen por el cuello hasta que muriera. Estaba a punto ya de abandonar la sala del juicio, cuando el señor Jackson pidió que le permitiera hablar con él un momento a solas.

—Quería llamar la atención de zu ceñoria zobre un privilegio de la familia Hazelctone —masculló.

—Tengo la satisfacción de decirle que la familia Hazelstone ya no tiene privilegios —dijo el juez.

—Ez una prerrogativa muy antigua. Data de loz tiempoz de Cir Theophiluz.

—¿Qué quiere decir usted con eso?

—Me refiero al privilegio de la familia de que zuz miembroz cean ahorcadoz en la prición de Piemburgo. Ce concedió ece privilegio a la familia a perpetuidad —intentó explicar el señor Jackson.

—Señor Jackson —gritó el juez—, está usted haciéndonos perder el tiempo a mí y a este tribunal, y no digamos ya a su cliente, al que le queda poquísimo, además. Perpetuidad significa la cualidad de preservar algo del olvido. La cualidad básica de la sentencia que acabo de aprobar tiene un sentido completamente distinto. Creo que no necesito añadir nada más, y le aconsejaría que hiciera otro tanto.

Sin embargo, el señor Jackson hizo un último esfuerzo.

—¿Puede cer ahorcado mi cliente en la prición de Piemburgo? —gritó.

—Por supuesto que puede —gritó el juez—. Tiene que ser así, además, es un antiguo privilegio de la familia Hazelstone.

—Graciaz —dijo el señor Jackson.

Cuando la sala se despejó, Jonathan Hazelstone, pasmado y aturdido,

fue conducido a su celda.

17

El alcaide Schnapps se quedó también pasmado y aturdido cuando se enteró de que le correspondería la tarea de presidir la primera ejecución que se realizaba en la prisión de Piemburgo desde hacía veinte años. No se trataba de que le inquietara o repugnase la idea de tener que asistir a una ejecución. En sus tiempos como funcionario de prisiones, había asistido a muchos ahorcamientos, sobre todo ahorcamientos extraoficiales organizados por presos negros deseosos de escapar de una vez por todas al régimen que él les había prescrito, pero aun así, los ahorcamientos y la perspectiva de tener al menos una ejecución oficial en su hoja de servicio le llenaban de satisfacción. El aturdimiento y el pasmo se debían a consideraciones completamente distintas.

Estaba, por una parte, la cuestión de la horca, que hacía veinte años que no se usaba más que como cobertizo para almacenamiento. El alcaide la inspeccionó y, por lo poco que pudo ver por encima de los cubos y rodillos de jardín allí amontonados, llegó a la conclusión de que la horca no estaba en condiciones de poder ser utilizada. Lo mismo podía decirse de los presuntos verdugos. El viejo guardián se ofreció voluntariamente a asesorar a quien eligiesen como verdugo, pero se negó en redondo a asistir en persona a la ejecución, basándose en que la horca no era segura. Y aunque el alcaide intentó convencer a unos de los otros guardianes para que aceptase el puesto de verdugo, no lo consiguió. Nadie parecía deseoso de acompañar a Jonathan Hazelstone en su último paseo si esto entrañaba tener que subir las rechinantes escaleras del patíbulo.

El alcaide telefoneó, desesperado, al verdugo oficial de Pretoria para preguntarle si podría acercarse a Piemburgo el día señalado, pero el verdugo estaba ocupadísimo.

—Es completamente imposible —le dijo—. Precisamente ese día tengo

treinta y dos clientes y, además, nunca hago ejecuciones individuales. Ya ni recuerdo la última que hice. Siempre las hago en grupos, seis de cada vez, porque, claro, ha de comprender usted que tengo que pensar en mi reputación. Ejecuto más personas por año que ningún otro verdugo del mundo, más que todos los otros verdugos del mundo juntos, en realidad, y si se propagase la noticia de que había hecho un ahorcamiento individual, la gente creería que estoy perdiendo facultades.

Como último recurso, el alcaide planteó la cuestión del privilegio ante el fiscal del Estado.

—No veo por qué este señor Hazelstone ha de tener privilegios —dijo—. A todos los demás se les ahorca en Pretoria. A mí no me parece bien que un tipo que ha liquidado a veintiún policías tenga derecho a privilegios que se les niegan a los criminales comunes y corrientes.

—Lo siento, pero creo que no puedo hacer nada —le dijo el fiscal del Estado—. El juez permitió que se mantuviera el privilegio y yo no puedo cambiar su decisión.

—Pero, dígame, ¿cómo logró la familia Hazelstone ese derecho a la ejecución en Piemburgo?

El fiscal del Estado repasó los archivos.

—Data del discurso que pronunció Sir Theophilus cuando se inauguró la cárcel en mil ochocientos ochenta y ocho —le explicó al alcaide—. En ese discurso, Sir Theophilus dijo, cito sus palabras: «La pena capital y la flagelación son elementos básicos para conseguir que paz y tranquilidad imperen en Zululandia. Imponen a las razas indígenas el sentido de la superioridad innata del hombre blanco y, al declarar inaugurada esta prisión, me gustaría añadir que, según mi meditada opinión, el futuro mismo de la civilización blanca en este continente negro depende del frecuente uso del patíbulo que hoy tenemos el privilegio de ver aquí instalado. Será un día triste para este país aquél en el que la trampilla de la horca se abra por última vez y confío en que ningún miembro de mi familia viva para ver ese triste día.»

—Un discurso muy encomiable —dijo el alcaide—, pero no entiendo por qué se deduce de él que haya que conservar la horca para uso exclusivo de la familia Hazelstone.

El fiscal del Estado cogió otro documento:

—Veamos, aquí está la declaración que hizo el difunto juez Hazelstone cuando se transfirieron a Pretoria todas las ejecuciones. Le preguntaron qué

creía que había querido decir su padre en su discurso y el juez dijo lo siguiente: «Es claro y evidente. La horca y la familia Hazelstone se mantienen o caen juntas. Mi padre creía, con toda razón, que nuestra familia debía dar ejemplo a toda Zululandia. Y no puedo imaginar mejor ejemplo que el de tener nuestro propio patíbulo particular en la prisión de Piemburgo.» Es concluyente, ¿no le parece a usted?

El alcaide hubo de admitir que lo era y volvió a la prisión debatiéndose aún con el problema de encontrar verdugo.

Al final, fue el Konstabel Els quien se convirtió en verdugo oficial. El Konstabel seguía pensando muy satisfecho en cómo iba a gastar el dinero de la recompensa que se había ganado con la captura de la señorita Hazelstone, y estaba deseando que llegara el día de la ceremonia en que le entregarían el cheque en el patio de ejercicios del cuartel de la policía. Efectuaría la entrega el comisario general. Els había decidido que merecería la pena pagar el precio que había pedido el taxidermista del museo de Piemburgo por disecar a Toby.

—He mandado que me disequen el doberman —comunicó un día al Kommandant van Heerden.

—Entonces, supongo que no le vendría mal ganarse un poquito de dinero extra —dijo el Kommandant.

—¿Cómo? —preguntó Els, receloso.

—No es nada pesado —dijo el Kommandant—. Desde luego, no exigirá ningún esfuerzo por su parte. De hecho, cuando lo pienso me pregunto por qué no lo habrá intentado usted ya antes. Creo que es usted el hombre más indicado para la tarea.

—Mmmmm —dijo Els, a quien no le gustaba el tono meloso del Kommandant.

—Yo diría que es probable que posea usted un talento natural para ello.

Els intentó adivinar qué trabajos sucios habría que hacer en la comisaría de policía.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Es el tipo de trabajo que a usted le gusta realmente —dijo el Kommandant—. Y, por una vez, lo haría legalmente.

Els intentó pensar en algo que le gustase realmente y que no fuese legal. Las relaciones con mujeres negras parecían la posibilidad más obvia.

—Recibiría usted la paga establecida, claro está —continuó el Kommandant.

—¿La paga establecida?

—Veinticinco rands, según creo —dijo el Kommandant—, aunque tal vez lo hayan subido.

—Mmmmm —dijo Els, que estaba empezando a pensar que le engañaban sus oídos.

—No está mal por un poco de diversión —dijo el Kommandant, que sabía que Els había liquidado por lo menos a quince personas en el desempeño de su cargo y a veintiuna por puro placer—. Claro que tendría usted que hacer alguna práctica para acostumbrarse al método.

El Konstabel Els hurgó en su memoria buscando algún método que no hubiera utilizado. Que él supiera, había utilizado todas las posiciones del manual y algunas más.

—¿En qué método había pensado usted? —preguntó.

El Kommandant estaba empezando a hartarse del apocamiento de Els.

—El de una cuerda alrededor del cuello y una caída de tres metros —masculló—. Eso valdría como principio.

Els se quedó sobrecogido. Si el principio era así, no quería siquiera pensar como sería el final.

—¿No le parece un poco peligroso? —dijo.

—Claro que no. Es absolutamente seguro.

Al Konstabel Els no le parecía seguro en absoluto.

—Claro que si a usted le asusta… —comenzó el Kommandant.

—No es que me asuste, no —dijo Els—. Si quiere usted realmente que lo haga, lo haré; pero no me responsabilizo de lo que pueda pasarle a la pobre zorra. En fin, no se puede arrojar a una mujer desde tres metros con una cuerda atada al cuello sin que sufra algo, aunque se trata de una cafre. Y, en cuanto a lo de disecar…

—¿Pero de qué diablos habla usted, Els? —preguntó el Kommandant—. ¿Quién ha dicho nada de mujeres? Yo estoy hablando de ahorcar a Jonathan Hazelstone. Estoy ofreciéndole el puesto de verdugo y usted se pone a hablar de mujeres como un maníaco. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí señor. Ahora sí —dijo Els.

—Bueno, ¿está dispuesto a hacerlo o no?

—Oh sí. Le ahorcaré, por supuesto. No me importa hacerlo —y se fue a practicar con el patíbulo de la prisión de Piemburgo.

—Soy el verdugo Els —proclamó presuntuosamente a la entrada, dirigiéndose al guardián—. El verdugo oficial.

Cuando el Kommandant van Heerden se quedó solo en su despacho, se puso a escuchar su corazón. Desde la noche en que se había encontrado de pronto solo en el jardín de la mansión de Jacaranda, sabía que a su corazón le pasaba algo grave.

«Esto es de tanto andar corriendo por ahí y saltando ventanas —se decía—. Para un hombre de mi edad eso no puede ser bueno.»

Había visitado varias veces a su médico, que se había limitado a decirle que necesitaba hacer más ejercicio.

—Está usted loco —le dijo el Kommandant—. He estado corriendo sin parar por todas partes.

—Le sobran kilos. Ése es su único problema —dijo el médico.

—Me he desmayado dos veces —insistió el Kommandant—. Una vez en Jacaranda Park y otra en el juzgado.

—Mala conciencia, probablemente —dijo alegremente el médico, y el Kommandant había salido de la visita de mal humor y había ido a desahogarlo con el Luitenant Verkramp.

El tercer ataque del Kommandant van Heerden tuvo lugar en el patio de ejercicios durante la ceremonia de entrega de la recompensa al Konstabel Els. El Kommandant había lamentado otorgarle la recompensa a Els tan pronto, en cuanto se enteró de que la entregaría el comisario general ante un público de quinientos setenta y nueve policías y sus familias. La perspectiva de Els allí plantado pronunciando un discurso de agradecimiento realmente no entusiasmaba al Kommandant van Heerden.

—Escúcheme, Els —dijo antes de subir al estrado en que aguardaba el comisario—. Usted sólo tiene que decir «Muchas gracias». Nada de discursos largos.

El Konstabel Els asintió. No haría discursos, ni largos ni cortos. Entraron los dos en el patio.

Lo cierto es que la velada fue incluso peor de lo que el Kommandant había previsto. El comisario acababa de enterarse del nuevo honor otorgado al Konstabel Els y decidió terminar su discurso comunicando la noticia a los presentes.

—Así pues, pido al Konstabel Els que suba aquí a recibir su

recompensa —dijo finalmente—. O quizá debiera decir al verdugo Els.

Una algarabía de risas y aplausos celebró el comentario.

—Eso es, llámele verdugo Els —gritó alguien.

—Els Matacafres —gritó otra voz.

El comisario alzó la mano pidiendo silencio, mientras Els subía al estrado.

—Todos conocemos la aportación vital del Konstabel Els a la solución del problema racial en Sudáfrica —continuó, entre risas—. Creo poder decir honradamente que pocos hombres en la policía sudafricana han despejado más obstáculos para el establecimiento de una patria sudafricana racialmente pura y auténticamente blanca que el Konstabel Els. Pero ahora no me refiero a la magnífica puntería del Konstabel Els ni a los sacrificios que ha juzgado oportuno hacer en la consecución de nuestro sueño común, una Sudáfrica sin negros. Ahora hablo de su nueva tarea. El Konstabel Els ha sido elegido para cumplir la misión de ahorcar al hombre al que tenemos que agradecer que nuestras filas estén mermadas aquí esta noche.

Hizo una pausa, se volvió al Konstabel Els y dijo:

—Tengo la enorme satisfacción de hacerle entrega del cheque como recompensa por la captura de una peligrosa delincuente —y estrechó la mano de Els y añadió—: Verdugo Els, es usted el orgullo de las fuerzas policiales.

Una gran salva de aplausos saludó la noticia del nombramiento de Els. Este cogió el cheque y se dio la vuelta, dispuesto a volver a su asiento.

—Gracias a Dios —dijo el Kommandant en voz alta, pero inmediatamente se oyeron gritos de «que hable, que hable, que pronuncie un discurso». Y «Explícanos cómo matarás a ese cabrón». Els se irguió torpemente en el borde del estrado y al fin cedió a pronunciar unas palabras.

—Bueno —dijo, titubeante, una vez acallados los gritos—, supongo que todos ustedes querrán saber cómo voy a gastar el dinero.

Y, tras decir esto, hizo una pausa. El Kommandant cerró los ojos.

—Bueno, en primer lugar, voy a disecar un doberman.

El público aprobó esto con gritos, y el Kommandant abrió los ojos un instante para ver cómo se lo tomaba el comisario general. El comisario no se reía.

—Es un perro, señor —cuchicheó precipitadamente el Kommandant.

—Ya sé que es un perro. Sé lo que es un doberman —dijo el comisario

gélidamente, y antes de que el Kommandant pudiera explicar el verdadero carácter de las intenciones de Els, éste había retomado la palabra.

—Es un doberman negro, grande —dijo Els—. Y lleva ya unas cuantas semanas muerto, así que no será un trabajo fácil.

El público estaba encantado. Gritos y pateos saludaban las palabras de Els.

—¿Tienen sus hombres por costumbre disecar perros? —preguntó el comisario general.

—Él no está utilizando la palabra en su sentido habitual, señor —dijo desesperadamente el Kommandant.

—Me doy perfecta cuenta de ello —dijo el comisario general—. Sé muy bien lo que quiere decir.

—No creo que lo sepa usted, señor —empezó el Kommandant, pero Els estaba hablando de nuevo, y tuvo que callarse.

—Está un poco rígido —dijo Els— y eso hace que resulte más difícil llegar a dentro.

—Dígale que se calle —gritó el comisario general al Kommandant van Heerden, mientras la algarabía de risas histéricas inundaba el patio.

—No entiende usted, señor —gritó el Kommandant—. Él mató al perro y…

—No me sorprende, no. Es una lástima que no se matara él también, al mismo tiempo.

El estruendo llenaba el patio. El Konstabel Els no podía ver nada gracioso en lo que había dicho.

—Pueden reírse —gritó por encima de la algarabía—. Ríanse cuanto quieran. Pero apuesto a que ninguno de ustedes tiene un perro con árbol genealógico. El mío tiene un árbol especial…

El resto de la frase quedó ahogado por las risas.

—No estoy dispuesto a seguir aquí sentado oyendo estas porquerías —gritó el comisario general.

—Aguarde un momento, señor —chilló el Kommandant—. Puedo explicarle lo que significa. Es que va a llevar el perro a un taxidermista.

Pero el comisario general ya se había levantado y había abandonado el estrado.

—¡Qué asco! —le dijo a su ayudante al entrar en el coche—. Ese tipo es un maníaco sexual.

En el patio, Els había dejado el estrado y estaba diciéndole a un secreta

de la primera fila que si seguía riéndose le disecaría a él. El Kommandant van Heerden sufrió allí en el estrado el tercer ataque al corazón.

En la prisión de Piemburgo, Jonathan no compartía la fe de su hermana en la dignidad de Dios. Tras una vida entera consagrado al servicio del Señor y un mes en la cárcel, ya no se sentía capaz de creer que lo que había decidido revelársele en las profundidades de la piscina hubiera tenido un carácter ni siquiera vagamente benéfico. En cuanto a su cordura, dada la perspectiva que el mundo y sus acciones le ofrecían, Jonathan pensaba que su Hacedor tenía que estar completamente loco.

—Desde luego debió necesitar un descanso el séptimo día —le dijo al viejo guardián, que insistía en consolarle—. Y en cuanto a lo de que es bueno, creo que los hechos hablan por sí solos. Fuese quien fuese el responsable de la Creación, es seguro que no pensó en el bien. Yo creo que debió pensar exactamente en lo contrario.

El viejo guardián estaba muy impresionado por estas consideraciones.

—Es usted el primer hombre que ocupa esta celda que no se convierte antes de que le ahorquen.

—Quizá se deba en parte al hecho de que soy inocente —dijo el obispo.

—Oh, sí, claro —dijo el viejo guardián, con un bostezo—. Todos dicen lo mismo —y se alejó, para aconsejar al Konstabel Els que estaba practicando con el patíbulo.

Solo en su celda, el obispo se echó en el suelo y escuchó los ruidos que le llegaban del patíbulo. A juzgar por los sonidos parecía más probable que muriese de alguna espantosa hernia que de rotura de cuello por ahorcamiento.

Al verdugo Els no le resultaba nada fácil su nuevo trabajo. Por un lado, estaba harto del esfuerzo que exigía aquella tarea. Había tenido que vaciar el cobertizo del patíbulo de todos los trastos que habían ido acumulándose allí a lo largo de veinte años. Con ayuda de media docena de presos negros, había sacado de allí varias toneladas de muebles viejos, rodillos de jardín, látigos en desuso y cubos corroídos antes de poder empezar a disponer el patíbulo para su tarea; y una vez vaciado el cobertizo, no estaba seguro de lo que tenía que hacer.

—Tira de la palanca le dijo el viejo guardián cuando Els le preguntó cómo funcionaba aquel chisme, y el nuevo verdugo había vuelto al cobertizo y había tirado de la palanca. Después de caer al suelo desde una altura de seis metros al abrirse la trampilla bajo sus pies, Els empezó a pensar que estaba cogiéndole el tranquillo al aparato. Lo probó con varios presos negros a los que pilló desprevenidos y que desaparecieron satisfactoriamente, en apariencia. Era decepcionante, pensó, que no le permitiesen probar con ellos como era debido.

—No puedes hacerlo —le dijo el viejo guardián—. No es legal. Lo mejor para eso es un saco de arena.

«Maldita sea», se dijo Els, y envió a los presos negros a llenar sacos de arena. Resultaban muy satisfactorios como sustitutos y no se quejaban cuando se les ponía la soga al cuello, cosa que no podía decirse de los presos negros. El problema era que los sacos se rompían por el fondo al ahorcarlos. Els volvió a la cárcel a consultar con el viejo guardián.

—Ya no está aquí —le explicó el obispo.

—¿A dónde se ha ido? —preguntó Els.

—Ha pedido baja por enfermedad —dijo el obispo—. Tenía problemas de vientre.

—Lo mismo les pasa a los sacos —dijo Els, y dejó al obispo, preguntándose qué sería peor, si morir ahorcado o morir destripado.

«No creo que haya mucha diferencia», pensó al fin. «En cualquier caso, nada puedo hacer al respecto.»

El Kommandant van Heerden no compartía el fatalismo del obispo. Su tercer ataque cardíaco le había convencido de que también él estaba condenado a muerte, pero había decidido que podía hacer algo para salvarse. Le había ayudado a llegar a esta conclusión el Konstabel Oosthuizen, cuya experiencia quirúrgica le convertía en fuente inagotable de información médica.

—Lo más importante es conseguir un donante sano —explicó—. Una vez conseguido eso, ya no hay problemas, es coser y cantar, comparado con mi operación.

El Kommandant van Heerden había huido rápidamente para evitar una descripción de la operación en la que figuraba tan memorablemente la mayor parte del tracto digestivo del Konstabel Oosthuizen.

Sentado en su despacho, el Kommandant oyó al Luitenant Verkramp explicar a voz en grito el caso de su tío que había muerto de un ataque cardíaco. El Kommandant se había dado cuenta de que últimamente una proporción extraordinariamente grande de la familia Verkramp había sucumbido a lo que sin duda alguna era un defecto hereditario y la forma de fallecimiento había sido en todos los casos tan atroz que sólo cabía esperar que Verkramp falleciese del mismo modo. La actitud solícita de Verkramp le sacaba de quicio, y también estaba ya harto de sus preguntas de cómo se sentía y cómo estaba de salud.

—Me siento perfectamente, demonios —le dijo un centenar de veces.

—Bueno —dijo tristemente Verkramp—, eso es lo que parece muchas veces. Recuerdo que mi tío Piet se sentía muy bien el día que murió. Se sentía muy bien, pero, de pronto…

—No creo que fuese tan rápido —dijo el Kommandant.

—Oh no. Fue muy lento y muy doloroso.

—Ya suponía que lo había sido —dijo el Kommandant.

—Una cosa horrible —dijo Verkramp—. Resulta que…

—¡No quiero saber más de ese asunto! —gritó el Kommandant.

—Bueno, bueno, yo creí que le gustaría saber… —dijo Verkramp, y se fue a explicarle a Konstabel Oosthuizen que la irritabilidad era un síntoma seguro de trastorno cardíaco incurable.

Entretanto, el Kommandant había intentado distraerse ideando una respuesta adecuadamente cáustica al comisario general de policía, que había escrito ordenándole que procurase que los hombres que estaban a su mando hicieran mucho ejercicio al aire libre y hasta llegaba a insinuar incluso que podría ser aconsejable organizar un burdel para el cuerpo policial de Piemburgo. El Kommandant se daba cuenta de que la confesión del Konstabel Els torturaba aún al comisario general de policía.

—¿Cómo se escribe exactamente taxidermista? —le preguntó al Konstabel Oosthuizen.

—Oh, yo no iría a uno de ésos —contestó él—. Necesita usted un buen cirujano.

—No estaba pensando en ir yo a un taxidermista —gritó el Kommandant—. Sólo quiero saber cómo se escribe la palabra.

—Lo primero que tiene que hacer usted es encontrar un donante adecuado —continuó Oosthuizen y el Kommandant renunció a su intento de terminar la carta—. ¿Por qué no habla usted con Els? Seguro que él

puede proporcionarle alguno.

—Si es de un cafre, ni hablar —dijo el Kommandant con firmeza—. Prefiero morir.

—Eso mismo dijo mi primo el mismo día que falleció —comenzó Verkramp.

—Cállese —gruñó el Kommandant, y entró en su despacho y cerró la puerta. Se sentó a la mesa y empezó a pensar en las posibilidades de Els de proporcionarle un donante. Al cabo de media hora, agarró el teléfono.

A Jonathan Hazelstone le sorprendió mucho que el Kommandant van Heerden solicitase verle.

—Viene a disfrutar, imagino —dijo, cuando el alcaide le llevó la nota del Kommandant. Le sorprendió aún más la redacción de la nota. El Kommandant van Heerden no suplicaba, en realidad, al obispo que le concediera audiencia, sino que su nota hablaba de «una entrevista quizás en la intimidad de la capilla de la prisión, para tratar de un asunto de mutuo interés». Jonathan se estrujaba los sesos pensando en algún asunto de interés común entre él y el Kommandant, y, aparte de su inminente ejecución, en la que el Kommandant van Heerden debía haber tenido considerable interés a juzgar por lo mucho que se había esforzado en lograrla, no veía ninguna otra cosa, no caía en ninguna cuestión que pudiera compartir con el Kommandant. Al principio, sintió deseos de rechazar la petición, pero el viejo guardián se había librado de sus problemas intestinales, después de que Els hubiera dejado de romper sacos.

—Uno nunca sabe. Quizá le traiga buenas noticias —dijo el guardián, y el obispo aceptó la entrevista.

Se entrevistaron en la capilla de la cárcel, una tarde, una semana antes de la fecha prevista para la ejecución. El obispo apareció lleno de cadenas y esposado, y se encontró al Kommandant esperándole sentado en un banco. A propuesta del Kommandant, caminaron ambos por el pasillo y se arrodillaron, hombro con hombro, ante la barandilla del altar, fuera del campo de audición de los guardianes que estaban apostados a la puerta de la capilla. Sobre ellos, en las ventanas, escenas de horror edificante, hechas en vidrieras esmaltadas de finales del siglo diecinueve, filtraban la luz del sol que lograba atravesar los densos colores y las rejas de detrás del cristal, hasta que toda la capilla brilló con una claridad parda como de sangre

coagulada.

Mientras el Kommandant van Heerden rezaba una breve oración, el obispo, que rechazó la invitación del Kommandant a rezar, miraba hacia las vidrieras sobrecogido. Nunca había caído en la cuenta, hasta aquel momento, de cuántas formas había de ejecutar a la gente. Las vidrieras aportaban un amplio catálogo de ejecuciones, que abarcaban desde la simple crucifixión a la quema en la hoguera. Santa Catalina en la rueda merecía sin discusión su fama como alarde pirotécnico, decidió el obispo, mientras que San Sebastián habría sido una marca ideal para alfileteros o acericos. Uno tras otro, los mártires encontraban sus terribles destinos con un grado de realismo que parecía indicar que el artista era un genio y, además, un genio demente. Al obispo le gustaba en especial aquella silla eléctrica de una de las vidrieras. Con una obsesión verdaderamente victoriana por el naturalismo combinado con la solemnidad dramática, el individuo de la silla aparecía envuelto en un aura de chispas de un azul eléctrico. Contemplándolo, el obispo se alegraba de haber aceptado aquella entrevista. Haber visto aquellas vidrieras era saber que su propio fin en la horca, por muy mal que la manejase el incompetente Els, sería placentero, sin lugar a dudas, comparado con los sufrimientos que se representaban allí.

«Supongo que puedo estar agradecido por estas pequeñas mercedes», se dijo, mientras el Kommandant murmuraba su última oración, que, dadas las circunstancias, le parecía al obispo un tanto extraña.

—Por lo que voy a recibir, y por que sepa agradecérselo verdaderamente al señor. Amén —dijo el Kommandant.

—¿Sí? Dígame —dijo el obispo, tras una leve pausa.

—Supongo que le alegrará saber que su hermana se encuentra muy bien en Fort Rapier —cuchicheó el Kommandant.

—Me alegro de saberlo, sí.

—Sí, está muy bien de salud —dijo el Kommandant.

—Mmmm —dijo el obispo.

—Ha engordado un poco —dijo el Kommandant—. Pero eso es natural, es la comida del hospital.

El Kommandant hizo una pausa y el obispo empezó a preguntarse cuándo iría de una vez al grano:

—Hay que procurar no engordar demasiado —dijo el Kommandant—. La obesidad provoca más muertes prematuras que el cáncer.

—Ciertamente, sí —dijo el obispo, que había perdido más de diez kilos desde que estaba en la cárcel.

—Sobre todo en la mediana edad —cuchicheó el Kommandant.

El obispo volvió la cabeza y le miró. Empezaba a sospechar que el Kommandant se estaba permitiendo una broma de bastante mal gusto.

—Usted no ha venido aquí a hablarme de los peligros de la obesidad, supongo —dijo—. En su nota, me decía que quería discutir algo de interés mutuo y, francamente, la obesidad no es uno de mis problemas.

—Sí, ya me lo imagino, claro —dijo con tristeza el Kommandant.

—¿Entonces?

—Yo tengo problemas con la obesidad.

—No veo que eso tenga nada que ver conmigo —dijo el obispo.

—Bueno, puede crear muchas complicaciones. Es una de las causas principales de las enfermedades cardíacas —dijo el Kommandant.

—Cualquiera diría oyéndole que yo corriese peligro de sufrir un infarto, cuando no creo, en realidad, que se me permita ese lujo.

—Bueno, en realidad, no pensaba en usted —dijo el Kommandant.

—Ya me lo imaginaba.

—Pensaba más en mi obesidad —continuó van Heerden.

—Bueno, si ése es el único tema del que ha venido a hablarme, creo que me volveré a la celda. Tengo mejores cosas en que pensar en las horas que me quedan, que en su estado de salud.

—Ya me temía yo que me dijera eso —dijo quejumbrosamente el Kommandant.

—No puedo entender qué otra cosa podría hacer. No ha venido usted aquí, supongo, por simpatía. Por un buen corazón.

—Gracias —dijo el Kommandant.

—¿Qué dice?

—Gracias —dijo el Kommandant.

—¿Gracias por qué?

—Por el corazón.

—¿Por qué?

—Por un corazón.

El obispo le miró incrédulo.

—¿Un corazón? —dijo al fin—. ¿Pero de qué demonios me habla usted?

El Kommandant van Heerden vaciló antes de continuar.

—Es que necesito cambiar de corazón —dijo al fin.

—Ya me he dado cuenta —dijo el obispo— de que un cambio de corazón le haría a usted mucho bien, pero creo, la verdad, que ha ido ya demasiado lejos para que puedan ayudarle mis oraciones. Y, de todos modos, creo que he perdido la fe en el poder de la oración.

—He intentado ya rezar —dijo el Kommandant—, pero no ha servido de nada. Sigo teniendo palpitaciones.

—Quizá si se arrepintiese sinceramente —dijo el obispo.

—De nada vale. Soy un hombre condenado —dijo el Kommandant.

—Metafóricamente, supongo que lo somos todos —dijo el obispo—. Forma parte de la condición humana, en realidad, pero si me permite decirle, yo estoy mucho más condenado que usted, y gracias a usted, precisamente, me ahorcarán el próximo viernes.

Hubo un largo silencio en la capilla, mientras los dos hombres consideraban su futuro. Lo rompió el Kommandant.

—Supongo que no querrá usted hacer nada por mí —dijo al fin—. Un legado final.

—¿Un legado final?

—Una cosita que en realidad a usted no le servirá de nada.

—Tiene usted el descaro de venir aquí a pedirme que le incluya en mi testamento —dijo irritado el obispo.

—No se trata de su testamento —dijo desesperado el Kommandant.

—¿No? ¿Entonces, de qué?

—De otra cosa. De algo que está en su pecho.

—¿Qué es?

—Su corazón.

—No hace más que hablar de mi corazón —dijo el obispo—. Quiero que deje usted de hacerlo. Ya es bastante terrible saber que va a morirse uno, sin necesidad de que alguien esté hablándole y hablándole del corazón. Cualquiera pensaría que quiere usted quedarse con él.

—Quiero, sí —dijo sencillamente el Kommandant.

—¿Qué? —gritó el obispo, poniéndose de pie con un tintineo de cadenas—. ¿Qué quiere usted qué?

—Sólo su corazón —dijo el Kommandant—. Lo necesito para un trasplante.

—Estoy volviéndome loco —gritó el obispo—. Tengo que estar volviéndome loco. No es posible. ¿Quiere usted decir que ha venido aquí y

se ha tomado tantas molestias sólo para poder conseguir mi corazón para un trasplante?

—No ha sido ninguna molestia —dijo el Kommandant—. No tenía nada que hacer esta tarde.

—No estoy hablando de esta tarde —gritó el obispo—. Hablo de los asesinatos y el juicio, y del haberme condenado a muerte por delitos que sabía usted que yo no podía haber cometido. ¿Hizo usted todo eso sólo para poder arrebatarme el corazón del pecho y meterlo en el suyo? Es increíble. Es usted un vampiro. Es usted…

El obispo no encontraba palabras que pudieran expresar el horror que sentía.

También el Kommandant van Heerden estaba horrorizado. Nunca jamás, en toda su vida, le habían acusado de cosas tan terribles.

—¡Dios santo! —respondió a gritos—. ¿Por quién me toma?

Se dio cuenta de que había sido un error preguntarlo. Era evidente y obvio por lo que le tomaba el obispo. Durante un instante terrible, pareció que el preso esposado y encadenado fuera a lanzarse sobre él. Luego, bruscamente, la furia del obispo se evaporó y el Kommandant vio que miraba hacia arriba fijamente, hacia una de las vidrieras. Siguiendo la mirada del obispo, el Kommandant contempló el retrato particularmente lúgubre de un mártir en proceso de ser colgado, destripado y descuartizado. Para el Kommandant van Heerden, el cambio de conducta del preso sólo podía explicarse por una intervención milagrosa. De algún modo extraño, la vidriera había infundido en su alma una sensación de paz y sosiego.

Y esto, en cierto modo, era verdad, pues Jonathan Hazelstone había comprendido de pronto que el segundo verso de «Los precursores» necesitaba una corrección. Lo que ellos querían no era su cerebro, era su corazón.

Sed buenos, pues, dejadme la mejor estancia,
Dejadme mi corazón entero, y lo que en él hay.

Volviéndose al Kommandant, el obispo era una imagen de auténtica generosidad cristiana.

—Sí —dijo quedamente—. Si quiere mi corazón, por supuesto, puede disponer de él.

Y, sin decir más, se apartó de la barandilla del altar y bajó por el pasillo

hacia la puerta. Y, mientras caminaba, iba componiendo de nuevo los versos.

Malos sois, sí, por robarme mi estancia mejor
Y mi corazón entero, incluso…

El obispo se sonreía, feliz. Era muy razonable, sí, pensaba, y aún seguía sonriendo beatíficamente cuando le alcanzó el Kommandant van Heerden y, lleno de emoción, asió su mano encadenada y la estrechó con fuerza.

—Es usted un auténtico caballero —jadeó—. Un auténtico caballero inglés.

—*Noblesse oblige* —murmuró el obispo, que tenía una afección cardíaca crónica por haber padecido de niño fiebres reumáticas.

18

El obispo estaba aún de buen humor cuando le visitó el verdugo Els para pesarle.

—Puede sonreír usted, sí —dijo Els, mientras le sacaba de la celda y le colocaba en la máquina—. No tiene usted problema. No tendrá que hacer nada. Yo haré todo el trabajo.

—Los dos tenemos nuestro pequeño papel que jugar —dijo el obispo.

—¿Jugar? —dijo Els—. Yo no llamo jugar a lo que estoy haciendo. Estoy reventado.

—Siempre que no logre usted conmigo el mismo resultado —dijo el obispo, inquieto—. Por cierto, ¿cómo le va con esos sacos?

—He estado practicando con ellos hasta caerme de cansancio —dijo Els—. Y no hay manera de que salga bien. El problema es el peso y la altura de caída —intentó leer la escala—. No soy capaz de descifrar esas cosas —dijo, por fin—. ¿Cuánto cree usted que pesa?

El obispo acudió en su ayuda.

—Ciento sesenta kilos —dijo.

Els consultó un librito negro titulado *Manual del verdugo,* que le había prestado el viejo guardián.

—Pesa usted demasiado —dijo al fin—. Esto sólo llega a los ciento veinte kilos. ¿Está usted seguro que es ése el peso que indica la máquina?

El obispo comprobó.

—Ciento sesenta kilos exactamente.

—En fin, no sé lo que voy a hacer. Parece que no necesita usted caída siquiera.

—Un pensamiento agradable —dijo Jonathan, añadiendo esperanzado —: Quizá los gordos no cometan asesinatos.

—Bueno, si los cometen, al parecer no les ahorca nadie —dijo Els—.

Quizá los fusilen.

Él, en líneas generales, prefería el fusilamiento. Era más rápido y le exigía mucho menos esfuerzo.

—No, no —dijo apresuradamente el obispo—. Se les ahorca, sin duda.

Se quedó pensando un momento.

—¿Qué caída es la que indica para un hombre que pesa ochenta kilos? —preguntó.

Els consultó el manual.

—Uno ochenta —dijo al fin.

—Entonces bastarían noventa centímetros —dijo el obispo.

—¿Por qué? —a Els no le gustó nada que indicara una caída tan corta. Le parecía una tentativa demasiado evidente de eludir la muerte.

—El doble de peso y la mitad de altura de caída —explicó el obispo.

Els no era tan tonto como para caer en aquella trampa.

—Doble del peso y doble de altura de caída querrá decir usted.

El obispo intentó explicar.

—Cuanto más pesa un individuo, de menos altura necesita caer para romperse el cuello. El que pesa poco necesita una caída mucho mayor para alcanzar el impulso necesario.

Els intentó comprenderle. Le resultaba muy difícil.

—¿Qué es eso del impulso necesario? —preguntó—. Nadie me ha dicho que tuviera que utilizar eso.

—El impulso es el producto de la masa de un cuerpo en movimiento por su velocidad. Eso es lo básico.

—Yo creí que lo básico era la muerte —dijo Els.

—Sí, pero no hay muerte si no se da este proceso. No es posible.

—¿De veras? —dijo Els—. En fin, se puede añadir un tiro de propina, no se preocupe.

El obispo lo intentó de nuevo.

—Cuando se ahorca a un hombre, ¿cómo muere? —preguntó.

Els lo pensó.

—Ahorcado —dijo al fin.

—¿Y ahorcarle significa hacer qué?

—Tirarlo por un agujero con una soga al cuello.

—¿Y qué pasa entonces?

—Que se muere.

—Sí —dijo pacientemente el obispo—. Pero, ¿qué es lo que hace la

cuerda?

—Le sostiene.

—No, no, le rompe el cuello.

Pero Els sabía más.

—Ah no, ni hablar —dijo—. He estado practicando con sacos y lo que se rompe no es el cuello. Se les rompe el trasero. Y lo ponen todo perdido.

El obispo se estremeció.

—Me lo imagino —dijo—. Pero no queremos que me suceda a mí eso, ¿verdad? Por eso nos esforzamos por saber cuál es la altura necesaria de caída.

—Oh, a usted no le pasaría eso —le aseguró Els—. El viejo guardián dice que con usted pasará al contrario. Dice que en su caso, la cabeza…

El obispo no quería saber lo que había dicho el viejo guardián. Ya estaba harto de su mórbida curiosidad anatómica.

—Mire, si tiene usted de veras tantas ganas de conseguir un puesto permanente como verdugo, esta ejecución tendrá que ser un éxito. Nadie le dará trabajo si no consigue usted realizar con éxito su primer ahorcamiento.

Els miró patéticamente al obispo.

—Ya lo sé —dijo—, pero, ¿qué puedo hacer yo si su peso no viene en el manual?

—Podría usted aligerarlo un poco —sugirió el obispo mirando cadenas y grilletes.

—Hecho —dijo encantado Els—. Le pondré a usted inmediatamente a dieta absoluta.

—No me refería a eso —dijo el obispo, que no podía concebir dieta más absoluta que la que ya le administraban—. Yo pensaba que podía quitarme estas cadenas y pesarme sin ellas. Creo que me encontraría usted mucho más ligero.

—Dudo que le encontrase a usted siquiera —dijo Els.

—Bueno, si no me quita estas cadenas, no sé cómo voy a poder ayudarle —dijo cansinamente el obispo.

—Si yo se las quitase, estoy absolutamente seguro de que tampoco me ayudaría usted —dijo Els.

—En tal caso, no sé qué proponer. Con las cadenas puestas no podrá usted saber cuánto peso, en realidad. Y si no me las quita usted…

El obispo hizo una pausa, al recordar otra escena del ventanal de la capilla.

—Supongo que no pretenderá ahorcarme con las cadenas puestas —dijo.

—No —dijo Els—. Hay unas correas especiales y una bolsa de tela para taparle la cabeza.

—Dios santo, qué modo de morir —murmuró el obispo.

—He limpiado las correas con betún y las he dejado brillantes. Quedan elegantísimas —continuó Els.

El obispo no le escuchaba. Se le había ocurrido de pronto un medio de resolver el problema del peso.

—Ya sé lo que podemos hacer —dijo—. Traiga usted otras cadenas como éstas y las pesaremos.

—No sé de qué nos serviría eso —dijo Els—. Acabo de decirle que no vamos a usar cadenas el día de la ejecución. ¿Para qué se cree usted que he estado yo limpiando las correas?

El obispo empezaba a pensar que jamás lograría hacerle entender nada a Els.

—En cuanto sepamos lo que pesan las cadenas solas, podemos restar ese peso de los ciento sesenta kilos y sabremos lo que peso yo solo.

Els consideró la propuesta unos instantes, pero al final movió la cabeza y dijo:

—No serviría de nada.

—¿Por qué demonios no iba a servir?

—Porque no aprendí a restar en la escuela —confesó al fin Els.

—Eso no importa —dijo el obispo—. Yo aprendí muy bien y haré yo la resta.

—¿Y cómo sé que no me engañará?

—Mi querido Verdugo —dijo el obispo—. Puedo darle dos buenas razones por las que estoy tan deseoso como usted de que la ejecución salga bien. Posiblemente, tres. Una, que si hace usted la caída demasiado corta, moriré estrangulado y no me apetece, francamente. Dos, que si la hace demasiado larga, lo más probable es que acabe decapitado.

—No lo haré —dijo Els—. Se le soltaría la cabeza.

—Claro —dijo rápidamente el obispo—. No hay nada como llamarle espada a una pala condenada, ¿verdad?

—¿Cuál es la tercera razón? —preguntó Els, al que le daba igual cómo se llamase a las palas condenadas.

—Ah sí, tres. Me había olvidado de la tercera. Bueno, pues la tercera es

que usted es, sin lugar a dudas, un verdugo nato y aunque tenga que aprender todavía mucho sobre la horca, me satisface ver a un hombre utilizar los dones que se le han otorgado. Sí, sé lo de la bolsa de tela —continuó el obispo, mientras Els intentaba interrumpir con la noticia de que no vería nada en el patíbulo—. Pero hablo metafóricamente y, hablando metafóricamente, tengo la esperanza de que llegará usted a hacer grandes cosas, casi me atrevería a decir que llegará usted a la cúspide de su profesión.

—¿De veras lo cree, cree que seré un buen verdugo? —preguntó Els ávidamente.

—Estoy seguro de ello —dijo el obispo—. Estoy seguro de que se hará usted famoso entre los verdugos del mundo entero.

Y, tras proporcionarle la seguridad que Els necesitaba tan desesperadamente, el obispo volvió a su celda, mientras Els iba a por otro juego de cadenas y grilletes. Al final, descubrieron que Jonathan Hazelstone pesaba setenta y dos kilos y necesitaba una caída de dos metros diez centímetros.

Si al obispo le resultaba difícil persuadir a Els de que le matase correctamente, al Kommandant van Heerden le estaba resultando casi tan difícil convencer a los cirujanos del hospital de Piemburgo de que iniciasen la operación que él necesitaba para salvar la vida. Los cirujanos parecían insistir en plantear objeciones absolutamente intrascendentes, y al Kommandant le resultaba particularmente irritante su insistencia en que no tenía ningún trastorno cardíaco. Una vez eliminada esta dificultad mediante el procedimiento de amenazar con acusarles de intento de asesinato si no confirmaban su diagnóstico, perdieron otra hora discutiendo los problemas éticos planteados por el hecho de trasplantar el corazón de un asesino en el cuerpo de un hombre que, como indicaban ellos, era manifiestamente no homicida. El Kommandant les tranquilizó en seguida en tal sentido, y sólo cuando plantearon los problemas técnicos del análisis de tejidos y del rechazo e intentaron explicar lo improbable que era que los tejidos del condenado correspondiesen a los de un afrikaaner de pura raza como el Kommandant van Heerden, perdió éste el control.

—¿Quieren decirme con esto que no soy un ser humano? —gritó el Kommandant al doctor Erasmus, que dirigía el equipo de trasplante—.

¿Quiere usted decir que soy un jodido babuino?

—Yo no digo nada de eso —protestó el doctor Erasmus—. Usted al parecer no entiende. Los seres humanos tenemos tipos distintos de tejidos, y el suyo puede que no sea del mismo tipo que el del donante.

—Usted lo que quiere decir es que yo tengo sangre negra —gritó el Kommandant—. Lo que dice es que no puedo ponerme el corazón de un inglés porque soy cafre en parte. ¿Eso es lo que quiere decir, verdad?

—No quiero decir nada de eso. No hay ningún motivo por el que no pudiera usted tener el corazón de un cafre —dijo el doctor Erasmus desesperado.

La violencia del Kommandant van Heerden le resultaba absolutamente enervante.

—Eso es. Usted lo ha dicho. Usted dice que yo podría tener el corazón de un cafre —gritó el Kommandant.

—No quería decir que tuviera usted que tener un corazón de cafre. No hay ningún motivo por el que no se le pueda poner el corazón de un negro en el cuerpo de un blanco, como no hay ninguna razón por la que los órganos de un blanco no puedan trasplantarse a un negro.

El Kommandant van Heerden no había oído jamás en su vida una violación tan flagrante de los principios básicos del *Apartheid.*

—Hay todas las razones —gritó— para no trasplantarle a un negro órganos de un blanco. No se permite a ningún blanco introducir ninguna porción de su cuerpo en un negro. Va contra la ley jodida.

El doctor Erasmus no había oído nunca hablar de la Ley Jodida, pero supuso que era un término coloquial que utilizaba la policía para referirse a la Ley de Inmoralidad.

—Me interpreta usted mal —dijo—. Yo no me refería a órganos sexuales.

—Ya está usted de nuevo —gritó el Kommandant—. Le acusaré de fomentar la homosexualidad interracial si no se calla de una vez.

El doctor Erasmus se calló.

—Cálmese usted, Kommandant —dijo suavemente—. Por amor de Dios, cálmese. Le va a dar un ataque si sigue así.

—El ataque lo sufrirá usted, cabrón —gritó el Kommandant, que no admitía que le diese órdenes ningún médico asqueroso como aquél que se había atrevido a decirle que tenía sangre negra—. Conozco muy bien a los de su tipo. Es usted enemigo de Sudáfrica, ¿me ha oído? Es usted un

condenado comunista. Le detendré aplicándole la Ley Antiterrorista y verá muy pronto cómo le gustan los trasplantes de órganos.

—Piense usted en su salud, Kommandant, y cálmese y deje de gritar —suplicó el médico.

—¿Mi salud? ¿Habla usted de mi salud? De su salud deberá preocuparse usted si no hace lo que le digo —gritó el Kommandant—, hasta que comprendió qué era lo que quería decirle exactamente el doctor Erasmus. Con un gran esfuerzo de voluntad, logró calmarse. Ya no tenía la menor duda de que necesitaba un trasplante de corazón. El doctor Erasmus lo había admitido claramente.

Con voz queda y con la autoridad que aún poseía, dado que aún seguía vigente el Estado de Excepción y disponía de Poderes Especiales, el Kommandant van Heerden dio órdenes al equipo quirúrgico. Debían tomar todas las medidas precisas para efectuar la operación de trasplante y no debían, además, informar de nada ni a la prensa ni al público ni a sus familias. Debía realizarse toda la operación en el más absoluto secreto. Fue la única noticia agradable para los médicos de todo el comunicado del Kommandant.

El único consuelo que tuvieron, aparte de éste fue la certeza casi absoluta de que el organismo del Kommandant van Heerden rechazaría el trasplante. Como le había dicho el doctor Erasmus, probablemente estuviese cometiendo un suicidio. Pero el Kommandant no era tan tonto. Llevaba años comiendo en la cantina de la policía y si su estómago era capaz de aguantar la comida que servían allí, era inconcebible que su cuerpo rechazase un corazón perfectamente sano.

Al salir del hospital, aún le dolía aquella afrenta a sus orígenes y al buen nombre de la familia, pero estaba contento de cómo había manejado la situación. De pronto, decidió que había llegado el momento de hacer una visita a Fort Rapier. Su interés por la suerte de la señorita Hazelstone no había disminuido por los acontecimientos del último mes y su respeto había aumentado, en realidad, ante la notable flexibilidad que había mostrado la señorita Hazelstone frente a las desdichas que se habían abatido sobre su familia. Los informes que le llegaban de Fort Rapier indicaban que la señorita Hazelstone había mantenido su dignidad y su sentido de la distinción social en una situación que habría producido una sensación de

abatimiento e incluso de inferioridad en una mujer más débil. La señorita Hazelstone no había sucumbido a ninguna de las tentaciones de la locura. Ni vagaba perdida por algún páramo interior ni imaginaba ser otra persona que la que era.

—Soy la señorita Hazelstone de Jacaranda Park —insistía frente a las tentativas de convertirla en una paciente modelo con problemas asequibles a la psicoterapia, y en vez de adaptarse a la indolencia que caracterizaba la vida de los demás pacientes, había hallado muchas cosas en que ocupar su tiempo. La historia de Fort Rapier y el papel que habían jugado sus antepasados en la creación de la guarnición era un tema que la fascinaba particularmente.

—Mi abuelo era *C-in-C* de Zululandia cuando se construyó este fuerte —le dijo al doctor Herzog cuando le encontró un día cruzando la zona de instrucción, y luego asombró al director por sus conocimientos de historia militar.

—En este mismo terreno de instrucción, en mil ochocientos setenta y seis, desfilaron ante mi abuelo antes de partir para la guerra zulú los Grays, el regimiento de Gales y el Doceavo de Húsares —le explicó al asombrado doctor Herzog, y siguió luego dando detalles de los diversos uniformes y del carácter de los oficiales.

—Qué memoria tan notable tiene usted —dijo el médico— no sé cómo puede recordar esas cosas.

—Es una parte de la historia de mi familia —dijo la señorita Hazelstone, y luego se había puesto a explicar los errores cometidos en la campaña, y, en particular, en la Batalla de Isandhlwana. Al doctor Herzog le impresionó tanto el interés de la señorita Hazelstone en aquel tema, y, en especial, lo mucho que sabía sobre la guerra de los boers y el papel que había jugado en ella el abuelo del propio doctor Herzog, que la invitó a tomar el té a su casa y la charla se prolongó hasta la cena.

—Qué cosa tan extraordinaria —le explicó a su esposa cuando la señorita Hazelstone volvió a su pabellón—. No tenía ni idea de que se debiese a mi abuelo nuestra victoria en Magersfontein.

Al día siguiente envió un memorándum a todo el personal dándoles instrucciones de que se prestase a la señorita Hazelstone la ayuda y el estímulo necesarios para que prosiguiese sus estudios sobre la historia militar del país y el papel que había jugado en ella Fort Rapier.

—Tenemos el deber de animar a nuestros pacientes a practicar sus

aficiones, sobre todo cuando muy bien pueden significar un beneficio para el hospital —le explicó a la doctora von Blimenstein, que se quejaba de que la señorita Hazelstone había dejado de asistir a sus clases de terapia.

—La señorita Hazelstone espera publicar la historia de Fort Rapier, lo cual redundará, sin duda, en beneficio nuestro. No aparecen todos los días chiflados que publiquen libros de historia militar.

La doctora von Blimenstein tenía sus reservas a este respecto, pero se las guardaba para sí, y la señorita Hazelstone había continuado sus investigaciones con un entusiasmo creciente. Había descubierto documentos diversos en un baúl del sótano de lo que era ahora la cantina del personal, pero que había sido en otros tiempos el comedor de oficiales. Estos documentos la habían llevado a desenterrar reliquias aún más interesantes, consistentes en uniformes desechados de los almacenes de Intendencia.

—Deberíamos hacer una representación —le dijo al director—. Tenemos los uniformes, y aunque haya que remendar algunos, porque los han roídos un poco las cucarachas, no hay duda de que son auténticos y les dará a los pacientes algo en que ocuparse. Es tan importante para la moral crear un objetivo común y una esperanza en algo…

Al doctor Herzog le había impresionado mucho la idea.

—Una representación de la historia de Fort Rapier —dijo—. Qué idea tan espléndida.

Y acarició mentalmente la idea de una fiesta abierta al exterior, en la que el público y la prensa pudieran ver la obra maravillosa que estaban haciendo en beneficio de la salud mental de Zululandia.

—Yo he pensado que podríamos empezar con un desfile —continuó la señorita Hazelstone—. Seguido de varios cuadros escénicos conmemorativos de hazañas particularmente memorables de la historia de Sudáfrica.

El doctor Herzog vacilaba.

—No quiero batallas simuladas —dijo, inquieto.

—Oh no, nada de eso —le tranquilizó la señorita Hazelstone—. Yo pensaba más bien en representaciones puramente estáticas de los acontecimientos.

—Es que no podemos poner demasiado nerviosos a los pacientes.

—Claro, claro —dijo la señorita Hazelstone, que hacía mucho que había dejado de considerarse una paciente—. Le comprendo perfectamente.

Tendremos que procurar que se haga todo con una disciplina auténticamente militar. Yo pensaba incluir como una de las piezas clave la defensa heroica que hizo su bisabuelo de su hacienda durante la sexta guerra contra los cafres.

El doctor Herzog se sintió halagado.

—¿De veras? —dijo—. No tenía ni idea de que mi familia hubiera jugado un papel tan importante en la historia militar del país.

—Los Herzog fueron prácticamente la contrapartida afrikaaner de los Hazelstone —le dijo la señorita Hazelstone, y con la seguridad de que la representación aumentaría la fama de la familia Herzog, además de la del hospital, el director dio permiso para que se celebrara la representación.

En las semanas siguientes, la señorita Hazelstone se consagró a los preparativos con un entusiasmo que contagió a los demás internos. Tomó el mando de la organización con toda la autoridad natural de la nieta de sir Theophilus, demostrando toda la atención a los detalles que le permitía su riqueza personal. Se pidieron balas de tela roja a Durban, a cargo de la señorita Hazelstone, y las pacientes de la sala de costura estuvieron ocupadas fabricando nuevos uniformes.

—Desde luego, esto alegra el lugar —le dijo el doctor Herzog a la doctora von Blimenstein, mientras observaban a la señorita Hazelstone, que estaba enseñando instrucción a un escuadrón de maniaco-depresivos.

—Pues yo estoy inquieta, no puedo evitarlo —dijo la doctora von Blimenstein—. ¿Es necesario incluir la batalla de Blood River en el programa? Estoy segura de que tendrá efectos negativos en los pacientes negros.

—Nuestra principal responsabilidad es con los blancos —dijo el doctor Herzog—, y les ayudará sin duda ver representados aquí los grandes acontecimientos del pasado. Tengo la esperanza de que, participando en ello, nuestros pacientes lleguen a ver que aún hay sitio para los enfermos mentales en la Sudáfrica moderna. Me gusta enfocar esta representación como una especie de terapia teatral a gran escala.

—Pero bueno, doctor, ¿no cree usted que la locura es simplemente una cuestión de moral? —dijo la doctora von Blimenstein.

—Sí que lo creo, y si no lo es, debería serlo. Además, —continuó el doctor—, la representación les ayudará a sublimar parte de su agresividad.

El escuadrón de la señorita Hazelstone pasaba en aquel momento ante la tribuna que habían levantado los carpinteros entre los dos cañones.

—Vista a la derecha —gritó la señorita Hazelstone, y doscientos pares de ojos se clavaron demencialmente en el doctor Herzog. El director saludó.

—Vista al frente —y el escuadrón siguió su marcha.

—Muy impresionante —dijo el doctor Herzog—. Qué lástima que no se nos ocurriera esto antes.

—Sólo espero que no tengamos que lamentarlo —dijo, pesimista, la doctora von Blimenstein.

Cuando ya se acercaba el día de la representación, la señorita Hazelstone tuvo que enfrentarse con varios problemas. Uno de ellos era la cuestión de las azagallas de los guerreros zulúes. El doctor Herzog se mostró inflexible.

—No estoy dispuesto a permitir que cientos de pacientes negros anden por ahí sueltos blandiendo lanzas. Sabe Dios lo que podría pasar.

Al final, se resolvió el problema comprando mil lanzas de goma que se habían usado en una película uno o dos años atrás.

Otro problema fue el de la música y los efectos sonoros que habrían de acompañar a la representación.

—Yo había pensado en la *Obertura, 1812* —explicó la señorita Hazelstone al director de la banda del hospital.

—No podemos llegar a niveles tan altos —objetó el director de la banda—. Y no tenemos cañón, además.

—Podríamos utilizar los cañones de campo antiguos que tenemos —dijo la señorita Hazelstone.

—No podemos andar soltando cañonazos en el interior del recinto del hospital. Afectaría mucho a los casos de angustia y ansiedad.

Se acordó al final que la banda se limitase a marchas sencillas como *Colonel Bogey* y melodías como *Godby Dolly Grey* y que se pusiera por los altavoces para acompañar las escenas de combate una grabación de la *Obertura 1812*.

Se celebró un ensayo general el día antes de la representación y asistieron el director del hospital, el doctor Herzog, y todo el personal a su cargo.

—Sencillamente espléndido —dijo después el doctor Herzog—. Tiene uno la sensación de estar presente de verdad, es tan real.

Fue pura casualidad el que el Kommandant van Heerden eligiese la tarde de la representación para hacer su visita al hospital. No había sido

invitado, a diferencia del alcalde de Piemburgo y otros notables, por considerar que quizá no le gustase a la señorita Hazelstone.

—No queremos hacer nada que contraríe a la señorita, y la presencia de la policía le recordaría la ejecución de su hermano —dijo el director del hospital.

El Kommandant van Heerden notó, al entrar el coche en el recinto de Fort Rapier, que parecía haber invadido el hospital una atmósfera nueva de fiesta.

—Espero que no sea demasiado libre —le dijo al conductor que había sustituido al Konstabel Els, cuando el coche pasó bajo un cartel que anunciaba Día Libre. Subieron hasta la zona de instrucción, que estaba salpicada de banderas y el Kommandant van Heerden se bajó del vehículo.

—Me alegro de que haya venido, Kommandant —dijo el doctor Herzog, conduciéndole hasta la tribuna donde estaban ya sentados el alcalde y su grupo. El Kommandant se sentó mirando nervioso alrededor.

—¿Pero qué pasa? —le preguntó a uno de los concejales.

—Es una especie de montaje publicitario para fomentar el interés del público por la salud mental —explicó el concejal.

—Pues es un lugar un poco raro para hacerlo —dijo el Kommandant—. Yo pensaba que aquí estaban todos chiflados. Dios Santo, fíjese en aquello cafres.

Un destacamento de zulúes esquizofrénicos cruzaba la zona de instrucción, para ocupar su lugar en la representación.

—¿Quién demonios les dio esas lanzas?

—Oh, sólo son de goma, no hay problema —dijo el concejal.

El Kommandant se hundió horrorizado en su asiento.

—No me diga que todo este asunto lo ha organizado la señorita Hazelstone.

—Acierta usted por primera vez —dijo el concejal—. Puso ella misma el dinero. Y sabe Dios lo que costaron todas estas cosas.

El Kommandant van Heerden no escuchaba. Se levantó de su asiento y miró desesperadamente a su alrededor, buscando una vía de escape, pero la multitud que rodeaba el estrado era demasiado densa para pasar, y delante se había iniciado ya el desfile. Volvió a hundirse en su asiento, desesperado.

Mientras tocaba la banda, los regimientos formaban y marchaban hacia el estrado. Con sus casacas rojas y sorprendentemente bien adiestrados para

su salud mental, pasaban ante el director del hospital y a su cabeza iba la imagen familiar de la señorita Hazelstone. El Kommandant pensó por un instante que estaba de nuevo en el salón de la mansión de Jacaranda, y que contemplaba una vez más el retrato de Sir Theophilus. El uniforme de la señorita Hazelstone era una réplica del que llevaba el Virrey en el cuadro. La señorita Hazelstone tenía la cara parcialmente oscurecida por un casco emplumado de médula, pero llevaba al pecho las estrellas y medallas de las campañas desastrosas de su abuelo. Detrás del primer regimiento, que era el de los guardias galeses, venían los otros, los regimientos de los condados de Inglaterra, que, muy propiamente, llevaban peor el paso que los guardias (había sido difícil encontrar un número suficiente de enfermos compulsivos lo bastante elegantes) pero que avanzaban con resolución, de todos modos. Tras ellos, iban los regimientos escoceses, reclutados entre las pacientes, ataviadas con las típicas faldillas y dirigidas por una depresiva crónica que tocaba la gaita. Por último, cerrando la marcha, iba un pequeño destacamento de hombres rana con trajes de goma y aletas que hacían muy difícil y trabajoso mantener el paso.

—Un delicioso toque de modernidad, ¿no le parece? —murmuró el doctor Herzog al alcalde, cuando veinte rostros enloquecidos giraron sus máscaras hacia la tribuna.

—Espero que esos cafres no se acerquen demasiado —dijo angustiado el alcalde.

No había necesidad de preocuparse. A los locos negros no se les concedía el privilegio de desfilar ante la tribuna. La señorita Hazelstone estaba situándolos para la primera representación.

En el intermedio, el Kommandant van Heerden dejó su asiento y habló con el director del hospital.

—Creo haberle dicho que debía tener vigilada a la señorita Hazelstone —dijo furioso.

—Bueno, es que ha hecho unos progresos notables en el tiempo que lleva aquí —contestó el doctor Herzog—. Nos agrada que nuestros pacientes se tomen interés por sus aficiones.

—Quizás a ustedes les agrade —dijo el Kommandant—, pero a mí no. La señorita Hazelstone suele incluir el asesinato entre sus aficiones, y usted va y le permite que organice un desfile militar. Está usted mal de la cabeza.

—Es muy aconsejable permitir a los pacientes representar sus tendencias agresivas y darles salida —dijo el director.

—Ella ya les ha dado salida. Suficientemente —dijo el Kommandant—. Mi consejo es que interrumpa esto de inmediato, antes de que sea demasiado tarde.

Pero se había iniciado ya la primera representación. En el centro del terreno de instrucción había un grupo de carros de bueyes de cartón y a su alrededor se agrupaban los esquizofrénicos zulúes blandiendo sus lanzas. Tras varios minutos, los zulúes se tendieron en el suelo asfaltado en actitudes que, supuestamente, representaban la agonía de la muerte.

—Blood River —dijo el director.

—Muy realista —dijo el alcalde.

—Una locura —dijo el Kommandant van Heerden.

Una salva cortés de aplausos saludó el final de la batalla. Durante la hora siguiente, se desplegó ante los espectadores la historia de Sudáfrica en una serie de batallas estremecedoras y horripilantes, en que los blancos masacraban invariablemente a los negros.

—Tienen que cansarse de tanto tirarse al suelo y levantarse y tirarse otra vez —dijo el alcalde, cuando los zulúes habían pasado ya por la agonía y la muerte por enésima vez—. Debe mantenerles físicamente en forma, imagino.

—Mientras no ganen los muy cabrones, estoy contento —dijo el Kommandant.

—Creo que tienen un momento de triunfo al final —dijo el doctor Herzog—. En la Batalla de Isandhlwana. Los ingleses se quedaron sin municiones y los masacraron.

—¿Va a decirme —dijo el Kommandant— que ha permitido usted que los negros derroten a los blancos? Eso es un disparate. Más aún, es ilegal. Está usted fomentando el odio racial.

Pero el doctor Herzog se quedó un tanto desconcertado ante estas palabras del Kommandant.

—Vaya, yo no lo había enfocado de ese modo —dijo.

—Bueno, pues debía haberlo hecho. Está usted quebrantando la ley. Tiene que parar esto. No estoy dispuesto a estar sentado aquí viendo una cosa tan ofensiva —dijo con firmeza el Kommandant.

—Ni yo —dijo el alcalde.

Algunos concejales asintieron, indicando su coincidencia de criterio.

—Es que no voy a poder —dijo el doctor Herzog—. Ya está a punto de empezar.

La señorita Hazelstone había organizado en el centro de la zona de instrucción el campamento inglés y estaba supervisando el emplazamiento de los dos viejos cañones de campo. El ejército zulú se agrupaba a unos cientos de metros de distancia, disponiéndose para su momento de triunfo.

—Insisto en que pare el combate —dijo el Kommandant.

—Y yo también —dijo el alcalde, que seguía sintiéndose intranquilo con aquellas lanzas de goma.

El doctor Herzog vaciló.

—Oh, querido, ojalá me hubiera dicho usted antes que esto era ilegal. Ahora ya no sé lo que podré hacer —dijo angustiado.

—Bueno, si no interrumpe usted esto, lo haré yo mismo —dijo el Kommandant.

—Eso es, sí —dijo el alcalde, secundado por los concejales.

Antes de que pudiera pensar en las posibles consecuencias de su intervención, el Kommandant van Heerden se encontró con que le ayudaban a bajar de la tribuna y avanzaba por el terreno de instrucción. Avanzaba despacio, hacia los dos ejércitos, y, al hacerlo, iba tomando conciencia poco a poco de su situación. En medio de las dos fuerzas opuestas de locos, empezó a lamentar su precipitada decisión de intervenir. A un lado, quinientos zulúes esquizofrénicos pateaban el suelo y esgrimían feroces sus lanzas, mientras que al otro un número idéntico de locos blancos aguardaban la derrota con una resolución que resultaba aún más sobrecogedora por lo prevista.

El Kommandant van Heerden se detuvo y alzó una mano. Se hizo el silencio en ambos ejércitos.

—Les habla el Kommandant van Heerden —gritó—. Les ordeno que se dispersen y vuelvan a sus pabellones. Esto es una reunión ilegal y va contra la Ley de Asambleas Tumultuosas.

No dijo más; aguardó a que los ejércitos se retirasen. Pero no se veían indicios de que los combatientes fueran a hacerle caso. Cuando se apagó el eco de sus palabras, ambos bandos se miraban demencialmente y recorrían sus filas los murmullos. La señorita Hazelstone terminó de colocar los cañones y avanzó. Un guerrero enorme siguió su ejemplo, en el bando zulú.

—¿Qué significa todo este disparate? —gritó la señorita Hazelstone.

—Ya me ha oído —dijo el Kommandant—. Este combate constituye una alteración del orden. Insisto en que se dispersen.

El Kommandant van Heerden, allí en aquel espacio entre los dos

ejércitos, veía que iba resultando cada vez más difícil su papel de mantenedor de la paz.

—No tiene usted ningún derecho a venir aquí a interrumpir nuestra representación —insistió la señorita Hazelstone—. No estamos alterando el orden.

—Ganamos nosotros —dijo el jefe zulú—. La batalla de Isandhlwana la ganamos nosotros, y ahora volveremos a ganarla.

—Tendréis que pasar por encima de mi cadáver —dijo el Kommandant, y lamentó estas palabras nada más decirlas.

Los murmullos que recorrían las filas de ambos bandos indicaban con demasiada claridad que se extendía el espíritu bélico.

En la tribuna, los espectadores ya estaban nerviosos con los locos.

—¿Son de goma también las hachas? —preguntó el alcalde, al ver a varios zulúes esgrimiendo hachas en vez de lanzas.

—Espero que sí —dijo el director del hospital.

—Parece que los ingleses están cargando sus cañones —dijo el alcalde.

—Imposible —dijo el director—. No tienen nada con que cargarlos.

—Pues están metiendo algo por el cañón —dijo el alcalde—. Y parece que esos zulúes están poniendo algo en la punta de las lanzas. Parecen agujas de hacer punto. O eso o radios de bicicleta.

La alarma del alcalde no era nada comparada con el pánico que empezaba a sentir el Kommandant van Heerden. La señorita Hazelstone y el jefe zulú estaban enzarzados en una feroz discusión sobre quién había ganado la batalla de Isandhlwana.

—Mi abuelo estuvo allí —dijo la señorita Hazelstone.

—Y el mío también —dijo el zulú.

—El mío no estaba —dijo el Kommandant—. Y, de todos modos, me importa un carajo quién ganara la batalla. Aquí no va a ganarla nadie. Les exijo que retiren sus fuerzas.

—Ganaremos nosotros —dijo el zulú—. Llevamos toda la tarde perdiendo y tenemos derecho a ganar.

—Tonterías —dijo la señorita Hazelstone—. Mi abuelo alcanzó la victoria y no hay más que decir.

—Mi abuelo le dijo a mi padre y mi padre me dijo a mí que el abuelo de usted huyó —dijo el zulú.

—¿Cómo te atreves? —gritó la señorita Hazelstone—. ¿Cómo te atreves a insultar a una Hazelstone?

También el Kommandant van Heerden estaba horrorizado. Sabía, por experiencia, cuál sería el resultado probable de un enfrentamiento entre la señorita Hazelstone y un zulú. Mientras la señorita Hazelstone se debatía con la espada que llevaba al cinto y el jefe zulú se refugiaba tras su enorme escudo, el Kommandant van Heerden hizo un último esfuerzo por restaurar la armonía.

—Les ordeno que abandonen este terreno de instrucción —gritó, sacando el revólver de la funda, pero ya era demasiado tarde. La señorita Hazelstone dio un mandoble en el brazo al Kommandant. El revólver disparó inofensivo al cielo y, con gran estruendo, los dos ejércitos de locos avanzaron para enfrentarse.

Mientras la espada de la señorita Hazelstone lanzaba mandobles y el zulú los paraba con su escudo, el Kommandant van Heerden se volvió para huir. Tras echar una ojeada a los esquizofrénicos zulúes se convenció de que si en alguna parte había seguridad era en el ejército británico y corrió hacia las líneas de casacas rojas que avanzaban. Pero pronto lamentaría la decisión. Un regimiento de paranoicas de faldilla escocesa avanzaba a la carrera, dirigido por la gaitera maniaco depresiva que iba tocando *The Road to the Isles, y* alcanzó al Kommandant, que tuvo tiempo justo para volverse y correr con ellas hasta ser arrollado y derribado. Se quedó allí en el suelo inmóvil y le pisaron varias veces antes de pasar todo el regimiento. Luego, alzó la cabeza y contempló la escena que se desarrollaba a su alrededor.

Se hizo patente en seguida que los zulúes no estaban dispuestos a renunciar a su victoria. Desconcertados por un momento, por la carga de las paranoicas, habían recuperado su brío y habían contraatacado con buenos resultados. Utilizando las lanzas de goma cortas, las azagallas, con agujas de tejer en la punta, se abrían paso a lanzazos con bastante éxito. En el flanco izquierdo, los guardias galeses se defendían a la desesperada, pero de nada valían sus fusiles de madera frente a las azagallas. Cuando la Patrulla Negra empezó a retroceder, el Kommandant van Heerden %se puso de pie y echó a correr delante de ellos. Por todas partes resonaba el grito de guerra de las hordas zulúes, junto con los chillidos de las mujeres heridas y los extraños sonidos que brotaban de las gaitas. Luego, al estruendo se añadió por los altavoces la *Obertura 1812.* Y en medio del combate podía verse subir y bajar flotando el casco de médula emplumado de la señorita Hazelstone. El Kommandant van Heerden logró llegar al

campamento inglés y se desplomó dentro de una de las tiendas.

A los espectadores de la tribuna, aquella representación de la historia les parecía al principio muy convincente. El valeroso ataque de los británicos y su retirada posterior tenían un aire de autenticidad que no habían tenido las representaciones previas.

—Un realismo sorprendente —dijo el alcalde, que acababa de ver cómo atravesaban de un lanzazo a un guardia galés.

—Bueno, yo creo que la música ayuda mucho —dijo el director.

El alcalde tuvo que aceptar que así era.

—Parece que la gente grita mucho —dijo.

—Estoy seguro de que estas cosas ayudan a los pacientes —continuó el doctor Herzog—. Les separa el pensamiento de sus problemas.

—Supongo que sí —dijo el alcalde—. Y también otras cosas. Ahí hay un tipo que parece haber perdido una pierna.

Frente a ellos, comenzaban a verse escenas de una realidad terrible. Resultaba cada vez más difícil diferenciar fantasía de realidad. La historia y la tragedia presente se mezclaban inextricables. En algunos lugares, empezaba a remedarse la muerte con una serie de contorsiones violentas cuyo realismo sobrepasaba con mucho los calvarios agónicos de los que no habían ensayado su muerte. Al ritmo de la música de Tchaikovsky, los guerreros zulúes violaban y ultrajaban a pacientes de la Patrulla Negra, mientras un destacamento de hombres rana que jamás se había acercado por Isandhlwana se lanzaba al combate con todo el vigor que les permitían las aletas.

Al cobijo de la tienda de campaña en que se había refugiado, el Kommandant vio a los artilleros enfilar el cañón de campo contra, la multitud de combatientes y vio horrorizado a la señorita Hazelstone, sin el casco de médula emplumado y cubierta toda de sangre supervisando la operación.

—Más clorato y menos azúcar —oyó que le decía a un tipo que estaba llenando de pólvora lo que parecía la funda de una almohada. El Kommandant no esperó más. Conocía demasiado bien la notable habilidad de la señorita Hazelstone con armas de grueso calibre para arriesgarse a permanecer en la línea de fuego. Librándose de la lona y rechazando las propuestas apasionadas de un soldado de la Patrulla Negra que se había

refugiado junto a él, el Kommandant buscó refugio en la tribuna de las autoridades. Cuando había recorrido unos veinte metros, oyó a la señorita Hazelstone dar la orden de abrir fuego, y un momento después una pantalla de llamas envolvió el campo británico. Una explosión enorme arrojó al Kommandant al suelo y el impulso le arrastró por el pavimento. El Kommandant cerró los ojos y rezó. Sobre su cabeza, se mezclaban fragmentos del cañón de campo mezclados con combatientes interrumpidos en sus luchas. La señorita Hazelstone no sólo había disparado el cañón, lo había hecho estallar. El Kommandant van Heerden se detuvo bajo la tribuna, alzó la cabeza y miró a su alrededor, contemplando el caos imperante. Los actores de la representación habían adoptado una inmovilidad nueva y absolutamente convincente y era evidente ya que la batalla de Isandhlwana no la había ganado nadie.

El terreno de instrucción estaba cubierto de cadáveres negros y blancos y los supervivientes que pudiera haber parecían haber perdido todo interés por la historia. Con todos los indicios de un instinto de auto conservación absolutamente cuerdo y sano, se arrastraban hacia la enfermería.

Sólo el personal de la institución parecía haber enloquecido. El Kommandant oyó arriba en el estrado de la tribuna al doctor Herzog que aún intentaba tranquilizar al difunto alcalde, explicándole que las lanzas eran de goma. Al Kommandant van Heerden esta insistencia le parecía absolutamente innecesaria. Lo que había herido al alcalde parecía hecho de algo mucho más mortífero.

El Kommandant esperó a que se llevasen al doctor Herzog para salir de su escondite debajo de la tribuna. Salió y miró a su alrededor. No sólo se había retratado la historia, pensó, sino que se había hecho historia. No sólo el pasado, sino el presente y el futuro de Sudáfrica podían verse en la devastación que se ofrecía a sus ojos. Caminando entre cadáveres, el Kommandant se abrió paso hacia un gran cráter que había en medio del terreno de instrucción. Junto a él, estaban los restos de un casco emplumado de médula y la estrella que había llevado la señorita Hazelstone.

—Un último recuerdo —murmuró, y recogió ambas cosas. Luego, aún conmocionado y aturdido, dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia su coche.

19

A Jonathan Hazelstone le negaron la mañana de su ejecución el privilegio habitual de elegir un buen desayuno, alegando que antes de todas las operaciones importantes, los pacientes tenían que contentarse con un ligero refrigerio. En vez de los huevos con jamón que había pedido, le permitieron tomar una taza de café y recibir la visita de un capellán anglicano. A Jonathan le resultaba difícil decidir qué era más desagradable. Pero, en realidad, le parecía que era preferible el café.

Sus lazos con la Iglesia se habían cortado durante el juicio y el obispo había llegado a la conclusión de que la negativa de las autoridades eclesiásticas a intervenir en su favor se debía a la envidia que sabía que le tenían muchos de sus colegas por la rapidez con que había ascendido al obispado. No tenía ni idea de qué partes de su confesión, especialmente elegidas por el Konstabel Els, habían sido enviadas al arzobispo.

—Yo sabía que el tipo era progresista —murmuró el arzobispo al leer aquel documento extraordinario—. Pero la verdad es que esta vez ha ido demasiado lejos.

Y recordó cómo Jonathan había admitido que había utilizado todos los métodos posibles para atraer a la gente a la Iglesia. «High Church en ritual, Low Church en el enfoque, ése es mi sistema», había dicho Jonathan, *y* el arzobispo comprendía ahora lo que había querido decir. Combinar sodomía con genuflexión era ser High Church y Low Church y no era sorprendente qué sus congregaciones hubieran crecido tan de prisa.

«Creo que cuanto menos se hable de este asunto, mejor», había decidido el arzobispo, y la Iglesia le había abandonado por completo.

El capellán que fue a visitarle en sus últimas horas no era sudafricano.

No habían podido convencer a ningún párroco respetable para que atendiera a las necesidades espirituales de un hombre que había deshonrado a la institución, y hasta el obispo de Piemburgo había rechazado la invitación.

—Hay momentos en que un hombre necesita estar solo —explicó por teléfono al alcaide de la prisión—. Y éste es sin duda uno de ellos —y había vuelto a la tarea que estaba realizando, que era redactar un sermón sobre la hermandad del hombre.

Al final, fue a un capellán de Cambridge, que estaba visitando Piemburgo durante sus largas vacaciones, al que engatusaron y llevaron a la prisión de Piemburgo para atender a las necesidades espirituales del preso.

—Tengo entendido que hay unas chumberas sumamente interesantes en el huerto de la cárcel —le explicó el vicario de Piemburgo al capellán, al que le interesaban mucho más las necesidades físicas de las plantas de terreno pedregoso que las espirituales de sus semejantes, y el capellán había querido aprovechar la oportunidad que le brindaba la ejecución para ver aquellas magníficas chumberas.

Una vez en la celda, el capellán no sabía muy bien qué decir.

—¿No estuvo usted por casualidad en la marina? —preguntó por fin.

Jonathan negó con un gesto.

—Es que me parecía —continuó el capellán—. Había un guardiamarina en el *Clodius* en el cuarenta y tres, creo que fue, o quizá fuera en el cuarenta y cuatro. Se llamaba Hazelnut.

—Yo me llamo Hazelstone —dijo el obispo.

—Así se llamaba. Qué olvidadizo soy. En mi profesión, conoce uno tanta gente.

—Me lo imagino —dijo el obispo.

El capellán hizo una pausa y contempló cadenas y grilletes.

—¿Lleva usted eso siempre? —preguntó—. Debe ser incomodísimo.

—Sólo cuando me van a ahorcar —dijo el obispo.

El capellán creyó detectar cierta aspereza en el comentario y recordó la razón de su visita.

—¿Le gustaría decirme algo? —preguntó.

El obispo pensó que le gustaría decirle muchísimas cosas pero no le parecía que tuviera mucho sentido hacerlo.

—No —dijo—, ya me he confesado.

El capellán suspiró aliviado. Aquellos trances eran tan embarazosos, pensó.

—Yo, en realidad, nunca he asistido a una ejecución —murmuró al fin.

—Tampoco yo —dijo el obispo.

—Cosas desagradables —continuó el capellán—, desagradables pero necesarias. Y, de todos modos, dicen que la horca es rápida e indolora. Estoy seguro de que se quedará usted muy aliviado cuando termine todo.

El obispo, cuya esperanza en la vida eterna se había esfumado junto con su fe, no estaba seguro de que «aliviado» fuera la palabra correcta. Intentó cambiar de tema.

—¿Viene usted a menudo aquí? —preguntó.

—¿A la cárcel?

—A Sudáfrica, aunque es más o menos lo mismo.

El capellán ignoró el comentario. Era un firme defensor del punto de vista sudafricano en su facultad, y no hacía caso a los liberales.

—Procuro desplazarme a climas veraniegos por lo menos una vez al año —dijo—. Los pregraduados son tan irreligiosos en estos tiempos… Y, además, lo que a mí me interesa de veras es la horticultura y la jardinería. Y Sudáfrica está llena de huertos y jardines maravillosos.

—Entonces quizá sea capaz usted de apreciar este poema —dijo el obispo, y empezó a recitar «Los heraldos»:

Lenguaje encantador y delicioso, caña de azúcar,
Miel de rosas, ¿a dónde marchito vuelas?

Aún seguía recitando cuando llegaron el alcaide y el verdugo Els. Mientras le quitaban las cadenas y le colocaban el arnés para sujetarle los brazos, el obispo prosiguió:

La auténtica belleza mora en lo alto: la nuestra es una llama,
Pero de allí tomada para allá iluminarnos.
La belleza y las bellas palabras deberían ir unidas.

—Estas hebillas cabronas —decía Els, que tenía dificultades con las correas.

La solemne procesión salió a la luz del sol, a la claridad del patio de la

cárcel. Jonathan, tambaleante, entre Els y el viejo guardián, miró por última vez a su alrededor. Frente a la pintura negra de la Casa de la Muerte había una ambulancia blanca incongruente. Para desconcierto de todos, el condenado se echó a reír.

—Lúgubre palidez mancha la puerta —gritó.

Los heraldos vienen. Ved, ved su señal
Blanco es su color y miran mi cabeza.

Los dos hombres de la ambulancia miraban horrorizados a aquel hombre que daba gritos y cuyo cadáver tenían que recoger y trasladar al hospital para la operación de trasplante.

¿Pero han de llevarse mi corazón? ¿Deben apagar
Esos encendidos sentimientos que allí se engendraron?

El grupito subió las escaleras del patíbulo precipitadamente. El viejo guardián ayudó a Els a colocar al obispo sobre la trampilla y bajó luego la escalera apresurado y cruzó el patio y se metió en su despacho. No es que fuese melindroso, pero no quería estar cerca de la horca cuando él accionase la palanca, y, además, tenía una buena excusa para justificar su ausencia. Tenía que telefonear al hospital en el momento en que la ambulancia saliera de la cárcel.

El obispo seguía recitando allí sobre la trampilla. El alcaide le preguntó al capellán qué era un heraldo. El capellán le dijo que creía que debía ser un miembro del género Hydrangea, aunque le parecía recordar haber servido a las órdenes de un capitán Heraldo durante la guerra. Els intentaba colocarle la bolsa de tela en la cabeza al obispo. Le resultaba un poco difícil porque el obispo era muy alto y evidentemente la bolsa había sido hecha para una cabeza mucho más pequeña. Els no podía obligar al obispo a doblar las piernas, porque las correas le impedían todo movimiento. Al final, el alcaide tuvo que aupar a Els para que pudiera colocar bien la capucha. Y tuvo que repetir la suerte cuando llegó el momento de poner el lazo corredizo alrededor del cuello del condenado y entonces Els apretó tanto el nudo que el obispo se vio obligado a interrumpir su recitado.

—Ha de transformarme la torpeza en un ne… —y ahí se detuvo.

—Pero por Dios, Els, aflójelo un poco —gritó el alcaide al interrumpirse el poema—. Tiene usted que ahorcarle, no que estrangularle.

—Creo que crecen mucho mejor en terreno arenoso —dijo el capellán.

—¿Le parece que queda suficientemente flojo así? —preguntó Els después de aflojar el lazo hasta el punto de que colgaba inerte sobre los hombros del obispo. Estaba harto de que la gente le dijese cómo tenía que hacer su trabajo. Si el alcaide sabía tanto de horcas y ahorcamientos, por qué no hacía él mismo el trabajo.

—¿Qué dice? —preguntó el alcaide al capellán.

—Las hydrangeas.

—Necio —dijo el obispo reanudando el recitado.

Els se acercó a la palanca.

—Aún me han dejado —continuó la voz apagada del obispo a través de la bolsa de tela.

Els accionó la palanca y el encapuchado desapareció por la trampilla y su voz, confusa ya, quedó silenciada por el golpe aterrador que siguió. Mientras la tapa de la trampilla caía de golpe y el patíbulo se balanceaba inquietantemente por el impacto, el capellán, al que los indicios de mortalidad que acababa de presenciar le recordaron el objetivo de su visita, rezó una oración por el muerto.

—Recemos por el alma de los que han partido aunque no sepamos hacia dónde —dijo, y bajó la cabeza.

El alcaide y Els cerraron los ojos y escucharon con la cabeza baja, mientras él rezaba. El capellán murmuró durante varios minutos, hasta que concluyó al fin:

—Y que tu siervo pueda partir en paz, amén.

—Amén —dijeron a la vez el alcaide y Els.

Los hombres que estaban en el patíbulo alzaron la cabeza y Els dio un paso al frente para atisbar por la trampilla. La soga había dejado de balancearse y colgaba más bien flácidamente, pensó Els, considerando el peso de su carga. Cuando se le acostumbró la vista a la oscuridad de abajo, Els empezó a darse cuenta de que faltaba algo. El lazo corredizo de la soga colgaba vacío y suelto. La oración del capellán había tenido éxito. El siervo de Dios había partido sin lugar a dudas, y, evidentemente, en una pieza, además, Dios sabía hacia dónde. La parte inferior del patíbulo estaba absolutamente vacía.

El obispo, mientras caía hacia la eternidad, pensaba que eran muy

correctas las últimas palabras que había dicho y se alegraba de no haber llegado al verso siguiente que decía: «Vos aún sois mi Señor», porque ya no creía. Se preparó para el terrible golpe en el cuello, pero el dolor llegó de otra extremidad completamente distinta. «Los callos», pensó, al dar en el suelo con un golpe tremendo. Rodó luego de costado, atravesó la puerta y salió al patio iluminado por el sol. La bolsa de tela se había rasgado y tenía dolores intensos en las piernas, pero era evidente que no tenía el cuello roto, aunque pudiera tener rotas otras partes del cuerpo. Permaneció inmóvil, esperando a que Els bajara a recogerlo para un segundo intento y no se sorprendió en absoluto cuando sintió que unas manos le agarraban por los pies y los hombros.

Instantes después se encontraba en una camilla y le metían en una ambulancia. Se cerraron las puertas, la ambulancia arrancó, se detuvo un momento mientras abrían las puertas de la prisión, y luego se lanzó a la calle, con la sirena aullando.

Atrás, la Casa de la Muerte había comenzado a cumplir las predicciones del viejo guardián. Bajo el impacto de la estampida que se produjo en el patíbulo cuando el aturdido verdugo que atisbaba por la trampilla resbaló y se agarró a las piernas del alcaide para no caer, las paredes del patíbulo se inclinaron lentamente hacia dentro y, con estruendo de paredes que se desmoronaban, alcaides, verdugos y capellanes desaparecieron de la vista en una densa nube de polvo negro. El viejo guardián, sentado en su despacho, dio gracias al cielo por su buena suerte.

—Yo ya dije que no era segura —murmuró, y cogió el teléfono para llamar al hospital.

Mientras la ambulancia recorría veloz las calles de Piemburgo, Jonathan Hazelstone sentía que en el enfermero iba soltándole las correas que le sujetaban brazos y piernas. Notó que se deslizaba una mano bajo su camisa y le palpaba el pecho.

—Está perfectamente. Aún late —oyó que le decía el enfermero al chofer. Jonathan contuvo el aliento hasta que la mano se retiró. Entonces, se relajó lentamente. A su alrededor se filtraban los ruidos de la ciudad a través de la bolsa de lona y mientras estaba tendido allí, Jonathan

Hazelstone comprendió por vez primera que, ante lo que le esperaba, morir ahorcado podría resultar infinitamente preferible.

«No puedo permitir que me roben el corazón», se dijo, mientras la ambulancia cruzaba las puertas del hospital de Piemburgo y se paraba a la entrada del depósito de cadáveres.

Dentro del hospital la noticia de la ejecución había llegado acompañada de la petición del viejo guardián de que enviaran a la cárcel varias ambulancias más para llevarse a las víctimas del desastroso derrumbamiento de la Casa de la Muerte. La atmósfera tensa del hospital se convirtió en un estado de pánico absoluto. Al Kommandant, preparado ya para la operación, le administraron un anestésico general y le llevaron inconsciente al teatro de operaciones. Mientras los cirujanos se preparaban para el trasplante, los conductores de ambulancias corrían a sus vehículos y se hacían preparativos para recibir el esperado aflujo de víctimas de la cárcel. Enfermeras aturdidas ya por haber tenido que tratar con todos los lunáticos heridos en la matanza de Fort Rapier, se preparaban para afrontar el nuevo desastre. Cuando llegó la ambulancia con Jonathan Hazelstone al depósito, la recibió un desconcierto general.

—Vuelvan a la cárcel —gritó un enfermero desde una ventana cuando los dos camilleros llevaban al donante al depósito—. Ha habido una gran catástrofe.

Los dos hombres regresaron rápidamente a su ambulancia y se pusieron en marcha. Solo en el depósito de cadáveres y tras unos instantes de inmovilidad, el obispo saltó de la camilla y se quitó la bolsa de tela de la cabeza y miró a su alrededor. Bajo las sábanas que cubrían formas inmóviles, descubrió lo que buscaba, y cuando los dos enfermeros llegaron a llevarse al donante para el trasplante, el cadáver que yacía bajo la sábana blanca, con la cabeza cubierta con una bolsa de tela gris, contenía un corazón que estaba demasiado frío e inmóvil para poder servir de mucho al Kommandant van Heerden.

Mientras se iniciaba la operación, lo que quedaba del difunto obispo de Barotselandia caminaba cuesta arriba con una leve cojera, hacia la mansión de Jacaranda y, mientras caminaba, cantaba lo siguiente:

Aunque os vayáis, yo no me voy; seguid vuestro camino:
Pues Tú aún eres mi Dios, es todo lo que vos
Quizá con más ornato podéis decir.
Marchad, aves de primavera: dejad sitio al invierno.
Dejad que una palidez lúgubre manche la puerta.
Para que todo lo que hay tras ella sea más vivo que antes.

Jonathan Hazelstone había empezado a pensar que quizá hubiera, en realidad, motivos para recuperar la fe.

El estado de pánico que reinaba en el hospital de Piemburgo cuando llegó la ambulancia que llevaba al obispo no fue nada comparado con el caos y la histeria que se desencadenaron en el escenario de operaciones cuando llegó el cadáver del donante. El Dr. Erasmus le había practicado ya una incisión en el pecho al Kommandant van Heerden cuando se descubrió que, quienquiera que fuese el responsable de la ejecución, había hecho un trabajo bastante criticable. El cadáver tenía heridas múltiples, y terribles además. Lo único que no parecía tener roto era el cuello. No sólo tenía fracturas múltiples, sino que, además, llevaba muerto cuarenta y ocho horas lo menos. Y cuando se descubrió luego, que era el cadáver de una mujer de ochenta y nueve años, los cirujanos comprendieron que lo que les había parecido estúpido desde el principio, por no decir criminal, había degenerado ya hasta el punto de la más completa locura.

El doctor Erasmus estaba frenético.

—¿Quién dijo que esto latía? —gritó, abofeteando el órgano marchito que colgaba fuera del pecho de la vieja. (En realidad la había atropellado un camión de veinticinco toneladas cuando cruzaba una carretera)—. Esto hace días que no late, y ya latía poco cuando latía. Algún guiño de cuando en cuando. No le pondría este corazón ni a un perro hambriento, no digamos ya a un loco.

Y tras decir esto, se sentó y se echó a llorar.

Al cabo de media hora, durante la cual se registró una y otra vez el depósito de cadáveres y varios posibles donantes de los pabellones del hospital vieron adelantadas sus muertes por los equipos de cirujanos desesperados que cayeron sobre ellos enmascarados y voraces para examinarles y tomarles el pulso esperanzados, el doctor Erasmus recuperó

el control de sí mismo y, tras administrarse un poquito de éter, se dirigió al equipo de trasplantes.

—Señoras y señores —dijo—, lo que hemos presenciado esta tarde es de un carácter tan lamentable y horroroso que cuanto antes lo olvidemos mejor. Como ustedes saben, yo nunca quise realizar este trasplante. Nos obligaron a aceptarlo, nos obligó ese maldito loco que está ahí —y señaló el cuerpo inerte del Kommandant van Heerden—. Actuamos bajo una enorme presión y, gracias a Dios, con absoluto secreto. Y ahora, debido al retraso de las autoridades de la cárcel en la entrega de la donante y, dadas las heridas que presenta, está claro a qué se debió tal dilación, no podemos, en modo alguno, realizar la operación prevista. Me propongo, por tanto, volver a coser el pecho del paciente y dejarle su corazón, que funciona perfectamente.

Hubo murmullos de protesta de los otros miembros del equipo de trasplantes.

—Sí, ya sé lo que piensan ustedes y lo que sienten; y si se nos provoca más, yo también aceptaría amputarle el corazón y dejarle pudrirse. Pero he decidido no hacerlo. Gracias al secreto que rodea todo este asunto tan irregular, tengo un plan mejor. Creo que es preferible que el Kommandant no sepa nunca la buena suerte que ha tenido y que le ha impedido recibir esto —y el doctor Erasmus abofeteó de nuevo el corazón de la anciana—. Fingiremos que se ha realizado con todo éxito el trasplante y tengo confianza absoluta en que su estupidez es tan inmensa que nunca se le pasará por la cabeza poner en tela de juicio nuestra afirmación de que tiene un corazón nuevo.

Entre felicitaciones y unos cuantos vítores, el eminente cirujano se acercó al Kommandant van Heerden y le cosió.

Al cabo de una hora, el Kommandant despertó en su habitación. Se sentía desazonado e incómodo y le dolía la herida del pecho al moverse pero, por lo demás, no percibía ningún efecto negativo de la operación. Hizo una tímida inspiración y oyó su nuevo corazón. Funcionaba perfectamente.

20

Cuando la gran nube de polvo negro se alzó en el centro del patio de la prisión y cayó con un golpe final el último fragmento de albañilería podrida, un silencio sobrecogedor invadió a los presos negros que estaban encogidos en sus celdas. El Konstabel Els, pisando el escroto del alcaide como último tributo al hombre que había destrozado su carrera como verdugo, subió laboriosamente hasta la cúspide del montón de escombros y miró hacia la oscuridad. La perspectiva no podía considerarse tranquilizadora en modo alguno pero, a su manera, el ex verdugo Els era un hombre orgulloso. En el centro mismo de una bola de polvo negro en lenta expansión, sabía que había utilizado una vez más sus grandes dotes de aniquilación sabia y provechosamente. Bajo él yacían los cuerpos del alcaide, el capellán y, Els tenía aún la esperanza, del hombre al que había intentado ahorcar. Él, el verdugo Els, los había superado a todos y nadie olvidaría jamás el día en que Els había ahorcado a un hombre en la cárcel de Piemburgo. Se había labrado algo más que una reputación, se había hecho un nombre, se había hecho famoso para siempre. Y mientras bajaba tambaleante del montón de escombros y salía aturdido de la nube negra, no se lamentaba ni se dolía de nada.

Desnudo, magullado y negro como el carbón, Els avanzó al encuentro del mundo. Caminaba con paso lento e inseguro y recorrió el gran patio, y mientras lo hacía empezaron a brotar hombres de las celdas donde habían estado aguardando silenciosos y atemorizados, mientras se realizaba el primer ahorcamiento que tenía lugar en la cárcel de Piemburgo desde hacía veinte años. Por todas las puertas que daban al patio salían los presos a contemplar el desastre.

Al principio, se quedaban parados mirando, silenciosos, maravillados, pero luego se alzó un gran griterío, seguido de aclamaciones de alegría y

luego uno de los presos empezó a cantar y muy pronto todo el gran patio de la cárcel era una masa de hombres que bailaban y cantaban y taconeaban y batían palmas en una danza extasiada y triunfal.

Un millar de presos negros, zulúes todos sin excepción, bailaban como jamás habían bailado alrededor del montón de escombros de lo que había sido la temida Casa de la Muerte. Hilera tras hilera, taconeaban y saltaban y se meneaban y, mientras tierra y cielo reverberaban por su danza, cantaban y cantaban también.

Y su canción era un gran réquiem de alegría por la muerte de Els, Els Matacafres, Els el Verdugo, el azote de los zulúes. Y en medio de ellos, taconeando y bailando y cantando a voz en grito, desnudo y negro como el que más, estaba el propio Els.

Alguien echó una cerilla en el montón de escombros y madera podrida y pronto los restos del patíbulo quedaron envueltos en llamas. Mientras se iba posando poco a poco el polvo, surgía una nube de humo negro que ascendía hacia un cielo azul. La nube negra, que subía casi en vertical por el aire inmóvil, proclamaba que había ocurrido algo extraordinario y significativo.

Los presos avanzaban alzando las rodillas para taconear y patear mejor en el suelo y retrocedían para iniciar luego otro avance triunfal, acompañando a las llamas y al crepitar del fuego con su canción interminable.

Ha muerto por fin Els, Els el Matacafres,
Se ha ido a su sitio, se ha ido al infierno
Violaba a nuestras mujeres, mataba a nuestros hombres.
No volveremos a ver a ese cerdo.

Los zulúes de fuera de la cárcel oyeron desde la calle la canción y adoptaron el estribillo; y la canción fue bajando de casa en casa, de calle en calle, como un incendio, y los criados salían a la calle a mirar el humo de la pira funeraria de la cárcel de Piemburgo. Al cabo de una hora, todo Piemburgo reverberaba con el canto de los zulúes. El Kommandant van Heerden, que estaba en su cama del hospital de Piemburgo, captó soñoliento el estribillo y sonrió. Parecía un buen presagio. Comenzó a tararearlo alegremente. Le alegraba el corazón.

Cuando cayó la noche, los presos seguían bailando y cantando. En el edificio de oficinas, los guardianes, encogidos de terror, atisbaban medrosos por las rejas, contemplando las siluetas de los negros perfiladas contra las llamas. El viejo guardián maldecía a Els pero sabía muy bien que no debía intentar siquiera interrumpir la celebración. No estaba dispuesto a que le hiciese pedazos la chusma por intentar intervenir, y cuando llamó por teléfono a la comisaría de policía para pedir refuerzos, el Luitenant Verkramp le dijo que también la comisaría estaba cercada y que tendría que rezar y esperar a que el entusiasmo se apaciguara solo. Verkramp no exageraba. Las calles de Piemburgo estaban llenas de multitudes que bailaban y cantaban. El tráfico se paralizó y los automovilistas blancos iban a casa andando o se pasaron la noche en sus despachos para no arriesgarse a conducir entre aquellas masas exaltadas. No es que hubiese signos de cólera entre las masas, sólo una gran sensación de gozo y de libertad.

Cuando el avión que iba hacia Londres voló bajo sobre Piemburgo aquella noche, un eclesiástico alto y alegre llamó la atención de su compañera hacia el fuego y las multitudes que se veían por las calles.

—Vaya, parece que ahí está todo mucho más animado —comentó enigmáticamente.

Su acompañante dejó el catálogo de artículos de goma que había estado leyendo.

—Estoy segura de que resultarás un capellán universitario excelente —dijo, y suspiró—. Pero dudo que yo encuentre en Londres un cocinero zulú.

Al cabo de un mes, el Kommandant van Heerden se recuperó lo suficiente para salir del hospital. No había indicios de rechazo del nuevo corazón y los médicos estaban encantados con la evolución del caso. Había habido algún problemilla por el asunto de las inyecciones, y habían hecho falta seis enfermeros que hubieron de emplear todas sus fuerzas para sujetar al Kommandant, pero, por lo demás, éste había sido un paciente modélico. A los quince días, le habían permitido levantarse de la cama y fue entonces cuando se enteró de todo el asunto, de la tragedia de la cárcel de Piemburgo.

—Fue un milagro que los de la ambulancia consiguieran llevarse el

cadáver a tiempo —le dijo al doctor Erasmus—. Un minuto más y yo no estaría hoy aquí.

El doctor Erasmus tuvo que darle la razón.

—Un auténtico milagro, sí —dijo.

—¿Está usted seguro de que no habrá un rechazo del nuevo corazón? —preguntó el Kommandant, y le tranquilizó ver que el médico tenía tanta confianza en que todo iría bien.

—Puedo decirle honradamente —dijo el doctor Erasmus— que, a todos los efectos, el corazón que late en su pecho en este momento es como el corazón mismo con que usted nació —y, con esta seguridad de que no habría rechazo, el Kommandant sonrió muy satisfecho.

Cuando salió al fin del hospital, se tomó un mes de vacaciones y lo pasó en la playa de Umhloti, adquiriendo un saludable bronceado y leyendo libros sobre la familia Hazelstone. Durante un tiempo, acarició la idea de cambiar su apellido por van Heerden-Hazelstone. «Después de todo, soy prácticamente de la familia», pensaba, pero renunció al final a la idea, porque no le pareció de buen gusto. En vez de eso, pasó a adoptar un aire arrogante que irritaba al Luitenant Verkramp y que ignoraban los demás. Los médicos le habían dicho que el nuevo corazón necesitaba mucho ejercicio y el Kommandant procuraba salir del despacho y caminar todo lo posible por la ciudad.

Su paseo favorito le llevaba, cuesta arriba, hasta Jacaranda Park, donde continuaba, por el camino de coches, hasta la casa. Aún seguía vacía y se hablaba de convertirla en museo, o incluso de convertir la finca toda en parque nacional. Entretanto, al Kommandant van Heerden le gustaba llegarse hasta allí y sentarse en la *stoep y* recordar los sucesos de aquella semana que había cambiado tan decisivamente su vida.

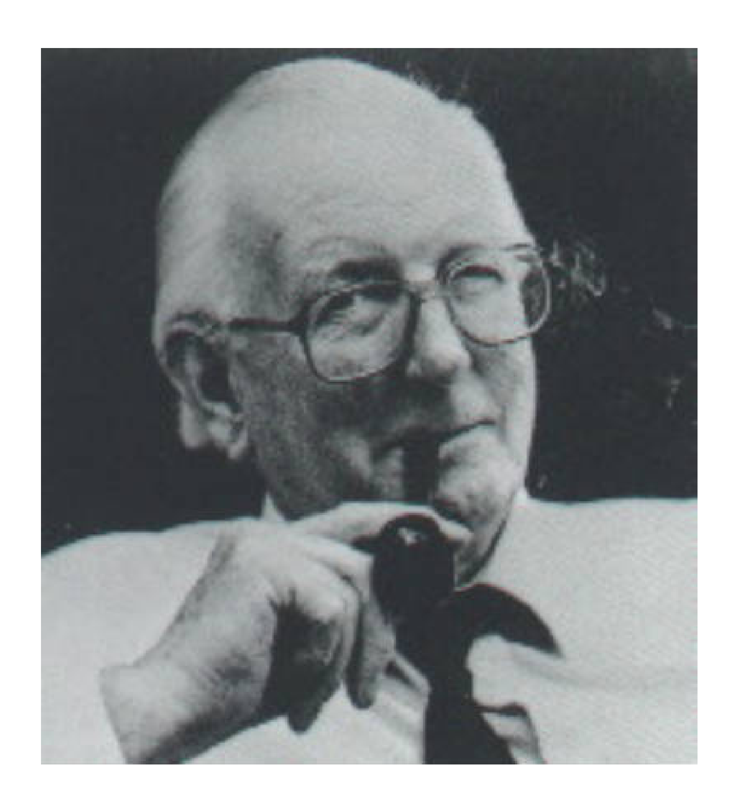
Pensaba a menudo en el Konstabel Els y ahora que Els estaba muerto, le daba mucha lástima. Había un aspecto bueno en el carácter del Konstabel Els, creía, y tenía que admitir que Els le había salvado la vida más de una vez.

«Si no hubiera sido por Els y aquel maldito rifle, yo no estaría aquí hoy», se decía, hasta que recordaba que había sido la locura de Els la causa de sus problemas cardíacos en primer término. Aun así, podía permitirse ya ser magnánimo. Els había muerto tal como había vivido, matando gente. «Fue una despedida triunfal», pensaba el Kommandant, recordando nostálgico el combate épico del Konstabel con el doberman. Esto le hizo

pensar en un caso que había leído recientemente en el periódico. EÍ caso de un preso de color de una granja penitenciaria del norte de Zululandia que había matado a mordiscos a un perro guardián antes de ahorcarle. El tipo, al parecer, se llamaba Herald, nombre que al Kommandant le resultaba vagamente familiar. En fin, le habían condenado a veinte latigazos por su delito y al Kommandant le parecía que se los merecía.

El Kommandant se acomodó en una butaca de mimbre y contempló el nuevo busto de Sir Theophilus que había hecho colocar él a sus expensas… o, más bien, a expensas de la recompensa que Els no necesitaba ya. El Kommandant también había pagado sus honorarios al taxidermista y se había llevado a Toby disecado y lo había colocado en su despacho de la comisaría, donde le daba la oportunidad de explicar elocuentemente a los nuevos policías las virtudes del Konstabel Els, que había matado a aquel perro para salvarle la vida a su Kommandant.

En líneas generales, pensaba el Kommandant, tenía buenos motivos para sentirse feliz. El mundo era un buen lugar. Sudáfrica aún era blanca, y seguiría siéndolo. Pero, sobre todo, sabía que se merecía la elevada posición que ostentaba en Piemburgo y que había logrado, por fin, su máxima ambición. Allí, dentro de su pecho, latía el corazón de un caballero inglés.



TOM SHARPE, es un novelista británico especializado en narrativa humorística.

Nacido en Londres el 30 de Marzo de 1928, como Thomas Ridley Sharpe, su infancia y juventud estuvieron marcadas por una rabia crónica. Su madre, enferma, no se podía ocupar de él. Su padre, párroco británico de la iglesia anglicana, pasó del socialismo al nacionalsocialismo. Tras estudiar Historia en la Universidad de Cambridge, y realizar el servicio militar, se trasladó a Sudáfrica en 1951, donde se dedicó a la enseñanza y a realizar trabajos sociales en Natal. En 1961 escribió y representó una obra, *Natal*, en contra del régimen del Apartheid. Debido a esto fue encarcelado en la prisión de Pietermaritzburg acusado de político subversivo y comunista peligroso y más tarde fue deportado por actividades antigubernamentales. De su experiencia en África obtendría la inspiración para escribir *Reunión tumultuosa* y *Exhibición impúdica*. Desde 1963 hasta 1972 trabajó como profesor de historia en el Colegio de Cambridge de las artes y la tecnología. Recibió el Gran Premio del Humor Negro en 1986.

Desde 1995 vive en el pueblo gerundense de Llafranch, en la Costa Brava.

En sus novelas se encuentra un humor corrosivo, incluso a veces cruel, que divide a sus lectores entre los que lo consideran muy ofensivo y los que piensan que es un maestro del humor. Su temática es variada, desde los ya mencionados libros inspirados en el Apartheid, hasta los que critican el sistema educativo (*Wilt* y secuelas), el snobbismo de la clase inglesa (*Vicios ancestrales* y *Zafarrancho en Cambridge*), el mundillo literario (*La gran pesquisa*), extremismos políticos de todo tipo, la burocracia y la estupidez en general. Sus personajes usan muchas veces un lenguaje vulgar y explícito y practican toda clase de actos sexuales. Otras veces ridiculiza la forma de hablar o de comportarse de determinados grupos sociales.

Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas e incluso de alguna de ellas (*Zafarrancho en Cambridge* y *El temible Blott*) se han realizado series para la televisión. *Wilt* fue llevada al cine en 1989 por Michael Tuchner. Ha vendido más de 10 millones de ejemplares en 22 idiomas.